

TUYA EN LA ETERNIDAD



COLECCIÓN ROMANCES & FANTASMAS

KELLY DREAMS



TUYA EN LA ETERNIDAD



COLECCIÓN ROMANCES & FANTASMAS

KELLY DREAMS



Tuya en la Eternidad
*Colección Romances & Fantasma*s

Kelly Dreams

COPYRIGHT

Tuya en la eternidad

*Colección Romances & Fantasma*s

© 1ª edición 2019

© Kelly Dreams

Portada: © adobestockphoto.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A mis lectoras.

Gracias por acompañarme en cada paso del camino.

Espero que os gusten estas dos historias tan especiales para mí.

Kelly Dreams

ARGUMENTO

La Colección “**ROMANCES & FANTASMAS**” es un recopilatorio que contiene dos novelas de romance paranormal en la que uno de los protagonistas es un fantasma.

Los títulos son los siguientes:

1. La Redentora de Almas
2. Cuando tu voz me despierte

Que disfrutes de la lectura.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)
[DEDICATORIA](#)
[ARGUMENTO](#)
[ÍNDICE](#)

[LA REDENTORA DE ALMAS](#)

[PRÓLOGO](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[EPÍLOGO](#)

CUANDO TU VOZ ME DESPIERTE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

EPÍLOGO

LA REDENTORA DE ALMAS

¿Qué ocurre cuando la única posibilidad que tiene un espíritu de alcanzar la paz está en manos de una mujer que no cree en su herencia?

En solo unos meses, la vida de Erika se había ido por el desagüe. Descubrir que su novio le era infiel pocos días antes de la boda, debería haberla hundido o al menos molestado. En cambio, optó por pasar unas merecidas vacaciones en el lugar que había escogido como su Luna de Miel. Después de todo, no iba a tirar con el dinero, ¿no? Unos cuantos días en un idílico paraje rural, lejos del bullicio de la ciudad y sin nadie que le comiese la cabeza diciéndole que terminaría sus días como una solterona parecía la solución ideal... lástima que ese idílico lugar fuera el hogar de un fantasma y ella fuera la única capaz de liberar su alma.

Dakota se ha pasado la eternidad observando las idas y venidas de los vivos, se contentaba con contemplarlos y sonreír ante lo absurdo de sus vidas, sin aspirar a más; hasta que apareció ella. Una mujer con una oscura herencia, la única capaz de guiarle hacia el siguiente tramo y borrar de una vez por todas, su solitaria eternidad.

Ella era una Redentora de Almas y él nunca había estado tan dispuesto a condenarse por toda la eternidad.

PRÓLOGO

Las nubes dibujaban extrañas formas sobre el amplio cielo azul, eran como mullidas montañas de algodón blanquecino, paraíso de unos pocos soñadores que se atrevían a alzar los ojos y buscaban una vía de escape a una humanidad llena de dolor, sufrimiento y miedos. Un mudo consuelo para aquellos que veían pasar la vida bajo aquella eterna cúpula. Para otros, no era más que un viejo compañero, algo que siempre había estado ahí y que seguiría incluso cuando muchos se hubiesen ido, marcando el cambio de estación y el paso de los años, viendo como una época se desteñía en el olvido dejando paso a una nueva, un continuo ciclo de muerte y resurrección.

Sus labios se estiraron en una irónica sonrisa al tiempo que una fuerte mano, de largos dedos, frotaba distraídamente el mentón sin afeitarse mientras su pecho se ondulaba suavemente bajo la oscura camisa de algodón al compás de su reposada respiración. Era irónico que todavía pudiera hacer algo así, o al menos dar la impresión de hacerlo. Dejando de lado aquellos vagabundos pensamientos, obligó a sus músculos a trabajar y levantó el enorme y cincelado cuerpo masculino, al tiempo que su mano abandonaba la barbilla y ascendía unos pocos centímetros hacia el sombrero tejano. Este le cubría el rostro y le escudaba del sol mientras descansaba a la privacidad del amplio tejado de la vieja casa de campo. Con un simple golpe de dedos dejó al descubierto unos profundos y viejos ojos azules en el rostro de un hombre joven.

—Hay cosas que nunca cambian —murmuró con voz grave y profunda, en

la que se notaba un ligero acento. Volvió la mirada hacia su izquierda y siguió el murmullo de voces y risas que empezaron a oírse por encima del ronroneo de los motores de los coches que empezaban a desfilar por el camino de entrada.

Recostándose hacia atrás sobre su brazo izquierdo, observó con cierto aire de aburrimento a los primeros inquilinos de la temporada. Una pareja. Ella, baja y algo regordeta, con un llamativo vestido estampado y un desordenado y rizado pelo negro, gesticulaba de manera ansiosa y contundente hacia el hombre que la acompañaba. Él no podía ser más opuesto a ella con esa peculiar parsimonia y lentitud de movimientos otorgados a un cuerpo alto y desgarbado, maltratado por el paso de los años y sin duda por el agotador esfuerzo de lidiar con su mujer. Al menos en esta ocasión no llevaba el ridículo peluquín que le había robado el pequeño monito de la Sra. Bell en año pasado. Elena Hernández y su marido, Richard, habían vuelto de nuevo a pasar sus vacaciones al hotel.

Los potentes ladridos que salían del segundo coche que aparcó en el lateral del edificio atrajeron su mirada. Sus labios eligieron ese instante para estirarse en una hermosa sonrisa, su cara se iluminó en el momento en que vio abrirse la puerta trasera y bajar de ella el escandaloso perro de aguas peludo junto a la adolescente desgarbada que tan bien conocía.

Había visto nacer a esa chiquilla. La había visto crecer y corretear por todos los recovecos de aquella enorme casa y sus jardines, hablando con los árboles, las plantas y sobre todo con él... aunque para ella solo existiese en su imaginación. Jamás pensó que la echaría tanto de menos como cuando empezó el instituto y sus abuelos decidieron enviarla a Nueva Orleans. Había llegado a esperar con ansia el comienzo de la temporada estival solo para verla. Ella era la única que creía en él, aunque fuese en su mente infantil.

—Bienvenida a casa, Shady —murmuró, sonriendo al ver a la chica

dirigirse a la carrera hacia la puerta principal. Sabía lo que vendría a continuación, un rápido beso a sus abuelos, dejar su mochila tirada en el suelo junto a la cama y una fugaz visita al jardín en la parte de atrás, donde lo saludaría como todos los años y le contaría encaramada a la rama de algún árbol sus últimas vivencias lejos del hogar.

Decidido a acudir a su cita, estiró con pereza las largas piernas enfundadas en unos gastados jeans para después ponerse en pie. Se pasó los dedos a través del ensortijado pelo castaño con reflejos dorados antes de volver a encasquetarse el sombrero y girar sobre sus talones en dirección al otro lado del tejado.

Apenas había dado un par de pasos cuando se detuvo en seco. Una ráfaga de viento con olor a rosas lo envolvió durante un instante, entonces se alejó por el sendero que serpenteaba a través de la enorme extensión de tierra que conducía directamente hasta el hotel. Apenas un punto en el extenso terreno, pudo distinguir lo que parecía ser un taxi color azul claro que traqueteaba en su camino hacia ese mismo lugar. No sabía cómo explicarlo pero de algún modo intuía que con aquel coche llegaría algo que cambiaría su mundo por completo... y su eternidad.

—Qué tontería —musitó para sí borrando de su mente aquella absurda idea un instante antes de desvanecerse en el aire.

CAPÍTULO 1

Erika dejó de escuchar al taxista en el momento en que el coche enfiló por el sendero, este estaba franqueado a ambos lados por una larga fila de árboles centenarios que entrecruzaban sus ramas formando una espesa cúpula de color marrón. Sus ojos violetas brillaban de emoción al observar el colorido otoñal que vestía el paisaje y no pudo evitar dejar escapar una exclamación al vislumbrar al final del camino el enorme edificio colonial.

El taxista sonrió observándola por el retrovisor.

—Quita el aliento, ¿no es así?

Ella deslizó la mirada sobre el hombre antes de volver a contemplar por la ventana el magnífico edificio de piedra blanquecina que se alzaba al final del estrecho camino de entrada. Dividido en dos plantas y una tercera con buhardilla, guardaba el estilo propio de las casas de las grandes plantaciones coloniales del sur de los Estados Unidos. Sus paredes debían haber visto pasar a lo largo de los siglos lo más cruento de la guerra de aquel estado.

El corazón empezó a latirle más rápido a medida que el automóvil salía de la cúpula de árboles y se adentraba en la entrada principal. Allí ya había algún que otro coche aparcado y huéspedes afanándose en sacar maletas y diversos tipos de equipajes.

La enorme casa había sufrido varias restauraciones y ampliaciones debidas al paso del tiempo y a los cambios de propietarios hasta terminar en lo que era en la actualidad, un pequeño hotel rural en medio de la campiña de Luisiana.

El taxi se detuvo frente a la entrada principal, donde pudo observar un

enorme poste de madera blanca en el que colgaba una elaborada placa con el nombre del hotel y una pequeña bienvenida en letras doradas.

—Bienvenida a Los Robles —respondió el conductor echando el freno de mano y dejando el cambio de marchas en punto muerto, para volverse un instante a su pasajera—. Me encargaré de que le echen una mano con las maletas y le ayuden a llevarlas a dentro.

Se volvió lentamente al hombre y asintió con un murmullo de gracias antes de concentrarse de nuevo en la casa.

El taxista sonrió en respuesta antes de bajar del coche y abrirle la puerta, entonces siguió hacia el maletero y sacó la maleta y el neceser de viaje de la chica mientras parloteaba sin cesar como había estado haciendo durante todo el trayecto.

—Aire puro, buena comida y agradable compañía —parloteaba el taxista cargando ya con las maletas—. Es el lugar ideal para un buen descanso.

Empujó la puerta de atrás del asiento del pasajero y bajó primero su inseparable bastón, al que pronto siguieron sus piernas. Se impulsó con cuidado, apoyándose en él para dejar el coche y dio un par de vacilantes pasos hasta estabilizarse. Tenía los músculos agarrotado de pasar tanto tiempo sentada en el avión y ahora confinada en la parte de atrás del automóvil.

El aire frío de la tarde otoñal le acarició las pálidas mejillas, jugueteó con su largo pelo negro y las solapas del gastado abrigo. Un suave aroma floral y el calor del sol la envolvieron al mismo tiempo, arrancándole con una sola caricia parte del cansancio. Cerró los ojos e inspiró con fuerza, las dudas intentaron volver a asaltarla pero no estaba dispuesta a permitirse flaquear, no cuando había llegado tan lejos.

— Bonito, ¿eh? —insistió el taxista, deteniéndose un segundo a su lado con su maleta en una mano y el neceser en la otra. El hombre no dudó en mostrar orgullo al mirar el edificio y los alrededores—. Ya lo verá, cuando lleve aquí

un par de días, no querrá marcharse.

Se permitió seguir su ejemplo, mirando a su alrededor para luego extender la mano y coger el neceser.

—¿Cuánto le debo?

El hombre señaló el indicador del coche con un gesto de cabeza.

—20,75 dólares, señorita —le respondió. Entonces levantó su maleta y le indicó con la barbilla la entrada del hotel—. Le dejaré la maleta en la recepción.

Ella asintió al tiempo que se las ingeniaba para hurgar dentro del bolso que llevaba cruzado sobre la cadera para sacar el dinero y pagarle.

—Gracias —aceptó, y le entregó un billete de cincuenta del monedero.

El hombre dejó un instante la maleta en el suelo y cogió el billete en una mano mientras rebuscaba en el bolsillo de su camisa por el cambio. Satisfecho, le entregó la vuelta.

—Acompáñeme —le pidió, cogió de nuevo su maleta y echó a andar hacia la puerta de entrada.

Erika echó una última mirada a su alrededor y correspondió a los mudos saludos de la gente con la que cruzaba la mirada. Poniendo una mano a modo de visera alzó la mirada hacia el edificio blanco que tenía ante ella. El corazón le latía a mil por hora, estaba emocionada, deseosa de continuar y al mismo tiempo temerosa de dar el siguiente paso.

—Vamos, Erie, ya has llegado hasta aquí —se animó. Respiró hondo, volvió la mirada al frente y, apoyándose en el bastón, cojeó lentamente hacia la puerta de entrada que ya atravesaba el taxista.

La primera sala con la que se encontró al entrar, habría hecho que los gerentes del Palace llorasen. No había lujosas arañas colgando del techo, ni sofás de carísimo cuero donde esperar a una visita o estirados botones y empleados que te mirasen de arriba abajo si no vestías con el glamur que se

esperaba en ese tipo de hotel. No era el lujo lo que predominaba aquí, pero había un aire de mundo antiguo y elegancia que se notaba en las elaboradas molduras que decoraban el alto techo, así como en las columnas de las esquinas y la enorme escalera que se extendía hacia el piso superior dominando la parte central de la sala. *Muérete de envidia, Scarlet O'Hara, esta escalera le da mil vueltas a la de Lo que el Viento se Llevó.*

Erika observó con detenimiento los diseños de las molduras en el techo, cada uno de los detalles que daban ese aire de película antigua a toda la estancia. Desde las largas y pesadas cortinas de raso en tonos verde y melocotón que colgaban sujetas por cordones a cada lado de los ventanales, pasando el suave color de las paredes y el antiguo y gastado escudo tallado en piedra que dominaba la parte más alta de la pared central, por encima de la escalera, eran de una calidad y belleza indescriptible. En el escudo había además algo grabado en relieve; parecía la efigie de un águila o algún tipo de pájaro. Entrecerró los ojos intentando ver que había en las patas del animal pero estaba demasiado alto como para apreciarlo.

Su mirada bajó lentamente observando las puertas del corredor al que llevaba la escalera y la entrada situada justo bajo el escudo de piedra que suponía conduciría al piso de arriba. Situado en el centro del recibidor, entre los dos grandes arcos de la escalera, se encontraba el mostrador de recepción. El taxista charlaba animadamente con la mujer situada tras el mostrador, por su manera de expresarse y la sonrisa de ella, imaginó que se conocían. También había una pareja discutiendo por una enorme maleta de cuero marrón. Una robusta mujer de oscuro pelo rizo miraba al que debía ser su marido y discutía al mismo tiempo con el adolescente que acababa de coger la maleta y se dirigía hacia el ala derecha de la escalera. Un niño bajaba al mismo tiempo por el otro lado, seguido de cerca de un adulto que parecía tener dificultades para seguirle el paso. Con un último y breve vistazo a su alrededor, se dirigió

al mostrador de la recepción.

—Sabe dios que me encantaría hacerlo —comentaba en ese momento el taxista con un bajo quejido—, pero todavía tengo trabajo pendiente. Quizá para la primavera pueda estar ya a punto. —Él se giró entonces hacia ella taxista se volvió entonces hacia su pasajera y le indicó la maleta a sus pies—. Pues yo ya he cumplido mi parte —dijo a modo de despedida—. Le dejo aquí la maleta, espero que tenga una agradable estancia en Los Robles.

—Gracias —asintió con un leve gesto de cabeza a modo de despedida antes de volverse a la mujer, quien le sonrió y procedió a darle la bienvenida.

—Bienvenida a Los Robles.

La muchacha era inusualmente bonita. No era una belleza, pero había algo en sus amables ojos castaños y en la elegancia del sencillo vestido marrón y crema que la hacía llamativa. Unos rizos de un castaño claro casi rubio se curvaba sobre sus orejas, enmarcando una cara redonda y adorable.

Erika le devolvió la sonrisa por impulso, ya que no era muy dada a esas muestras de afecto. Ella era más bien reservada, le costaba relacionarse con la gente y más aún con extraños.

—Gracias —respondió en voz baja pero firme—. Soy Erika Connors, hice una reserva hace ya varios meses.

La recepcionista asintió y se volvió hacia la pantalla del ordenador situado a su derecha, Erika observó como la mujer tecleaba algo en su ordenador y asentía satisfecha antes de volverse hacia ella.

—Sí, Erika Connors y Paul Deveraux, habitación...

Erika se puso tensa al oír el nombre.

—Disculpe —la interrumpió posando su mano libre sobre el mostrador—, pero la reserva del Sr. Deveraux la anulé la semana pasada, pedí que me cambiaran mi reserva a una habitación individual.

La recepcionista miró a Erika y volvió a mirar el ordenador, tecleando

nuevamente, buscando durante unos segundos.

—Aquí está... —asintió la mujer satisfecha—. Sí, Erika Connors, anulación y cambio de reserva.

Dejó escapar el aire que había estado reteniendo casi sin darse cuenta. La recepcionista tecleó un par de veces más y se trasladó hacia el otro lado del mostrador donde sacó una tarjeta plástica y esperó a que saliera el papel que estaba mandando la impresora. Cuando esta hubo terminado se lo presentó y le tendió un bolígrafo.

—Si es tan amable de firmar aquí.

Cogió el bolígrafo que le tendía y garabateó su firma. Con una sonrisa la mujer le tendió la llave y le indicó con un gesto la escalera de la izquierda.

—Tercer piso, mano izquierda, la última habitación del corredor —le informó con buen ánimo, entonces se fijó en su bastón y la maleta a sus pies—. Llamaré a alguien para que le ayude con la maleta.

Erika negó con la cabeza y cogió la llave mirando el número gravado en la tarjeta.

—No hace falta, gracias —respondió, metiéndose la llave en el bolsillo del abrigo—. Yo puedo. Gracias.

Echando un último vistazo a la entrada principal, se inclinó para coger la maleta. Estirando el asa por completo aseguró el pequeño neceser encima con las cinchas de seguridad y empezó a arrastrarla tras de sí en la dirección que le había señalado. Al llegar a los pies de la escalera hizo un mohín, quizá se había precipitado al negarse a la amable ayuda de la recepcionista.

Se giró hacia la recepción una vez más, pero la mujer que la había atendido ya estaba atendiendo el teléfono y había una nueva pareja esperando su turno. No tenía sentido molestarla. Suspirando, le dio la espalda una vez más y contempló el tramo de escaleras que tenía por delante. Los peldaños estaban cubiertos por una estrecha alfombra de color verde musgo, esta evitaba que se

estropease la madera por el paso del tiempo y del uso. Empujó la maleta hacia el primer peldaño, dejó el bastón un momento y subió el equipaje un par de peldaños, todo lo que sus brazos y corta estatura le permitían. La subida no prometía ser fácil, pero en peores situaciones se había encontrado. Echando un último vistazo al mostrador y viéndose ya olvidada, se metió el bastón bajo el brazo y empezó a subir usando el pasamanos como apoyo. Volcando todo el peso en su pierna sana se inclinó para coger el asa de la maleta y tirar de ella escalón tras escalón.

—De acuerdo, puedo hacerlo —murmuró para sí y continuó con la misma mecánica, subiendo un par de escalones y tirando después de la maleta.

En un par de minutos llegó al descanso, jadeando por el esfuerzo al tiempo que apoyaba disimuladamente la cadera contra la pared para descansar unos instantes.

Su mirada recorrió el corredor que se extendía ante ella y la entrada que se abría a su izquierda unos cuantos pasos delante de ella. Con un suspiro de resignación se apoyó nuevamente en el bastón y continuó en aquella dirección.

—Tenía que haber pedido que me dieran una habitación en la primera planta... O al menos hacer las reservas en un hotel con ascensor —suspiró arrastrando nuevamente la maleta—. Pero no se puede tener todo, ¿no es así?

Se detuvo ante la nueva entrada. Ante ella se extendía un amplio corredor con puertas a ambos lados, y al final de este había un amplio ventanal, dando paso a un nuevo tramo de escaleras que suponía la conducirían al siguiente piso. Su mirada volvió a la entrada, echó la cabeza hacia atrás y observó con detenimiento la figura del escudo, desde aquella posición podía ver mejor que era lo que tenía el ave entre sus patas. Entrecerrando los ojos empezó a distinguir lo que parecía ser un bastón... No, una llave, una llave con, ¿un par de alas?

Retrocedió un par de pasos para observar mejor la figura, también había

unas letras talladas en la base del escudo, pero ya no eran legibles.

Los ladridos de un perro llamaron su atención. Desde la planta baja, un pequeño perro de aguas apareció corriendo desde una de las entradas de la planta baja seguido de cerca por los dos niños que había visto al llegar. Sonriendo, Erika recogió su maleta y se dispuso a continuar por el corredor.

—Los árboles se están quedando sin hojas, pero me gustan los tonos marrones y amarillos con los que se viste el bosque, y las rosas todavía están en flor. Me gustaría poner una en mi habitación, ¿crees que se molestarán, Dakota?

Dakota observó como Shadow se inclinaba para acariciar los pétalos de una de las rosas del jardín, el rizado pelo rubio oscuro enmarcaba su cara en forma de corazón cayéndole a ambos lados de los hombros al inclinarse. Aquellos arbustos de espinas que llenaban una gran parte del jardín trasero de la casa había sido siempre el lugar favorito de la niña, allí la había visto dar sus primeros pasos, dedicarle a sus padres su primera sonrisa y la había escuchado llorar cuando la regañaban y venía a esconderse entre los rosales.

La chica se enderezó, en sus cristalinos ojos azules una mirada repentinamente triste atrajo inmediatamente la atención de él.

—Hoy solo he venido a despedirme —murmuró alzando la mirada al cielo—. Voy a cumplir los dieciséis en unas semanas, me gusta el nuevo instituto, Nueva Orleans no está tan mal después de todo, incluso he pensado en apuntarme a clases de pintura...—su voz se fue apagando hasta quedar en silencio. Suspirando empezó a recorrer con la mirada los alrededores—. Me hubiese gustado conocerte, Dakota, y no solo en mi imaginación. Ni siquiera sé si has escuchado cada palabra que he dicho durante todos estos años, ni si quiera sé si me estarás escuchando ahora...

Una luz de dolor atravesó los ojos azules de Dakota mientras observaba a su pequeña amiga.

—Sí, Shadow, te he escuchado siempre —respondió, aunque sabía que ella no lo escuchaba.

La chica sonrió como si hubiese escuchado sus palabras o intuyese que estaba allí.

—Solo quería decirte gracias, hayas estado a mi lado todo este tiempo, o te haya hecho parte de mi desbordante imaginación, has sido un gran apoyo para mí, Dak —aseguró con solemnidad, utilizando el diminutivo que le había dado de niña—. Desearía haber sido capaz de verte aunque solo fuese una vez. Algo me dice que eres real, que estás ahora mismo aquí, escuchando mis palabras... Pero ya es hora de crecer y dejar atrás los cuentos de hadas.

Dakota sintió que realmente se le encogía el corazón, sabía que tarde o temprano iba a llegar este momento, le sorprendía incluso que hubiese durado tanto.

—Ojalá que algún día, encuentres el camino, Dakota. No quiero que estés más tiempo solo —murmuró ella cerrando los ojos y alzando la mirada hacia el tibio sol de la tarde. Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla justo en el momento en que dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la casa.

Dakota no dijo nada, simplemente se quedó allí viendo como se alejaba la niña que había sido su solaz durante los últimos años, y que había alejado en algo su eterna soledad.

—Adiós, Shadow, y gracias.

Shadow se detuvo y volvió la mirada hacia atrás, como si buscara algo, en su rostro se dibujó una triste sonrisa y negó con la cabeza.

—Adiós, fantasma —musitó la chica a modo de despedida.

CAPÍTULO 2

La casa estaba empezando a llenarse rápidamente de huéspedes. No es que fueran una gran cantidad de personas y casi siempre eran los mismos matrimonios y familias las que venían a pasar sus vacaciones al “hotel”. Dakota miró las paredes ahora decoradas con estúpidos cuadros de florecillas, las lámparas que intentaban simular las de otra época y que no servían de otra cosa más que para adornar. Sus ojos azules se alzaron a los detectores de humo que se distribuían a lo largo de los pasillos y suspiró. Alguna vez aquella había sido su casa, en aquel mismo piso había estado situada su habitación, de hecho todavía lo estaba, si es que podía reconocer en algo la decoración y los arreglos que habían hecho en ella, una de las buhardillas del tercer piso.

—Es absurdo preocuparse por esas cosas —se recordó, la comisura de sus labios se estiró con ironía—, pero que fue sino la preocupación, lo que te llevó a dónde estás ahora, viejo.

Chasqueando la lengua dio media vuelta y se dirigió hacia el otro lado del pasillo, pasando ante la entrada de las escaleras que llevaban a las tres únicas habitaciones que dominaban aquella parte de la casa.

Dakota se detuvo en seco y volvió sobre sus pasos quedándose parado ante el umbral de la escalera. Se echó ligeramente el sombrero hacia atrás para poder ver con detenimiento aquel insólito espectáculo.

Una mujer menuda, con un bonito pelo negro que caía en bucles sobre sus hombros, enfundada en un gastado abrigo de lana marrón, se afanaba por

mantener el equilibrio sobre una pierna, apoyando el trasero contra la pared mientras tiraba con ahínco de una pequeña maleta roja. Un par de peldaños por encima de ella había otra maleta mucho más pequeña y un bastón de oscura madera.

Asentando el sombrero sobre su cabeza, se quedó absorto mirando a la nueva inquilina. Si de algo estaba seguro es que esa chica era nueva por esos lares, pues de haberla visto antes, lo recordaría.

—Y tú de dónde habrás salido, ¿eh, pequeñita? —murmuró ladeando ligeramente la cabeza al verla alzar la maleta un peldaño por encima de donde se encontraba ella.

Erika masculló con cansancio mientras apartaba de un manotazo un rebelde mechón de pelo que le caía delante de los ojos, subir aquella dichosa maleta le estaba costando la vida y un poco más. Haciendo tiempo para recuperar el aliento y poder continuar el ascenso, empezó a recorrer las escaleras contando los peldaños con la mirada. Dos peldaños más allá de donde se encontraba ella, estaba su neceser y bastón y desde ahí la escalera ascendía dos, cuatro...

Un pequeño grito escapó de su garganta un segundo antes de que la chica se llevase las manos a la boca totalmente avergonzada.

—¡Maldición! —masculló con las manos todavía tapándose la boca. Erika bajó lentamente las manos, mirando avergonzada al extraño—. Me ha dado un susto de muerte.

Dakota se olvidó de reaccionar, el pequeño gritito de la mujer lo había sorprendido pero no era nada comparado a darse cuenta de que había gritado cuando levantó la mirada y lo vio allí de pie en la cima de las escaleras. Se había girado intentando averiguar que había causado la alteración de la hembra, para encontrarse el pasillo totalmente vacío y escuchar la réplica de

la pequeña morena.

—Es imposible —respondió Dakota más para sí mismo que para ella.

La chica alzó una oscura ceja como si cuestionase su buen juicio.

—¿Imposible? Quédese ahí quieto y añada la luz de una linterna a su cara y verá qué efecto causa —murmuró Erika.

Dakota imitó su gesto como si la hubiese oído.

—Lo siento —respondió con una voz profunda, matizada con un extraño acento, mirando a la chica como si le resultase extraño estar ante una mujer—. No pretendía asustarte.

Erika se limitó a asentir con la cabeza. Había gritado al ver unas botas seguidas por unas largas piernas, ni siquiera se había detenido a comprobar el resto de la persona a la que pertenecían y se alegraba de ello, o su grito habría sido totalmente distinto.

Aquel individuo era enorme, enorme en todos los sentidos. Debía rondar tranquilamente el metro noventa, sus largas piernas estaban enfundadas en unos desteñidos vaqueros que se ceñían a sus muslos abrazando unas estrechas caderas y delgada cintura, sus músculos se ondulaban bajo la camisa blanca con cada movimiento que hacía, vientre plano, un amplio pecho y fuertes hombros, los músculos de sus brazos asomaban henchidos bajo las mangas remangadas de la camisa. Aquel hombre era puro músculo.

Erika tragó con dificultad, tanta testosterona en el ambiente no podía ser buena para ninguna mujer.

Una ligera sombra de barba oscurecía su mentón, sus labios permanecían cerrados sin expresión ninguna, llenos, masculinos, de los que seguro podían enseñar una cosa o dos a alguien como ella.

¿Qué diablos pasa contigo, Eri? Ella no era de las que caía babeando a los pies de ningún hombre, y menos con un completo desconocido. Pero con este, bueno, pronto necesitaría un babero.

Finalmente alcanzó a ver sus ojos bajo el ala del sombrero tejano que llevaba, bordeados de espesas pestañas, aquellos ojos de un azul brillante y ligeramente oscuro la miraban con una ceja arqueada.

Te han pillado, pequeña lujuriosa. Oh cállate ya estúpida conciencia. Erika se sonrojó y empezó a esquivar su mirada concentrándose nuevamente en la maleta.

—¿Aceptarías ayuda? —la sorprendió de nuevo aquella cadenciosa voz.

Dakota había empezado a descender las escaleras muy lentamente como si quisiera evitar que ella se asustase y saliese huyendo. Todavía no podía creer que ella lo viese, no solo eso, que le escuchase, que hablase con él, en todo el tiempo que llevaba allí jamás le había ocurrido nada parecido. Estaba acostumbrado a que la gente pasase ante él sin saber que estaba allí, hablarles y que no le respondieran, solo Shadow había hablado con él, pero ni siquiera eso había sido una verdadera conversación.

Ella era real, su imaginación no le estaba jugando malas pasadas, estaba realmente allí, lo había estado mirando embelesada, aquello era asombroso y aterrador.

Agachándose recogió el neceser y el bastón de madera, la eternidad le había dado tiempo más que suficiente para dominar ciertos aspectos de su nuevo estado. Con un ligero movimiento de muñeca se los tendió. Erika vaciló un instante antes de estirar una diminuta mano hacia él y tomar ambas cosas.

—Gracias —asintió apoyándose nuevamente en la pared para estabilizarse y pasar el neceser de una mano a otra—. Con que me deje la maleta en el pasillo me daré más que por satisfecha.

Dakota solo asintió y cogió la maleta más grande subiéndola sin esfuerzo. Su mirada se detuvo nuevamente en la muchachita, con su pequeña estatura y ese aire de fragilidad no parecía más que una niña, había que mirarla a los ojos para darse cuenta de la experiencia que se reflejaba en ellos. Subió

delante suyo hasta entrar de nuevo en el pasillo dejando la maleta a sus pies. Ella subía lentamente, usando el bastón de apoyo y apoyando la mano que portaba el neceser contra la pared, su rostro llegó a arrugarse en un par de ocasiones como si la aquejase un repentino y fugaz dolor.

Erika subió el último peldaño con un suspiro de alivio y se volvió a mirar nuevamente el tramo de escaleras, si tenía que subir y bajar a menudo todas esas escaleras, tendría que pedir que le cambiaran la habitación, o le construyesen un ascensor.

—¿Por qué no pediste que te dieran una habitación en el primer piso? —la pregunta abandonó los labios de Dakota antes de que pudiese contenerse. Estaba tan acostumbrado a hablar y que no se le escuchase, que se sorprendió cuando la chica se giró hacia él.

Erika tuvo que levantar la mirada para verle, era realmente un gigante, con su metro sesenta y siete ella apenas le llegaba a los hombros.

—La verdad es que no se me ocurrió —respondió sorprendiéndose de lo fácil que le resultaba hablar con aquel completo desconocido. Tendiendo la mano hacia la maleta, le dedicó una tímida sonrisa a modo de agradecimiento —. Muchas gracias por esto.

Dakota asintió con la cabeza a modo de respuesta mientras veía como la chica sacaba la llave del bolsillo, miraba el número en la tarjeta y se alejaba cojeando hacia el final del corredor.

Una repentina sonrisa empezó a extenderse por los labios del hombre cuando vio a la chica abrir la puerta de la habitación situada al final del pasillo.

—No tengo la menor idea de quién eres, pequeña, pero has conseguido que esta nueva temporada en el hotel se presente interesante.

Con una ligera inclinación de cabeza hacia la puerta cerrada, Dakota dio media vuelta y desanduvo sus pasos hasta desvanecerse a mitad de camino.

Olvidadas las maletas a un lado de la cama, Erika cojeó hasta la ventana, separó las cortinas de golpe y se inclinó para abrir las dos hojas de la ventana permitiendo que la luz natural inundara la habitación. Aspiró el fresco aire de la tarde. La brisa se elevaba trayendo consigo cierto olor a rosas, el cielo continuaba despejado y el campo se extendía ante sus ojos, cubierto de tonos marrones y amarillos propios de la época.

Se giró lentamente, apoyando la cadera contra el alfeizar de la ventana. Sus manos alcanzaron la tira del bolso que llevaba cruzado y maniobró para sacárselo lanzándolo después a los pies de la cama donde aterrizó junto al neceser y el bastón que había abandonado allí.

Su mirada recorrió lentamente la pequeña habitación, las paredes de un suave verde, muebles rústicos de madera que parecían sacados de alguna tienda de antigüedades, apenas un par de cuadros de escenas campestres adornaban el cabecero de la cama. Todo era impersonal, pulcramente limpio, y al mismo tiempo el edredón tejido a mano de la cama y la vieja mecedora que permanecía olvidada en un rincón le daban el toque hogareño. Esbozando una sonrisa se separó de la ventana y caminó hacia la puerta entreabierta a su derecha, pegada al pequeño cajonero sobre el que reposaba una moderna televisión.

El espejo de encima del lavabo reflejó la mueca que hizo ella al ver su aspecto, tenía el pelo ligeramente enmarañado y unos rojos coloretos en las mejillas debidos al esfuerzo de subir las escaleras. Se apoyó en el lavabo con una mano mientras la otra intentaba poner un poco de orden en su pelo. Sus ojos recorrieron a continuación el resto del aseo. Pegado al lavabo había un pequeño armario de madera donde suponía guardarían las toallas, en la cesta de mimbre que descansaba sobre él había un pequeño surtido de sales y jabones y muestras de otros productos. El wc estaba situado al otro lado, casi

oculto tras la puerta. Pero fue la bañera, que dominaba toda la pared del fondo la que dibujó una amplia sonrisa en los labios de la chica, la idea de sumergirse en el agua caliente que calmaría sus doloridos músculos era lo que más le apetecía.

—No te lo pienses dos veces, Erie, lo quieres...oh, sí... lo quieres —se animó imaginándose ya sumergida en una bañera de espuma.

Lentamente se acercó a la bañera y comprobó el sistema de agua caliente. Un brillo de placer se extendió por sus labios cuando el agua empezó a salir por la boquilla y poco a poco empezó a calentarse, elevando un ligero vapor bajo el ruidoso correr del agua. Remangándose, taponó la bañera.

—Perfecto —asintió satisfecha levantándose lentamente.

Una mueca de dolor arrugó su cara, Erika jadeó enderezándose, conteniendo el aire unos segundos antes de expulsarlo suavemente. La rodilla había empezado a darle calambres.

Con una anhelante mirada hacia la bañera que empezaba a llenarse se apoyó en la pared de azulejos y cojeó de nuevo hasta la habitación. Sus pequeñas manos ascendieron a los botones de su abrigo y los liberaron uno a uno hasta poder dejarlo caer suavemente deslizándose de sus hombros para doblarlo y depositarlo a un lado de la cama. Alcanzando el pequeño maletín neceser descorrió la cremallera, haciendo la tapa a un lado y empezó a sacar cosas de su interior.

Sus manos se paralizaron sobre la suave bufanda de seda color canela que apareció bajo el estuche de sus cosméticos, lentamente sus dedos se curvaron alrededor de la tela sacándola del maletín como si fuese una venenosa serpiente de cascabel. Aquel había sido su regalo de las pasadas navidades.

—Nunca más —susurró levantándose con la bufanda en las manos rodeando la cama hasta llegar a la ventana.

La tela se desplegó envuelta por la repentina ráfaga de viento que arrancó

la prenda de sus dedos, elevándola y haciéndola girar mientras se alejaba llevada por el viento como si fuese una cometa. Con sus ojos violeta nublados por lágrimas no derramadas, los labios apretados en una firme línea, Erika arrancó del maletín un par de prendas y entró en el cuarto de baño empujando la puerta hasta cerrarla de golpe.

Como si pudiera dejar el pasado también fuera.

El agua se escurría entre sus dedos dejando la espuma en el hueco de sus palmas, el vapor inundaba la estancia humedeciendo los azulejos de las paredes y empañando el cristal de la pequeña ventana sobre su cabeza. Suspiró, hacía tiempo que no disfrutaba de un baño de esas características. Acostumbrada a la rápida vida de la ciudad nunca tenía tiempo de darse nada más que una ducha, a parte que su pequeño apartamento en Rhode Island parecía una caja de cerillas en comparación con este cuarto de baño. Suspirando se sumergió hasta apoyar la nuca en la toalla que le hacía la función de reposacabezas, sus dedos se habían arrugado con el agua pero no le importaba. La verdad, había muchas cosas que habían dejado de importarle en las últimas semanas.

—Es culpa tuya, Erika, si no fueses tan... Tan tú no habría tenido la necesidad de buscarse a nadie más —las últimas palabras de su hermana todavía estaban frescas en su memoria.

Erika se llevó una mano húmeda a la cara, no podía llorar, no podía dejar salir las lágrimas o ellos habrían ganado. Ladeó ligeramente la cabeza y cerró los ojos. Le era imposible no pensar en los acontecimientos de las pasadas semanas, en unos cuantos días se había ido al traste muchas cosas.

—Había pensado en darte los prendedores en forma de orquídea que llevé en mi boda, y que llevó tu abuela antes que yo —le había dicho su madre mientras retiraba el asado del horno y lo dejaba sobre la repisa de la cocina —. Han permanecido en la familia desde hace generaciones, ya sé que la

juventud de ahora sois más modernos, tenéis otros conceptos, pero...

—No los necesitaré, mamá —había respondido Erika de pie, en el umbral de la cocina, sin saber realmente si entrar o salir.

Eileen traslado su mirada violeta del asado que estaba controlando a su hija, de pie en el umbral como un fantasma. Su redondeado rostro se frunció con preocupación al ver el aspecto de su hija, el pelo negro revuelto, las horquillas casi colgándole de un par de mechones, sus mejillas rojas y los ojos brillantes de lágrimas no derramadas.

La mujer se quitó las manoplas de las manos con intención de ir a su encuentro, pero su expresión la detuvo. Sus ojos llameaban, había rabia contenida en ellos.

—No habrá boda —concluyó ella antes de dar media vuelta y desaparecer por el pasillo en dirección a su habitación.

Erika hizo un recuento mental de todas las preguntas formuladas en los días posteriores a aquello, la decepción en el rostro de su familia, el reproche en la cara de sus amigos o quizás solo fuesen conocidos como demostraron después. La loca de Erika, la chalada que veía cosas que nadie más veía, la estúpida que había dejado que un hombre fabuloso se le escapara de las manos. Pobre Erika, pobre niña tonta.

Suspiró y se sentó doblando la rodilla sana al tiempo que la rodeaba con los brazos y apoyaba la cabeza en ellos. La espuma resbalaba por su cuerpo desnudo hasta detenerse sobre el agua, formando una cortina de burbujas a su alrededor. Los recuerdos empezaban a despertar con desgarradora claridad.

—¿Qué diablos está mal contigo, Erika? —aquellas habían sido las primeras palabras de Susan, la persona que se suponía que tendría que estar a su lado, la que la entendería sin necesidad de palabras y que, sin embargo, era la que más la había defraudado.

Había entrado en su apartamento apenas un par de días después de que

Erika le hubiese colgado el teléfono. Alta, esbelta, con una larga y cuidada melena negra y los ojos violáceos de su padre, una mujer de negocios, una mujer segura de sí misma, alguien a quien Erika siempre había adorado y justo en el momento en que más la necesitaba, la acusaba igual que tantos otros.

—¿Has perdido el juicio? ¿Por qué cancelas la boda? —había exclamado su hermana nada más traspasar la puerta de entrada—. Vamos, Erie, nada puede ser tan grave como para que tires por la borda más de dos años de relación. ¡Diablos, Erika! ¡Nunca encontrarás nada mejor!

Aquello realmente le había dolido.

Con un suspiro, Erika volvió a recostarse en la bañera, cerrando los ojos antes de hundir por completo la cabeza bajo el agua.

La recepción volvía a estar nuevamente llena de gente, Dakota apenas levantó la mirada por encima del hombro de la recepcionista cuando esta empezó a hablar animadamente con una nueva pareja. Su atención estaba puesta en el ordenador, necesitaba saber quién era la nueva muchacha a la que habían alojado en su habitación. Su encuentro con ella había sido de todo menos casual, él no creía en las casualidades, no de ese estilo. Cuando se había vivido tanto tiempo como lo había hecho él, todo tenía un motivo, un por qué.

—Me alegra verles de nuevo, Señor y Señora Jobston —sonrió la recepcionista a los recién llegados—. ¿Qué tal le ha resultado el viaje?

—Agotador, querida —aseguró la mujer con un suave acento sureño—. Pero merece la pena solo por volver a estar aquí, presiento que mis dolores de articulaciones mejorarán muchísimo.

—Sí, igual que mejoraron tus jaquecas el año pasado —respondió la sonora y rasposa voz de su marido, ganándose una mirada reprobadora de su mujer.

Dakota sonrió ante la respuesta del Sr. Johnston. Por todos era conocida la extraña afición de su mujer a padecer toda clase de enfermedades que se curaban milagrosamente durante su estancia en el hotel. Cada año que pasaban en Los Robles, tenía alguna anécdota que contar.

Su mirada volvió de nuevo al ordenador iluminándose al encontrar lo que había estado buscando.

—Erika Connors —pronunció en voz alta—. Ya te tengo, pequeña.

Dakota alzó la mirada al techo un instante antes de desvanecerse.

Erika pasó nuevamente el peine entre los enredados mechones de su cabello, poco a poco estaba consiguiendo darle un aspecto medianamente decente, la crema suavizante que encontró entre los potingues del baño había ayudado en gran medida a desenredar su indomable cabellera. Con un suspiro bajó el peine y se estudió detenidamente en el espejo, las bolsas púrpura que oscurecían su mirada no habían desaparecido en absoluto y dudaba mucho que lo fueran a hacer hasta que pudiera dormir toda una noche seguida. Encogiéndose ligeramente de hombros se ajustó la toalla al tiempo que hacía un rápido recorrido con la mirada por el baño viendo que no le quedaba nada de importancia, la ropa sucia ya la recogería después. Alcanzó la manilla de la puerta y la giró, empujando para volver a la habitación. El aliento se le atascó en la garganta ante la visión de un desconocido tendido cuan largo era en su cama.

—¿Qué...? —murmuró Erika echando un vistazo a su alrededor, buscando una posible explicación a aquel hombre tendido en su cama.

La chica no emitió un solo sonido mientras se detenía a contemplar atónita aquel extraño hallazgo. Reconocía el sombrero tejano que ocultaba parcialmente la cara del desconocido, como tampoco se había olvidado del amplio y musculoso pecho que se adivinaba bajo la camisa, ni las largas

piernas enfundadas en unos gastados vaqueros. Era el mismo hombre que la había asustado en el pasillo y que le había ayudado con la maleta.

Parpadeó varias veces, su boca abierta, aquello no podía estar pasándole a ella. Su mirada voló rápidamente a su alrededor buscando una posible arma, su bastón estaba junto al cabezal de la cama, al igual que su maleta y su neceser, lo único que tenía a mano era la televisión y el mando a distancia. Optó por el mando.

Con su improvisada arma en una mano y la otra agarrando con fuerza la toalla se deslizó un par de pasos hasta la cama, lo justo para empujar un par de veces una de las botas tejanas con puntera de metal del hombre antes de retroceder nuevamente apuntándole en todo momento con el mando a distancia.

—¡Oiga! ¡Eh! ¡Usted! —exclamó en voz alta sin dejar de apuntar al hombre con la improvisada arma, al tiempo que calculaba la distancia que la separaba de la puerta principal en caso de que necesitara huir. *Como si pudieras echar a correr*, la aguijoneó su conciencia.

Los labios del hombre se extendieron en una sonrisa enfatizando el rastrojo de barba que cubría su bigote. Con movimientos perezosos se llevó una mano al sombrero que le cubría parte de la cara y lo levantó lo justo para ver unos profundos ojos violetas que lo miraban desconfiados. La sonrisa de Dakota empezó a desvanecerse de sus labios, siendo reemplazada por una genuina sorpresa y profunda admiración cuando posó sus ojos sobre aquella pequeña fémica semidesnuda que le apuntaba con el mando de la televisión desde los pies de la cama.

—Vaya —murmuró arrastrando un silbido que acompañaba a la perezosa inspección de su mirada.

Ella lo miraba con desconfianza, sus ojos volaban de él a la puerta principal como tanteando sus posibilidades de escape. Dakota realmente se quedó sin palabras, lentamente, muy lentamente, empezó a incorporarse en la

cama hasta terminar bajando las piernas hacia un lateral y sentarse siempre bajo la estática mirada de la pequeña fémina. Era pequeña, no creía que le llegara ni a los hombros, la enorme toalla envolvía un cuerpo de curvas llenas y pronunciadas, el pelo le caía en mojados mechones sobre los hombros ondulándose por sí solo, unos pequeños y delicados pies asomaban bajo la parte baja de la toalla, inquieta, nerviosa. Todavía le maravillaba que lo mirase a él, directamente a él.

—Esto es lo que se escondía bajo aquel horrible abrigo —murmuró Dakota por costumbre.

Erika dio un paso en dirección a la puerta principal, su mirada no se separó un solo instante de él.

—No, espera —se levantó de golpe, estaba dispuesto a cortarle el paso si era necesario. Quizás no pudiera detenerla, pero se aseguraría que no abandonara la habitación... Al menos de momento. Erika lo amenazó con el mando a distancia.

—De un paso más y se lo lanzo —exclamó ella al tiempo que se echaba hacia atrás con demasiada rapidez.

Erika soltó un pequeño grito cuando la rodilla izquierda le venció haciéndola caer al suelo. El mando a distancia salió disparado al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas por el lacerante dolor que la había atravesado en un instante, sus manos volaron inmediatamente hacia su pierna lastimada al tiempo que empezaba a sisear entre dientes.

El desconocido se acercó lentamente a ella, con movimientos lentos como si tuviese miedo de asustar a un pequeño animal herido. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo se acuclilló a su lado.

Erika aferró con fuerza la toalla contra su pecho volviéndose a mirarle con ojos llameantes.

—Es todo culpa suya, maldito estúpido —escupió entre lágrimas de dolor.

Dakota no respondió, simplemente extendió una mano hacia la pierna que ella protegía, pero antes de que pudiera alcanzarla Erika abofeteó su mano.

Aquello fue el comienzo de todo.

Erika jadeó como si la hubiesen atravesado con un rayo arrebatándole todo el aire de los pulmones por un minúsculo instante, sus ojos se oscurecieron y agrandaron mientras Dakota caía sentado en el suelo mirándose atónito la mano que ella había golpeado.

—¿Qué... qué ha sido eso? —se preguntó él en voz alta, mirando ensimismado su mano.

—Oh, joder —jadeó Erika parpadeando varias veces al tiempo que recuperaba la respiración.

Dakota la observó arrastrarse lentamente hacia él y extender nuevamente su mano, por instinto él intentó echarse hacia atrás, pero ella parecía más que decidida a tocarlo. Sin saber cómo se encontró con aquella pequeña mujercita semi arrodillada entre sus piernas, sus pechos asomando ligeramente por la toalla que se había aflojado y la palma de su mano derecha apoyada totalmente contra su corazón.

—No late —respondió ella alzando la mirada hacia él con una... ¿Sonrisa?

Atónito por el desarrollo de los acontecimientos, Dakota solo pudo quedarse sentado donde estaba, observando como aquella pequeña morena se moría de la risa delante de él. Sí, se estaba riendo, de su pecho salían profundas carcajadas que sacudían su menudo cuerpo.

—¿Puedo saber que te hace tanta maldita gracia? —su sorpresa había dado paso a una incómoda sensación.

Ella negó con la cabeza mientras reía. Dakota estaba empezando a pensar que aquella pequeña estaba realmente loca cuando vio que empezaba a alternar las risas con las lágrimas que empezaban a correr por sus mejillas.

Entonces ella levantó esos enormes ojos violetas dejándolo sin respiración

al ver el dolor que cruzó un instante por ellos, un dolor que conocía muy bien, porque era el suyo.

—Esto no puede estar pasándome —murmuró negando con la cabeza—. Tú no eres real, no puedes serlo. Es un truco, ¿verdad?

—¿Quién eres tú? —preguntó él mirándola totalmente desconfiado.

Erika sacudió nuevamente la cabeza para limpiarse a continuación el rastro de las lágrimas que mojaba su cara. Su pecho todavía se sacudía en débiles hipidos.

—Esa no es la pregunta correcta, amigo —respondió ladeando la cabeza para mirarlo—. La pregunta es, ¿necesito que me encierren en un psiquiátrico?

Dakota arqueó una ceja ante el tono desesperado de su respuesta, aquellos ojos violetas no dejaban de observarlo como si fuese un nuevo espécimen al que estudiar. Teniendo en cuenta que él era un fantasma y que ella era la primera persona con la que podía comunicarse, el examen podría darse también a la inversa.

CAPÍTULO 3

—¿Una redentora de almas? —preguntó la suave e infantil voz—. ¿Qué es eso?

Una enorme mano de piel ya oscurecida por los años se posó sobre la cabecita llena de rizos negros de la niña, la mirada de un azul grisáceo recorrió lentamente aquella habitación de hospital colocando una mueca de desagrado en los fruncidos labios de una cara curtida por la edad, el espeso bigote que ocultaba el labio superior empezó a moverse al compás de las palabras.

—La Redentora de Almas —respondió una voz ronca, atenuada con un ligero acento sureño—. Solo nace una de tanto en tanto en nuestra familia, tu bisabuela fue la última y ahora tú has heredado su don... O maldición.

La niña miró al hombre sentado al lado de su cama con sus enormes ojos violeta, sus manitas se perdían en la enorme y curtida mano de él.

—¿Maldición? ¿Qué es una maldición, abuelo? —preguntó la niña revolviéndose en la cama al tiempo que se volvía y miraba a su alrededor—. Quiero irme a casa, no me gusta estar aquí.

La enorme mano que acariciaba los rizos de la niña bajó a su barbilla obligándola a girar el rostro hacia el hombre.

—Escúchame Erika, ahora puede que no lo entiendas pero tienes un maravilloso don en tus manos —le explicó una vez tuvo la atención de

aquellos enormes ojos violetas—, tienes el poder de ayudar a quienes se encuentran perdidos en la eternidad, el poder de liberar un alma atrapada para que pueda continuar su camino. Tus ojos verán cosas que nadie más verá, tus oídos oirán a aquellos que nadie más oye, pero solo aquellos que realmente necesiten de guía se presentarán ante ti.

—Abuelo, tengo hambre —respondió la niña arrugando su linda carita—.
¿Cuándo nos vamos a casa?

El hombre sonrió y cogió a su nieta en brazos.

—Pronto, tesorillo, pronto.

Erika apretó con fuerza la toalla alrededor de su cuerpo, apartó un par de molestos mechones húmedos de la cara y reculó hacia la pared sin perder de vista ni un solo momento los movimientos del hombre...er...fantasma. El vaquero se había puesto lentamente en pie sin perder en ningún momento el contacto visual, como si temiera que el dejar de mirarla la hiciera desaparecer. Su escrutinio la estaba poniendo nerviosa, más nerviosa aún de lo que ya estaba al encontrarse en aquella extraña circunstancia.

—Te agradecería que dejaras de mirarme así —murmuró cerrando con fuerza los dedos en la toalla que sujetaba, apoyando su mano libre en la pared intentó ponerse en pie.

Si bien no obtuvo respuesta, lo observó caminar hacia ella con pasos lentos, fluidos, como si apenas tocase el suelo. Sus ojos bajaron un instante a sus botas, sí, definitivamente estaba tocando el suelo. Pareció vacilar cuando estuvo ante ella. Si ya era bastante impresionante por sí solo, el verlo sobre ella la hacía sentirse ridículamente indefensa y no le gustaba.

—Y ya de paso, puedes quedarte también a cien metros de distancia como mínimo —farfulló tensándose cuando lo vio agacharse lentamente hasta quedar acuclillado delante suyo, su mirada iba de ella a su mano—. O mejor aún,

vuelve a tu tumba.

Dakota se sobresaltó ante la respuesta de ella, sus labios se estiraron en una divertida sonrisa.

Erika se tensó, sus ojos se entrecerraron sobre él.

—Enhorabuena, sabes captar la ironía —le respondió haciendo fuerza con la mano en la pared y en la rodilla sana para levantarse.

—Tienes una lengua afilada, señorita —fue su divertida respuesta. Al volverse a él, Erika vio su mano tendida y lo miró con desconfianza un instante antes de apoyarse en la pared y extender vacilante su mano. Él retiró ligeramente la suya cuando sus dedos estaban a punto de tocarse, en sus ojos había cierto recelo—. No me llevaré otra descarga de lo que quiera que haya sido eso si te toco otra vez, ¿verdad?

Erika alzó la barbilla y adoptó un gesto de suficiencia.

—No —respondió con voz firme, su mirada prendió la suya al responderle—. Será diez veces mayor.

Le vio esbozar una divertida sonrisa antes de cogerla de la mano y rodear su cintura con la otra atrayéndola hacia él mientras la ponía en pie. Erika jadeó por la sorpresa y la inesperada sensación de tener su menudo cuerpo semidesnudo apretado contra la dureza del suyo.

—Algunas veces, vale la pena correr el riesgo —murmuró él saboreando la sensación del suave cuerpo femenino contra el suyo.

Repentinamente consciente de la intimidad del momento, Erika retrocedió apartándole con las manos. Aquel movimiento provocó que la toalla que había estado aferrando con tanto celo empezara a deslizarse lentamente por su cuerpo.

—La toalla —murmuró él, su voz profunda y sensual, sus manos reteniendo la toalla a ambos lados de sus pechos desnudos, su mirada clavada en la de ella. Sus ojos no se separaron de los de ella mientras envolvía correctamente

la toalla alrededor de su cuerpo—. No creo que apreciaras el quedarte desnuda ante mí.

El tono de burla en su voz hizo reaccionar por completo a Erika. Sus mejillas empezaron a colorearse, sus labios se fruncieron con fuerza y sus ojos adquirieron un brillo amenazador antes de dar un paso a un lado y aferrar nuevamente la toalla al tiempo que señalaba la puerta de la entrada.

—¡Fuera! ¡Largo! —exclamó en voz alta, sin llegar realmente a gritar—. ¡Sal inmediatamente de mi habitación!

Dakota sonrió ampliamente.

—Verás, cariño, resulta que también es mi habitación —respondió en lo que a Erika le pareció un ronroneo—. Y te gano en antigüedad.

—No desde que estás muerto, tío —respondió ella taladrándolo con la mirada—. ¡Fuera!

Dakota se lamió inconscientemente el labio mientras paseaba la mirada de manera perezosa por el cuerpo femenino antes de llegar a sus tormentosos ojos violeta. Ella era deliciosa, una inyección de adrenalina en su monótona existencia.

—Le das demasiada importancia a ese pequeño detalle —respondió ladeando la cabeza antes de preguntarle—. ¿Quién eres realmente? ¿Qué eres?

Erika apretó todavía más los labios, su mirada no abandonaba en ningún momento la suya. Dakota respiró profundamente, enderezándose. Era decidida, valiente. Perezosamente se llevó las manos a los bolsillos y caminó hacia ella haciendo que se tensara y lo apuntara con un dedo a modo de amenaza.

—No des un paso más y lárgate —lo amenazó.

Dakota se detuvo a escasos centímetros de ella, su cuerpo masculino y duro dominando el suyo, su mano extendida interponiéndose entre los dos. Su voz fue un susurro sensual y peligroso.

—¿Quién eres tú? —preguntó mirándola a los ojos, su mirada bajó un

instante a la mano que le rozaba la camisa y volvió a ascender a su cara—. ¿Por qué puedes verme, oírme e incluso tocarme?

Erika se enderezó, estaba asustada pero no pensaba darle la satisfacción de saber que él era la causa. Respirando profundamente para darse fuerzas, le respondió.

—Porque tu alma, espíritu o como quieras llamarlo, ha estado pidiendo ayuda a gritos —respondió sin apartar su mirada de los ojos intensos ojos azules de él—. Y yo soy la única a la que puede recurrir.

Dakota se tensó un instante antes de que ella concluyera.

—Soy la Redentora de Almas.

Un incómodo silencio se instaló entre ambos. Erika juraría que casi podía oír los latidos de su propio corazón mientras permanecía allí de pie mirando al sorprendido vaquero, su mente corría a toda velocidad intentando analizar y clasificar todo lo que había ocurrido en apenas unos minutos. *“Vale, estoy plantada aquí, medio desnuda, delante de un tío impresionante que para mi mala suerte está muerto, muy muerto. He posado la mano sobre su corazón y no latía. Él no existe, no importa lo bueno que se vea, es un fantasma. Él está muerto Erie y tú tienes un monumental problema”*

—Fantástico —suspiró dejando vagar la mirada sobre Dakota—. Qué desperdicio.

Dakota frunció el ceño atrayendo la atención de Erika quien alzó la mirada hasta encontrarse con la de él.

—No acabo de decir eso en voz alta —murmuró cerrando los ojos con fuerza totalmente avergonzada—. ¿Verdad?

Dakota esbozó una ligera sonrisa.

—Sí, lo has hecho —aseguró él sin apartar la mirada de la chica que tenía ante él. Fuese una leyenda o una simple médium, la había tocado, había sentido su pequeño y suave cuerpo contra el de él, le escuchaba, le hablaba. Aquello

era suficiente para poner su eternidad patas arriba.

—Genial —aseguró la chica llevándose una mano a la frente—. Esto me supera. Porque no me haces, y te haces, un favor y...

La mano del hombre ascendió perezosamente hasta el sombrero, sus dedos se cerraron un instante sobre el borde delantero moviéndolo ligeramente para acomodarlo a su gusto. Una Redentora de Almas. Dakota la observó detenidamente mientras ella farfullaba y empezaba a poner de nuevo distancia entre los dos. Sus recuerdos estaban algo oxidados pero la historia de la sanadora de espíritus había sido una leyenda, un cuento que había oído alguna vez en su infancia... Jamás pensó que ella fuera real.

—Una sanadora de espíritus —murmuró Dakota en voz alta siguiendo a la chica con la mirada mientras se desplazaba por la habitación. Curioso que se dirigiera hacia la ventana y no hacia la puerta de principal—. Se supone que eras una leyenda, no puedes ser mi guía.

Erika suspiró y se apoyó en la pared con la mirada perdida en el paisaje que se veía a través de la ventana.

—Todas las leyendas están basadas en algo de realidad —respondió volviéndose lo justo señalándole con un gesto de la mano—. Tú estás muerto, muy muerto y estoy hablando contigo, creo, es eso o estoy teniendo una pesadilla de lo más extraña. Mira tío, esto me está resultando tan raro como a ti, mi corazón está latiendo a mil por hora, tengo la adrenalina a tope y mi cerebro está a punto de hacer cortocircuito tienes suerte de que no me desplome redonda a tus pies...

—Dakota —la interrumpió él.

Erika lo miró sin entender.

—Mi nombre —le respondió él caminando nuevamente hacia ella—. Dakota Williams, Erika.

La chica abrió la boca para luego cerrarla de golpe y entrecerrar los ojos.

—Vale. ¿Cómo sabes...?

—¿Tu nombre? —la interrumpió él. Ella asintió mirándolo con desconfianza—. Me gusta mantenerme informado de quien ocupa mi habitación y quien traspasa la puerta principal de mi propiedad.

Erikaladeó ligeramente la cabeza antes de responderle.

—¿Eso incluye que pensaras que soy una leyenda y no real? —le aseguró ella con ironía.

Dakota la recorrió de arriba abajo con una mirada sensual antes de responder.

—A mí me pareces bastante real, tesoro.

Erika no pudo evitarlo y se echó a reír, aquello era demasiado para ella.

—Esto me está superando, en serio, tengo que sentarme —aseguró dando un par de pasos hacia la cama—. Tú tampoco tendrías que ser real, yo debería seguir feliz en mi ignorancia y no verte, ni oírte... Ignorarte por completo... Tendrías que ser producto de mi hiperactiva imaginación y no... real... No deberías de haber acudido a mí.

Dakota se hizo a un lado para dejar que ella se acercase a la cama donde se sentó. El movimiento hizo que la toalla que la cubría se deslizase mostrando parte de sus pechos y suaves muslos, puede que estuviese muerto, pero maldita sea, su cuerpo seguía reaccionando como cuando estaba vivo. Dejando de lado sus bajos instintos, volvió a concentrarse en el rostro de la chica, unas medialunas de color oscuro se dibujaban bajo sus ojos.

—¿A ti te supera? —se burló él haciendo un gesto como queriendo englobar todo a su alrededor—. Tú eres el primer ser humano con el que tengo realmente contacto en... Demasiado tiempo.

Erika esbozó una divertida sonrisa.

—Bueno, tú también eres el primer fantasma con el que tengo contacto directo en... —respondió ella frunciendo el ceño como si estuviese

calculando el tiempo un segundo antes de volverse a él—. Sí. Me lo estoy tomando bastante bien dadas las circunstancias —levantando el pulgar por encima del hombro señaló hacia la puerta principal—. Lárgate.

Dakota la miró durante unos segundos intentando poner en orden sus propios pensamientos. Parecía cansada, agotada de hecho y él necesitaba respuestas que no obtendría si seguía presionándola, no en aquel momento. Tomando una profunda respiración se acercó a ella, inclinándose hasta quedar a la altura de sus ojos.

—Me iré —aceptó, su mirada fue de ella a la habitación para luego volver a mirarla—, pero volveremos a encontrarnos.

Ella se perdió por unos instantes en aquellos brillantes ojos azules que habían visto pasar interminablemente el tiempo. Su voz salió en un murmullo cuando habló.

—Lo sé.

Dakota asintió antes de levantarse, le dedicó un saludo llevándose un par de dedos al sombrero y dio media vuelta para marcharse. Erika se llevó la mano a la toalla que se le aflojaba en el pecho y se volvió para responderle.

—La próxima vez... —las palabras de Erika quedaron ahogadas al encontrarse nuevamente sola en la habitación—. Llama antes de entrar.

Su mirada recorrió la habitación para luego fijarla en sus manos enlazadas en el regazo.

—Enhorabuena, Erie —susurró para sí—. Acabas de conocer a tu primer fantasma.

CAPÍTULO 4

Quizá, después de todo, no había sido tan buena idea mencionar el nombre de Dakota Williams. La gente tendía a comportarse de manera extraña una vez lo oía. Volvió a mirar a la recepcionista, quien le dedicó una nerviosa sonrisa mientras echaba miradas furtivas en dirección al corredor del área privada de la casa. Se había comportado así desde que había dejado caer el nombre como por azar.

Cuando se había dado la vuelta para decirle al extremadamente sexy y desconocido hombre que había aparecido en su habitación resultando ser nada más y nada menos que un fantasma que la próxima vez llamase antes a la puerta, se había encontrado completamente sola en la habitación. Todavía recelosa y poco dispuesta a creer en los cuentos que desde niña le había inculcado su abuelo paterno había recorrido la habitación, el baño e incluso había salido al pasillo envuelta en una toalla para ver si había rastro del hombre. Se había esfumado, literalmente.

Erika se llevó ambas manos a las sienes. El dolor de cabeza empezaba a remitir después del calmante que se había visto obligada a ingerir, estaba dispuesta a apartarse de una vez y por todas de las malditas pastillas que le habían recetado después de la segunda operación. La medicina natural era una buena alternativa, al menos no la doparía ni saturaría su organismo dejándola parcialmente drogada. Era algo que se debía a sí misma, debía empezar a pensar más en sí misma, ser un poco egoísta... Si tan solo fuera tan fácil hacerlo como decirlo.

Vestida con unos gastados vaqueros y un suéter color tostado que dejaba sus hombros parcialmente al descubierto, se secó rápidamente el pelo con el secador de viaje y se lo ató a ambos lados del cuello en dos rizadas coletas.

Ahora no había nadie que le dijera que era demasiado mayor para recogerse el pelo de aquella manera, nadie que la mirara y dijese que aparentaba más de los veintisiete años que tenía, en definitiva, nadie que la lastimase con sus lacerantes palabras.

Sonriendo a la imagen del espejo, se volvió hacia la cama para sentarse y ponerse unas cómodas zapatillas deportivas, si tenía que volver a bajar y subir ese infernal tramo de escaleras, lo haría de manera cómoda.

Apenas había traspasado el umbral que llevaba al recibidor cuando un par de chicos pasaron corriendo a su lado gritando y riendo. Por la puerta principal entraba un grupo de tres adolescentes que reían y bromeaban entre ellas, algunas con mochilas o arrastrando pequeñas maletas, había gente que se saludaba o abrazaba, un hombre leyendo el periódico en una esquina apartada. La sala bullía de actividad.

Erika respiró hondo y se animó a acercarse al mostrador de recepción donde la misma mujer que la había atendido a su llegada conversaba alegremente con una pareja.

—Estoy segura que Jason llegará antes de lo que esperan —aseguraba la recepcionista con una agradable sonrisa que invitaba a conversar. Su mirada fue de uno a otro miembro de la pareja—. Tiene que probar la sopa de marisco que ha hecho Mary, Señora Everhall, uno de los huéspedes le ha traído la nueva receta y está entusiasmada con el resultado.

—Oh, ahora que lo mencionas, tendré que hablar con Mary, sé lo mucho que le gustan las rosas y mi hijo nos ha traído una nueva variedad que estoy segura le encantará —aseguró la mujer con un suave acento que indicaba que el inglés no era su idioma habitual volviéndose hacia su marido—. Metimos la nueva planta en el coche, ¿verdad?

El hombre sonrió, en su mirada se reflejaba el cariño que sentía hacia su mujer.

—No me habrías permitido olvidarlo, Lisa, fue lo primero que metiste en el asiento de atrás —le aseguró con un marcado acento sureño, su mirada fue de su esposa a la recepcionista—. Mientras tú charlas con Mary Rose, iré a echar un vistazo por ahí.

Erika vio sonreír a la mujer y volverse hacia la recepcionista para seguir con su conversación. Alta y delgada, vestida con un elegante traje de chaqueta y pantalón en tono morado, llevaba el espeso pelo rubio oscuro recogido en un impecable moño. Rezumaba elegancia por los cuatro costados y al mismo tiempo había algo en ella que la hacía accesible. Erika no podía explicar el qué, pero le recordaba a su propia madre.

Los ojos verdes de la mujer se volvieron lentamente en dirección a Erika como si presintiese que la había estado observando. Una suave y amable sonrisa extendió sus labios iluminando sus ojos, con una ligera inclinación de cabeza a modo de saludo extendió su atención a la recepcionista.

—Creo que ya he charlado suficiente por hoy —respondió la dama, su mirada fue de la recepcionista a Erika—, por favor, no se cohíba por mí.

—Oh, no... Lo siento —se excusó Erika ligeramente avergonzada—. Discúlpeme, no quería interrumpir.

—No se preocupe, a veces necesito que la gente me recuerde que hablo demasiado —aseguró la mujer riendo suavemente mirando a la recepcionista para luego volverse a Erika—. Es la primera vez que viene a los Robles, ¿verdad? No me parece haberla visto antes por aquí y me acordaría si así hubiese sido.

—Sí, es la primera vez que vengo —aceptó Erika relajándose un poco, había algo en aquella mujer que invitaba a la confianza—. Es un lugar hermoso.

—Sí, creo que en eso estamos todos de acuerdo —asintió la mujer con una amable sonrisa al tiempo que le tendía la mano—. Soy Elisabeth Everhall.

—Erika Connors —respondió tomando brevemente la mano de la mujer.

—Bueno, no la entretengo más —se excusó la mujer con una sonrisa antes de volverse a la recepcionista— Después me pasaré por la cocina para hablar con Mary, querida.

—Estará encantada de verla, Sra. Everhall —aseguró la sonriente recepcionista.

La mujer asintió y se volvió a Erika.

—Espero que volvamos a coincidir —comentó a modo de despedida.

—Será un placer —aceptó Erika con una ligera inclinación de cabeza, observando cómo se alejaba.

—Es una mujer muy agradable, pero muy parlanchina —oyó que decía la recepcionista a sus espaldas.

Erika se volvió hacia ella y asintió con una sonrisa.

—Eso parece —aceptó acercándose lentamente al mostrador—. Quería preguntarle sobre uno de los huéspedes, creo que ha habido una confusión sobre las habitaciones o algo.

Erika observó como la recepcionista parecía sorprenderse un instante antes de dedicarle toda su atención. Necesitaba saberlo, necesitaba comprobar que aquel desconocido no era un estúpido huésped tratando de hacerle una broma pesada. *Claro, que todos los huéspedes saben qué es una Redentora de Almas...* La aguijoneó su conciencia. Si era lo que decía ser, lo que su instinto le decía que era, su vida no iba a hacer otra cosa que complicarse todavía más.

Con un resignado suspiro se animó a continuar.

—Nos hemos encontrado por casualidad en el pasillo y creo que nos asignaron a los dos la misma habitación —explicó Erika relatando el suceso como un divertido equívoco—. Me dijo que iba a cerciorarse personalmente y bueno, como no he tenido noticias, preferiría que me confirmasen mi reserva.

Estoy segura que el señor Dakota Williams ha debido hacerlo ya y encontrar su habitación.

La reacción de la recepcionista al oír el nombre del alto e impresionante cowboy fue realmente interesante, su sonrisa se esfumó casi al instante, sus amables ojos castaño se abrieron desmesuradamente y sus labios se movieron en un imperceptible gesto. Erika permaneció a la espera sin dar señales de que se había dado cuenta del cambio en la recepcionista, quien pasado el momento de sorpresa se había puesto a mirar de manera nerviosa en el ordenador.

—Creo que no tenemos hospedado a ningún Dakota Williams, señorita —murmuró la mujer intentando recomponer su ánimo.

Erika fingió vacilar.

—Um... Quizás me equivoqué de nombre —le respondió con una sonrisa inocente.

Sí, claro. Y el corazón bajo tu mano latía.

—¿Podría confirmarme mi reserva? Está a nombre de Erika Connors.

La recepcionista asintió volviéndose hacia el ordenador, su mirada bajó a la pantalla al tiempo que sus dedos paseaban rápidamente sobre el teclado y asentía repitiéndole a Erika los datos que le habían dado en la reserva.

—... y según eso sería en el tercer piso, en el corredor de la izquierda, la última habitación del corredor —concluyó la mujer en la que todavía se advertía cierto nerviosismo.

Con un suspiro que simulaba alivio, Erika asintió y sonrió con cortesía a la recepcionista.

—Gracias —le agradeció apoyándose en el bastón para equilibrarse—. Ha debido haber un malentendido por parte del Sr. Williams. Es posible que incluso se haya equivocado de piso.

—Suele ocurrir —fue la escueta respuesta de la mujer. Pese a todo, no perdía la sonrisa.

Erika paseó la mirada desde la mujer hacia la puerta principal.

—El día se ve realmente apetecible para pasear, ¿verdad? —comentó antes de volverse nuevamente a la recepcionista—. No quiero importunarla más pero no estoy muy segura de cuáles son los horarios del comedor. Es la primera vez que estoy por aquí y por lo que he oído, no sería nada inteligente perderse la cena.

La recepcionista correspondió a la suave e inocente sonrisa de la pequeña morena y se volvió, dándole brevemente la espalda mientras extraía unos folletos de un cajón. Depositándolos sobre el mostrador y ayudándose de un bolígrafo le mostró a Erika el horario de las actividades.

—La cena se sirve a partir de las nueve —explicaba la mujer marcando los datos con el bolígrafo—, y aquí puede ver los horarios de las distintas comidas. Este otro es el programa de actividades de que dispone el hotel, quizás pueda llegar a interesarle alguna.

Erika observó detenidamente las explicaciones que hacía la mujer sobre el papel, el cambio de conversación había hecho que la recepcionista abandonara su tensión inicial, pero no del todo. Con un movimiento de cabeza, Erika recogió los panfletos y dio las gracias a la recepcionista antes de dar media vuelta y cojear hacia la puerta principal.

El corazón todavía le latía a ritmo desenfrenado, la pregunta de aquella mujer la había cogido completamente desprevenida. Sin apenas darse cuenta estaba negando con la cabeza. Era una persona práctica, el dejarse llevar por fantasías nunca conducía a ningún lado. Una mano posada al descuido sobre su brazo hizo que se sobresaltara volviéndose inmediatamente hacia la causante de aquello.

Shadow fruncía el ceño sorprendida ante su reacción. Su mirada siguió un instante la de ella hasta ver desaparecer por la puerta a la mujer morena que caminaba apoyándose en un bastón. Luego volvió a mirarla arqueando una ceja

a modo de pregunta

—¿Ocurre algo? —preguntó la adolescente.

La recepcionista negó con la cabeza antes de sonreírle.

—Nada —respondió.

—¿Nada? Un “nada” no habría puesto en tu cara esa expresión que tenía Bruce Willis cuando el niño le dijo “En ocasiones veo muertos” —dramatizó la alta adolescente rubia.

—Realmente, no soy yo la que dice haber visto uno —murmuró la mujer en voz baja volviendo a concentrarse momentáneamente en el ordenador.

Shadow entrecerró los ojos ante el extraño e inusual aire de misterio que rodeaba a Mary Rose. La recepcionista era por regla general la persona más alegre y adorable del hotel, así como también la persona más práctica que había conocido en sus casi dieciséis años de vida. Aquel aire de misterio no era propio de ella.

Alentada por el inusual comportamiento de la mujer rodeó el mostrador hasta quedar a su lado.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó quedándose a su lado.

Mary Rose se encogió de hombros mientras se inclinaba sobre el teclado y examinaba atentamente la pantalla del ordenador.

—Una huésped acaba de pedirme que le confirmara la reserva de su habitación, parece que ha tenido un percance con un hombre que aseguraba tener la misma reserva —respondió restándole importancia.

Shadow volvió la mirada hacia la puerta principal pensando en la pequeña morena que acababa de salir.

—¿Y qué tiene eso de raro? —preguntó, volviéndose hacia Mary Rose.

—Ha mencionado el nombre de ese hombre —respondió la recepcionista reprimiendo un escalofrío mientras miraba la pantalla—, Dakota Williams.

Los ojos de Shadow se abrieron desmesuradamente, su boca empezó a

moverse pero de sus labios no escapó ni una sola palabra. Su mente corría a toda velocidad mientras la noticia impactaba directamente en su cerebro, una indescriptible alegría se mezcló con una repentina frustración. Una huésped... Una extraña, alguien totalmente desconocido. Empezó a menear la cabeza.

—No... Tiene que tratarse de un error —aseguró Shadow en un susurró en voz muy baja, sus ojos brillaban reflejando las múltiples emociones que habían hecho presa en ella. Su mirada voló inmediatamente hacia la recepcionista quien todavía le daba la espalda, disimulando el nerviosismo interior con una risita añadió—. Es absurdo.

Mary Rose se volvió hacia ella y asintió mirándola con cierto orgullo.

—Por supuesto que lo es —aseguró ya más convencida—. Lo más seguro es que haya entendido mal el nombre, ni siquiera estaba segura de que fuese ese...es solo... Me sorprendió.

La recepcionista sacudió la cabeza como intentando despejarse.

—Las historias de fantasmas son para los viejos y los niños —respondió como si el decirlo en voz alta le diese la convicción que necesitaba.

—Sí —susurró Shadow apartando la mirada. Lo había prometido, se había obligado a prometerse a sí misma que todo aquello había terminado, ya no más fantasías infantiles, no más absurdas esperanzas. Mary Rose tenía razón, las historias de fantasmas eran para los viejos y los niños.

¿Y por qué entonces te sientes tan traicionada?

Sacudiendo la cabeza para ahogar su propia conciencia se volvió nuevamente hacia Mary Rose.

—Tía Janet quiere que compruebes la reserva del señor Alan, por si decide dejarse caer —le informó poniendo los ojos en blanco ante el contenido del mensaje—. Como si no fuera a hacerlo.

La reacción de Shadow hizo sonreír a Mary Rose y secretamente la tranquilizó. La mujer había conocido a la adolescente unos cuatro años atrás

cuando había entrado a formar parte de la plantilla del hotel. Era la nieta de los dueños del antiguo edificio, consentida y amada por su familia después de la prematura muerte de sus padres en un accidente de coche. Había crecido empapándose de la historia local y de todas las maravillas que podía encontrar dentro de las páginas de algún libro. Mary Rose la había visto a menudo paseando entre los rosales del jardín que su madre tanto se había esmerado en cuidar con un libro entre las manos, o simplemente hablando sola... O con las rosas.

Dakota. Ese nombre había estado siempre presente en su vida. El nombre de un fantasma. De un cuento infantil.

Sacudió la cabeza para despejarse la mente y sonrió mirando a Shadow. Ya era toda una mujer, en pocas semanas cumpliría los dieciséis y como toda adolescente estaba más interesada en el último actor de moda, en la camiseta que había visto en el centro comercial, o en lo guapísimo que era tal o cual chico... El tiempo de los amigos imaginarios había pasado.

—¿Crees realmente que toda esa representación del “viejo mundo” impresiona a alguien? —dijo Shadow cruzándose de brazos—. Yo creo que no. Es más, nadie con semejantes chalecos impresionaría a nadie.

Mary Rose se echó a reír.

—Oh, no sé, Shady —se burló la recepcionista—. Tú pareciste bastante impresionada la última vez.

Shadow hizo un mohín.

—Como para no estarlo, casi me quedo ciega con el amarillo limón de su chaleco, al menos así fue hasta que vi que las manchas verdes sobre este eran dibujos de ranas —Shadow sacudió la cabeza, su espeso pelo rubio voló al compás de sus movimiento—. Prefiero no saber que traerá esta vez.

Mary Rose negó con la cabeza antes de alzar la mirada y sonreír a la nueva pareja que se acercaba al mostrador.

—Dile a Janet que no se preocupe, ya me he encargado de reservar la misma habitación de siempre para el Sr. Wells —le respondió empujándola fuera de su lugar de trabajo—. Y ahora vete que no me dejas trabajar.

Shadow arqueó una fina ceja rubia y sonrió con picardía.

—¿Ah? ¿Pero a eso le llamas trabajar?

Mary Rose abrió la boca para protestar, pero Shadow ya se alejaba riendo en dirección a la puerta principal. Con un suspiro y una agradable sonrisa en sus labios se volvió hacia los recién llegados.

—Peter, Max, que agradable teneros de nuevo por aquí —los recibió con su habitual sonrisa de vuelta en el rostro.

CAPÍTULO 5

Erika suspiró al escuchar por segunda vez el buzón de voz. Su mirada recorrió con lentitud los enormes árboles que se extendían formando una hilera a su derecha, su bastón se hundió nuevamente en la gravilla del suelo haciendo un crujido mientras la suave brisa de la tarde jugaba con algunos mechones de su pelo, su nariz captó enseguida un penetrante y delicioso aroma a rosas envuelto en el aire.

Frunció el ceño al escuchar un nuevo pitido en el teléfono.

—Frank, llámame en cuanto oigas este mensaje —respondió con sequedad—. Es importante, necesito... —sus dedos se crisparon un instante alrededor del teléfono. Erika dejó escapar un suspiro, sus próximas palabras fueron más suaves y urgentes—. Abuelo, está ocurriendo de nuevo, necesito... —vaciló de nuevo—. Llámame, ¿de acuerdo?

Erika cerró la tapa del teléfono cortando así la conexión y suspiró. No estaba segura de haber hecho lo correcto, pero era la única persona a la que podía recurrir con algo así. Su familia no lo entendería. Nunca lo habían entendido.

—Solo espero no estar volviéndome loca yo también —musitó apretando el teléfono un instante antes de llevárselo al bolsillo trasero del pantalón y deslizarlo en su interior.

Apoyada en su inseparable bastón caminó lentamente por el sendero de grava que rodeaba el enorme edificio, la fila de árboles que se extendía a su derecha continuaba unos cuantos metros más hasta encontrarse con lo que

parecía ser un cercado. Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó el folleto que le había dado la recepcionista. Además de los horarios del comedor había un pequeño plano de cómo estaba distribuida la parcela, así como también un resumen de las posibles actividades que se podían desarrollar.

Las caballerizas. El cerco que empezaba tras los árboles era el de las caballerizas. Inconscientemente, bajó la mirada a su pierna e hizo una mueca. Le encantaban los caballos, de hecho, le gustaba todo lo que no se arrastrase y escupiese la lengua, y las arañas tampoco eran lo suyo. Aunque era práctica, nada de gritos histéricos para Erika, una buena zapatilla era una solución espléndida.

El aroma de las flores se hacía más fuerte una vez dejó el lateral del edificio tras ella. Una gran variedad de colores se mezclaban en una pequeña parcela de jardín, apretados capullos amarillos, otras en color blanco totalmente abiertas. Los rosales se veían exuberantes llenándolo todo de color y delicioso aroma. Erika acarició los pétalos de una de las flores con las yemas de los dedos, era pura seda al tacto. Sonriendo se inclinó ligeramente para aspirar su aroma, cerrando los ojos, absorbiendo y memorizando su fragancia.

Un repentino escalofrío le subió por la espalda, sus dedos se cerraron sobre el puño del bastón al tiempo que el estómago se contraía al captar un sutil aroma de algo totalmente distinto a las rosas. Cuero. Hombre. Arrolladora masculinidad. ¿Cómo era posible? Antes de darse la vuelta ya sabía lo que se encontraría, pero no estaba preparada para esa mirada, para esos inquisitivos y viejos ojos azules que tanto habían visto. Realmente, nunca estaría preparada.

Parpadeó un par de veces intentando que la aparición se esfumara, pero no dio resultado. Con un suspiro de rendición se incorporó y lo enfrentó.

—Tenía la esperanza de que fueses una alucinación causada por el estrés o la asquerosa comida del avión —fue el saludo de bienvenida de ella.

Dakota respondió con un amago de sonrisa, todavía le resultaba extraño y totalmente asombroso el que pudiera comunicarse con alguien.

—Por suerte para mí, no soy ninguna de la dos cosas —le aseguró alzando el ala del sombrero con un golpecito de los dedos.

—Sí, que afortunado —respondió tomándose un momento para observar al hombre que estaba de pie a escasos pasos de ella—. Así que... Estás muerto.

Erika se encogió interiormente al verlo sonreír, no llegó a despegar los labios pero fue suficiente para que empezase a dudar de su propia cordura. Estaba considerando de un letal atractivo a un hombre que quien sabe cuántos años llevaría muerto. Sacudió la cabeza para apartar aquellos absurdos pensamientos.

—Olvida la pregunta —se retractó con incomodidad.

Dakota caminó lentamente hacia ella, inclinándose para mirarla a los ojos cuando la tuvo frente a él.

—¿Realmente te parezco una alucinación? —su pregunta fue un profundo ronroneo que envió un escalofrío por la columna vertebral de ella.

Erika se retorció instintivamente, la cercanía de aquel... lo que fuese... La ponía muy nerviosa.

—Teniendo en cuenta mi desbordante imaginación, no sabría qué decirte —respondió con un mohín.

El hombre pareció sorprenderse por su respuesta, sus ojos azules se abrieron ligeramente un segundo antes de incorporarse y volver la mirada hacia el hotel.

—No creo que asustar al personal del hotel sea una buena manera de conseguir información —comentó volviendo la mirada nuevamente hacia ella—. Aunque tengo que admitir que sabes cómo sonar convincente.

Erika se encogió de hombros con despreocupación.

—Sí, bueno. No hay mejor mentira que la propia verdad un poco modificada —fue la contundente respuesta de ella.

—Interesante teoría —aceptó él con una leve inclinación de cabeza—. ¿Y qué has descubierto, si puedo saberlo?

Los labios femeninos se estiraron en una irónica sonrisa.

—¿Sabes con quien he hablado y no sabes de qué? —le preguntó con cierto tono de diversión en su voz

—Considérame de la vieja escuela —le respondió él con un ligero encogimiento de hombros—. Ante todo, respeto la privacidad.

Erika se rio sin poder evitarlo.

—Oh, estupendo, un fantasma con buenas maneras —se rió—. Recuérdame cuando vuelvas a aparecerte en mi habitación sin ser invitado.

Dakota correspondió a su sonrisa.

—Esa también es mi habitación, Erika —le respondió pronunciando su nombre. Su acento le daba una extraña cadencia—. Y te gano en antigüedad.

El aire se levantó de repente, moviendo los rosales en flor, inundando el aire con la suave fragancia. Erika observó a Dakota mientras se retiraba los mechones de pelo que el viento había levantado de sus coletas. Su mirada se suavizó.

—¿Llevas mucho tiempo por aquí? —preguntó en un suave susurro.

Dakota asintió levemente con la cabeza.

—El suficiente —aceptó. Su mirada bajó hacia un arbusto a su izquierda, sus dedos acariciaron distraídos la suavidad de un capullo de rosa antes de volver a mirar hacia la fila de árboles que se extendían a espaldas de Erika—. Estaba aquí cuando se plantaron esos árboles.

Erika se volvió para ver los árboles que le señalaba. No entendía gran cosa de árboles, pero si de algo estaba segura es que los enormes troncos de

aquellos colosos no se habían edificado de la noche a la mañana, debían tener al menos cien años o quizás aún más.

—Vaya —respondió Erika arrastrando la primera sílaba antes de volverse de nuevo hacia él—. Así que eres más viejo que la mugre. Enhorabuena. ¿Eso quiere decir que también te libraste de la Guerra de Secesión?

—Morí antes —respondió Dakota con total ironía.

—Que oportuno —dijo con sarcasmo volviendo a observar los enormes árboles—. Después de todo, el Sur perdió.

Dakota la observó totalmente divertido, las respuesta de aquella muchacha eran un continuo bombardeo de ironía.

—De haber luchado en esa guerra, habría estado con los del Norte —respondió caminando nuevamente hacia ella. Había algo en la pequeña morena que le atraía igual que un imán. Después de tanto tiempo solo, no dudaba que fuera precisamente el poder tener su compañía—. ¿Y tú de dónde vienes, Erika?

Ella se apartó una de sus largas coletas hacia un lado y se volvió a mirarlo.

—De Irlanda —le contestó empezando a caminar hacia el sendero que discurría pegado a los árboles. Las hojas de color marrón que vestían a los colosos cubrían ahora el suelo como una espesa manta y crujían bajo sus pies—. Pero vivo en Rhode Island.

—Un cambio un tanto... Drástico —le dijo él acompasando sus pasos a los de ella para caminar a su lado.

—Mi familia es drástica —fue la seca respuesta de ella—. Entre otras muchas cosas —Erika alzó la mirada hacia él para después indicar el hotel con un gesto de la barbilla—. ¿Tienes algo que ver con la familia que ocupa actualmente el hotel? ¿Tus descendientes, quizás?

Los labios de Dakota se separaron en una irónica sonrisa.

—Algo así —respondió—. Digamos que son, parientes lejanos.

—Um-hum —musitó ella mirándole de reojo—. Pues no es por nada, pero tu aspecto dista mucho de ser...”Antiguo”

—Cuando llevas tanto tiempo muerto como lo llevo yo, aprendes algunos trucos —respondió él, sus ojos brillaban como si acabase de hacer una broma privada.

—¿Entre esos el de no parecer un Confederado?

El hombre bufó para diversión de Erika, su aspecto era el de un niño enfurruñado.

—No soy confederado —respondió él con un mohín—. Ellos perdieron la guerra por estúpidos.

—Déjame adivinar, la clase de estúpidos que no han captado eso de “ve hacia la luz”—le dijo ella con diversión, exagerando su última frase.

Dakota la miró ofendido y aquello arrancó una sonrisa de los labios de Erika.

—Lo siento, no pude resistirme a decirlo —se justificó.

Él sacudió la cabeza y sonrió al ver la como había cambiado el rostro de la chica al sonreír, se había iluminado. Desde el momento en que la había visto, había sentido una gran tristeza y rabia escondida en algún rincón de la pequeña morena, aquella debía ser la primera sonrisa sincera que exhibía en semanas

—No sonríes mucho últimamente, ¿eh?

Aquel ligero comentario tuvo un efecto inmediato sobre la chica. La sonrisa desapareció inmediatamente de su rostro, sus dedos se aferraron con fuerza al bastón con el que se ayudaba a caminar.

Dakota maldijo interiormente por su estupidez, había expresado sus pensamientos en voz alta.

—No he tenido motivos para sonreír —murmuró ella en un susurro al tiempo que retomaba el paseo.

Las hojas secas crujían bajo sus pies a cada pequeño paso que daba, la

brisa acariciaba suavemente su cara jugando con su pelo mientras caminaba por el amplio sendero en dirección al cercado donde pacían ociosos un par de caballos. Él caminaba a su lado, silencioso, su pisadas no hacían ruido sobre la hojarasca, el viento no osaba siquiera acariciarlo. Estaba allí y al mismo tiempo no estaba. Una presencia espectral, un fantasma y sin embargo tan vivo para ella.

Los recuerdos acudieron a su mente sin invitación previa. Sí, hacía tiempo que había dejado de sonreír y más tiempo aún había pasado desde la última vez que se sintió realmente contenta por algo o al lado de alguien.

—Fui una estúpida —musitó en voz baja—, realmente estúpida.

Dakota posó la mirada en ella mientras la acompañaba en silencio. Estaba sufriendo, el brillo de las lágrimas no derramadas inundaban sus ojos violetas y seguramente los recuerdos de algún episodio desagradable daría vueltas en su mente pero ella seguía caminando. La ligera cojera de su pierna izquierda lo intrigaba, se veía una mujer joven y llena de vida, su aspecto juvenil con aquellos jeans y el pelo recogido en dos coletas le parecía adorable, ella parecía adorable. No sabía qué decir, hacía demasiado tiempo que no tenía que consolar a nadie, de hecho ni siquiera recordaba cuando fue la última vez que había intentado consolar a alguien.

“Estoy aquí... Me tendrás a mí... Siempre me tendrás a mí”

Sacudió la cabeza alejando sus propios y viejos fantasmas. Erika seguía caminando a su lado, su mirada perdida en el horizonte y en sus propios pensamientos.

Había sucedido una semana antes. Estaba sentada en un taburete con los brazos apoyados sobre la barra que separaba la minúscula cocina del resto de la habitación, sus dedos se entrelazaban alrededor de la taza de café todavía humeante mientras sus ojos, apagados, se perdían en el interior. El gastado pijama de franela de tonos verdes había visto mejores tiempos, su pelo estaba

revuelto y enmarañado y se escapaba de la trenza en la que lo había recogido. Se había descuidado por completo, recluyéndose voluntariamente en aquel pequeño agujero esperando poder pasar desapercibida, deseando ser olvidada por todos. Pero nadie puede permanecer eternamente en el olvido.

La puerta principal se había abierto entonces al otro lado de la reducida habitación.

Alta y lo suficientemente delgada para moldear a la perfección el caro traje de diseño que llevaba puesto, uñas perfectamente cuidadas y un sutil maquillaje que contribuía a aumentar la belleza de los rasgos de aquel rostro femenino, tan fresca como una lechuga después de varias horas de avión. Esa era Susan, su adorada y siempre dispuesta a enfrentarse al mundo, hermana.

—¡Pero qué demonio se te ha metido en el cuerpo! —acometió la recién llegada.

No hubo una cálida bienvenida, no había comprensión en su voz o sus ojos, solo pura censura. Erika se enderezó detrás del mostrador que separaba el salón de la cocina

—¡Cómo has podido hacer algo tan absurdo, por amor de dios! ¡Estás tirando dos años de tu vida por la ventana!

Erika no dijo ni una sola palabra, se limitó a mirar a su impecable hermana por encima del borde de la taza de café que acababa de llevarse a los labios.

—Hola Susi, ¿qué tal todo por Madrid? —fue la descolorida respuesta al tiempo que levantaba la taza de café a modo de invitación—. ¿Café?

Los dedos de Susan se cerraron con fuerza alrededor de las asas del bolso de mano que llevaba, sus ojos de un azul violáceo, idénticos a los de su hermana se tomaron un segundo para recorrer el desaliñado aspecto de su hermana. Con una mueca de disgusto volvió a fijarse en Erika.

—¿Es esto todo lo que quieres en la vida? ¿Qué diablos te ha pasado, Erika? Tú eres la sensata, la que se piensa las cosas antes de dar el primer paso y

mírate —Susan la recorrió con la mirada—. Tú no eres de las que se deja ir, hundiéndose en la miseria. ¿Por qué has roto el compromiso? Sé que tenías dudas, pero esto es absurdo, pequeña.

¿Dudas? Una amarga sonrisa se extendió por los labios de Erika. Sí, aquella era Susan, la Susan que no quería ver, la hermana comprensiva y razonable, la que buscaría cualquier forma de solucionar los problemas que pudiera tener su hermana pequeña, incluso si eso significara tener que romperle las piernas al primero que se le ocurriera meterse con ella. Lástima que no lo hubiese hecho dos años atrás. No, aquella no era la mujer que quería ver, prefería que le mostrara su desprecio, que le dijera lo estúpida que había sido, no que se compadeciera de ella, que buscara una absurda excusa a su comportamiento.

La pequeña morena bajó la mirada a su taza y bajó del taburete cojeando hasta la cafetera. Aquella muestra de indiferencia molestó a su hermana.

—¿Es que no te das cuenta que has tirado la mejor oportunidad que tendrás nunca? Paul era perfecto para ti. Es una persona seria, calmada, os entendíais a la perfección. Tiene un trabajo estable y bien pagado, no rinde cuentas a nadie. Él es lo mejor a lo que podrás llegar a aspirar jamás —Susan sacudió la cabeza y se concentró en abrir su bolso y sacar el teléfono móvil—. No voy a dejar que arruines tu vida por un tonto capricho...

Erika la miró con rabia y decepción, rodeó cojeando el mostrador hasta terminar ante Susan quitándole el teléfono de las manos con un enfadado gesto.

—¡Deja de intentar dirigir mi vida, Susan! —exclamó apartando el teléfono—. ¡Ya basta! Soy perfectamente consciente de lo que hice así como de lo que pensáis papá, mamá y tú de mí. Sí, tiré el maldito anillo de compromiso por el retrete y ver su estúpida cara y oír sus balbuceantes protestas ha sido lo mejor que me ha pasado en estos últimos dos años. —Enfrentó a Susan, su brazo se estiró indicando hacia la puerta a modo de seña—. ¡Ese cabrón se merecía que

le cortara los huevos!

Susan se recuperó de su inicial sorpresa. Era la primera vez que veía a su hermana pequeña en un estado tan alterado, la rabia que había en sus ojos al hablar de su ex prometido la asombraba. Cruzó los brazos sobre el pecho y la observó sin expresión alguna. Erika se erizó interiormente, había cosas que jamás cambiarían y una de ellas era la indiferencia de Susan a las cosas a las que no encontraba justificación bajo su punto de vista.

—Erika... No lo disculpo, pero no será el primer ni último hombre que tenga un desliz —respondió Susan con voz firme restándole importancia al asunto—. Quizás las cosas hubiesen sido muy distintas si tú hubieses hecho algo al respecto... ¿Qué esperabas que hiciera... que hiciera cualquier hombre cuando su mujer se niega a compartir la cama con él? Esto te lo has buscado tu misma.

“*No soy su mujer*” Erika dio gracias interiormente por ello. Lo cierto es que jamás se había sentido atraída de ese modo por Paul, había habido cierta compenetración, amistad... Pero, ¿de qué valía todo eso si no había pasión? Ella quería algo más, quería sentirse segura, quería sentir el anhelo y el deseo del que hablan en las novelas, quería ver las chispas, quería saber lo que se sentiría al tener un hombre delante que pusiese su mundo patas arriba, sentir como las palmas de las manos le escocían por ponerle las manos encima. Deseaba pasión.

Con Paul no había habido nada de eso.

—Con una zorra que salte de cama en cama en la familia tenemos más que suficiente —fue la respuesta de Erika. Quería hacerle daño, deseaba verla desmoronada, herida. Quería verla sin la coraza que llevaba puesta como una máscara. Necesitaba que fuese su hermana, la niña que había compartido con ella su infancia y no la extraña que tenía ante ella.

Erika abrió los ojos desmesuradamente cuando sintió la picadura de la

bofetada en su mejilla, pero su asombro no era nada comparado a la mirada de dolor y arrepentimiento que vio en los ojos de Susan cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

La mujer se sujetó la mano contra el pecho. Temblaba, por primera vez en mucho tiempo la fachada de autodominio de Susan se resquebrajaba.

—Erie yo... —trató de acercarse de nuevo a ella.

Erika le giró la cara, su mirada bajó al teléfono que todavía sostenía ahora incluso con más fuerza en sus manos.

—Ese cabrón se estaba follando a mi compañera de piso en la mesa de la cocina cuando llegué —la voz de Erika era suave, profunda y sin inflexiones de ningún tipo. Era como si hablase alguien totalmente ajeno a la escena—. Y cuando me vio parada en la puerta, me sonrió.

Erika apretó con fuerza los puños, aquella era la única señal que indicaba su estado de ánimo.

—Me siguió hasta mi dormitorio con el único propósito de decirme que ella era una buena sustituta de cama, pero que eso no importaba para nada, que todavía quería casarse conmigo —una irónica sonrisa se extendió por los labios de Erika—. No pensó lo mismo cuando me vio tirar el anillo de compromiso al retrete y tirar de la cadena. Entonces se pasó al extremo de que yo estaba loca, que era una... como dijo... ah, sí... Que yo era una “pobre diabla desequilibrada” y que tenía suerte de que él me hubiese dedicado tanto tiempo. Debí clavarle las tijeras en los huevos cuando tuve oportunidad.

Se volvió entonces a Susan. Sus ojos ardían por las lágrimas que se negaba a derramar, su voz estaba teñida de rabia y resentimiento y dolor por no encontrar el apoyo que se esperaba de su hermana.

—Así que no te atrevas a sugerir siquiera que él es una víctima de mi peculiar carácter —la advirtió puntualizando las últimas palabras, la típica excusa a la que recurría Susan para justificar el comportamiento de su

hermana.

Susan se enderezó y se concentró en arreglar su aspecto antes de extender la mano pidiendo su móvil, que Erika le devolvió.

—No todo gira siempre a tu alrededor, Erika, pero nunca vas a encontrar a nadie si no bajas de tu cuento de hadas. Nadie es tan noble hoy en día, nadie es fiel a nadie. Deberías dejar la fantasía a un lado y enfrentarte de una vez y por todas a la realidad.

Erika no respondió. Susan miró a su hermana como queriendo añadir algo más pero se lo pensó mejor y decidió dar media vuelta y volver sobre sus pasos.

—Me dijo que se iba a casa de mis padres, que si necesitaba algo de ella la encontraría allí —explicaba Erika en apenas un murmullo, la voz rota por las emociones que había estado reprimiendo. Pestañeó varias veces volviendo a la realidad, sus labios se movían sin darse apenas cuenta, había estado hablando en voz alta. Su mirada recayó en el hombre que permanecía en pie a su lado, escuchando en silencio.

Se sobresaltó al sentir los dedos de Dakota limpiando las lágrimas que habían empezado a resbalar por sus mejillas sin que se hubiese dado cuenta. No podía estar llorando, no podía permitirse llorar, no había derramado ni una sola lágrima en las dos semanas posteriores a aquello y no iba a empezar ahora.

—Llevo tanto tiempo enfrentándome a la realidad que no sé lo que es la fantasía —respondió ella horrorizándose al notar la voz rota—. Yo no huyo.

Dakota acarició suavemente la mejilla de la muchacha borrando el rastro de las lágrimas. Había sido un acto reflejo, cuando había querido darse cuenta de lo que estaba haciendo sus dedos estaban acariciando la suave y mojada piel del rostro femenino. No se le daba bien consolar a las mujeres, jamás había sabido que hacer para detener su llanto, y ahí estaba ahora, muerto y con

el corazón encogido por el dolor y la rabia reprimidas que veía en los ojos de aquella pequeña morena.

—Ya es hora de que lo dejes ir, Erika, déjalo ir —le susurró él acariciándole ligeramente la mejilla.

Las lágrimas empezaron a correr sin nada que las frenara bajando por sus mejillas, el ruido de unos desgarradores sollozos inundaron sus oídos, su pecho se convulsionaba, algo se estaba rompiendo.

Era ella.

Dakota permaneció a su lado, no se atrevía siquiera a moverse por miedo de que ella se alejara. Le haría bien llorar, descargar todo el peso que había acumulado su alma. Un lejano recuerdo llegó en ese momento a su mente, no era un recuerdo feliz, pero las palabras de su hermana hacían eco en su mente.

“Llorar es la única manera de despejar el alma, Dakota. Déjala llorar”

Guardando silencio de pie a su lado, la dejó llorar.

CAPÍTULO 6

Erika observó cómo el sol de la mañana iluminaba las rosas del jardín dándoles un aspecto todavía más hermoso. El periódico estaba extendido en la mesa a un lado con el teléfono móvil encima, la tostada con mantequilla y mermelada permanecía a medio camino entre el plato y su boca mientras el humeante café se iba enfriando frente a ella.

La gente entraba por la puerta del comedor a cuenta gotas, algo normal dado lo temprano que ella se había levantado esa mañana, pero no se notaba cansada, al contrario, por primera vez en varias semanas se sentía bien.

—Por qué demonios he tenido que desmoronarme delante de ti, estúpido fantasma —farfulló llevándose por fin la tostada a la boca.

No le gustaba verse impotente y desarmada ante los demás y con Dakota había terminado hecha un charco de cera derretida a sus pies. Él había permanecido a su lado mientras lloraba. No había intentado consolarla, no le había dicho que todo se arreglaría ni esas estupideces que decía la gente para animarla, simplemente había permanecido allí, a su lado, un cabo al que poder agarrarse en caso de necesidad. Solo por eso, le respetaba un poquito más.

Erika observó detenidamente el comedor antes de volver a perder la mirada en el jardín.

“Lo estás buscando. El fantasma te ha gustado más de lo que quieres admitir”

—Cállate de una vez, estúpida —masculló respondiendo a su picajosa conciencia. Sonrió ante lo absurdo de la situación y bajó la mirada a la mesa para coger su taza de café.

Sí. Tenía que reconocer que le estaba buscando.

Cuando la tormenta de lágrimas había amainado, Dakota había actuado como si nada hubiese pasado, la había acompañado hasta el cerco donde pastaban los caballos y se había apoyado de brazos cruzados en esta. Casi al mismo tiempo uno de los animales, un semental de color castaño oscuro de enorme tamaño había levantado la cabeza y sacudido las crines antes de iniciar un ligero trote hasta donde estaban ellos. Erika se había echado atrás con un pequeño grito al ver al enorme animal acercándose a ellos, sus ojos se habían abierto de par en par cuando vio que el animal aminoraba la marcha hasta detenerse frente a Dakota y estiraba la gran cabeza en busca de una caricia.

—Hola amigo —lo saludó Dakota alzando confiado la mano hacia el animal para rascarle la cruz.

Erika observó en silencio al hombre hablando con el animal. Los ojos azules de Dakota brillaban de placer mientras acariciaba la cabeza del caballo, un rastrojo de barba cubría su mentón, y los mechones de un castaño claro se rizaban sobre el cuello, ocultos bajo el sombrero. Era realmente atractivo, había algo masculino, primitivo en él y, que el demonio se la llevara, pero le gustaba.

Erika dio un respingo cuando Dakota ladeó la cabeza hacia ella y le hizo un guiño, las mejillas empezaron a arderle.

—Ha venido por ti —dijo Erika indicando al caballo en un intento de distracción.

Dakota la miró un instante más. Sabía que lo había estado observando mientras acariciaba al caballo, le divertía el sonrojo que había cubierto sus

mejillas cuando la descubrió mirándole.

—Al contrario que las personas, los animales si pueden verme, o al menos sentirme —respondió él sonriendo ante la topetada de la cabeza del caballo en su pecho—. Cierto, cierto... Discúlpame... Te la presentaré —rió Dakota moviéndose hacia la chica—. Erika este es Duke.

El caballo relinchó al oír su nombre empujando ligeramente a Dakota, entonces se volvió muy lentamente hacia Erika, extendiendo su suave hocico hacia ella, resollando.

Dakota se volvió entonces a Erika, quien tenía una mirada de anhelo en sus ojos violetas, su mano ascendió lentamente pero sin vacilación hasta acariciar el rasposo pelo de la cabeza de la testuz del animal. La sincera sonrisa que se extendió por sus labios consiguió que a Dakota se le encogiera el estómago.

—Hola Duke —susurró Erika al caballo mientras le acariciaba—. Estoy encantada de conocerte... Eres un caballo precioso.

La escena de la chica susurrando y riendo mientras acariciaba el caballo perseguiría a Dakota por toda la eternidad, estaba seguro.

“¿Qué está pasando contigo, viejo?”

No quería pararse si quiera a analizarlo, la ignorancia era ciertamente una bendición en la mayoría de los casos.

“No te engañes, Dakota. Una mujer así jamás podrá ser para ti”

Aquellas palabras lo atravesaron con tanta lacerante certeza como la primera vez que las oyó.

Haciendo a un lado los recuerdos, se llevó la mano al sombrero hasta quitárselo para posarlo después sobre la morena cabeza de la chica.

—No dejes que los malos recuerdos opaquen los nuevos que puedas guardar, *cabaretera* —murmuró Dakota colocando bien los cordeles de su sombrero en Erika—. Pórtate bien.

Erika suspiró mirando el jardín. Dakota se había esfumado en aquel momento en el aire, su sombrero hacía casi dos días que permanecía sobre la televisión en el dormitorio de Erika, el mismo tiempo que llevaba sin ver al vaquero. Su mirada cayó de nuevo en el teléfono móvil. El día anterior había vuelto a llamar nuevamente a su abuelo y, como la primera vez, había tenido que dejarle un mensaje en el buzón de voz, si no le respondía pronto tendría que llamar a casa y todavía no estaba preparada para ello. Se había marchado dejándoles tan solo un mensaje en el contestador automático de casa, *“Necesito estar un tiempo a solas, no os preocupéis, os llamaré”*. El aprovechar las reservas que había hecho para su luna de miel había sido una manera de vengarse y decirse a sí misma que no le importaba nada ese gusano de su ex.

Una decisión precipitada que después de todo no había salido tan mal.

Erika volvió a mirar el teléfono que había dejado encima de la mesa y suspiró. ¿Por qué tardaba tanto en llamarla? ¿Dónde diablos estaría ese viejo chiflado? La chica se sonrojó ante sus propios pensamientos. No, Frank podría ser considerado excéntrico, un tipo raro, pero no era un viejo chiflado. Había aceptado las continuas discusiones con su padre con un simple encogimiento de hombros, había sido él quien se había enfrentado a sus progenitores en aquella habitación de hospital cuando Erika apenas era una niña de corta edad para decirles que la única locura que había en aquella enfermiza habitación era la suya propia. Había sido el único que la había abrazado en aquella enorme cama, acariciándole el pelo y susurrándole que ella era una niña especial. Tan especial que ahora hablaba con los fantasmas.

—¿Dónde diablos te has metido, Frank? —suspiró Erika tomando nuevamente la taza de café y llevándosela a los labios—. Ahora más que nunca necesito que me digas que no estoy loca.

Erika detuvo la taza a escasos milímetros de sus labios. *¡Está chiflada! ¡La*

vieron hablando sola en el patio tendiéndole un globo a un árbol! Aquellos eran recuerdos a los que no quería volver a enfrentarse.

—No estaba sola —murmuró para sí recordando la crueldad de sus compañeras de colegio—. Ella estaba allí, estaba allí de verdad.

La taza repicó sobre el platillo, la chica dejó caer la cabeza entre sus manos en un gesto de desesperación. Había sido apenas una adolescente, tendría unos catorce o quince años cuando ocurrió, su profesor había hecho venir a sus padres y se habían encerrado en el aula a hablar del supuesto trastorno psicológico de su hija menor. Aún podía ver la decepción en la cara de su madre un instante antes de que la puerta se cerrara y oír la fuerte discusión que habían tenido con Frank horas después en casa acusándole de ser el causante de dar alas a la desbordante imaginación de su hija.

Aquella había sido la última vez que había oído a sus padres discutir con él. Frank se había marchado al día siguiente y desde entonces solo lo había vuelto a ver en ocasiones especiales como navidad o los cumpleaños. Tenía contacto seguido con la familia, por supuesto, pero ya no era lo mismo, él ya no era el mismo.

—¿Café?

La suave voz femenina interrumpió sus recuerdos. Erika alzó la mirada y se encontró con una jarra de café humeante sujeta por la mano de una adolescente. Bajó los ojos hacia su taza casi vacía y se la llevó a los labios vaciando su contenido antes de tendérsela a la camarera con una sonrisa.

—Sí, gracias —aceptó Erika mirando por primera vez la cara de la chica.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se encontró cara a cara con unos impresionantes ojos azules brillantes que había visto en otra persona. La chica no pareció advertir su desconcierto pues le sonrió antes de verter el líquido caliente en la taza. Erika se obligó a concentrarse de nuevo en la taza mientras le dedicaba fugaces miradas a la adolescente. Bastante alta y no muy

delgada, no tendría más de unos quince o dieciséis años, vestía una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros cubiertos por un delantal, su cara en forma de corazón estaba enfatizada por unos mechones de pelo que se le rizaban a la altura de las mejillas y que se habían soltado de la espesa coleta en la que llevaba recogido el cabello rubio. La rodeaba un aire de jovialidad e inocencia propias de una chica de su edad, pero había algo más, no estaba segura de qué era ni cómo explicarlo pero tenía relación con su problema actual... Algo en aquella niña le recordaba a Dakota.

—¿Leche? —sugirió la chica con una sonrisa después de llenar la taza de Erika.

Erika negó con la cabeza y bajó la taza. Antes de que pudiera darse cuenta, ya le estaba preguntando.

—No gracias, lo prefiero así, es la única manera de despertarme por completo —murmuró—. ¿Trabajas aquí?

Shadow observó a la pequeña morena a la que acababa de servir café y sonrió. Se había acercado a ella a propósito, sabía que era una estupidez y si fuera inteligente se disculparía y daría media vuelta, pero la curiosidad y la conversación que había mantenido con Mary Rose la empujaban a intentar averiguar algo más.

—De vez en cuando vengo a echar una mano a mi tía en el comedor —respondió la chica indicando con el pulgar de la mano que tenía libre por encima de su hombro—. La chica que generalmente se ocupa de servir el café por las mañanas está en la cama con gripe, así que me ha tocado a mí.

Erika asintió.

—Y así también me saco algunos dólares extra —respondió la chica acercándose a Erika como si fuese un secreto entre ambas.

Shadow se incorporó y pareció vacilar antes de preguntar directamente.

—No te había visto antes, ¿es tu primera visita a Los Robles? —se animó a

preguntar.

Erika no vio nada malo en satisfacer la curiosidad de la chica, su propio cerebro ya trabajaba a toda velocidad intentando desentrañar el misterio del asombroso parecido entre el fantasma y ella.

—Sí —respondió dedicándole una espontánea sonrisa—. Solo llevo un par de días, pero me está gustando bastante. Es un lugar interesante.

Shadow asintió y miró por encima de Erika hacia el jardín.

—Sí, lo es la mayoría de las veces —asintió la chica antes de volverse nuevamente hacia Erika y sonreírle—. Si todavía no te has inscrito en ninguna de las actividades, te sugiero un paseo a caballo, las rutas están muy bien señaladas y los paisajes fascinantes. También las hacen por grupos.

Erika le devolvió la sonrisa e incluso se rió ligeramente.

—Quizás en otra ocasión —respondió a modo de disculpa al tiempo que su mirada se desviaba un instante hacia la puerta como si quisiera enfatizar sus siguientes palabras—. He leído en el folleto que también contáis en el complejo con una amplia biblioteca, pero no sé si está abierta a los huéspedes.

Shadow asintió.

—Sí, a algunos huéspedes les gusta disfrutar de un poco de tranquilidad con un buen libro. La encontrarás en este mismo corredor a mano izquierda —le informó la muchacha balanceando ligeramente la jarra de café—. No tiene pérdida, la puerta está abierta prácticamente todo el día.

Erika rió.

—Creo que yo pertenezco al porcentaje que prefiere un poco de tranquilidad y un buen libro —respondió ligeramente divertida.

— Entonces disfrutarás sin duda de ella —aceptó la chica con una agradable sonrisa antes de volver la mirada hacia la puerta del comedor. Erika siguió la trayectoria de su mirada hasta ver a la mujer que había conocido hacía un par de días en la recepción saludando animadamente a los conocidos

con los que se cruzaba. Shadow se volvió en ese momento hacia Erika y empezó a retirarse—. Tengo que volver al trabajo, espero que disfrutes de tu estancia en Los Robles.

—Gracias, eso espero yo también —aceptó Erika a modo de despedida al tiempo que veía como la chica se alejaba hacia la entrada para detenerse a charlar con la mujer que acababa de entrar. Distraída volvió la mirada hacia el jardín de rosales que se veía al otro lado de la ventana. El viento había arrancado algunos pétalos y hojas y jugaba con ellas moviéndolas por el aire, suspirando se apartó un mechón de su pelo negro de la cara y se volvió a mirar el teléfono—. Sí, realmente podría disfrutar de este lugar.

La llave giró en la cerradura de la puerta un instante antes de que una mano de huesos fuertes y largos dedos girara el pomo abriéndola por completo. La bolsa de viaje de color verde se balanceaba al compás de sus movimientos mientras entraba y manoseaba la pared en busca del interruptor de la luz. El tintineo de las llaves inundó la silenciosa habitación al tiempo que se iluminaba la estancia.

Su mirada de un azul grisáceo recorrió lentamente la habitación con un destello de satisfacción, era agradable estar de nuevo en casa, sobre todo después de aguantar durante dos días las tortuosas carreteras de Madden. Detestaba lidiar personalmente con los anticuarios tanto como odiaba conducir, la única diferencia estaba en que a los anticuarios no podías enviarlos al desguace. Su humor mejoró considerablemente ante la absurda idea del obtuso anticuario de Madden, aparcado en un desguace de coches viejos.

—No pueden hacer nada sin tener una nota de referencia en sus manos —masculló el hombre con una voz fuerte y rasposa al tiempo que dejaba la bolsa en el suelo al lado del pequeño bar.

Aquella era una vieja costumbre de la que no pensaba desprenderse jamás, un buen whisky con hielo después de una estresante reunión siempre era una agradable bienvenida a casa.

Sacó un vaso de la bandeja, añadió un par de cubitos de hielo que guardaba en el congelador de la pequeña nevera para ocasiones como aquella y vertió un chorro del líquido ámbar en él. La botella volvió a su sitio con un suave tintineo. El cristal hermosamente tallado había sido un regalo de navidad de su nieta menor quien opinaba que el whisky solo servía para conservar a los gusanos. Colocando nuevamente el labrado tapón en su sitio cogió el vaso y se dirigió hacia el sillón de cuero negro junto al cual parpadeaba intermitentemente la luz del contestador automático del teléfono.

Recostándose cómodamente en el asiento con un leve crujido del cuero, se llevó el vaso a la nariz para degustar el aroma del licor antes de volverse hacia el contestador y accionarlo en busca de mensajes.

El tono de urgencia en la voz femenina del mensaje lo puso inmediatamente alerta.

—Frank, llámame en cuanto oigas este mensaje —pronunció con sequedad una voz femenina—. Es importante, necesito... —hubo un suspiro y las próximas palabras fueron más suaves y se notaba la urgencia en su voz—. Abuelo, está ocurriendo de nuevo, necesito... —una nueva vacilación—. Llámame, ¿de acuerdo?

Frank se quedó mirando el teléfono sorprendido, sus dedos se cerraban con fuerza alrededor del vaso... “*Abuelo, está ocurriendo de nuevo*”... Aquellas palabras se repetían una y otra vez en la mente de Frank pese a que los mensajes se seguían reproduciendo. Su nieta Erika le había dejado al menos unos cuatro mensajes y cada uno sonaba más desesperado que el anterior.

Frank se estremeció... “*abuelo*”... Erika ya no le llamaba así, había dejado de llamarle así mucho tiempo atrás, la única razón por la que podría acudir a

él ahora era...

—*La Redentora de Almas.*

Dejando el whisky sobre la pequeña mesa del teléfono, interrumpió el contestador y levantó el auricular marcando inmediatamente el número de su nieta.

Solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

La biblioteca no era una de las habitaciones más grandes que hubiese visto Erika, pero si era acogedora. Cortinas color verde oscuro colgaban recogidas a ambos lados de las dos altas ventanas que inundaban de luz la habitación sacando brillo a los escasos muebles y molduras de las enormes estanterías que llenaban dos de las paredes de la habitación de libros. Un pequeño diván de madera tapizado en un tono de verde ligeramente más suave que el de las cortinas ocupaba el lado opuesto a las estanterías de libros, frente a él descansaba una pequeña mesa de madera de patas bajas y un par de plantas que adornaban las esquinas. En la pared, tras el diván, había una pintura al óleo de una escena campestre que llamó su atención. Se trataba del jardín de rosas que había en la parte de atrás de la casa, sentadas en el suelo había dos mujeres, una algo mayor que la otra con trajes de época y un perro de aguas corriendo a su alrededor. La mujer más adulta tenía el pelo negro y vestía un traje en tonos verdes y blancos, la otra era rubia y vestía de blanco y celeste, había algo en ella que a Erika le sonaba familiar. Ambas sonreían como si compartieran un mismo secreto.

—¿Quiénes serán? —se preguntó en voz alta.

El sonido del timbre de su teléfono móvil le hizo dar un respingo. Mascullando una maldición se sacó el aparato del bolsillo y miró el identificador de llamadas. La sorpresa inicial fue reemplazada enseguida por la urgencia al levantar la tapa y llevarse el teléfono a la oreja.

—¡Dónde diablos te habías metido! ¡Tienes idea de las veces que te he estado llamando! ¡Haznos un favor a todos y únete al mundo moderno comprándote un móvil, Frank! —fue la calurosa bienvenida de Erika.

Del otro lado de la línea se oyó una sonora carcajada.

—Cuando los cerdos aprendan a volar, querida mía —respondió la jovial risa masculina—. Solo cuando los cerdos aprendan a volar.

Erika negó con la cabeza, no podía creerse que estuviese hablando con Frank después de todo lo que había pasado en las últimas semanas. Hacía al menos un año que no veía a su abuelo, y quizás un poco menos desde la última vez que había levantado el teléfono para hablar con él.

Su mirada se desvió hacia las estanterías llenas de libros.

—Frank, tengo un pequeño problema entre manos —dijo Erika yendo directa al grano.

—Eso he intuido —respondió la voz masculina desde el otro lado de la línea—. ¿Qué necesitas?

—Háblame de la Redentora de Almas —pidió Erika apoyándose en el bastón para sentarse en el diván que tenía a su espalda—. ¿En qué consiste realmente? ¿Qué es lo que hace además de ver fantasmas?

—Espíritus —la corrigió Frank al otro lado del teléfono.

—Como si son repollos con ojos, Frank —bufó ella llevándose la mano a la frente, empezaba a levantársele un fuerte dolor de cabeza—. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? Pensé que se había acabado todo, que aquello no había sido real... Yo apenas era una niña.

Erika vaciló. Sí, era una niña, apenas unas semanas antes había cumplido los cinco años, lo recordaba claramente por que el médico de la clínica que la había atendido después del episodio le había preguntado con un caramelo en la mano cuantos años tenía y ella había levantado su manita mostrándole los cinco dedos mientras Susan alardeaba a su lado de que ella ya era mayor.

La clínica, Erika se encogió interiormente, todavía persistía en su memoria el olor a antiséptico de la habitación, así como la voz enfadada de su madre gritando con su abuelo.

Apretó con fuerza los ojos antes de responder con voz ligeramente rasgada.

—Aquella niña del vestido azul y sin zapatos no había estado jugando en el patio bajo la lluvia, no la había estado columpiando llenando de barro mis zapatos nuevos —murmuraba apretando con fuerza el teléfono en su mano—. Se supone que ella no era real... Él no puede ser real.

Se oyó el crujir del cuero al otro lado del teléfono, como si su abuelo se estuviera moviendo en el sofá. Su voz sonó a través del teléfono con firmeza y total claridad haciéndola sentir algo nostálgica.

—Si pensaras realmente eso, no me habrías llamado —respondió Frank constatando un hecho.

Erika esbozó una ligera sonrisa. Había echado de menos la franqueza aplastante de su abuelo.

—¿Cómo es?

Le sorprendió la nota de curiosidad que detectó en la voz del hombre. Erika se recostó contra el respaldo del diván y volvió al momento en que había visto al vaquero. Era completamente masculino, no había ni un solo milímetro en toda aquella testosterona que indicara lo contrario. Alto y de hombros anchos dominaba con su presencia lo mismo que con su altura. Voz profunda, sureña con un acento indeterminado que la había hecho pensar en cosas que nunca se le habrían pasado por la cabeza estando ante un hombre. Tenía unos ojos azules de una profundidad abrumadora y el pelo castaño, tirando a rubio, se le rizaba ligeramente en el cuello, la barba de un par de días acariciaba su mentón como sí... Pestañeó varias veces volviendo a la realidad, no podía decirle eso a Frank, diablos, ni siquiera podía creer que se lo estuviese diciendo a sí misma.

Erika carraspeó antes de responder rápidamente y de forma despreocupada, como si estuviese describiendo un mueble.

—Delgado, alto, piernas largas, ojos azules, pelo corto y desgreñado, extrañamente educado, tiene aspecto de tejano...

Las carcajadas al otro lado del teléfono la hicieron fruncir el ceño.

—¿Me estás describiendo a un hombre o a un caballo? —respondió Frank entre carcajadas.

Erika apartó el teléfono y lo miró como si fuese su abuelo y pudiera retorcerle el cuello.

—No lo sé —contestó ella con tono molesto—. Quizás sea una serpiente de cascabel disfrazada.

Las carcajadas aumentaron, Erika masculló un par de maldiciones.

—Está bien, está bien —respondió Frank de modo apaciguador al otro lado de la línea—. ¿Qué más sabes de él?

—Que está muerto —respondió de forma contundente.

Erika sonrió para sí cuando oyó a Frank chasquear la lengua al otro lado del teléfono.

—¿Algo más relevante?

—Pues parece que también ocupó lo que antes era su habitación —respondió ella con un leve encogimiento de hombros—. Frank, esto es serio, lo lancé al otro lado de la habitación.

—¿Qué hiciste qué? —se oyó un incrédulo jadeo a través del hilo telefónico.

—Lo toqué y no sé, hubo una especie de chispazo que nos sacudió a los dos —resumió Erika.

—Lo tocaste —la voz de Frank era pura curiosidad.

Erika no pudo ver la cara de genuina sorpresa que atravesó el rostro de Frank al otro lado de la línea, el hombre se levantó del sillón de cuero y se

quedó mirando la nada. Aquello se estaba complicando mucho más de lo que había pensado en un principio. La mayoría de las mujeres que se sabía habían ostentado el poder de una Sanadora se habían limitado a poder ver y oír a los espíritus y en alguna que otra ocasión incluso a hablar con ellos pero nada más, había un tupido velo que separaba el mundo de los vivos del de los muertos, un velo que en este caso se estaba resquebrajando pero... ¿Por qué?

—La Noche de Difuntos —respondió Frank para sí cuando su mirada recayó en el calendario situado al otro lado de la pared. Estaban a mediados de Octubre, la única noche en que el mundo de los muertos y el de los vivos se acercaban—. Es Sammain

—¿Sammain? Por favor no me digas que ahora los fantasmas también celebran el Halloween —se burló Erika.

Se oyó un resoplido del otro lado del teléfono y Erika alzó la mirada hacia el techo deteniéndose a observar el mural en el que no había reparado antes. Parecía una representación del cielo, nubes espesas en tonos blancos sobre un fondo celeste y un par de columnas aquí y allá.

—Qué bonito —susurró para sí antes de volver a concentrarse en el hombre al otro lado de la línea—. Frank, necesito un poco de ayuda, algo de información sobre la Redentora de Almas no me vendría nada mal. Estoy más perdida que un pez fuera del agua.

Erika arqueó ligeramente una ceja cuando oyó lo que creyó ser un suspiro.

—En nuestra familia siempre ha habido una Redentora de Almas. Cada una o dos generaciones ha nacido una mujer con la facultad de comunicarse con el más allá y el poder de liberar un alma condenada —empezó a relatar como solía hacerlo a sus alumnos en los cursos de historia que daba en la academia—. Los espíritus tienden a rondarla, pero ella solo ve y oye a aquellos que realmente necesitan de su ayuda... Solo un alma atrapada entre este mundo y el siguiente atrae inconscientemente a la Sanadora... Supongo que eso es lo

que tú fantasma ha hecho inconscientemente.

Erika puso los ojos en blanco. ¿Dakota haciendo algo de manera inconsciente? Él había estado casi tan asombrado como ella, sino más, con todo este asunto, no se veía como si fuese el motivo de su estada allí, ni consciente ni inconscientemente. De hecho, el único culpable de todo era el gilipollas de su ex.

—Creo que él ni siquiera sabía de mi existencia, Frank —respondió ella frotándose el puente de la nariz—, y el descubrirla lo ha sorprendido... Un poquitín

Erika oyó un crujido y pasos al otro lado del teléfono seguido del ruido del papel.

—Fuera como fuera que os encontrasteis, él te estaba esperando, Erika —aseguró la voz masculina al otro lado del teléfono—, y tienes menos de dos semanas para descubrir el motivo si quieres ayudarlo y que cruce al otro lado.

—¿Perdón? —preguntó casi mirando el teléfono apoyado en su oreja.

—Sammain—respondió Frank de manera contundente—. La noche en que el mundo de los vivos y los espíritus se encuentran, el velo que separa los dos mundos se viene abajo por unos segundos antes del alba... Es en ese momento cuando se liberan las almas.

Erika se frotó la frente, el dolor de cabeza iba en aumento.

—Ya —farfulló ella en tono incrédulo—. Darán las doce y la cenicienta se volverá a convertir en la fregona de la casa.

—Erika —la voz de Frank sonaba tensa y seria—. Esto no es un juego.

—Lo sé, Frank —aceptó ella mientras se inclinaba hacia delante, apoyando su mano libre sobre su maltrecha rodilla al tiempo que iniciaba un suave masaje—. Lo supe en el momento en que le puse la mano en el pecho y noté que su corazón no latía. Dime qué tengo que hacer. Supongo que sí ha venido a mí ha sido por algo, ¿huh?

Frank no contestó de inmediato.

—No lo sé, ninguna de tus antepasadas dejó un manual de instrucciones acerca de cómo liberar un alma —respondió él con cierta ironía.

Erika puso los ojos en blanco y suspiró.

—Se supone que tú eres el lunático experto en estas cosas, Frank —dijo Erika con toda tranquilidad mientras continuaba frotándose la dolorida rodilla—. Todo esto de la Redentora de Almas, te he oído mencionar las historias de las tatarabuelas más veces de lo que puedo recordar.

—Eso es precisamente lo que hay sobre ello, Erika, historias, leyendas —respondió él con un suspiro—. Todo lo demás, solo son suposiciones basadas en investigación. Hasta este momento, todo lo que he podido descubrir sobre el procedimiento es que cada Redentora sabe cuando llega su momento y el cómo resolverlo en el momento justo.

—Estupendo, Frank, no sé si lo has notado, pero te he llamado... ¡Porque yo no tengo puta idea de nada! —Erika gritó poniendo el teléfono ante su cara, como si de esa manera pudiera hacerse oír con más claridad—. Dime algo sobre seguro.

—El alma tiene que ser liberada en la noche de difuntos —respondió él frotándose la nuca mientras se paseaba de un lado a otro del cuarto—. Tiene que haber un motivo por el que esté retenido aquí para empezar, algo que le impida pasar al otro lado.

Erika suspiró y estiró las piernas ante ella. ¿Un motivo para quedarse? Quizás.

—Bueno... Algo es algo—aceptó cerrando los ojos durante un instante antes de murmurar en voz baja—. ¿Frank?

Frank vaciló antes de contestar.

—Dime, Rica.

Erika sonrió ante el apelativo que siempre había tenido su abuelo para ella.

—No estoy teniendo alucinaciones ni me estoy volviendo loca, ¿verdad?

—No, Rica —respondió él.

El silencio se instaló durante unos instantes entre ambos hasta que finalmente fue Frank quien lo rompió.

—Solo eres una Redentora de Almas.

Erika apretó los ojos con fuerza y asintió en silencio.

—Volveré a llamarte —respondió ella a modo de despedida, a punto de cerrar el teléfono.

—¿Rica? —la detuvo Frank

Ella se detuvo y volvió a llevar el teléfono a su oreja.

—¿Sí?

—Paul era un auténtico idiota —respondió Frank con cierto tono tembloroso en la voz—. Te mereces algo muchísimo mejor.

Ella esbozó una sonrisa.

—Gracias, Frank.

Erika cortó la llamada y volvió la mirada hacia la ventana por la que empezaba a entrar el sol de media mañana. Suspirando echó un último vistazo a la habitación, cogió su bastón y se levantó del diván para dirigirse hacia la puerta, cerrándola tras ella.

CAPÍTULO 7

Erika suspiró de alivio cuando alcanzó el último peldaño de las escaleras y pudo enfilarse hacia su habitación. Dedicó un escueto buenos días a la pareja con la que se cruzó a mitad del pasillo y continuó hacia la puerta. Su mirada recayó por un instante en el tono apagado de la madera, su mente era un continuo ir y venir de preguntas sin respuesta a las que nadie parecía estar interesado en poner freno. Se llevó la mano a la cabeza haciendo una mueca, todo aquel asunto de la Redentora de Almas le estaba provocando una jaqueca de proporciones bíblicas. Metiendo la llave en la cerradura, la giró con un movimiento de muñeca y abrió la puerta. La ventana del dormitorio estaba abierta, las cortinas se movían ligeramente levantadas por la suave brisa, el aroma a rosas volvió a inundar la habitación causando una extraña sensación en Erika. La chica cerró la puerta a sus espaldas y cojeó hacia el dormitorio.

—¿Hola? —preguntó entrando en el dormitorio. Su mano acarició la superficie de la televisión, el sombrero ya no estaba allí—. ¿Dakota?

El ruido que hacían las cortinas al ser golpeadas por el viento fue la única respuesta. Su mirada recorrió lentamente la habitación, pero no encontró nada fuera de lugar. Suspirando dejó el bastón sobre la cama y cojeó hasta la ventana abierta apoyando ambas manos en el alfeizar y alzando la cara hacia el calor del sol.

—Dakota, necesito hablar contigo, lo menos que puedes hacer es

aparecerte después de que haya tenido que volver a subir ese infernal e interminable tramo de escaleras —murmuró Erika con los ojos cerrados, disfrutando del calor del sol.

El lejano ladrido de un perro fue toda la respuesta que obtuvo. Abrió los ojos y volvió la mirada hacia el interior del dormitorio, sus ojos violetas cayeron nuevamente sobre el televisor.

—Me gustaba ese sombrero —farfulló girándose por completo hasta acabar apoyando las nalgas contra el alfeizar de la ventana—. Oh vamos, vaquero, tú tienes la culpa de que yo esté aquí... —Erika vaciló un instante al oír sus propias palabras. ¿Realmente era el culpable de que ella estuviese allí? Frank había dicho que él habría sido la causa directa o indirecta de que ella hubiese llegado allí, de alguna manera, su momento de necesidad la había atraído hasta él. Sacudió la cabeza haciendo mover sus coletas—. La verdad es que no veo que culpa puedes tener en que mi ex prometido sea un completo gilipollas, ni el que yo decidiera aprovechar unas reservas que yo misma pagué, pero en fin, aquí estoy, y tú... tú... pues... Bueno, todo parece indicar que no eres un producto de mi imaginación.

“Como si alguna vez hubieses creído que ese montón de testosterona que hace que se te caigan las medias fuese producto de tu imaginación”. Erika se frotó nuevamente la frente alejando así la repentina intervención de su conciencia, odiaba tener que darle la razón.

—Céntrate, Erika —se sugirió a sí misma volviendo a echar un vistazo a su alrededor— Dakota, vamos... Me siento estúpida hablándole a las paredes.

Erika resopló y se arrastró hasta la cama dejándose caer en ella, cerró los ojos un instante y se permitió descansar su dolorida cabeza mientras la luz del sol que entraba a través de la ventana caía sobre ella bañándola con su calor.

—¿Quieres sinceridad? —murmuró disfrutando del calorcillo del sol sobre su rostro—. Pues escucha... Realmente me importa muy poco lo que hayas

hecho o dejado de hacer para acabar atrapado en este mundo, plano de existencia o como quieras llamarlo. No creo que exista la felicidad completa, pero yo me acercaría ligeramente a ese estado si tú hubieses resultado ser un producto de mi maltrecha imaginación y no un espíritu en forma corpórea que se ha atravesado en mi camino por sabe dios qué maldita coincidencia o falta de ella. Así que, estamos jodidos, tío, porque ni yo puedo deshacerme de mi herencia ni tú puedes pasar a donde quiera que debas hacerlo sin mi ayuda.

Erika se echó a reír repentinamente.

—Y aquí estoy yo, hablando sola a las paredes de mi habitación porque el fantasma que me ha sido asignado no quiere saber nada de mí —suspiró cruzando un brazo por delante de sus ojos— Adelante, Dr. Freud, puede empezar a estudiarme cuando usted quiera.

Erika bostezó y se giró de lado, adoptando una cómoda posición gatuna.

—De acuerdo, Dakota, hablaré entonces con tu caballo —murmuró presa a medias de un liviano sueño inducido por el calor del sol—. Al menos él...Sí escucha...

Las cortinas de la ventana se elevaron nuevamente presas de una repentina ráfaga de viento que las movía como las alas de una mariposa deslizándose nuevamente a su posición original. Dakota permanecía en pie entre ellas, su estatura ocultaba la luz del sol que había estado calentando el cuerpo femenino y menudo que descansaba en una postura bastante graciosa encima de la cama. Sus brillantes ojos azules se posaron un instante en Erika. Su respiración era pausada, tranquila, las facciones de su cara estaban relajadas y su conciencia inmersa en un liviano sueño. Antes de poder evitarlo ya estaba caminando hacia ella, su mano recogiendo un sedoso mechón de su pelo negro y palpando su tacto.

Dakota retiró de inmediato la mano como si lo hubiese quemado.

—Qué demonios estoy haciendo —se reprendió a sí mismo, pero no podía apartar la mirada de ella.

La había evitado e ignorado en la medida de lo posible, los últimos dos días se había limitado a observarla desde lejos, a estar a su lado sin llegar a estarlo. Había algo en ella que lo atraía irremediabilmente, suponía que se debía a que ella era una Redentora de Almas, de alguna manera su alma había contactado con ella forjando un vínculo, eso explicaría el que pudiese verlo. Oírlo. Tocarlo.

Se acuclilló a un lado de la cama. Así dormida parecía una niña, un hada oscura e indefensa, nada que ver con la mujer que le había hecho frente, la mujer decidida a ayudarle aunque no supiera cómo.

“Hablaré con tu caballo, al menos él si escucha”.

Sonrió al recordar sus palabras. Su mano volvió nuevamente hacia su pelo, sus dedos vacilaron un instante antes de acariciar su textura, la suavidad de su mejilla lo sorprendió. Había pasado tantísimo tiempo desde que había tocado a una mujer, desde que había tocado a alguien.

—Eres algo completamente nuevo para mí, pequeña —murmuró acariciándole con la ligereza de una mariposa la mejilla—. Dices que yo te llamé, pero ni siquiera sabía de tu existencia.

No era verdad. Había oído alguna vez hacía mucho tiempo la historia de la Sanadora de Almas, su madre siempre les había cantado a él y a su hermana una canción de cuna en la que se hablaba de ella. La última esperanza para los moribundos, la única redención para los extraviados.

Suspiró. Si cerraba los ojos todavía podía oír la voz de su hermana cuando la arrullaba a ella en sus brazos.

“Y ella vendrá, abrirá el corazón y el alma sanará,

*El cielo se abrirá, la paloma que hay en sus
manos echará a volar.*

*Siempre la protegerá, lágrimas doradas del cielo
caerán*

*Si tu alma está atada, la liberación encontrará
Duérmete, niña mía, la Sanadora de Almas te
cuidará”*

Dakota apretó con fuerza los ojos y bajó la cabeza, su mano se había aferrado al pelo oscuro de Erika.

—Nada bueno ha salido de estar a mi lado en vida —murmuró, había verdadero dolor y arrepentimiento en su voz—. Dudo mucho que la cosa mejore estando muerto, pequeña Sanadora.

Dakota volvió a mirarla y le acarició lentamente el pelo, mientras la observaba dormir. El poder tocarla, el poder sentir su pelo bajo los dedos era algo totalmente desconcertante. Después de tanto tiempo en el olvido, el que hubiese alguien que le mirara cuando hablaba, que escuchaba lo que decía y sobre todo, la sensación de poder tocar de nuevo a alguien, no tenía precio. Quizás él la hubiera llamado después de todo, la eternidad en soledad era demasiado cruel incluso para un fantasma.

—Aunque tú seguro que lo intentarías, ¿verdad? —murmuró alejando nuevamente su mano y poniéndose en pie—. Sí, estoy seguro de que lo harías.

Con un suspiro de impotencia Dakota se desvaneció nuevamente en el aire.

Erika tuvo que apoyarse en el bastón para no perder el equilibrio cuando un pequeño perro de aguas marrón pasó corriendo rozando sus piernas ladrando estrepitosamente mientras un par de niños lo perseguían llevando uno de ellos un trozo largo de cuerda y el otro una especie de varilla. La chica hizo una

mueca, no le extrañaba que el perro corriera a tal velocidad.

—Mejor que te ocultes antes de que esas dos fieras den contigo —murmuró para sí al tiempo que se llevaba una mano a los ojos para protegerlos de la intensa luz del sol. Su estómago volvió a crujir en protesta, recordándole que se había perdido la comida. Mascullando una maldición volvió la mirada hacia la entrada principal—. Esto es todo culpa tuya, Dakota.

Pateando con enfado la arenisca del suelo se apoyó en el bastón y sopesó sus opciones. Después de haber subido hasta su habitación por aquel odioso e interminable tramo de escaleras se había pasado varios minutos hablando para las paredes, el fantasma no se había dignado a hacer acto de presencia pese a que prácticamente lo había insultado. Cansada y con un agudo dolor de cabeza, se había dejado caer en la cama disfrutando del calor de la luz del sol que entraba por la ventana hasta acabar por dormirse. Su pequeña siesta la hizo perderse la comida. Dada la hora, el comedor ya habría cerrado sus puertas y no encontraba la confianza suficiente para acercarse hasta la cocina a mendigar aunque fuese un bocadillo. Suspirando se volvió a mirar a su alrededor. El día no podía ser más espléndido, pese a estar a mediados de Octubre no hacía un excesivo frío y la temperatura era agradable. Echando un vistazo rápido a sus vaqueros, la camiseta color café y las zapatillas deportivas que calzaban sus pies sopesó la idea de aprovechar la tarde y dar un pequeño paseo. Si bien montar uno de aquellos enormes caballos le parecía algo imposible y una idea un tanto alocada, el tomar por el contrario una de las rutas de senderismo a pie ya no le parecía tan mal.

—Hasta que metas el pie en algún agujero y te vayas de bruces al suelo —musitó para sí haciendo una mueca al mirar su bastón. Sacudiendo la cabeza se obligó a apartar esos pensamientos y ser un poco más optimista—. No voy a escalar una montaña, ni hacer Cross, será un pequeño paseo y eso puedo hacerlo.

Necesitaba abandonar por un rato aquellas cuatro paredes, permitirse un momento de ocio y despreocupación, si es que era posible en el mundo de problemas que se había creado en torno a ella en apenas unos instantes. Erika suspiró al hacer un recuento mental de su situación. Una relación de casi dos años que no la había llevado a ningún lado, un compromiso roto, tensiones en el seno de la familia y, para rematarlo, los episodios psicóticos que le habían diagnosticado a lo largo de su vida resultaban no ser tal cosa, sino una antigua herencia que recaía ahora sobre sus hombros. Por no mencionar al hombre más increíble y tremendamente atractivo que había conocido hacía un par de días y que daba la casualidad de estar muerto. Oh, sí, la vida no podía ser más perfecta.

Los ladridos volvieron a inundar el patio. Erika se giró hacia el lugar del que procedía el sonido para encontrarse en esta ocasión que el pequeño animalito corría todo lo que le daban sus cortas patas, con la enorme lengua colgando a modo de cometa por uno de los laterales de su boca mientras se precipitaba hacia la entrada del edificio pasando casi entre las piernas de la chica que salía a recibirlo.

Erika ladeó la cabeza observando la escena. El pequeño perro movía la cola con total alegría mientras se enroscaba entre las piernas de la chica hasta terminar tirado a sus pies jadeando sofocado.

La joven rubia era la misma que había atendido a Erika en el comedor aquella misma mañana, tras comprobar que el perro estaba bien se levantó y caminó hacia los dos niños que se habían detenido en seco mirándola con una torcida sonrisa.

—¿Qué diablos estáis haciendo, pequeños demonios? —los amenazó ella entrecerrando los ojos al tiempo que se llevaba las manos a las caderas.

Ambos chicos se miraron y ocultaron rápidamente las manos tras la espalda.

—Solo estábamos jugando con Ulises, Shadow —se justificó el que parecía ser el mayor de ambos. Por el parecido que había entre los dos niños, debían ser hermanos.

Shadow arqueó una ceja de manera dudosa, su melena se derramó por encima de sus hombros cuando inclinó la cabeza hacia las manos escondidas a la espalda de los dos pillos.

—Si llego a enterarme de que estabais persiguiendo a Ulises con una cuerda o cualquier otra cosa que pueda lastimar a este perro —murmuró la muchacha bajando la voz e imprimiendo a su tono un halo de misterio que dio más énfasis a sus propias palabras—, haré un hechizo para que os crezca pelo en las orejas y acabéis aullando por la noche.

Erika no pudo evitar sonreír al ver la cara que pusieron ambos niños. El más pequeño de los dos se retorció las manos a la espalda lanzando miradas a hurtadillas al mayor quien tragó un par de veces como sopesando si la chica podría cumplir su amenaza. Decidiendo que no era muy probable que la alta chica pudiera cumplir con su amenaza, se enderezó todo lo que pudo antes de responder con la seguridad propia de un niño acostumbrado a salirse con la suya.

—¡Ja! Si me haces algo se lo diré a mi mamá y ella te pondrá una denuncia —respondió el chico totalmente confiado, echando mano de algo que seguramente habría oído decir a sus padres.

La chica se enderezó y lanzó hacia atrás con un descuidado gesto de la mano el pelo que le caía sobre el hombro, su mirada era fija y su sonrisa prometía la revancha. Su voz sonó suave y ligeramente amenazante cuando le respondió.

—Claro, Jimmy, díselo a tu madre —lo animó con un movimiento de la mano antes de responderle con una divertida sonrisa—. Pero eso antes de que yo le cuente quien fue el que estropeó el año pasado el macizo de rosas del

final del jardín. Estoy segura de que a tu mamá le encantará saber que su hijo mayor, en complicidad con el pequeño, estropearon las rosas de mi abuela.

Erika habría jurado que el mayor de los niños se puso blanco un instante antes de volverse hacia su hermano y hacerle una señal, al instante los dos pasaron corriendo al lado de la chica lanzándole insultos al perro antes de desaparecer por la puerta del edificio.

—Ten cuidado con lo que le dices a mi perro, Jimmy Smith —lo previno la rubia adolescente un instante antes de inclinarse sobre el animal y hacerle cosquillas en la barriga cuando este se puso patas arriba—. Son una peste.

El perro respondió sacando la lengua del todo mientras disfrutaba de las atenciones que le prodigaba la chica. Shadow se levantó entonces y le hizo un gesto al perro quien enseguida se puso en pie y empezó a dar saltos a su alrededor antes de pasar entre sus piernas y dirigirse directamente a Erika, cuyas piernas rodeó para volver de nuevo a su dueña.

—Ulises, ten cuidado —lo amonestó la chica cuando vio a Erika parada a pocos metros de ellos. Esbozando una tímida sonrisa se disculpó—. Lo siento, está un poco alterado.

Erika sacudió la cabeza y sonrió mirando al perro que correteaba alrededor de la chica.

—No importa —respondió indicando con un gesto de barbilla la puerta por donde habían entrado los dos niños—. Si tuviese a esas dos fierecillas persiguiéndome con una cuerda, yo también echaría a correr.

Shadow volvió la mirada un instante hacia la puerta e hizo una mueca.

—No son malos chicos, pero a veces se pasan —dijo la chica volviéndose a Erika—. El año pasado pintaron de verde el gato de una de nuestras huéspedes y rompieron algunos tallos de los rosales del jardín de rosas.

Erika señaló con su pulgar por encima de su hombro.

—¿El jardín que hay en la parte de atrás? —preguntó la pequeña morena,

obteniendo como respuesta un asentimiento por parte de la niña—. ¿Y no los ataste a un árbol para que se estuvieran quietecitos al menos una hora?

Shadow resopló e hizo una mueca inclinándose para acariciar al nervioso perro.

—Si por mí fuese, los habría atado durante todo el día y amordazado para no oír sus chillidos —respondió la chica levantando la mirada hacia Erika—. Mi abuela prefirió dejar el asunto en una “travesura” de niños.

Erika asintió y dirigió la mirada hacia el lateral del edificio por donde se accedía al jardín.

—Yo los habría atado y amordazado —aseguró volviéndose a mirar a Shadow, quien le sonrió en respuesta. Su mirada descendió entonces a Ulises que permanecía sentado a los pies de la chica moviendo la cola—. Y tú deberías haber levantado tu patita y dejarles un regalito en los zapatos.

Shadow se echó a reír ante la inusual respuesta de la mujer. No había advertido su presencia hasta que Ulises salió corriendo en dirección hacia ella. Había intercambiado con ella un par de palabras en el desayuno cuando se le había acercado con el café pero no la había vuelto a ver hasta ahora. Le extrañaba que no hubiese bajado como todos los huéspedes al comedor, sobre todo al principio de su estancia allí.

—Eso me hubiese gustado verlo —aseguró la adolescente entre risas acariciando al perro antes de volver a enderezarse.

—Y a mí —aceptó Erika. Su estómago vacío eligió ese momento para quejarse por la falta de alimento, el sonrojo cubrió inmediatamente sus mejillas—. Me salté la comida —murmuró en una incómoda disculpa.

Shadow asintió y señaló con un gesto de la mano la puerta principal.

—El comedor ya está cerrado, pero puedo conseguirte unos emparedados en la cocina —sugirió la chica mirándola en espera de una respuesta.

Erika vaciló. Su estómago protestaba por haberse saltado la comida, no

había probado bocado desde el desayuno, e incluso se había levantado bastante temprano con lo que el desayuno ya era un recuerdo bastante lejano. Estaba hambrienta, pero no le gustaba tener que depender de la gente, menos aún de una desconocida.

—No tiene importancia, puedo esperar hasta la cena. Además, me vendrá bien perder algún kilo —farfulló Erika intentando sonar graciosa y quitarle al mismo tiempo importancia al asunto.

Shadow arqueó una de sus finas cejas rubias y la miró con unos ojos tan parecidos a los de Dakota que realmente le causaba escalofríos. La niña sacudió la cabeza y caminó hasta Erika sorprendiéndola al rodearle la cintura con un brazo e instarla a caminar hacia la entrada principal. El perro correteaba alrededor de ambas

—Si quieres estar tan flaca como un palillo es cosa tuya —le aseguró adaptando su paso al de Erika—. Pero mi abuela me mataría si llega a saber que dejo que una de sus huéspedes pase hambre. Si quieres dar un paseo por los alrededores, puedes llevarte unos bocadillos y disfrutar del aire libre al mismo tiempo.

A Erika se le trabó la lengua, estaba tan sorprendida por el desenfadado carácter de la alta adolescente que no podía hacer otra cosa que dejarse conducir. Entró con ella de nuevo en la recepción del hotel y se la quedó mirando cuando Shadow le pidió que la esperase.

—Solo será un minuto —le aseguró la sonriente chica—. Si al final decides salir, te sugiero que te lleves una chaqueta o sudadera, el tiempo en este mes se vuelve algo loco, tan pronto hace un sol radiante como te cae un enorme chaparrón.

Erika no sabía que decir. No estaba acostumbrada a gente tan efusiva, el que alguien como esa chiquilla se comportara de una manera tan abierta y extrovertida sin apenas conocerla, la incomodaba. No sabía cómo actuar.

Su mirada vagó unos instantes por la sala ahora casi vacía para volver de nuevo a posarla sobre la chica, quien le sonrió con dulzura.

—Gracias, eh... —respondió un tanto incómoda, ni siquiera sabía su nombre.

—Shadow —respondió la chica con una agradable sonrisa—. Lo siento, es que a veces doy por hecho que la gente en el hotel ya me conoce y olvido lo más básico. Presentarme. Shadow Asburg.

Erika le devolvió la sonrisa con algo de vacilación.

—Erika —respondió—. Erika Connors.

Shadow asintió.

—Voy entonces a la cocina —sonrió la chica mirando a su alrededor—. Si no estás por aquí cuando vuelva, puedo dejarte las cosas con Mary Rose, en recepción.

Erika sintió, eso le daría tiempo para subir en busca de una chaqueta. Quizás, después de todo, la idea de un picnic al aire libre no era tan mala idea.

—Eso sería perfecto, gracias —aceptó un poco más tranquila.

Shadow asintió a modo de despedida y se dirigió hacia la recepción. Erika la vio marchar y dirigió la mirada hacia las escaleras con cara de resignación. ¿Cuántas veces había subido y bajado ya esas endemoniadas escaleras el día de hoy? Si volvía a subir, no estaba muy segura de poder bajar después.

—¿Qué pasa con los benditos ascensores en este sitio? Moriré antes de que se acabe mi estancia aquí si tengo que subir y bajar eso muy a menudo.

Mirando el pasamanos de madera de la antigua escalera que se curvaba hacia el primer piso, suspiró y volvió a subir otra vez.

La brisa de la tarde movía los altos tallos de hierba seca, dando color a unos increíbles prados vestidos del dorado del otoño, el aire puro y el

silencio teñido de los sonidos propios del campo era como un bálsamo para su mente. Acostumbrada como estaba al ajetreo y ruidos de su apartamento en las afueras de Washington, el encontrarse en un espacio abierto y libre de contaminación como era una de las plantaciones del sur de Luisiana parecía algo sacado de un sueño. Erika sonrió para sí y contempló el sendero que se extendía ante ella serpenteando a lo largo del prado. El camino no era tan llano como había pensado al principio, pero se las arreglaba bien. De su hombro derecho colgaba la bolsa de tela que le había preparado Shadow con unos bocadillos y un par de refrescos, por suerte no pesaba apenas. El estómago de Erika volvió a crujir al recordar los bocadillos que llevaba en la bolsa. Se llevó la mano al sitio como si de ese modo pudiera aliviar el hambre que sentía. Su mirada violeta buscó un posible lugar en el que sentarse y poder disfrutar de una agradable comida al aire libre, pero por el momento todo lo que veía era el sendero y el extenso prado de alta hierba sin segar extendiéndose hasta donde le alcanzaba la vista. Solo un poco más a la derecha, saliendo del sendero distinguió un pequeño bosquecillo de árboles elevándose solitarios en medio de aquella extensión. Erika bajó la mirada a su bastón y observó nuevamente el camino sopesando sus opciones.

—No está demasiado lejos —murmuró estudiando bien todo lo que la rodeaba, puede que solo se apartara unos metros del sendero original.

Dudando un poco al principio, emprendió de nuevo la marcha por el sendero. Su mirada no dejaba de recorrer los alrededores empapándose de la naturaleza y manteniéndose atenta a cualquier cambio posible en el camino que pudiera darle un poco de sombra sin tener que alejarse. A medida que avanzaba, el pequeño montículo de árboles se le presentaba cada vez más aceptable. No estaba a demasiada distancia del sendero. La parte de terreno que ascendía hasta ellos quizás fuera algo más pedregoso, pero al menos no estaba cubierto con hierbas tan altas que pudieran dificultarle el paso.

Su estómago volvió a crujir decidiendo por ella.

—Me niego a dar un paso más sin comer algo —gimoteó observando el cielo despejado y dirigiendo de nuevo su mirada hacia el montículo de árboles con un suspiro—. Ese parece tan buen sitio como cualquier otro, y al menos tendré algo de sombra.

Después de hora y media de un lento caminar estaba agotada, el sol de media tarde había resultado ser algo más cálido de lo que esperaba, solo la suave brisa ayudaba a que el ambiente no resultara asfixiante. Pese a todo ese calor húmedo no era propio de la época en esa región, otra cosa más que achacar al cambio climático.

La sombra que proporcionaría el racimo de árboles sería mejor que nada.

Erika se ajustó bien la bolsa al hombro y comprobó el terreno antes de dar el primer paso en dirección al montículo. Hasta el momento, el camino había sido prácticamente llano, las elevaciones que moldeaban el paisaje eran mínimas haciendo que el paisaje se viera de manera continua a lo largo de kilómetros y kilómetros.

Avanzó lentamente, un pie delante de otro, su bastón hundiéndose entre las pequeñas piedras, la brisa acariciando ligeramente el pelo recogido en una cola de caballo y los árboles, robles de anchos y torcidos troncos, le dieron la bienvenida. Sus ramas semidesnudas se elevaban hacia el cielo proporcionando algo de la sombra que Erika había estado buscando, el suelo era una mullida alfombra de hojas marrones y ramitas que encontró más que aceptable para sentarse por fin.

Desatando la chaqueta que llevaba alrededor de la cintura, la extendió en el suelo dejándose caer sobre esta con la ayuda del bastón, las latas de refresco entrechocaron cuando se sentó en el suelo con un agradecido suspiro de alivio.

—Por fin —suspiró descansando finalmente. La rodilla llevaba ya un rato dándole ligeras punzadas hasta terminar medio entumecida por la caminata.

Sabía por experiencia que el regreso iba a resultar ligeramente incómodo, pero valía la pena por poder disfrutar de un paisaje así. Atrayendo la bolsa hacia sí, la abrió y empezó a sacar los dos botes de refresco de naranja y un par de envoltorios en papel de aluminio. Sus dedos trabajaron impacientes en los envoltorios hasta sacar un par de emparedados de atún de uno de los envoltorios. Erika tragó saliva varias veces, aquello se veía de lo más apetitoso—. Por fin, sí... Estaba muerta de hambre.

Degustando con placer el mordisco que le dio al bocadillo, lo dejó un instante a un lado para poder abrir una de las latas de refresco. Las burbujas crepitaron cuando retiró la anilla antes de llevárselo a los labios y beber un poco. El gas la hizo apretar con fuerza los ojos y arrugar la nariz antes de echarse a reír.

—¡Adiós restaurantes, hola MacDonals! —alzó la voz en un grito de alegría. Por primera vez en mucho tiempo se sentía bien consigo misma, atrás quedaban las cenas y comidas incómodas en bonitos restaurantes en los que jamás había disfrutado. Todavía recordaba la cara que había puesto su ex prometido cuando le había sugerido que sería divertido ir a una pizzería para variar. Su expresión escandalizada lo había dicho todo.

Erika sacudió la cabeza para alejar aquellos recuerdos. Sin apenas darse cuenta había permitido que él la utilizara, que la manejara a su antojo buscando en ella nada más que alguien a quien poder pasear del brazo, con quien compartir su estúpida obsesión por los barcos.

—¿Cómo pude haber caído en algo así?

Ella, que siempre había sido una persona vivaz, que sabía lo que quería e iba a por ello, se había dejado anular casi por completo por un hombre que no la merecía, que no merecía nada en realidad.

Le dio otro mordisco al bocadillo mientras su mente volvía a una oscura y lluviosa noche de hacía un año. Apenas recordaba el accidente, cuando se

había despertado estaba en el hospital, su padre había estado en la habitación con ella y en el pasillo se oía a su hermana Susan gritando y amenazando a su ex prometido. Los sedantes la habían dejado en un estado de adormecimiento total, pero jamás podría olvidar lo que había oído en medio de la neblina inducida por la medicación.

Erika sacudió la cabeza para alejar aquellos amargos recuerdos. Todo aquello había quedado atrás, jamás dejaría que nadie más la utilizara.

—Ojalá se hunda tu nuevo yate, cabrón —masculló antes de pegar un rabioso mordisco a su bocadillo.

Las ventanas abiertas de par en par dejaban entrar el suave aroma a rosas que traía el viento desde el jardín, las cortinas aleteaban ligeramente movidas por el viento entrechocando contra la pared un instante antes de volver a elevarse como las alas de una mariposa. Los ladridos del perro de aguas marrón que correteaba con Shadow de un lado a otro en el patio llamó la atención de Dakota. Sentado a medias en el alfeizar de la ventana observaba el juego de la adolescente con una tierna sonrisa en los labios. Su mirada volvió a la vacía habitación. Había regresado con la intención de ver a Erika y dejarse ver por ella, la curiosidad y el inexplicable tirón que sentía hacia ella desde el momento en que se habían encontrado estaba poniendo su eternidad patas arriba. Necesitaba saber qué clase de conexión lo unía a la Redentora de Almas y si realmente había sido él quien la había llamado inconscientemente.

Dakota cerró los ojos con fuerza cuando el pasado inundó su mente. No quería recordarlo, no quería volver a revivir aquellos días, para bien o para mal había tomado su decisión y había pasado la eternidad pagando por sus pecados. ¿Qué sentido tenía ahora la redención? Él no la quería, no sentía que la mereciese, si tan solo hubiese obrado de otra manera en aquel momento

preciso...

—No —se obligó a detener el curso de sus pensamientos.

Su mirada volvió al patio. La tarde iba avanzando lentamente encaminándose al anochecer, el inusual calor que envolvía el ambiente era señal inequívoca de que se estaba acercando tormenta. El sol empezaba a desaparecer tras unas espesas nubes oscuras que contrastaban con el limpio cielo azul que se iba tornando por algunos puntos en el horizonte ya de un tono rosa anaranjado.

—Nubes de tormenta —murmuró observando el cielo despejado.

En poco más de una hora o algo más, el cielo se cubriría por completo de oscuros nubarrones que descargarían con furia agua y rayos para dar paso después a un nuevo día lleno de luz y frescor. Así eran las tormentas por aquella zona, venían casi sin avisar y se iban de igual modo.

Su mirada volvió de nuevo a la habitación totalmente vacía. Sobre la cama había desperdigadas un par de prendas de la chica, pero de ella no había ni rastro.

—¿Dónde te has metido, cabaretera? —murmuró Dakota volviendo a mirar el cielo que se iba encapotando poco a poco un instante antes de volverse de nuevo hacia la cama y las prendas que había allí esparcidas. El vaquero frunció el ceño un instante antes de desvanecerse.

CAPÍTULO 8

Sí, no había duda que el cambio climático era el culpable de que ella estuviera hecha una sopa. Erika observaba embobada bajo la inexistente cubierta de unos árboles, como los relámpagos cruzaban iluminando el extenso cielo en medio de un campo desierto en los alrededores de una de las plantaciones del Sur del estado de Luisiana.

El agua le chorreaba por la cara mezclándose con las lágrimas, su menudo cuerpo temblaba apretado contra el tronco del árbol que servía no solo de escaso refugio a la torrencial lluvia que en tiempo récord estaba empapándolo todo, sino que era además el peor sitio en el que podía estar con una tormenta desatándose encima de su cabeza. Pero era preferible eso a contemplar la tormenta en medio de un campo abierto. Sus zapatillas deportivas encharcadas en agua cloqueaban con cada inestable movimiento.

Todo había sucedido con increíble rapidez. En un momento estaba guardando los restos de su merienda al aire libre en la bolsa para emprender el camino de regreso y al siguiente había reparado en el paulatino oscurecimiento del cielo llenándose de oscuras nubes de tormenta, seguido por el primero de los enormes relámpagos que se iluminó en la distancia. Las primeras gotas de agua empezaron a caer a la tierra tras el estruendo del trueno para convertirse en un abrir y cerrar de ojos en afiladas lanzas cayendo de forma torrencial sobre la tierra.

Sumida en una mezcla de caprichoso enfado y agudo terror hipaba sin saber que hacer apretada contra el duro tronco del árbol. Cuando todavía conservaba algo de su racional carácter había intentado llamar a alguien para finalmente darse cuenta de dos cosas, que no había cobertura allí en medio y que no tenía la menor idea de a quién podía pedir ayuda. Su única esperanza era que Shadow recordara que ella había comentado que iba a dar un paseo y que avisara a alguien.

Los temblores sacudían su menudo cuerpo debido al frío y a la desesperación. Había recorrido una y otra vez con desesperada necesidad todos sus conocimientos sobre acampar al aire libre que desgraciadamente no pasaban de haber dormido en la tienda de campaña del patio de una amiga de niña. El sentido común hacía ya como media hora que la había abandonado sumiéndola en un histérico llanto.

—Dakota, por favor. —susurró entre hipidos, incapaz de oírse a sí misma bajo la torrencial lluvia.

Inexplicablemente su mente se había aferrado a él como una tabla en la que poder mantenerse a flote. Quizás cuando hubiese salido de allí y tuviera nuevamente sus emociones bajo control y no estuviera presa del pánico podría analizar el por qué había pensado en él como algo más que un estúpido fantasma con el que se había encontrado de pura casualidad y que ni siquiera se dignaba a aparecerse para que ella pudiera solucionar el asunto que los unía. En realidad, él ni siquiera existía, no de una manera técnicamente humana, solo era un espíritu, el condenado espíritu del hombre más impactante que había conocido nunca.

Dejando escapar un sollozo mitad risa mitad llanto se dejó deslizar hacia el suelo abrazándose el tembloroso cuerpo con los brazos mientras su alma gritaba por él.

—¡Maldito seas, fantasma! —gritó con el rugido del trueno de fondo—. ¡Tú

eres el único culpable de que haya terminado en esta endemoniada plantación!

Era incapaz de dejar de temblar, le castañeaban hasta los dientes y sus ojos empezaban a cerrarse, ya no conseguía mantenerlos abiertos por más que lo intentaba, iba a desmayarse. La sola idea la hizo sonreír. Ella que no permitía que las emociones la dominasen, que no le gustaba mostrar su flaqueza ante los demás, desde que había llegado aquí hacía ya dos días no había hecho otra cosa que caer una y otra vez en ellas y ahora iba a desmayarse.

Entre el febril y descontrolado ir y venir de sus pensamientos, su cerebro empezaba a jugarle malas pasadas. Una alta figura caminaba lentamente y con paso firme bajo la lluvia, pero esta no llegaba siquiera a rozarle. Un nuevo relámpago iluminó el rostro masculino revelando unos brillantes ojos azules en los que juraría haber visto un atisbo de preocupación, el pelo le caía sobre la frente en ligeras ondas rizándose también a la altura del cuello, una sombra de barba acariciaba sus mejillas y bigote.

—Lo siento, Erika —oyó la suave y masculina voz de él cuando se acuclilló a su lado hasta quedar a la altura de sus ojos y apartarle el pelo mojado de la cara.

Erika no respondió, estaba demasiado entumecida para pensar con coherencia. Se limitó a dejar que la levantara del suelo meciéndola en sus fuertes brazos. Su mejilla descansó sobre la tela seca de su camisa un instante antes de cerrar los ojos y suspirar como una niña que por fin se siente a salvo.

Dakota la apretó contra él, su interior se removía como un huracán, si su corazón latiese estaba seguro que se le saldría del pecho por la intensidad que sentía ahora mismo con la suave y femenina forma de Erika en sus brazos. Casi sin pensarlo bajó su frente sobre la de la chica y dejó escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo.

—¿Qué diablos me estás haciendo, Redentora de Almas? ¿Qué estás haciendo con mi eternidad? —susurró, pero ella ya no le oída, permanecía

desmayada entre sus brazos. Dakota la miró durante un instante, finalmente dio media vuelta y se alejó con ella en brazos, desvaneciéndose en la neblina causada por la lluvia.

La luz del relámpago entró por la ventana abierta iluminando la figura que acababa de aparecer en mitad de la habitación, afuera la tormenta seguía desatando su furia. Dakota echó un rápido vistazo a su alrededor al tiempo que reacomodaba el inconsciente cuerpo femenino en sus brazos, él no podía sentir el frío, pero su camisa había terminado mojada por la humedad que envolvía a la chica, sus labios habían empezado a perder el color y tiritaba ligeramente. Sin perder un instante más, la depositó encima de la cama y subió sus manos a la cremallera que cerraba su sudadera. A lo largo de los siglos había visto ese artilugio usado en múltiples objetos, pero era la primera vez que se enfrentaba al desafío de lidiar con uno.

En su época aquello no existía.

Sus dedos lidiaron durante un instante con el cierre hasta conseguir que este se deslizara hacia abajo quedando atascado al final del todo. Dakota gruñó con fastidio y dio un seco tirón a la prenda logrando desprenderla por fin. Con cuidado incorporó a la pequeña morena medio sentándola en la cama, apoyándola contra su pecho para poder quitarle por los brazos la empapada prenda y tirarla después al suelo. Su mirada vaciló un instante al fijarse en la camiseta blanca, la cual había quedado totalmente transparente empapada por el agua y moldeaba la menuda figura femenina dejando entre ver el encaje de color melocotón del sostén.

Tomando una profunda bocanada de aire sostuvo a la chica con un brazo mientras se las arreglaba para ir levantando poco a poco la empapada prenda y sacarle primero un brazo y después el otro antes de sacársela por la cabeza. La chica gimió débilmente antes de que Dakota la acostase nuevamente en la cama. Sus redondeados pechos se elevaban al ritmo de su lenta respiración,

amenazando con desbordarse de la escasa tela que los cubría. Los pezones empujaban oscurecidos contra el encaje como una prohibida invitación.

El vaquero retrocedió como si lo hubiesen quemado. Se pasó la mano a través del pelo y soltó el aire con fuerza antes de bajar ahora la mirada por su vientre hasta la línea de sus pantalones que se pegaban empapados a sus largas piernas. Jurando por lo bajo se obligó a volver a la tarea de desnudarla, por suerte ya no había más cremalleras, el cierre del pantalón era todo de botones. Una vez abierto quedó al descubierto un fino pedazo de tela del mismo color que el sostén. Apretando con fuerza los dientes por un instante, enganchó sus dedos en los bolsillos del pantalón y tiró de ellos hacia abajo deslizándolos por sus pálidas piernas. El pedazo de tela mojada entre sus piernas apenas ocultaba el nido de rizos negros que ocultaba su feminidad. Resollando entre dientes, se obligó a concentrarse en quitarle del todo los pantalones. Las manos de Dakota se congelaron a la altura de la parte superior de la rodilla izquierda. Unas líneas blanquecinas y rosadas fruncían la delicada piel en varios puntos, a medida que seguía bajando el pantalón tuvo que obligarse a contener una maldición al ver la cantidad de cicatrices que oscurecían y deformaban la piel de la rodilla femenina. Su mirada volvió de nuevo hacia la cara de la pequeña morena.

—El dolor de esto te ha marcado a fuego, ¿no es así pequeña? —murmuró encogiéndose interiormente. Él tenía sus propias cicatrices, quizás no visibles, pero igual de desgarradoras que las suyas.

Se concentró en sacarle las zapatillas deportivas y los mojados calcetines antes de retirar por completo el pantalón. Una vez la hubo despojado de la ropa dejándola solo con ese indecente pedazo de tela, volvió la mirada a su alrededor buscando algo con que arroparla. En dos zancadas estaba en el armario sacando una oscura manta verde del fondo de uno de los estantes. Extendiéndola sobre el cuerpo de la inconsciente chica, la incorporó

nuevamente sacándola de la cama.

El edredón había quedado empapado allí donde la había depositado. Dakota bajó la mirada a sus brazos observando el inmóvil cuerpo femenino, sus labios empezaban a ponerse ligeramente azules. Apretando los dientes ante la inexplicable ola de culpabilidad, la abrigó con la manta apretándola contra él al tiempo que la llevaba hacia el cuarto de baño.

Había estado allí innumerables veces y seguía sin saber muy bien cómo funcionaba todo. Demonios, en su época lo único que tenía que hacer era ordenar que le subieran una tina y la llenaran con agua caliente, no había nada tan sofisticado como eso.

Dakota observó la bañera y los grifos, un segundo después el agua empezaba a correr elevando un débil humo provocado por el vapor de agua. Satisfecho caminó hacia ella con la pequeña morena en sus brazos, maniobrando consiguió colocar el tapón en su sitio y esperó sentado en el borde de la bañera a que esta se fuera llenando. Sus manos empezaron a frotar suavemente la piel de la muchacha a través de la manta intentando hacerla entrar en calor.

—Vamos, cabaretera, con un muerto en esta habitación es más que suficiente —le susurró Dakota frotando sus brazos a través de la manta, mientras la acunaba en su regazo.

Lentamente empezó a despojarla de la manta, su mirada seguía el curso de sus manos hasta que cayó en los suaves y pálidos montículos de sus pechos cubiertos por aquel pedazo de tela. Ahogando un dolorido jadeo sus ojos bajaron al agua y volvieron de nuevo a la chica.

—Se supone que eres tú quien debe salvarme a mí, no al revés —masculló. Aspirando con fuerza el aire entre los dientes, llevó una decidida mano a la extraña prenda que cubría sus pechos, después de tironear un poco de ella el broche que la cerraba al frente se abrió dejando escapar de un salto

los pálidos pechos. Dakota tragó saliva al tiempo que la despojaba de la prenda—. Piensa que ya estás muerto, no puede matarte de nuevo por esto.

Dejando caer la prenda a un lado, procedió a despojarla de las braguitas y sumergirla después en la bañera.

La chica se sobresaltó al notar el agua caliente lamiendo su entumecido cuerpo, sus pestañas aletearon ligeramente hasta abrir ligeramente los ojos.

—Shhh... —la calmó la profunda voz masculina—. No pasa nada, pequeña.

Erika empezó a temblar, sentía los brazos de Dakota alrededor de su espalda sin dejar que se hundiera completamente en el agua caliente.

—Tengo...frío... —farfulló temblando entre sus brazos.

Dakota respondió a eso frotando suavemente sus entumecidos miembros con el brazo que tenía libre. Erika temblaba a intervalos, apretando sus dedos en la camisa de él como si fuese un salvavidas al que aferrarse, su mirada era aislada y vidriosa como si no fuese consciente de donde estaba.

—Podré caminar otra vez, ¿verdad? —susurró Erika en lo que a él le pareció un sollozo.

El hombre pareció sorprenderse ante esa inesperada pregunta pero no dijo nada, siguió frotando sus brazos suavemente bajo el agua ayudándola a entrar en calor.

Erika se sentía como si fuera a la deriva, el miedo y los viejos recuerdos volvieron a su mente trayendo con vívida claridad el accidente en el que había perdido algo más que la movilidad de su rodilla izquierda.

Sus recuerdos de aquella noche no eran demasiado nítidos, recordaba el hipnotizador ritmo del limpia cristales intentando barrer el agua, una horrible canción sonaba en el lector de cds del coche. Era una de las canciones favoritas de Paul, su prometido. Habían salido a cenar a un exclusivo restaurante de la ciudad, Erika ni siquiera recordaba lo que había comido o si

lo había hecho, lo más seguro era que esa noche hubiese sido igual de aburrida e insustancial que todas las anteriores.

Y entonces ocurrió todo, una voz estridente mandándola callar, diciendo lo aburrida que era y por qué nunca llegaría a nada... ¿Era la letra de la canción que sonaba en el coche? Las potentes luces que los habían cegado, el chirrido de las ruedas sobre el asfalto al pisar con excesiva fuerza los frenos, el automóvil dando bandazos, un fuerte golpe y luego todo oscuridad.

—Me dejó sola... —oyó su propia voz teñida de llanto—, dijo que iba a buscar ayuda y me dejó sola, sentía un horrible dolor en el abdomen... No podía moverme... Mi pierna, no la sentía... Estaba atrapada...Y él me dejó sola.

Luces intermitentes, voces gritando e impartiendo órdenes, unas estruendosas sirenas, alguien que le preguntaba su nombre y cómo se encontraba, le pedía que aguantase, que todo iría bien...Y una niña... Una figura vestida de blanco y descalza en medio de todo aquel ajeteo.

—Ella no era real... No podía serlo... —farfulló sacudiendo la cabeza y apartando las consoladoras manos de Dakota.

La niña sonreía... Era solo un bebé de corta edad y le sonreía extendiendo sus pequeñas manitas y entonces todo había vuelto a oscurecerse.

—No era real —sollozaba casi sin darse cuenta hundiéndose nuevamente en la inconsciencia.

Dakota no dijo una sola palabra, no se atrevía. Erika había estado reviviendo una aterradora vivencia de su pasado, algo que la había marcado para siempre y no solo físicamente. Sus palabras le habían recordado en cierta forma su propio pasado, el motivo de su propia muerte.

Con suavidad la levantó de la bañera con el agua chorreando por su piel y la envolvió en una enorme toalla de baño antes de trasladarla nuevamente a la habitación.

Erika se revolvió inquieta. Tenía calor y alguien insistía en hacerle beber un asqueroso brebaje, sus manos apartaban a ciegas la molesta taza mientras se revolvía en el colchón más duro que había probado. ¿O se había caído nuevamente de la cama? Abriendo ligeramente uno de sus ojos violeta se encontró con una preocupada mirada azul bajo unas finas cejas doradas, una sombra de barba oscurecía un firme mentón y esos labios llenos y carnosos invitaban a...

—No —farfulló apartando nuevamente la taza sin fuerzas para levantar siquiera el brazo.

—Tienes fiebre, Erika, esto hará que se te baje —oyó decir a la profunda voz masculina que salía de aquellos labios al tiempo que le acercaba nuevamente la taza a los labios—. Vamos, bebe.

—No —gimoteó ella empujando la taza y girando la cara mientras se removía incómoda—. Quiero andar... Tengo que volver a andar... Oh, dios... Maldito bastardo... Lo oí... Lo oí todo.

Dakota dejó la taza humeante a un lado y abrazó a Erika cuando esta se echó a llorar entre maldiciones e insultos, se removía inquieta en su regazo intentando deshacerse de la manta.

Le había subido la fiebre mientras la secaba y había empezado a delirar hablando nuevamente del accidente. Había hecho gala de una sarta de insultos que habrían puesto a su padre de rodillas, recordó con una sonrisa. Pasaba de ser una pequeña fiera salvaje a la gatita inofensiva que lloriqueaba ahora en sus brazos.

—Tengo que volver a andar —suplicaba ella ocultando el rostro en su camisa al tiempo que lloriqueaba—. No puede quitarme también eso... Los médicos no entienden, tengo que volver a andar.

Sus recuerdos volvieron a aquellos días del accidente. Se había despertado dolorida y desorientada, en algún lugar había gritos. Su mirada había caído en

la puerta medio abierta en la que su hermana Susan gesticulaba y gritaba a Paul. Su prometido permanecía inmóvil, como si no le importase nada de lo que le gritaba Susan y entonces había oído sus palabras.

—¡Eres un cabrón hijo de puta! ¡La abandonaste! ¡La dejaste sola! ¡Erika ha estado a las puertas de la muerte y a ti lo único que te ha importado es saber si te denunciarían por conducir ebrio! ¡Casi matas a mi hermana, maldito cabrón! ¡No te bastó con dejarla prácticamente inválida, tenías que matarla también como mujer! ¡Es apenas una niña y jamás podrá...!

—¡Susan! —había oído entonces la voz de su padre en el corredor—. Esto es un hospital, tu hermana está ahí dentro, haz el favor de bajar la voz. Nadie tiene la culpa de lo que ha pasado, ha sido un accidente.

Susan había bajado la voz, su tono era firme y venenoso cuando se dirigió hacia el cabizbajo Paul. El muy idiota parecía estar totalmente hundido, Erika jamás había visto a su ex prometido en ese estado.

—No te quiero cerca de ella, desaparece de su vida, ya le has hecho bastante daño —lo había amenazado Susan.

Erika jadeó al recordar aquello que su mente había estado reteniendo, que ella misma se había estado obligando a ignorar. Ella misma había insistido en que solo había sido un accidente, la carretera estaba mojada y el coche había derrapado, nadie había tenido la culpa de nada, había sido simplemente mala suerte.

—Fue...un accidente... Él no... —Erika sacudió la cabeza intentando incorporarse y alejarse de los brazos que la retenían—. Bastardo... Creen que no lo sé, pero los oí —sus ojos violetas se prendieron de los de él, la pena y el dolor que había en ellos le impactó.

Dakota la apretó más contra sí, sin permitirle abandonar su regazo. Ella ardía en fiebre, su mente no era capaz de distinguir lo real de lo que no lo era, hablaba de cosas que habían pasado hacía tiempo, cosas que su mente había

estado reteniendo por una obvia razón. Permitirle continuar con su vida.

—Shhh —la acunó en sus brazos—. Ya está, eso ha quedado atrás, deja que se vayan.

La chica sacudió la cabeza y le empujó débilmente con sus manos pero él no se movió un solo milímetro. Frustrada y enferma empezó a pegarle con sus diminutos puños en el pecho.

—No lo entiendes, tú no entiendes nada —se enfadó, sus pequeñas manos se afanaban por deshacerse de él—. Ese día morí en aquel tramo de carretera, me negué a permitir que me arrebataran nada más. Los médicos decían que no volvería a andar... Se equivocaron.

Sus débiles intentos por apartarse de él, de su contacto, evitar que la viera en ese estado, que comprendiera su debilidad, la frustraba. Sus ojos violetas lo miraron con una muda súplica.

—Quiero estar sola, por favor.

Dakota se limitó a mirarla a los ojos, le acarició suavemente la mejilla y la atrajo de nuevo hacia su pecho pese a los continuos esfuerzos de ella por alejarse.

Erika rompió entonces a llorar, su llanto desgarrador laceró el alma de Dakota, el conocimiento llegó por fin a su mente. Eso era lo que los unía.

—No te dejaré sola —sus propias palabras lo arrastraron a la noche de su muerte, al llanto de su hermana que gritaba que luchase y a los ojos azul brillantes de un bebé.

CAPÍTULO 9

La luz del sol entraba por la ventana dándole directamente en la cara, los golpes en la puerta solo aumentaban el dolor que palpitaba en sus sienes. Se estremeció revolviéndose incómoda bajo las sábanas hasta conseguir sacar una mano que buscaba palpando la mesilla de noche para acabar con aquel sordo ruido. No tenía despertador. El repentino pensamiento se abrió paso entre la nublada mente, sus ojos se apretaron con fuerza un instante antes de intentar abrirse. Gimió ante la fuerte luz obligándose a cerrar nuevamente los ojos. Los golpes persistían ahora acompañados por una suave voz femenina que a Erika se le hacía vagamente familiar.

—¿Erika? Soy Shadow —se oía a lo lejos—. ¿Va todo bien? Ayer no te vi regresar y me preocupé, hemos tenido una fuerte tormenta y...

Farfulló apretando la cara contra la almohada. Su mente estaba embotada por el sueño y algo más, era una sensación que reconocía vagamente. Refunfuñó intentando incorporarse ligeramente, una suave gemido escapó de sus labios al tiempo que maldecía entre dientes llevándose las manos a la cabeza, todo le daba vueltas.

—Sí...Todo bien —farfulló Erika notando la garganta seca y la boca pastosa—. Fiebre —musitó reconociendo los síntomas de los antitérmicos—. Creo que he tenido fiebre...No es nada.

Hubo un momento de silencio antes de que la chica volviera nuevamente a

preguntar.

—¿Necesitas alguna cosa? Tenemos un botiquín abajo bastante bien surtido —respondió Shadow, en su voz podía apreciarse la preocupación.

Erika sonrió para sí. El armario del cuarto de baño de su piso de alquiler había sido una farmacia en sí mismo, en el último año había cambiado tantas veces de medicación que ya conocía prácticamente todos los laboratorios existentes. Frunciendo el ceño, apretó la palma de la mano contra la palpitante sien, debía de haber estado realmente mal si no recordaba si quiera haberse tomado un antitérmico. Había decidido no volver ni a tocar siquiera una pastilla para la tos, a su cuerpo le había llevado un tiempo eliminar todo rastro de medicación. Había sido un periodo de prueba realmente duro, pero había merecido la pena.

—No necesito nada, gracias Shadow —farfulló volviendo a ocultar la cara contra la almohada girándose a continuación y murmurar en voz alta—. Creo que me quedaré otro rato en la cama, no me siento con ánimos de bajar a desayunar.

Una suave risa masculina procedente del otro lado de la habitación confundió momentáneamente a Erika, su mente todavía no le respondía con tanta celeridad como le hubiese gustado. Hubo una ligera vacilación en la voz femenina cuando respondió.

—Erika... Ya casi es mediodía —respondió Shadow entre divertida y preocupada—. Mary Rose dijo que llamaste a recepción para que te vinieran a despertar a esta hora, que te habías resfriado. ¿Estás segura de que estás bien?

Erika se cubrió por completo con la manta, ¿Mediodía? ¿Qué había dado aviso de que la despertaran a esa hora? ¿Cuándo había sido eso? Suspirando se volvió hacia la puerta sin salir bajo la manta. Sus ojos se abrieron ligeramente intentando adaptarse a la escasa luz que se filtraba a través de las mantas, su mente poco a poco empezaba a despertar del conocido

embotamiento producido por la medicación.

—Sí —murmuró debajo de las mantas—. Eso creo. Creo que el resfriado todavía me puede.

Erika se revolvió inquieta e hizo una mueca al sentir una punzada en la rodilla, aquello no era una buena señal.

—¿Sería posible que me subieran algo de comer a la habitación? —murmuró con la voz ligeramente quebrada.

Realmente no tenía apetito, pero intuía que le iba a resultar difícil volver a bajar y subir nuevamente ese infernal tramo de escaleras en el estado en el que se encontraba.

—Sí, por supuesto —se oyó de nuevo la voz de la chica, la cual esta vez parecía incluso más animada—. Enseguida vuelvo con ella.

Erika suspiró.

—Gracias —susurró volviéndose nuevamente bajo las sábanas que acariciaban suavemente su cuerpo, la sensación era agradable, erótica. Erika se llevó instintivamente una mano a la cadera. Estaba desnuda—. Oh, mierda —masculló nuevamente antes de murmurar casi con miedo—. ¿Dakota?

Hubo un momento de completo silencio hasta que la manta y sábanas que la cubrían hasta la cabeza se deslizaron lentamente cegándola por la cálida y brillante luz del medio día que entraba por la ventana. Una enorme silueta se cernió sobre ella interponiéndose en el camino de la luz y permitiéndole abrir ligeramente los ojos. La voz que le siguió era masculina, profunda y conocida.

—Buenos días, cabaretera —murmuró él ligeramente inclinado sobre ella.

Erika maldijo en voz baja y se giró alzando las mantas lo suficiente para poder ver bajo ellas su cuerpo desnudo, con un gemido volvió a cubrirse la cabeza, enterrando la acalorada cara contra la almohada. Su voz era un amortiguado murmullo cuando por fin habló.

—Estoy desnuda... “Nunca” me acuesto desnuda —soltó un pequeño

gemido ahogado por la almohada—. Dame una buena razón para no suicidarme ahora mismo por mi tremenda estupidez.

Dakota ahogó una espontánea risa tras una mal cubierta y repentina tos, Erika eligió ese momento para sacar echar atrás las mantas y fulminarlo con la mirada.

—No tiene la más mínima gracia —dijo ella entrecerrando los ojos un instante antes de encogerse de nuevo con un repentino gemido seguido de una larga sarta de maldiciones y revolverse en la cama hasta terminar nuevamente boca arriba. Casi al mismo tiempo sintió una mano helada posándose sobre la frente, sus ojos volvieron a abrirse para encontrarse con los profundos ojos azules de Dakota.

—Ya no tienes fiebre —fue la escueta declaración antes de bajar el dorso de la mano por su mejilla en una ligera caricia que envió un hormigueo por todo su cuerpo.

Erika se relajó ligeramente, su mirada recorrió la expuesta piel de sus pechos y clavícula que asomaba por encima de la sábana para luego ascender de nuevo a la cara masculina. El calor se instaló inmediatamente en sus mejillas.

—¿Por qué estoy desnuda? —preguntó en apenas un susurro.

—No podía meterte en la cama vestida y calada hasta los huesos —fue la firme y clara respuesta de Dakota, sus ojos seguían el recorrido del dorso de su mano que bajaba ahora por la columna de su cuello.

—Me desnudaste —su voz salió en una estrangulada declaración, su respiración había cambiado, se había acelerado elevando los suaves montículos que se adivinaban bajo las sábanas.

—Era necesario —asintió él, con la mirada arrastrándose por su piel hasta terminar presa de sus ojos.

Erika ladeó la cabeza, sus labios se entreabrieron buscando el aire que

empezaba a faltarle. De repente empezaba a hacer demasiado calor en aquella habitación.

—¿Hay alguna posibilidad de resucitarte para que pueda volver a matarte? —preguntó ahogándose inconscientemente en el calor del momento. Su lengua asomó ligeramente entre sus labios, sus ojos seguían conectados a los de él.

Dakota esbozó una sonrisa y empezó a retirarse muy lentamente.

—No, que yo sepa —respondió él incorporándose hasta pararse en toda su altura al lado de la cama—. Aunque de haberla, estoy seguro de que serías la primera en encontrarla.

Ella asintió ante su respuesta, sintiéndose interiormente decepcionada por su alejamiento. Había esperado...

¿Qué? ¿Qué esperabas Erie? ¿Qué te besara hasta dejarte mareada y sin aliento?

Desechando rápidamente esa repentina y absurda idea, intentó incorporarse de golpe lo cual fue un error. El latigazo de dolor que le atravesó la cabeza fue secundado de inmediato por el vuelco de su estómago y las náuseas que se instalaron en su garganta, el palpitante dolor de cabeza solo era superado por el repentino aguijonazo de la rodilla que la dejó sin aliento.

Las manos de Dakota se trasladaron antes de que pudiera darse cuenta a su espalda, ejerciendo un suave masaje en lentos círculos, el especiado aroma masculino la envolvía despertando algo en su interior. Torpemente empujó sus manos hacia él, apartándolo.

—No —refunfuñó con frustración, producto de su propia debilidad—, puedo sola.

Dakota retiró lentamente las manos dejándola incorporarse por sí misma. A sus ojos no se les escapó la mueca de dolor que atravesaba su rostro ni la tensión en su mandíbula como si apretase los dientes. Siempre reacia a aceptar ayuda, prefiriendo caer una y otra vez a mostrar su debilidad ante los demás.

—Estás tan débil como un gatito —respondió él constatando un hecho.

Erika acabó sentada en la cama apretando la sábana contra su pecho, cerró los ojos durante un instante respirando muy lentamente para intentar controlar las náuseas. Un momento después su mirada ascendió lentamente hasta la del hombre.

—Quizás, pero esta gata todavía conserva las uñas —respondió apoyando la espalda desnuda contra el cabecero de la cama. En cuanto su piel entró en contacto con el frío mueble, se estremeció.

Dakota arqueó una ceja ante eso pero no dijo nada, se limitó a permanecer allí de pie observando cómo luchaba por rodearse con la sábana.

—¿Puedes hacerme un resumen de todas las estupideces que he cometido la pasada tarde noche? —susurró ella, su voz ligeramente baja y con un tono entre avergonzado y molesto—. No... No recuerdo como volví aquí y el resto está algo confuso ¿Qué te conté exactamente? Sé que estuviste conmigo... O eso creo... Cuando tengo fiebre muy alta tiendo a delirar. Es... Es importante para mí.

Erika bajó la mirada a su regazo, sus manos apretaban con fuerza la sábana que había conseguido envolver a medias alrededor de su cuerpo, su espalda estaba tensa esperando una respuesta, una censura por algo que no recordaba si quiera haber hecho.

La cama se hundió ligeramente a su izquierda, su mirada ascendió de golpe para encontrar a Dakota acomodando su alto y amplio cuerpo a un lado de la cama, sentado de lado, su pierna izquierda semi doblada por encima de la derecha, apoyando una de sus botas un poco más allá de la rodilla.

—Cuando decidas ir a pasear, te sugiero dejes aviso de a dónde vas a ir y escuches las advertencias que te hacen —respondió Dakota, en el tono de su voz había una ligera reprimenda.

Erika dio un respingo, su mirada voló inmediatamente hacia el vaquero.

—No necesito que nadie ande pendiente de mis pasos —respondió ella de manera brusca.

Dakota negó con la cabeza desestimando su brusca contestación.

—Te encontré en el pequeño montículo de árboles que hay casi al linde de la plantación y te traje —continuó sin apartar la mirada de la chica—. Estabas calada hasta los huesos, tiritabas por el frío... Hice lo que haría cualquiera en la misma situación.

Erika asintió con un golpe seco y farfulló un escueto “gracias”.

Dakota encogió sus anchos hombros en un gesto casual.

—Con un muerto en esta finca es más que suficiente, querida —le aseguró quitándole importancia al asunto.

Erika lo miró arqueando una ceja oscura pero no pudo evitar sonreír ante la idea que se le pasó por la cabeza.

—Primero la habitación y ahora la propiedad —respondió ella con un bufido mitad risa.

Dakota imitó su gesto y le devolvió la sonrisa.

—Te cedí mi habitación —le recordó haciéndole un guiño—. Puedo ser flexible con la persuasión adecuada.

Erika se echó a reír ante esa pomposa declaración, el movimiento la hizo jadear de dolor al sentir un nuevo calambre recorriéndole la pierna. Dakota ya había extendido su mano hacia el lugar cuando ella posó la suya encima de sus dedos. Ambos se miraron.

—No es nada —susurró ella, en sus ojos había lágrimas no derramadas.

—No es verdad —negó él sabiendo que debía doler como el infierno. Su mano abandonó su rodilla para ascender al rostro femenino, recogiendo una solitaria lágrima que se deslizaba por su mejilla—. Pero tú no tienes la culpa de lo sucedido, Erika.

Erika vaciló. De alguna forma sabía que sus palabras no se referían solo a

que la hubiese cogido la tormenta.

—¿Hablé de... eso? —preguntó, en su voz se adivinaba una nota de tembloroso dolor.

Dakota asintió acariciándole la mejilla con el pulgar. Ella inclinó la cabeza apartándose de su contacto al tiempo que una de sus pequeñas manos subía a su mejilla y entrelazaba los dedos con los de la mano masculina tirando de ambas hacia su regazo.

—Nunca he hablado con nadie del accidente, ¿por qué contigo sí? —preguntó, la mirada fija en las manos entrelazadas de ambos. La pregunta era más para sí misma que para su interlocutor. Sacudió ligeramente la cabeza esparciendo las sedosas hebras de su pelo por encima de sus hombros—. Ahora ya sabes por qué tengo que usar ese estúpido bastón. No podía permitir que me quitaran más de lo que perdí aquella noche. Decían que no podría volver a caminar. Bien, les demostré que estaban equivocados.

Dakota apretó la mano femenina en la suya, a veces las palabras estaban de más. Aquel accidente le había costado a Erika más de lo que jamás se permitiría narrar.

—La voluntad es a menudo el más importante de los milagros —respondió acariciando los largos dedos femeninos con el pulgar—. El no desfallecer después de tomar una decisión, eso es lo difícil.

Lo observó detenidamente, en sus palabras había algo más que consuelo. Era culpa, culpa por algo que se había hecho a sí mismo... O que no había hecho.

Su voz lo recorrió como un río de lava que en vez de quemar, aliviaba.

—¿Por qué te quedaste aquí? —preguntó Erika.

Dakota vaciló. ¿Por qué se había quedado? ¿Qué le había hecho tomar la decisión de quedarse aquella fatídica noche? Después de tanto tiempo seguía sin estar seguro, o quizás prefería negarse a creer en que hubiese sido por algo

más que su estúpido orgullo.

—Había alguien que me necesitaba —respondió en un susurro, su mirada perdida en el movimiento circular de su pulgar sobre la piel de la mano femenina—. Y nunca estuve allí... Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde.

Erika no sabía que la sorprendía más, que le hubiese dado una respuesta o el tono de dolor y amargura en su voz. Su mano libre se posó sobre las de ambos en una significativa muestra de apoyo en la de él.

—Quisiera liberarte, Dakota... Pero no tengo la menor idea de cómo hacerlo —confesó intentando que le correspondiera con la mirada.

Dakota retiró la mano con un brusco tirón y se levantó. Su profunda mirada azul estaba inundada de dolor, un dolor sordo y antiguo.

—Bien, porque yo tampoco te he pedido que lo hagas —le respondió con dureza—. No quiero ser libre.

Antes de que pudiera dar una respuesta, se esfumó en el aire. Erika bajó la mirada a la mano que le había estado acariciando un instante antes. Las lágrimas que humedecían sus ojos eligieron ese momento para caer resbalando por sus mejillas, su mirada se nubló al tiempo que el pecho se encogía ante el inexplicable y repentino dolor que pareció lacerarle el corazón, silenciosos sollozos quedaron atascados en su garganta mientras su cuerpo temblaba.

—No... —susurró abrazándose a sí misma—. No lo permitas... No le dejes entrar.

Quizás ya sea demasiado tarde para eso, Erika. Ya lo has dejado entrar.

Las lágrimas bañaban sus mejillas mientras se abrazaba y se dejaba caer de nuevo de lado sobre la cama. Sí, ya era demasiado tarde para eso.

Dakota soltó una maldición en voz baja y alzó la mirada hacia la ventana de

su habitación, la habitación que ahora ocupaba Erika. No debería haberle permitido acercarse tanto a él, nadie más debía cargar con las consecuencias de aquella desastrosa noche. Su mirada azul se alzó hacia el cielo como si allí hallara las respuestas.

—¡Qué sentido tiene enviarla a ella ahora! ¡No merezco redención alguna! ¡No la quiero!

Dakota cerró los ojos, aquellos días estaban gravados a fuego en su mente. Días de hacer de anfitrión de su propia casa cuando su padre estaba demasiado ocupado bajo las faldas de alguna mujer o revolcándose en la cama con la arpía que había convertido en su nueva esposa, noches de interminables disputas confinadas a las paredes de la biblioteca, tabernas en las que ir a emborracharse para acostarse después con la primera moza dispuesta que se le insinuara o que simplemente deseaba que calentase su cama. La dulce mirada de su madre en sus últimos meses antes de que la enfermedad se la llevase, la melodiosa y rica voz de su hermana Catherine llenando los recovecos de aquella enorme casa cuando el pasado todavía era su mundo. Ella había sido su pequeña estrella, la única pureza en aquella disoluta vida.

—Cathie —murmuró su nombre en voz alta, el dolor y la amargura teñía su voz—. ¿Por qué no te escuché cuando viniste a mí diciéndome la verdad que nadie quería revelarme?

Había intentado advertirle incluso antes de presentársela y después le había suplicado que no siguiera adelante, pero no la había escuchado, no había querido escucharla. Se había justificado a sí mismo diciéndole que solo eran celos de hermanos, asegurándole que nada iba a cambiar entre ellos. Nada en el mundo podría manchar la imagen que tenía de *ella* en aquellos días.

Complexión menuda y delgada con una diminuta cintura, siempre vistiendo la última moda y reluciendo en un ambiente que no estaba a su altura, una tez pálida, fruncidos labios rosados en un coqueto mohín, una pequeña naricita

salpicada de pecas, profundos ojos verdes con reflejos dorados y unos apretados rizos rojo sangre que enmarcaban su carita ovalada. Su preciosa e inocente Veronike.

¿Podía un hombre ser más estúpido de lo que lo había sido él?

Los constantes ladridos de Ulises lo arrancaron de sus recuerdos devolviéndole al presente. El perro se agazapaba moviendo la cola listo para saltar y escapar nuevamente de la alta rubia que lo amenazaba con mucha creatividad. Shadow regañaba al pequeño perro de aguas marrón con lo que parecía ser un block de notas. Su vivacidad y su contagiosa sonrisa le recordaban a su hermana Cathie, incluso el color de los ojos era idénticos a los de ella y el largo pelo rubio se asemejaban a los de su hermana cuando tenía su edad. La adolescente era apenas unos centímetros más alta de lo que había sido Cathie y algo más atrevida.

—Ulises, acabas de firmar tu sentencia a cadena perpetua —reclamaba la rubia sacudiendo el bloc de notas delante del jadeante perro—. Nana ha jurado venderte al primer circo ambulante que encuentre para no tener que volver a escuchar tus ladridos, es eso o que te cocine como un cochinito y dado que tú eres un perro no sé si eso funcionaría demasiado bien.

El perro respondió con un sonoro ladrido, agachándose mientras barría el suelo con la cola.

—De ninguna manera —respondió la chica haciéndose la ofendida, al tiempo que se enderezaba y cruzaba los brazos sobre el pecho—. No pienso decir nada en tu defensa.

Dakota sonrió contemplando a Shadow. Esa pequeña era la única familia que en cierto modo le quedaba, ella era descendiente directa de su hermana Cathie... Su, por decirlo de alguna manera, tática, tática, sobrina.

La niña le dio la espalda al perro y este se puso patas arriba con la lengua colgándole de uno de los extremos de su alargado hocico en una pose bastante

cómica. Shadow lo miró por encima de su hombro y se echó a reír agachándose a su lado para rascarle la tripa.

—Está bien, chico, haré lo que pueda por defenderte —le aseguró ella riendo antes de volver a enderezarse—. Pero ahora tengo que llevarle un poco de sopa y estofado que ha preparado Nana a Erika, la pobrecilla ha debido calarse hasta los huesos y pescar un buen resfriado. Me pregunto en qué momento entró, me pasé buena parte de la tarde en la recepción y no la vi llegar, realmente llegué a preocuparme, pero me alegro de que no le haya pasado nada y esté bien.

Despidiéndose con la mano de su mascota, Shadow dio media vuelta y caminó de nuevo hacia el hotel.

Dakota la siguió con la mirada un instante antes de alzarla de nuevo hacia la ventana de su habitación donde había dejado a Erika. La pequeña cabaretera era un enigma para él, había algo en ella que lo atraía igual que la luz atraía a un insecto a una trampa mortal. Con su pequeña estatura y aquellos enormes ojos violetas que parecían estar en guardia con todo el mundo, se enfrentaba a la vida con una determinación que lo asombraba. El episodio del accidente de coche que debería de haberla hundido, la había hecho resurgir y enfrentarse a todo lo que la había lastimado. En vez de revolcarse y compadecerse en la miseria, había tomado la determinación de seguir adelante hasta alcanzar sus metas. Erika nunca se daría por vencida. No. Comprendió entonces. Ni siquiera con él.

“Quiero estar sola, por favor”.

Las palabras volvieron a hacer eco en su mente. No. Ya había pasado demasiado tiempo sola, lo que no quería era que viesen su debilidad.

Dakota dejó escapar un suspiro de rendición.

—Quizás, en el infierno no se esté tan mal después de todo —murmuró alzando la mirada nuevamente hacia la ventana desvaneciéndose después en el

aire.

Su pelo había visto definitivamente mejores días, pensó Erika alzando un enredado mechón de su melena negra. Estaba sudada y se sentía como si le hubiese pasado un tranvía por encima a toda velocidad. El mundo todavía giraba a su alrededor y del equilibrio era mejor ni hablar. Nada más levantarse de la cama pensó que iba a vaciar todo el contenido de su estómago en la alfombra. El problema era que este parecía estar completamente vacío así que solo permaneció allí, sentada al borde de la cama, rodeando su vientre con los brazos intentando respirar para disipar las arcadas.

El dolor de la rodilla era algo a lo que estaba acostumbrada, había pasado de ser un fuerte latigazo a continuas agujas que perforaban sus nervios al caminar.

Volvió a hundir las manos en el agua fría de la pila y se la echó a la cara intentando espabilarse. Se había envuelto precariamente en la sábana de la cama antes de arrastrarse hasta el cuarto de baño y abrir el grifo del agua caliente de la bañera. Nadie iba a privarla de lavarse el pelo y quitarse el sudor provocado por la fiebre. Si tan solo no estuviese tan débil.

Sus dedos se aferraron a ambos lados de la pila cuando notó como el suelo empezaba a moverse a sus pies y unos puntitos negros danzaban alegremente ante sus ojos.

—Mierda —masculló un segundo antes de notar como sus piernas se doblaban y su mundo se volvía oscuridad durante un instante.

Unas manos rodearon su menudo cuerpo justo a tiempo de evitar que se golpeará la cabeza contra el suelo. Dakota dejó escapar el aire en un aliviado suspiro, le había faltado poco.

—¿Qué diablos estás haciendo? No puedes ni tenerte en pie, Erika — exclamó él, maniobrando alrededor de toda la sábana para poder levantarla

del suelo.

Erika gimoteó y se revolvió en sus brazos, intentando empujarlo y que la depositara nuevamente encima de sus propios pies.

—Quiero bañarme —exclamó intentando moverse en sus brazos, pero cada brusco movimiento solo contribuía a aumentar la incesante palpitación de su cabeza y renovaba sus náuseas.

Dakota bufó apretándola más contra él, evitando que siguiera moviéndose y acabara en el suelo.

—Ya te bañaste ayer —le respondió caminando con ella hacia la habitación.

Erika negó con la cabeza, pataleó y se revolvió en su abrazo hasta conseguir inclinarse y anclar sus dedos al marco de la puerta obligándolo a detenerse.

—Quiero bañarme —respondió haciendo hincapié en la palabra baño—. La fiebre me ha dejado hecha un asco. Bájame, Dakota, quiero lavarme el pelo.

Dakota arqueó una ceja al ver como la muchacha que sostenía en brazos se las había ingeniado para anclar sus dos manos en el marco de la puerta, sus nudillos se estaban poniendo blancos de la fuerza con la que se sujetaba al marco de la puerta. La situación no podía ser más extraña.

—Te bañarás cuando puedas mantenerte en pie, cabaretera —aseguró tirando de ella muy suavemente, pero se negaba a dejar a soltar el marco de la puerta—. Erika, suelta el marco de la puerta.

Ella sacudió la cabeza enérgicamente provocando un nuevo acceso de vértigo, sus manos se soltaron del marco para subir a la cabeza con un angustiado gemido cerrando con fuerza los ojos y enterrando la cara en el cuello de Dakota con un gemido de dolor.

—Creo que voy a vomitar —farfulló contra su cuello.

Dakota alzó la mirada al techo como pidiendo paciencia antes de entrar de nuevo en el dormitorio. La ropa de la cama estaba revuelta y casi toda en el suelo, la sábana que cubría el colchón estaba arrugada y se había salido de una de las esquinas. Se acercó a la cama y se inclinó lentamente para dejar a Erika nuevamente sobre el colchón. La sábana que la envolvía dejaba ahora a la vista parte de sus muslos y pechos, una imagen que consideraría del todo atractiva si no se encontrara en tal situación.

—Márchate... —gimoteó ella volviéndose para darle la espalda haciendo que la sábana girara con ella.

Dakota gimió cuando tuvo una perfecta visión parcial de su pequeño y redondo trasero desnudo. Tragando audiblemente, se inclinó para recoger una de las mantas del suelo y cubrirla con ella.

—Me das más trabajo que Cathie en uno de sus malos días —le aseguró él con lo que le pareció un suspiro de fastidio.

Erika se volvió de nuevo hacia él y volvió a encogerse de dolor, sus manos volaron de inmediato a la cabeza como si así pudiese hacer que cesara.

—¡Mierda! ¡Maldición! —masculló apretándose la cabeza con las manos—. Dile a la habitación que se quede quieta.

Dakota se inclinó sobre ella y ajustó la manta a su alrededor, arrojándola.

—Deja de moverte tan bruscamente y la habitación dejará de dar vueltas a tu alrededor —le respondió en el mismo tono que se aleccionaría a un niño.

Erika abrió lentamente los ojos, primero uno y después el otro hasta quedársele mirando con una expresión avergonzada un segundo antes de susurrarle nuevamente que se fuera.

—Vete —gimoteó, sus ojos brillantes por el dolor y el malestar general—. Desaparece, esfúmate como tan bien se te da hacer.

Dakota negó con la cabeza, su mano ascendió a la cara de la chica apartando un rebelde mechón de pelo que le caía sobre los ojos.

—No voy a dejarte sola para que hagas alguna estupidez —negó con voz suave, apenas un ronroneo que envió escalofríos por todo su cuerpo.

Erika apretó los labios, su mirada pasó de Dakota al colchón y del colchón de nuevo al hombre.

—¿Quién es Cathie? —preguntó en apenas un susurro.

A Erika no se le escapó el relámpago de pena y dolor que atravesó el rostro del vaquero, si bien, él no se movió.

—Era mi hermana —respondió Dakota en apenas un susurro.

Erika abrió los ojos ligeramente sorprendida, su boca se abrió y cerró igual que un pez que boquea fuera del agua. Estaba tan acostumbrada a que no le hiciera el menor caso, a que ignorara completamente sus preguntas que aquella sincera respuesta la había sorprendido.

Dakota sonrió y llevó una mano a los tentadores labios que se entreabrían como en una silenciosa invitación, su pulgar acarició lentamente el labio inferior maravillándose de su suavidad. Abrió la boca dispuesta a lanzar otra pregunta pero él la atajó.

—No —susurró apretando su dedo índice contra su dulce boca—. No más preguntas, todavía no estoy preparado para responderlas.

Ella asintió con un leve movimiento de la cabeza y se deleitó en la extraña sensación de su dedo recorriendo lentamente sus labios, como si los estuviera dibujando.

Dakota asintió a su vez buscando sus ojos como si pidiera permiso antes de bajar su boca sobre la de ella.

—Mi condena o mi redención, pequeña... —susurró acariciando los labios femeninos con el cálido aliento de sus palabras—. Mi condena o redención.

Erika olvidó la pregunta que quemaba por salir de sus labios cuando Dakota la acalló definitivamente al bajar su boca sobre la de ella y apropiarse de su conciencia en un cálido y abrasador beso.

Era dulce, un auténtico bálsamo para su maltrecha alma. Recorrió el contorno de sus labios con la lengua probando su sabor antes de empujarla a través de sus labios obligándola a abrir la boca. Quería saborearla, quería grabar a fuego en su mente su sabor, lo tierna y cálida que se sentía debajo de él.

Su lengua acarició la suya invitándola a unirse a la nueva sensación que la recorría dejándola temblando de pies a cabeza. No era la primera vez que la besaban, pero este beso era distinto, no exigía, no demandaba... Era un suave ruego en el interior de su boca.

Dakota abandonó entonces su boca, dejando sus labios húmedos y brillantes, hinchados por el beso. Su mirada voló hacia la puerta de la habitación y regresó nuevamente a Erika.

—El servicio de habitaciones ha llegado —murmuró alejándose de ella, su voz sonaba ligeramente enronquecida y el brillo en sus ojos era del todo menos inocente. El breve interludio que habían compartido lo había calentado como nada lo había hecho en siglos.

—¿Qué? —farfulló ella. Su mirada siguió a Dakota un instante antes de que los golpes en la puerta de la habitación llamaran completamente su atención, esta se abrió lo suficiente para dejar pasar una cabeza rubia.

—El servicio especial de habitaciones ya está aquí —se asomó Shadow entreabriendo la puerta—. ¿Puedo pasar?

Erika abrió y cerró la boca un par de veces, su mirada recorrió nuevamente la habitación hasta posarse en Dakota que se había detenido a un lado de la ventana. Sus mejillas adquirieron un suave tono rosado cuando sus ojos se encontraron.

—No puede verme ni oírme —le respondió, su voz un suave ronroneo en sus oídos—. Haz como si yo no estuviera.

¿Hacer como si no existiera? ¿Después del beso que habían compartido?

Sí, claro. ¿Por qué no le pedía también que caminara desnuda por la habitación?

Erika hizo a un lado sus pensamientos e intentó concentrarse en la muchacha que se asomaba por la puerta.

—Adelante... Está abierto —respondió Erika, el tono de fastidio en su voz hizo sonreír a Dakota.

Shadow cerró la puerta tras ella empujándola con la cadera, sus manos estaban ocupadas portando una bandeja cubierta. Su mirada azul se paseó por la habitación, reparando en la colcha tirada a un lado de la cama y el vaso de agua encima de la mesilla de noche antes de posarse en Erika.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó acercándose a la mesilla de noche. Apoyó la bandeja en la cadera de modo que pudiera sostenerla con una mano y procedió a retirar todo lo que la cubría para hacer sitio—. ¿Te ha bajado la fiebre?

Erika no pudo evitar echar un vistazo hacia la ventana donde Dakota permanecía en silencio antes de alzar la mirada a la chica y dedicarle media sonrisa.

—Sí, parece que finalmente me bajó —aceptó intentando enderezarse un poco más en la cama, sus movimientos eran lentos y muy cuidadosos—. Solo ha sido un pequeño resfriado, supongo que me pilló la tormenta.

Shadow asintió y dejó la bandeja sobre el mueble ya vacío.

—Es lo malo de estas tormentas repentinas, llegan antes de que te des cuenta y descargan donde menos te lo esperes —aseguró destapando la bandeja para dejar a la vista un par de platos humeantes—. Nana dice que lo mejor para el resfriado es un buen tazón de sopa de pollo y su estofado de ternera, así que te he traído ambas cosas. Me ha pedido que te diga que si necesitas cualquier cosa, me lo digas o avises en recepción. Habría querido subir ella misma, pero está bastante ocupada entre la cocina y el comedor.

—Dale las gracias de mi parte —respondió Erika aspirando el delicioso aroma de la comida casera—. Tiene muy buen aspecto.

—Es una cocinera estupenda —aseguró la alta rubia haciéndole un guiño—. Pero mejor no decírselo, tiende a subírsele a la cabeza.

Erika esbozó una sonrisa y negó lentamente con la cabeza.

—Cuando alguien es realmente bueno en algo, hay que reconocérselo —aseguró incorporándose un poco para alcanzar la sopa—. Y si está tan buena como parece, ciertamente se merece todos los elogios.

Shadow se echó a reír y asintió moviéndose por la habitación hasta detenerse en la ventana al lado de Dakota. Erika la siguió con la mirada. El vaquero se había apartado un par de pasos y contemplaba a la adolescente con una expresión de ternura en el rostro. Así, uno junto al otro, podía apreciarse mejor el enorme parecido que había entre ambos.

Shadow se asomó a la ventana durante un instante para luego volverse hacia Erika, sus brazos unidos a la espalda.

—Hay unas vistas muy bonitas desde esta habitación —aseguró la rubia adolescente—. Siempre me han gustado las buhardillas.

—Sí, a mí también —aceptó Erika intentando ignorar a Dakota, quien había trasladado su atención de la adolescente a ella—. Tienen algo... De misterio.

Shadow pareció sorprenderse al principio pero pronto sonrió y asintió. Aquella chica vivía con una perpetua sonrisa pegada a sus labios.

—Sí —aceptó desandando el camino en su vuelta hacia la puerta de la entrada—. Me voy ya, se ve que estás cansada. Tómate la sopa antes de que se enfríe, te sentará bien. Si necesitas algo, marca el 5 y almohadilla, te conectará directamente con la recepción —la chica se detuvo y se echó a reír—. Bueno, creo que eso ya lo sabes.

Erika correspondió a su sonrisa y asintió.

—Gracias —aceptó viendo como la chica se marchaba hacia la puerta.

—No tienes de que darlas—respondió Shadow con la mano ya en la manilla de la puerta. La chica vaciló unos instantes, parecía tener algo más que decir pero o no se atrevía o no encontraba las palabras para ello. Con la mirada puesta en el pomo de la puerta susurró—. Erika, ¿tú crees en las leyendas?

Erika arqueó una ceja ante la extraña pregunta de la chica, a su espalda Dakota también cambió de posición acercándose a la cama.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió, su mirada ascendió un instante a Dakota, quien miraba fijamente a la adolescente rubia.

Shadow negó con la cabeza y sonrió despidiéndose con la mano.

—No tiene importancia —respondió la chica abriendo la puerta para salir por ella con una rápida despedida—. Que te mejores.

Erika se quedó mirando la puerta que la chica había cerrado tras ella durante unos instantes antes de volver la mirada hacia Dakota y arquear una ceja a modo de pregunta cuando este bajó la mirada hacia ella.

—Hay cosas que es mejor no desenterrar, Erika —fue su enigmática respuesta.

Erika no respondió, su mirada volvió de nuevo a la puerta del dormitorio.

—Se parece mucho a ti —murmuró un instante antes de volverse de nuevo hacia Dakota, que permanecía observándola.

Dakota asintió y le indicó la bandeja con la comida con un lento movimiento de su barbilla.

—Come antes de que se enfríe —respondió restándole importancia a todo lo demás—. Necesitas recuperar fuerzas.

Erika observó la sopa humeante durante un instante y negó con la cabeza.

—No me has contestado —insistió, observando como el vaquero rodeaba la cama con un lento y perezoso andar que era bastante sensual.

Dakota la ignoró a propósito. Sabía lo que intentaba Erika, pero era

demasiado viejo para esos juegos, había cosas que simplemente era mejor que quedaran enterradas en el pasado. Se detuvo ante la mesilla de noche que contenía la bandeja con la comida y empezó a retirar el papel plástico que cubría el plato de la sopa.

Erika resopló y miró el plato de sopa que Dakota había destapado. Aquello era todo lo que iba a conseguir de momento, si no quería hablar, no lo haría. Con un resignado suspiro intentó trasladarse nuevamente al borde de la cama.

—Que sepas, antes o después tendrás que responder a mis preguntas —le aseguró deteniéndose un instante sentada a un lado de la cama para que la cabeza dejara de palparle—. No podrás evitarme toda la vida.

Dakota arqueó una ceja ante esa declaración y cambió de ángulo la bandeja de modo que ella pudiera acceder al plato de sopa.

—Toda la vida es mucho tiempo, cabaretera —le aseguró, sus manos apoyadas a ambos lados de la mesilla, inclinado sobre esta, nuevamente a un suspiro de los labios de Erika—. Realmente, mucho tiempo.

Erika parpadeó varias veces intentando alejar su incomodidad. Dakota sonrió ante la nerviosa respuesta femenina y se retiró señalándole nuevamente el plato.

—*Bon appétit.*

CAPÍTULO 10

La mañana había amanecido cubierta de una espesa niebla que colgaba como una cortina sobre el hotel y los alrededores. La temperatura había bajado algunos grados, pero todavía era bastante cálida para finales del mes de octubre. El habitual silencio de aquellas intempestivas horas daba un aire de misterio al lugar. No había brisa que removiera las hojas muertas del suelo ni apartara la húmeda niebla.

Los enormes y viejos árboles que se elevaban en dos filas en el camino de entrada parecían apenas oscuras manchas, el largo sendero entre ellos se llenaba con el tono blanco agrisado de la espesa niebla que flotaba lentamente de un lado a otro estancándose como en una hondonada. Era demasiado densa como para ver nada y daba más misterio a la oscura y alta figura que avanzaba lentamente a través del muro blanco agrisado. Sus pisadas apenas hacían ruido alguno, ni siquiera el bastón que acompañaba sus lentos pasos levantaba el más leve sonido de roce contra el suelo. Poco a poco empezó a distinguirse la planta de un hombre de elevada estatura, su corpulenta figura estaba enfundada en un impecable traje oscuro de finísima calidad que realzaba la camisa de seda de un vibrante tono rojo sangre que moldeaba unos marcados pectorales. Un polvillo oscuro de vello se asomaba por la “v” que dejaba entreabierto la camisa. Su piel era oscura, como bronceada por el trabajo al aire libre y no de pasarse horas y horas en algún solárium. Unos largos dedos se curvaban sobre

el puño del bastón, el sello dorado con el diseño de algo parecido a un águila que adornaba su dedo índice, emitiendo unos ligeros destellos a través de la niebla.

No había prisa en el sensual y descuidado caminar, ni siquiera el bastón que parecía ser más de adorno que de ayuda, restaba fuerza al poderoso aire de seguridad que rodeaba al extraño.

Una ligera brisa eligió ese momento para empezar a mover la niebla haciéndola jirones, el aire quedó impregnado casi al mismo tiempo de la profunda fragancia de las rosas. El hombre se detuvo entonces, su mirada se paseó por su alrededor como si buscara algo, un instante antes de dejarla caer sobre el enorme y antiguo edificio que se alzaba a escasos metros de él. Una enigmática sonrisa se extendió por sus labios, pero no llegó a iluminar los profundos ojos azules que observaban bajo unas oscuras cejas negras el letrero del edificio.

Dejando escapar un ligero sonido mitad bufido, mitad risa, se desvaneció en la niebla.

Erika volvió a apoyar la cabeza contra la pared de la ventana y suspiró. La niebla que hacía tan solo una hora había cubierto prácticamente por completo toda la plantación empezaba a levantarse, el cielo continuaba todavía encapotado y empezaba a dudar que saliera el sol en todo el día. Su mirada bajó por enésima vez al teléfono móvil que tenía entre las manos, como si el mirarlo una y otra vez pudiera cambiar algo la conversación que había tenido con Frank hacía algo más de una hora.

El timbre del teléfono la había despertado encontrándose nuevamente sola en la habitación, Dakota se había despedido de ella la noche anterior como llevaba haciéndolo los últimos dos días. Pasaba gran parte del día en su compañía y, después de dejarla en la cama, desaparecía.

Suspiró volviendo a mirar nuevamente por la ventana. Incluso Frank se había dado cuenta de que algo había cambiado. Sacudió la cabeza intentando alejar aquella absurda idea de la mente, pero el beso que había compartido con Dakota seguía muy presente. Ninguno había vuelto a hablar de ello desde ese momento, pero ciertamente las cosas habían cambiado. Él seguía mostrándose esquivo a la hora de hablar de sí mismo, pero con ella ya no. Al contrario, quizás fuera ella misma la que recelara ahora un poco sobre él y sus intenciones.

“Admítelo, sus intenciones son más que bienvenidas” La aguijoneó su propia conciencia. *“Jamás te han puesto tan caliente como lo ha hecho él y con un solo beso”*

—¡Él está muerto! —se obligó a recordarse en voz alta—. Es un fantasma, y yo soy la única que puede liberarlo.

Erika se llevó las manos a las sienes y empezó a masajearlas con las yemas de los dedos. Le dolía la cabeza, durante la última hora le había dado vueltas y más vueltas a las novedades que le había contado Frank, su último descubrimiento no era nada esperanzador.

—Cómo voy a liberarlo antes de Halloween, solo me quedan nueve días y no tengo la menor idea de lo que tengo que hacer —bufó echando la cabeza hacia atrás, todo lo que quería hacer era gritar—. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? ¿Por qué no podía venir esto de la Redentora de Almas con un manual de instrucciones?

Su mente volvió a la conversación que había tenido con Frank. El insistente timbre del teléfono la había despertado a una hora temprana, había sacado el brazo de mala gana de debajo de las mantas, palpando el aire hasta golpearse con la mesilla de noche y casi tirar el teléfono al suelo. Ahogando una maldición cogió el teléfono y volvió a meterlo dentro de la cama, llevándose el auricular al oído.

—Seas quien seas, acabas de joderme el sueño —respondió malhumorada y con voz somnolienta. La respuesta que oyó del otro lado de la línea fueron unas sonoras carcajadas.

Erika maldijo, su mente todavía estaba intentando despejarse del sueño, pero aquel estridente sonido era inconfundible aún en su estado somnoliento.

—Rika, ahí tienen que ser como las ocho de la mañana, no es tan temprano —respondió la voz fuerte y ligeramente rasposa.

—Eso en mi agenda sigue siendo temprano, Frank —farfulló ella estirándose dentro de la cama—. ¿Qué pasa? ¿Papá ha vuelto a amenazar a mamá con irse de casa si sigue cocinando ese asqueroso estofado de hígado?

Erika oyó una ligera risa del otro lado.

—No, ahora sencillamente la amenaza con irse al restaurante más cercano —respondió el hombre. Erika creyó oír entonces el sonido de papeles mezclándose, o moviéndose unos contra otros—. ¿Todavía no les has llamado?

Dejó escapar un leve siseo. No, no los había llamado, de hecho ni siquiera había vuelto a pensar en ellos. Los últimos días habían resultado ser un cúmulo de acontecimientos y sus progenitores no habían sido parte de ellos.

Al no recibir contestación, Frank continuó.

—Deberías hacerlo —le respondió en voz baja—, o llamar al menos a tu hermana, ella...

—Supongo que si me llamas a estas horas desde Irlanda, no es para hablarme de la familia con la que tú tampoco mantienes demasiado contacto —respondió de manera cortante, lo último que quería era hablar con Frank de su hermana Susan.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea y nuevamente ruido de papeles.

—Te llamé por que he encontrado algo sobre la Redentora de Almas que quizás te sirva de algo. Por cierto, ¿has conseguido algo de ese fantasma tuyo?

Erika pensó de inmediato en el beso que había compartido con Dakota y se

estremeció por dentro. ¿Si había conseguido algo? Bueno, si contaba el que un fantasma la hubiese besado dejándola más mareada que una montaña rusa, entonces, sí.

—No —respondió precipitadamente y de manera contundente.

Frank arqueó una oscura ceja y miró el teléfono manos libres del cual había salido la rotunda y firme negación de su nieta. Había mencionado a sus padres porque sabía que ella todavía no les había llamado, ni a ellos ni a Susan. Frank había mantenido el día anterior una larga conversación con su hijo, el padre de Erika, acerca de su nieta y los motivos por los que se había ido. Varias piezas del puzle empezaron a encajar a partir de ese momento.

—Ya veo —respondió, por suerte ella no podía ver la divertida sonrisa que curvaba sus labios.

—No, no creo que lo veas, Frank —oyó la somnolienta voz de su nieta seguida por lo que pareció un bostezo y ruido de sábanas—. Ese hombre es más hermético que el Banco Nacional cuando tiene pérdidas, hay que sacarle las respuestas con unas tenazas y tirar con fuerza.

Frank sonrió para sí y continuó revolviendo en los papeles que tenía ante él, algunos estaban amarillos por el paso del tiempo, incluso la letra era muy estilizada, antigua.

—Pues tendrás que cambiar de táctica, querida —respondió el hombre acercando una de las páginas—. He encontrado algunos escritos antiguos, parece que, después de todo, sí había quienes llevaban un diario... O por lo menos, una recopilación de datos...

Erika se sentó en la cama y se frotó con pereza los ojos. ¿Acababa de decirle que había encontrado un diario?

—Fantástico —farfulló bostezando con el teléfono pegado a la oreja—. ¿Y dice por ahí como deshacerse de un fantasma?

¿Realmente quieres deshacerte de Dakota?

Su inoportuna conciencia volvió al ataque, aquella repentina idea la espabiló por completo. Ahora ya no se trataba de un fantasma, de un algo que había aparecido ahí y había sugerido compartir la habitación. Era Dakota, un hombre que se había quedado a su lado cuidándola cuando más lo necesitaba, un compañero con el que había compartido algo de tiempo, ya no era una persona anónima.

—¿Dice algo de cómo liberar un alma, Frank? —preguntó de nuevo, su voz ya había perdido su tono somnoliento. Sí, quería liberarlo, era lo menos que podía hacer en pago a su amabilidad, ¿no?

Erika oyó nuevamente el crujido de los papeles un instante antes de oír nuevamente la voz del hombre.

—No exactamente —respondió Frank con una ligera vacilación en la voz—. Hace mención a la noche de Sammain, la pone como tiempo límite para liberar el alma, o más que tiempo límite, como el momento exacto... Y aparece en varios párrafos... Escucha.

Erika enroscó los dedos en un hilo suelto del pijama mientras escuchaba la profunda y ronca voz de Frank narrando lo que parecía ser un fragmento de algún diario.

“...el tiempo se agota, los días dan paso a las noches y Sammain se nos echa encima, es la noche... No puedo permitirme ir más allá, pero ella no me habla, enmudece y se echa a llorar, mi corazón sangra ante tanto dolor...”

Frank hizo una pausa y cambió de página para volver a leer nuevamente en voz alta.

—Este es otro párrafo, es la misma letra y el papel también es idéntico, pero aquí, “el alma” parece ser otra —respondió él empezando a leer nuevamente.

“... mañana es Sammain, nadie más que él se merece la redención, espero

que todo salga bien...”

Frank continuó leyendo durante unos minutos más. Cada párrafo se parecía al anterior en una cosa, en todos se mencionaba la noche de Sammain como la fecha límite, la fecha exacta en que se liberaba el alma condenada.

Erika escuchó atentamente cada retazo. Había algo en todos esos fragmentos, en las palabras, en la forma de escribir de esa persona que implicaba una cercanía, una preocupación más allá del simple cometido de liberar un alma. Era como si cada una de esas “personas” se hubiese llevado consigo un trocito de la Redentora que los liberaba. En sus palabras podía notarse la tristeza por la partida y al mismo tiempo, la alegría que sentía de poder hacer algo por ellos.

—Bueno, una cosa está clara, la noche de Sammain es la clave de todo —aseguró Erika volviendo la mirada hacia la ventana—. Sammain. La noche de Halloween.

Oyó como Frank revolvía los papeles.

—Sí —respondió él—. Tiene sentido ya que es la noche en que el mundo de los vivos y el de los muertos están más cerca.

Erika suspiró.

—Ya. Así que tengo menos de 9 días para liberar a Dakota —resumió ella con un fastidiado suspiro—. ¿Y dices que no aparece el cómo?

Frank se acercó al teléfono y tomó asiento.

—No —respondió él al tiempo que se pasaba la mano entre los desordenados mechones de pelo y miraba todos los papeles desperdigados por encima de la mesa—. Nada concreto, pero parece tener una importancia especial el motivo por el que el alma ha quedado atrapada. En algún punto de las páginas se hace referencia a ello, a buscar el motivo, a que le ha sido revelado o no.

Erika suspiró y se dejó caer hacia atrás, recostándose en las almohadas.

—Para poder declarar inocente a un hombre, primero tienes que saber de qué se le acusa —murmuró Erika en un cansado suspiro—. Tiene sentido.

—Tendrás que intentar hablar de nuevo con él —le recomendó Frank tamborileando con sus dedos sobre la mesa—. Dile que es la única manera de liberarle.

Erika dejó escapar un pequeño bufido mitad sonrisa.

—Ese es el principal problema, Frank —respondió cruzando su brazo libre sobre los ojos—. No quiere ser liberado.

Hubo un instante de silencio antes de que Erika volviese a hablar.

—¿Hay alguna manera de que me puedas enviar esos escritos? —preguntó desperezándose.

—Si tienes acceso a un ordenador, puedo enviártelos por correo electrónico —sugirió Frank.

La respuesta la sorprendió.

—¿Me estás diciendo que tú, que eres incapaz de utilizar y mucho menos comprar un teléfono móvil, tienes y sabes usar el correo electrónico? —le preguntó con cierto tono de incredulidad e ironía en la voz.

—Me gusta estar al tanto de las últimas innovaciones tecnológicas —respondió él restándole importancia al asunto.

—Pues cómprate un teléfono vía satélite, Frank, por lo menos así estarás localizable —le dijo con ironía—. Lo que tengo que oír... No tienes móvil, pero puedes enviar un correo electrónico.

—El teléfono móvil es para los que quieren ser controlados todo el día y a todas horas —fue la rotunda respuesta de él—. ¿Y bien? ¿Te lo envío por correo electrónico o por Mensajería?

Erika miró a su alrededor. ¿Dónde iba a encontrar un ordenador con conexión a Internet en medio del campo? Tendría que preguntar si había uno al que pudiera acceder desde el hotel o en último caso irse hasta la ciudad y

buscar un ciber café.

—Envíamelo, ya veré como me las arreglo para acceder a mi correo —respondió ella dándole su dirección de correo electrónico, repitiéndola para cerciorarse de que la había cogido correctamente—. Bien, es correcto. Si te enteras de algo más...

—Te lo haré saber, no te preocupes —le aseguró Frank—. Te dejo para que vuelvas a dormirte.

—Dudo que pueda volver a hacerlo, pero gracias —aceptó Erika con un suspiro.

—Si necesitas cualquier cosa... —la avisó él.

—No te preocupes, estaré bien —le aseguró empezando a alejar el teléfono de su oreja.

—Y ¿Rika? —la detuvo Frank en el último momento.

—¿Sí?

—Llámales.

Antes de que pudiera responderle, Frank había colgado el teléfono.

Erika se quedó mirando el teléfono durante un instante antes de suspirar y volver de nuevo a mirar por la ventana.

—Todo se está complicando demasiado —murmuró para sí misma.

Después de eso, ya no había podido volver a la cama.

Se había dado una ducha rápida para espabilarse, poniéndose unos gastados vaqueros con una camiseta negra mientras le daba vueltas a la conversación que acababa de tener con Frank.

Sacudió la cabeza volviendo al presente. Se pasó las manos por la cara y se palmeó las mejillas un par de veces antes de abandonar su asiento en la ventana y dirigirse hacia la mesilla de noche de donde sacó papel y un bolígrafo.

—Para poder declarar inocente a un hombre, primero tienes que saber de

qué se le acusa —susurró apoyando el papel sobre la mesilla para hacer un par de anotaciones antes de recuperar su bastón y caminar decidida hacia la puerta de su habitación—. Y si él no me lo dice, lo averiguaré de algún modo.

Erika resopló nada más salir al corredor del primer piso, desde la barandilla que recorría el enorme vestíbulo de lado a lado hasta bifurcarse en los dos tramos de curvada escalera que descendían hasta el suelo, podía contemplarse toda la planta inferior. Los empleados del hotel, que ahora sabía se les distinguía por la camiseta azul oscuro que llevaba el nombre del complejo, iban de un lado a otro llevando la colada o los periódicos que habían quedado de días atrás, preparándose para empezar la nueva jornada de trabajo. Shadow había explicado a Erika en una de sus recientes conversaciones que se trataba de chicos y chicas que estaban de vacaciones y que venían a ganar algo de dinero para sus cosas. Solo los mantenían en los meses de temporada alta, el resto del año, estaba casi al mínimo.

Algunos de los huéspedes habían madrugado también y empezaban a dirigirse hacia el comedor para un temprano desayuno. Los había incluso que salían a correr o simplemente a disfrutar de una rejuvenecedora caminata a primera hora de la mañana.

Erika echó un último vistazo hasta dar con Shadow charlando detrás de la recepción con Mary Rose. Apresurándose hacia el tramo de escaleras de su izquierda empezó a bajar ayudándose del bastón. Su rodilla todavía no se había recuperado por completo del último episodio, pero ya solo notaba una sorda molestia y Dakota no había aparecido, de lo contrario no habría tenido la necesidad de bajar todo el infernal tramo de escaleras. Erika sonrió ante el recuerdo de sus fuertes brazos rodeando su cintura mientras estaban en su habitación para encontrarse acto seguido en medio del jardín de la parte de atrás. Sí, a veces el tener de compañía un antiguo fantasma, tenía sus ventajas.

Alejándole de sus pensamientos por un momento se concentró en el motivo principal por el que había bajado, encontrar un ordenador desde el cual pudiera conectarse a Internet y comprobar su correo.

—¡Shadow! —la llamó mientras bajaba lentamente.

La chica se volvió hacia la escalera de la cual había proveniendo la voz y sonrió al reconocer a Erika.

—Ey, a ti te gusta madrugar, ¿eh? —Aseguró la chica dejando el mostrador de la recepción para reunirse con Erika al pie de las escaleras—. Buenos días. Erika asintió y sonrió a su vez.

—Buenos días —saludó bajando el último escalón—. No creas, a estas horas todavía estaría durmiendo muy tranquilamente en mi cama si no me hubiesen despertado.

Shadow ladeó la cabeza, su expresión mudó ante el tono de respuesta de la mujer.

—¿Ha pasado algo? —preguntó la chica.

Erika negó con la cabeza.

—No —respondió con un suspiro—, es solo que han quedado en enviarme unos documentos muy importantes a mi correo electrónico y quería saber si disponéis de algún ordenador que pueda utilizar o indicarme algún lugar en la ciudad al que pueda recurrir. No soy de aquí, así que me temo que estoy bastante perdida.

Shadow asintió y se quedó ligeramente pensativa antes de asentir nuevamente.

—Puedes utilizar mi portátil, va algo lento pero quizás te sirva —aseguró la chica invitándola a seguirla hacia la entrada privada donde se encontraba el alojamiento de los miembros de la familia—. Y en la biblioteca tienes una conexión para el teléfono, es la que utilizo yo.

Erika asintió. Estaba agradecida de no tener que ir hasta la ciudad para

encontrar un ordenador.

—Gracias, acabas de salvar algo más que mi vida —le aseguró caminando a su lado.

Dakota observó detenidamente el camino flanqueado de árboles que daban paso al antiguo edificio. Ya antes del amanecer se había sentido intranquilo, al principio había culpado de ello a la cercanía de Sammain, pero ya no estaba tan seguro, era otra cosa... Algo... Alguien al que había esperado no tener que volver a ver.

Pateando las piedras del suelo se volvió de nuevo hacia el edificio, su mirada voló inmediatamente hacia la que en otro tiempo había sido su habitación. La noche anterior había dejado a Erika durmiendo apaciblemente en su cama y se había marchado, prácticamente había tenido que obligarse a ello. Lo atraía sin remedio, despertaba instintos en él que no había vuelto a sentir desde hacía mucho tiempo. El besarla había sido un error colosal. Era incapaz de borrar el dulce sabor de su boca, la textura de sus labios, en todo lo que podía pensar era en besarla de nuevo e ir más allá.

Sacudió la cabeza intentando deshacerse de sus descabellados pensamientos. No le haría ningún bien obsesionarse de esa manera, no sería de ninguna ayuda para ninguno de los dos.

—Por qué todo tiene que ser tan condenadamente difícil —masculló, caminando hacia el hotel. Prefería hacerlo a desvanecerse simplemente para plantarse en su puerta, al menos de esta manera tendría tiempo para enfriarse antes de encontrarse nuevamente con ella.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentada en el diván inclinada sobre el portátil que le había dejado Shadow observando detenidamente la pantalla al

tiempo que iba haciendo anotaciones en el bloc de notas a su derecha. Había leído una y otra vez cada una de las páginas que Frank le había enviado al correo y todavía no tenía una idea clara de lo que podría liberar a Dakota.

Soltando un pequeño bufido de frustración continuó transcribiendo la última parte de los textos.

—Esto sería más fácil si tuviera una impresora —refunfuñó moviendo el ratón para cambiar de página.

Había leído los escritos varias veces, tal como había dicho Frank se trataba de una especie de diario. A lo largo de las diez páginas que componían el documento la autora hablaba de tres personas distintas, o eso creía Erika. Dos mujeres y un hombre. El patrón que seguía era siempre el mismo: entraban en contacto con ella, había un importante motivo o traición por el medio para que el “alma”, como solía referirse a todos sus encargos, se hubiera quedado y hacía especial hincapié en la noche de Sammain, como el momento cumbre o momento exacto en que desentrañar el misterio y “liberarlos”. Pero en ningún momento explicaba cómo.

A Erika le llamó la atención la forma en que estaban escritas las páginas. El tono amarillo del papel y la estilizada letra ya gastada dificultaba seriamente la lectura, pero poco a poco había podido ir transcribiendo lo más importante al bloc. Había cierta nota reservada y personal en aquellos escritos, como si con cada nueva alma liberada, la “sanadora” estuviese un poco más reacia a seguir adelante con su cometido. Solo en una de las páginas, en uno o dos párrafos, se notaba un cambio en la escritura, su narración se volvía casi desesperada y al instante pasaba a ser de total resignación.

—Qué estás intentando decirme —murmuró volviendo a repasar aquellos fragmentos, pero después de un par de minutos de leer y releer las mismas líneas lo dejó—. Esto no nos conduce a ningún lado.

Erika hundió la mano en el pelo para retirarlo hacia atrás, se lo había

cepillado después de salir de la ducha y lo había dejado suelto para que se secara al aire. La frustración se notaba en los movimientos de sus manos, en el gesto de concentración de su rostro y en los pequeños resoplidos que lanzaba de cuando en cuando mientras repasaba las notas de su libreta. Cansada, se dejó caer contra el respaldo del diván, echando la cabeza atrás para fijar su mirada en el techo.

—Sammain, siempre Sammain... ¡Pero qué diablos se hace en Sammain!
—resopló dejándose caer hacia atrás.

Entonces se incorporó y se giró, quedando sentada de lado con el brazo derecho apoyado sobre el respaldo del diván, su mirada estaba de nuevo en el cuadro de la pared y en las dos mujeres representadas. Dakota le había dicho que tenía una hermana, y por el parecido que la muchacha rubia del cuadro tenía con Shadow y con él, quizás aquella pintura fuera de su familia.

Los trajes que lucían en la pintura parecían algo más antiguos de lo que se estilaba en la época de la guerra entre los estados del norte y los del sur, si bien tampoco estaba muy segura, todo lo que sabía de aquella época era lo que había visto en películas como *Lo Que el Viento se Llevó* o *Norte y Sur*.

Sonrió para sí, las clases de historia nunca habían sido su fuerte.

—No tengo ni idea de a qué época pertenecéis, pero debíais ser unas bellezas para los cánones de aquel entonces —murmuró fijándose un poco más en los detalles de las expresiones y elegancia que el pintor había sabido plasmar tan bien—. No me lo diréis aunque os pregunte, ¿verdad?

—Yo diría que alrededor del 1700 —respondió una voz masculina a sus espaldas.

Erika dio un respingo y se llevó la mano al pecho al tiempo que se daba la vuelta. De pie al lado de la puerta se encontró con un hombre de elevada estatura y fuerte complexión que vestía un impecable traje de chaqueta oscuro de muy buena calidad. Si no se equivocaba, y dado que su ex prometido era un

entusiasta de la ropa cara, juraría que el traje era de Armani. El corte de la chaqueta se amoldaba perfectamente a sus anchos hombros y el pantalón caía con suavidad a lo largo de unas larguísimas piernas. La camisa de seda de un oscuro tono rojo sangre realzaba su tez bronceada.

Erika sintió un profundo escalofrío cuando su mirada ascendió hasta encontrarse con unos profundos ojos azules en un rostro de marcadas facciones, un fuerte mentón elevado demostraba un carácter fuerte y obstinado muy acorde con el aspecto general del hombre. Su oscuro y corto pelo negro se ondulaba ligeramente sobre sus ojos, realizándolos todavía más.

El hombre arqueó una ceja ante la sorprendida mirada de Erika y le dedicó una leve inclinación de cabeza.

—Discúlpame, creo que te he asustado —aseguró con un suave acento marcando una voz profunda, dura.

Erika sacudió la cabeza y apenas pudo sonreír en respuesta. La repentina aparición y aspecto de aquel hombre la había sorprendido.

—Lo siento, no le oí entrar...—se disculpó, empezando a cerrar los archivos que tenía abiertos en el ordenador.

El hombre se acercó sigilosamente hasta la mesa donde ella había colocado el ordenador, algo en la pequeña morena había llamado su atención.

—Lo he notado —aceptó parándose frente a la mesa.

Erika solo acertó a dedicarle un leve asentimiento antes de cerrar el portátil y ponerse en pie, de repente tenía la imperiosa necesidad de abandonar aquella habitación y poner tanta distancia con aquel hombre como le fuese posible. En su prisa por levantarse tropezó con su propio bastón que todavía permanecía apoyado contra el diván, su rodilla lastimada cedió bajo su peso y empezó a caer.

—Despacio —murmuró el hombre sujetándola del antebrazo y la cintura evitando que cayera al suelo. Erika se agarró a su brazo casi al mismo tiempo

y ascendió la mirada hacia la de él, sus mejillas se colorearon instantáneamente.

—Gracias —farfulló sonrojándose avergonzada, mientras recuperaba el equilibrio y se apartaba lentamente de sus brazos—. Parece que esta mañana estoy algo torpe.

Él simplemente sonrió en respuesta un instante antes de inclinarse y recoger el bloc de notas que había caído al suelo. Su mirada se detuvo un instante en el contenido, leyéndolo por encima antes de entregárselo de nuevo a ella con una cálida mirada.

—Interesante lectura —murmuró tendiéndole el bloc.

Erika no respondió inmediatamente, se limitó a coger el bloc de su mano y dejarlo encima del portátil para después levantarlos y guardarlos bajo el brazo. Su mirada volvió, aunque reacia, hacia el hombre.

—Solo son antiguas leyendas —respondió antes de inclinarse sobre el diván para recoger su bastón.

—Permíteme —pidió el hombre, adelantándose a ella y recogiendo el bastón. Su sonrisa no llegaba a iluminar sus ojos cuando la miró al tiempo que le tendía el bastón—. A veces es difícil deshacerse de ellos, ¿no?

Erika recuperó su bastón y siguió la mirada de él bajando a su propia mano derecha la cual estaba posada sobre la empuñadura dorada de un bastón.

¿Había estado tan distraída que no lo había visto la primera vez?

—Gracias, otra vez —respondió Erika pasando a su lado de camino hacia la puerta—. Buenos días.

El hombre esbozó una conocedora sonrisa al ver como la muchacha se apresuraba a abandonar la habitación.

—Buenos días, *Redentora de Almas* —respondió en apenas un murmullo cuando la puerta se cerraba tras ella.

Erika se maldijo interiormente mientras se apresuraba por el corredor de regreso al hall. ¿Qué diablos le había pasado? ¿Por qué había huido así? La chica sacudió la cabeza. No le había oído entrar, no había oído la puerta al abrirse, él, solo estaba allí cuando levantó la vista. Un nuevo escalofrío bajó por su columna vertebral. Había algo en él que no le agradaba, pero eso no justificaba la imperiosa necesidad que sintió de abandonar su presencia.

Erika abandonó el corredor y se dirigió a la recepción.

—Devuélveselo a Shadow, por favor —pidió dejando el portátil encima del mostrador bajo la sorprendida mirada de Mary Rose.

—¿Te encuentras bien? Estás totalmente pálida —aseguró la recepcionista abandonando su asiento y rodeando el mostrador.

—¿Qué? —Erika se llevó la mano a la cara, estaba helada y su frente estaba perlada de sudor, un sudor frío—. Sí, no es nada, necesito... Que me dé el aire. Devuélvele el portátil a Shadow y dale las gracias de mi parte, me ha servido de gran ayuda.

Mary Rose se limitó a asentir observando con expresión preocupada como la pequeña morena abandonaba con paso inseguro la recepción. El sonido del teléfono la obligó a volver a su trabajo, pero no estaba tranquila.

Erika atravesó la puerta principal y giró inmediatamente hacia la izquierda. Apenas sintió el aire frío que le azotó la cara nada más abandonar el hotel, sus brazos desnudos adquirieron la textura de la piel de gallina pero no parecía notarlos. Con paso inseguro cruzó por el florido jardín y continuó a lo largo de la fila de árboles que terminaban en la cerca del cierre de las caballerizas, la sangre le palpitaba en las sienes, su respiración era agitada y antes de que se diera cuenta ya estaba temblando.

Su nombre escapó de entre sus labios en un desesperado quejido.

—Dakota —gimió, sus dedos se cerraron con fuerza en el tronco de madera del cierre mientras intentaba respirar.

CAPÍTULO 11

Dakota se giró en el último peldaño observando el tramo de escaleras que acababa de subir. Ahora empezaba a entender lo que quería decir Erika cuando se refería a aquella completa subida como “infernial”, más en el caso de la pequeña morena que tenía que hacer un esfuerzo extra apoyándose en el bastón.

Su mente retrocedió a la primera vez que la había visto, había sido en aquellas mismas escaleras y arrastraba consigo una pesada maleta. Apenas habían transcurrido unos pocos días, y parecía como si hubiese pasado ya una eternidad. Su llegada había supuesto un cambio, un desafío que no estaba seguro de cuando y como había aceptado.

En sus labios se dibujó una pequeña sonrisa. Se volvió hacia el corredor, dirigiéndose hacia la habitación situada al final del pasillo. La puerta se abrió sin necesidad de tocarla, seguida por las luces que empezaron a encenderse a su paso, la ventana del dormitorio estaba abierta pero no había rastro de la chica. Dakota no necesitaba llamarla para saber que no estaba en la habitación. Sobre la cama, había una hoja de papel con algo escrito.

—Dakota, si apareces, espérame. Erika —leyó en voz alta.

Dakota arqueó las cejas, sus labios se estiraron hasta abrirse en una divertida sonrisa. Debía ser la primera mujer en la historia que le dejaba un aviso a alguien como él. Negando con la cabeza se inclinó a recoger la nota.

Apenas había estirado los dedos hacia el papel cuando se detuvo repentinamente, enderezándose casi al instante y volviendo la mirada hacia su espalda como si acabase de oír algo.

Un parpadeo después ya se había desvanecido.

Erika se aferraba con fuerza a la madera de la cerca mientras intentaba mantener el ritmo de su respiración haciendo largas y pausadas inspiraciones. El temblor de su cuerpo todavía persistía, pero su pulso ya se había estabilizado algo, al menos ya no sentía la sangre palpitando en sus sienes.

—¿Erika? —oyó la conocida voz masculina a su espalda.

La chica se volvió con verdadero alivio en el rostro, la mano todavía le temblaba un poco cuando la extendió hacia él.

—Tenemos que... arreglar este asunto... de cómo localizarte —respondió ella, en lentas pausas.

Dakota no vaciló en tomar su mano y atraerla hasta la pared de su pecho, rodeándole la cintura con un brazo mientras le frotaba la espalda con el otro. No podía explicarlo pero había sabido instintivamente que le necesitaba, había sido como si los dedos de la muerte le hubiesen acariciado el corazón.

—Estás temblando —murmuró él apretándola más contra su cuerpo, deseando sentir su calor, calmarla. Su mano siguió trazando lentos círculos en su espalda.

—Esto es absurdo... pero me ha dado un ataque de pánico —respondió medio riendo medio llorando—. Se... se me pasará...en cuanto... consiga calmarme.

¿Ataque de pánico? Dakota no entendía a qué se refería, separándola apenas unos milímetros buscó su rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al tiempo que le cogía la barbilla entre el índice y el pulgar y la obligaba de ese modo a mirarle.

Erika hizo un movimiento apenas imperceptible con la cabeza. Los dedos de Dakota acariciando su barbilla y su cuerpo parcialmente pegado al de él hacían bastante difícil el concentrarse en cualquier otra cosa que no fuese ese hombre y la inexplicable y potente atracción que sentía hacia él. Si bien las piernas ya no le temblaban, estaba segura que si la dejaba ir, caería hecha un charco a sus pies.

Aquello era del todo ridículo, irracional, jamás en todo lo que llevaba de vida se había sentido así por un hombre. Con Paul ni siquiera había sentido ese calorillo en el vientre cuando la besaba, ¿cómo había podido pensar en algún momento que la cosa cambiaría con el tiempo, que terminaría enamorándose de él?

Su mirada encontró la de Dakota, aquellos profundos ojos azules parecían preocupados.

—Me asusté, irracionalmente, me puse totalmente paranoica —le explicó apartando la mano de su barbilla, consiguiendo con ello enlazar sus dedos en los de él—. Alguien entró en la biblioteca cuando estaba comprobando unos archivos que me envió Frank en el ordenador, fue todo muy extraño. No le oí entrar, y en el momento en que lo vi todo lo que quería hacer era salir de allí, abandonar la biblioteca a la mayor brevedad posible. Había algo en ese hombre que me puso nerviosa. Salí corriendo. Fue una estupidez.

—¿Lo habías visto anteriormente? —preguntó Dakota, una repentina tensión apareció en el tono de su voz.

Ella negó con la cabeza, su mirada bajó un instante a la camisa abierta de Dakota a través de la que asomaba un pedazo de bronceada piel. La boca empezó a secársele y el pulso se aceleró nuevamente. Sacudiendo la cabeza, trató de concentrarse nuevamente en la conversación.

¿Qué diablos pasa contigo, Erika? Pareces una hembra en celo. Se amonestó a si misma mentalmente.

—No —negó sacudiendo la cabeza—. Sería difícil de olvidarse de alguien a quien le sienta tan bien los trajes de Armani. Incluso el bastón le daba un aire elegante.

Erika sintió como el cuerpo de Dakota se ponía repentinamente rígido, los dedos que entrelazaban los suyos se apretaron repentinamente lastimándola. Su rostro se había endurecido y tenía la mirada perdida en el horizonte.

—Le conoces —dijo como una rotunda afirmación.

Entonces recordó el parecido que aquel hombre tenía con Dakota, las piezas empezaron a encajar todas en su sitio.

—¿Quién es él, Dakota? —preguntó atrayendo nuevamente la atención del vaquero.

Dakota apretó los dientes, el movimiento hizo que tensara la mandíbula, la mano que permanecía todavía en la cintura de Erika la apretó con más fuerza haciendo que la chica dejara escapar un quejido. El hombre se separó entonces de ella, frotando suavemente la zona que había lastimado inconscientemente antes de responder.

—Es alguien que tenía la esperanza de no volver a ver —aceptó inclinándose ahora hacia Erika, tomando su cara con mucho cuidado entre sus grandes manos al tiempo que prendía su mirada en la de ella—. No dejaré que se acerque de nuevo a ti. Solo es un viejo estúpido que ha elegido un mal momento para retomar nuestra última discusión.

Erika asintió confusa, no estaba preparada para sentir la oleada de calor y seguridad que la invadió al escuchar sus palabras. *¿Qué me estás haciendo, Dakota?* Fuese lo que fuese, no auguraba un buen final.

Sus manos se posaron sobre las de él apartándolas de su cara.

—¿Quién es él, Dakota? —insistió, observado detenidamente la expresión de su cara. Quería que confiara en ella, necesitaba que confiara en ella.

Dakota observó la mezcla de emociones que pasaron rápidamente por el

rostro de la pequeña morena, estaba luchando interiormente con algo y de alguna manera intuía que ese algo era él. ¿Quién era ella realmente? ¿Por qué lo afectaba tanto? No quería sentirse de aquella manera, no quería volver a cometer los mismos errores que lo habían llevado a tomar aquella decisión en el pasado.

Las palabras abandonaron sus labios antes de poder detenerlas.

—Es mi padre —susurró.

La declaración quedó colgando entre ellos como una espada filosa, un solo movimiento en falso y serían atravesados por ella. ¿Acaso era tan difícil confiar en la otra persona? Ella se había abierto a él, si bien no había sido por propia iniciativa, no se había echado atrás cuando se lo confirmó, había mantenido su palabra y había continuado hacia delante apostando por él, sin importar las consecuencias. ¿Podría él hacer lo mismo? ¿Podía confiar plenamente en ella? No lo sabía y no estaba dispuesto a correr el riesgo, todavía no.

—Tu padre —oyó decir de nuevo a Erika.

Dakota la miró a los ojos y encontró en ellos una profunda determinación por entender.

—Sí —aceptó él muy lentamente.

Erika se apartó de él y cojeó muy lentamente hacia la empalizada de madera que rodeaba el recinto de las cuadras, su mirada se perdió en el fondo de corral donde pastaban tranquilamente dos de los caballos, su respiración ya se había regulado.

Su voz llegó a él como un ligero murmullo.

—¿En qué año naciste, Dakota?

Dakota bajó la mirada al suelo antes de volver a levantarla y mirar fijamente su espalda, sus manos se apretaron en sendos puños y se volvieron a relajar. Sus pies siguieron sus pasos hasta detenerse tras ella y posar sus

manos en sus hombros un instante antes de girarla hacia él.

—Mi nombre completo es Dakota Alexander Williams y nací en Agosto del año 1719 en este mismo lugar, Erika —respondió sin apartar la mirada de sus ojos—. Alexander James Williams es mi padre, el mismo hombre que ahora, casi 300 años después, has conocido en la biblioteca.

Erika se quedó mirando a Dakota sin decir una sola palabra, su mente todavía estaba intentando asimilar aquella inexplicable información. Estaba ante un hombre que había nacido a principios del mil setecientos y que no aparentaba más de treinta años, y ahora también estaba su padre, que debía ser obviamente mucho más viejo y que pululaba por ahí con un traje de Armani.

Oh, sí. Todo tiene una perfecta explicación, se dijo a sí misma, ellos llevan más de trescientos años muertos y tú eres una Redentora de Almas.

—Creo que necesito sentarme —respondió dejándose caer literalmente al suelo. Dakota se acuclilló a su lado y le retiró el pelo de la cara. Erika levantó la mirada y observó la incertidumbre en su rostro—. Sabes, para ser tan asquerosamente viejo, te conservas muy pero que muy bien, Dakota.

Dakota la miró realmente sorprendido antes de echarse a reír a carcajadas arrancando al mismo tiempo una sonrisa a Erika. La chica lo observó mientras se reía, la tensión que lo había acompañado hasta ese momento había desaparecido por fin. Dakota había dado por fin el primer paso, solo esperaba poder convencerlo de contarle todo antes de que llegara Sammain.

De repente, la idea de librarse de él ya no parecía tan atractiva.

CAPÍTULO 12

Café. Una taza de café bien cargado y humeante para terminar de despertarse por completo y alejar de una vez por todas las pesadillas de aquella madrugada.

Susan se apartó de manera descuidada un par de mechones de pelo que se habían escapado de la coleta en la que solía recogerlo para dormir para luego tirar del viejo y gastado pantalón gris de felpa se había deslizado hasta sus caderas. Una de las tiras de la oscura camiseta se deslizó por su hombro mostrando una más que generosa porción de piel cuando estiró la mano para tomar la taza de café, pero lo único que consiguió fue soltar una maldición y retirar de inmediato la mano llevándose el dedo índice a la boca. Se había quemado. Suspirando resignada, se dejó caer en uno de los taburetes de la barra de su lujoso apartamento. *El apartamento de la empresa*, se corrigió mentalmente.

Apoyando el codo sobre la repisa se llevó la mano a la frente, hundiendo los dedos en el suave cabello y retirándolo de ese modo de la cara. Sus ojos de un tono violáceo más oscuro que los de su hermana estaban bordeados por unas profundas bolsas moradas. Apenas había podido conciliar el sueño, las últimas semanas habían sido un cúmulo de acontecimientos que se habían ido encadenando hasta terminar en el desastroso final que había protagonizado ante su hermana. Nunca debió ceder y presentarse en el piso de Erika como lo

hizo. ¿Cuándo se había alejado tanto de su hermana hasta el punto de hacerla a ella responsable de la estupidez y lujuria de un pobre infeliz? Ese cabrón se merecía lo que Erika le había hecho y mucho más. Merecía que le cortaran los huevos.

Volvió a acercar las manos a la taza pero esta vez se aseguró de mantenerlas lo suficientemente alejadas para no quemarse, el vapor que salía de la caliente bebida le acarició la cara. Apenas había dormido un par de horas cuando las pesadillas habían vuelto a asaltarla obligándola a abandonar la cama. Ya había olvidado lo que era dormir toda una noche y la falta de sueño no hacía sino contribuir a que estuviera irascible y mal humorada con todo el mundo. No podía seguir así.

Su mirada ascendió al reloj situado al otro lado de la pared. Las cuatro de la madrugada, con suerte en Dublín serían ya más de las nueve. Volviéndose con un suspiro de resignación atravesó la habitación de camino al salón y se dejó caer en el sofá, estirándose después para coger el teléfono a su lado. Buscando en los contactos, seleccionó el número correspondiente, le dio al botón de llamada y esperó.

—¿Frank? —preguntó nada más oyó el clic que indicaba que acababan de descolgar—. Tenemos que hablar.

Erika acarició distraída las delgadas láminas de hierba a su lado, se había sentado a la sombra de uno de los árboles que bordeaban el cerco de las caballerizas observando a Dakota rascar la testuz del semental marrón. El caballo se había acercado en un suave trote cuando los había visto caminar a lo largo de la empalizada hacia una de las zonas más apartadas del sendero principal buscando algo de privacidad. Sus dedos enredaron durante unos momentos con la textura de las verdes láminas mientras intentaba poner orden en sus caóticos pensamientos. Las revelaciones se habían sucedido una detrás

de otra, Dakota se había abierto a ella hablándole de su hogar como él lo recordaba, de su hermana Catherine, de su madre, de cómo había sido su infancia en aquel lugar... había estado relajado e incluso había reído al recordar algunas partes de su infancia, pero cuando llegaba al tema de su progenitor, el tono de su voz cambiaba por completo, su expresión se endurecía y solo respondía con monosílabos.

Se echó el sombrero hacia atrás lo suficiente para poder mirarlo. Dakota se lo había puesto en la cabeza para protegerla del sol, como bien había dicho, él no corría riesgo de coger una insolación. El pelo rubio con mechones, unos más oscuros que otros, caía despeinado y se rizaba ligeramente en su cuello. De espalda ancha, cintura estrecha, un atractivo trasero encerrado en unos pantalones vaqueros que daban ganas de pellizcar... Sacudió la cabeza ante el repentino pensamiento, sintiendo como sus mejillas cogían calor. Sus ojos violetas recorrieron el paisaje antes de volver de nuevo al hombre que, apoyado con despreocupación en la cerca, se había vuelto hacia ella y la miraba con cierta expresión satisfecha en el rostro y una delgada y oscura ceja rubia arqueada. El calor se intensificó llenándole toda la cara.

—¿Tienes más parientes raros de los que debería saber? —preguntó ella observando la hierba a sus pies como si fuera un nuevo descubrimiento importantísimo.

Dakota dejó escapar una especie de bufido mitad risa y caminó hasta quedar ante sus piernas, apoyando un brazo en el tronco unos centímetros por encima de la cabeza de Erika e inclinarse así sobre ella. Esta apretó la espalda todavía más con el tronco, de ser posible estaba seguro de que se metería en el interior solo por escapar de él.

—Mi cupo está lleno —respondió examinando la textura de su pelo oscuro con una mano libre antes de bajar la mirada hacia ella y preguntarle—. ¿Qué hay del tuyo?

Erika observó cómo cogía un mechón de su pelo y lo enredaba entre los dedos.

—Yo soy la rara en mi familia, así que, estamos a mano —le respondió ella.

Dakota hizo un apenas perceptible movimiento de negación con la cabeza.

—No eres rara, eres especial —la corrigió con ese tono de voz meloso y profundo que conseguía hacer de ella un charco de gelatina.

—Sí, casi tanto como tú —replicó retirando el mechón de su pelo del alcance de Dakota.

—Yo estoy muerto, cariño —respondió él con ligereza, frunciendo el ceño al ver que ella le había quitado su pasatiempo—. Es una gran diferencia.

Erika sopesó sus palabras al tiempo que lo miraba discretamente. En efecto, él era un espíritu, un fantasma en forma corpórea y no estaba muy segura de poder tenerlo presente cada vez que lo miraba y veía simplemente un hombre de carne y hueso, incluso su piel era cálida al tacto. Solo cuando posabas la mano sobre su corazón te dabas cuenta de que no había latido.

Observó cómo se apartaba de ella para dejarse caer a continuación a su lado, flexionando una pierna y dejando la otra estirada al tiempo que apoyaba la espalda en el tronco. Sus antebrazos, el doble al lado de los suyos la rozaban provocándole un agradable cosquilleo en el vientre.

—¿Y qué hay de tu padre? ¿Por qué está aquí? —preguntó volviendo su mirada hacia él.

Dakota echó la cabeza atrás recostándola en el tronco del árbol y suspiró.

—Le gusta venir y que yo le dé una patada en el culo —respondió, su voz era nuevamente dura, oscura.

Erika se giró de lado posando su mano sobre el antebrazo de él.

—Dakota...

El vaquero bajó la mirada hacia la pequeña mano que entibiaba su brazo y

luego pasó a mirarla a los ojos.

—No te preocupes por él, Erika, se irá igual que ha venido —le aseguró. Erika se estremeció ligeramente, había creído percibir una amenaza en sus palabras.

Dakota no vaciló, se inclinó lo suficiente hasta estar casi sobre ella y esperó. La deseaba, de una manera extraña e ilógica, deseaba a la pequeña morena.

—Te deseo... —las palabras escaparon de sus labios sin apenas darse cuenta.

Erika se derretía. Su intensa mirada azul, el delicioso aroma masculino y a algo más hacía que se le acelerara el pulso calentando la sangre en sus venas. Sin saber qué hacer, se lamió nerviosa el labio inferior. Aquello fue toda la invitación que necesitó el vaquero para apropiarse de su boca.

Susan colgó el teléfono y se lo quedó mirando durante unos instantes intentando asimilar poco a poco todo lo que Frank le había contado.

Sabía que Erika se había ido de viaje, lo había descubierto cuando sus padres la habían llamado por si su hermana le había comunicado a ella el destino de sus vacaciones o cuando pensaba regresar. Para ser sincera consigo misma, había sido su padre quien la había llamado, su madre se había limitado a repetir que su niña había perdido el juicio y que todo era una catástrofe. Después de la repentina ruptura del compromiso a escasos días de la boda y la escasa información o explicaciones por parte de ella, los había dejado realmente preocupados por su hija menor. Pero si lo que Frank estaba en lo cierto, su hermana tenía problemas más importantes que el simple hecho de cancelar una estúpida ceremonia con un cabrón oportunista.

Dejando escapar un cansado suspiro, se dirigió hacia la encimera en la que había dejado el café, se dejó caer en uno de los taburetes y tomó la taza

llevándosela a los labios dándole un largo trago. Ya estaba frío.

Al fin sus sospechas se veían confirmadas, Erika había sido la depositaria de aquella extraña herencia familiar. Era una *Redentora de Almas*. Ahora, algunos episodios de la infancia de Erika empezaban a encajar, no había amigos imaginarios, simplemente... esa gente... sí había estado allí.

—Dios mío, todo esto es una locura —susurró para sí al tiempo que enterraba una mano en su desordenado cabello.

Con un fuerte golpe de la palma de su mano sobre la encimera se levantó y caminó de regreso al salón con paso decidido, levantó el teléfono del auricular y marcó rápidamente.

—Laurel, sí, sé la hora que es. Cancela toda mi agenda para las próximas dos semanas y consígueme un billete a Baton Rouge —aquella volvía a ser la mujer de negocios, la Susan que tenía todo bajo control—, para hoy mismo.

Satisfecha colgó el auricular y se dirigió con el ánimo renovado al baño para darse una ducha y empezar la mañana.

—Esta vez no podrás hacerlo todo a tu maldita manera, Erika —murmuró para sí antes de desaparecer en el enorme baño de su piso.

Dakota la atrajo más cerca, su boca había abandonado los labios femeninos y se concentraba en depositar pequeños mordiscos seguidos por el alivio de su lengua a lo largo de toda la columna del delicado cuello. Sus manos hacían tiempo que se habían perdido bajo la camiseta de Erika acariciando la piel de su vientre y ascendiendo hasta sus pechos, sobándolos por encima del sedoso encaje del sostén consiguiendo arrancar de su garganta pequeños jadeos.

Tendida a medias entre el tronco del árbol y su regazo, y sin saber cómo había llegado allí, se perdía en la marea de sensaciones que el vaquero la hacía experimentar. Sentía el cuerpo envuelto en llamas, le faltaba la respiración y se desesperaba por algo que todavía no llegaba a comprender.

Lo único que quería era atraer de nuevo aquella boca a la suya, que le robara el aliento con uno de sus húmedos besos.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Dakota abandonó el cuello de la chica y volvió a subir esparciendo pequeños besos hasta tomar de nuevo posesión de su boca, un ronco gemido de placer quedó ahogado por la boca femenina. Ella era adictiva, pasión en estado puro. Su sexo pujó contra sus pantalones impaciente por hundirse en ella, la deseaba ardientemente. Su lengua ahondó en su boca enlazándola con la suya, saboreando su dulzura al tiempo que su mano hacía el encaje del sostén a un lado y disfrutaba del peso y la textura de sus senos, rozando sus pezones con las yemas de los dedos.

Erika dejó escapar un gemido ante la sensación de las manos de él sobre sus pechos, acariciando las cumbres endurecidas de sus pezones. Estaba perdiendo la cabeza, su cuerpo se estremecía bajo su contacto buscando más, queriendo más. Sus propias manos subieron tímidamente por sus brazos, acariciando la dura textura de sus bíceps para hundirse después en la suavidad de su pelo.

Dakota se detuvo de repente, abandonando sus labios y volviendo a colocarle el sostén pese al murmullo de protesta de ella.

—Shhh, cariño —volvió a besarla suavemente, apenas el roce de los labios—. Tenemos compañía.

Aquel par de palabras tardaron un tiempo en penetrar la neblina en la que estaba envuelta la mente de Erika. Sus sentidos estaban saturados de aquel hombre que había hecho con un simple beso que se olvidara de hasta su nombre, permitiéndole casi poseerla allí mismo, a la vista de cualquiera. *Estúpida, estúpida, eres una estúpida, Erika.* Se amonestó a si misma al tiempo que se apartaba de Dakota luchando por ponerse de pie, ni siquiera sabía que había hecho con su bastón. ¿Dónde diablos estaba? Un par de fuertes manos la ayudaron a la levantarse, sujetándola pese a que ella intentaba

librarse de ellas, su mirada se negaba a buscar la cara masculina.

—Erika... —la detuvo Dakota al notar la repentina reacción avergonzada de ella. Con mucha delicadeza la sujetó con un brazo contra su cuerpo y le giró la cara con la otra mano doliéndose interiormente cuando vio el brillo de las lágrimas en sus ojos y la expresión avergonzada de su cara—. Todo está bien, pequeña.

Erika sacudió la cabeza, reemplazando su vergüenza con indignación.

—No, no está bien —peleó para apartarse de sus brazos—, cualquiera podría habernos visto y...

—Erika, tú eres la única que puede verme —la interrumpió Dakota con suavidad, dándole tiempo para que se calmara—, nadie iba a saber jamás lo que estábamos haciendo...

—¡Oh, claro, como que eso lo arregla todo! —se enfureció ella apartándose de Dakota de un empujón golpeándose la espalda contra el tronco.

Dakota suspiró moviéndose incómodo. Tenía una contundente erección empujando contra sus pantalones y una mujer totalmente furiosa mirándole como si quisiera arrancarle la cabeza de los hombros. Oh, sí, era una suerte que ya estuviera muerto. Mascullando una maldición volvió de nuevo la mirada hacia el final de la cerca donde había oído una voz femenina gritando el nombre de Erika. Después de todo no se había equivocado, Shadow caminaba en aquel momento hacia ellos.

—Shadow te está buscando —respondió él enfrentándose a la malhumorada mujer—. Creí que preferirías recibirla en pie, y no medio desnuda en mi regazo.

¿Lo que equivaldría para ella a estar sentada en el suelo y medio desnuda?

Erika le dedicó una mirada fulminante y volvió hacia el final de la empalizada para ver a la chica rubia alzar una mano a modo de saludo.

Dakota dio un pequeño rodeo hasta situarse a su espalda y susurrarle al oído.

—Esta vez nos han interrumpido querida, pero no siempre va a ser así — exhaló el cálido aliento en su oído.

Erika se estremeció involuntariamente ante el tono y la promesa que encerraban sus palabras antes de volverse dispuesta a enfrentarle solo para encontrarse que se había esfumado.

—¡Cobarde! —acabó gritando, moviéndose de un lado a otro como si espera encontrarlo en otro lugar.

Shadow llegó en ese momento a donde estaba ella y en su rostro había se veía una mirada medio sorprendida, medio divertida.

—¿Me acabas de llamar cobarde? —la rubia casi se reía.

Erika miró a Shadow y suspiró negando con la cabeza.

—Lo siento, estaba... Pensando en voz alta —respondió Erika pasándose la mano por la frente.

Si Shadow no la creyó, no dijo nada, se limitó a encogerse de hombros y caminar hacia la empalizada sobre la que se asomaba nuevamente uno de los caballos.

—Parece que le gustas a Duke —comentó ella acariciando la testuz del caballo antes de volverse nuevamente a Erika—. Me dijo Mary Rose que te había visto tan pálida como un fantasma después de dejarle el ordenador a toda prisa, ¿va todo bien?

Erika suspiró. Oh, sí. Todo lo bien que podía ir con dos fantasmas pululando por el hotel y acabar retozando en el suelo con uno de ellos.

—Tuve una pequeña indisposición —argumentó Erika restándole importancia al asunto.

—¿Seguro? —insistió Shadow.

Erika asintió. La preocupación de aquella chica la sorprendía y la halagaba

a la vez. No estaba acostumbrada a que los extraños se preocuparan por lo que le pasaba cuando ni su propia familia lo hacía.

—Al cien por cien —asintió con total convicción.

Shadow sonrió entonces y caminó hacia ella.

—Sé que esto va a sonarte muy raro, pero me gustaría hacerte una pregunta, si me lo permites —respondió la chica.

La curiosidad de Erika pudo más que su natural recelo.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Falta algo más de una semana para Halloween —respondió la chica—, por lo general en el hotel celebramos todos los años una fiesta de disfraces para los huéspedes, hay baile y esas cosas, algo muy tradicional, nada de discoteca. Me ha costado mucho convencer a mi tía de que me dejara organizarlo a mí este año y bueno, quería preguntarte si te interesaría echarme una mano con la decoración. Nada complicado —se apresuró a decir ante la vacilación de Erika.

¿Una fiesta de disfraces? ¿Halloween? ¿Es que no tenía ya suficientes problemas que tenían que aparecer más? Erika se debatió interiormente. Realmente se lo debía a Shadow por echarle una mano cuando casi pilla una pulmonía y después al dejarle su propio ordenador, si ahora le decía que no... Suspiró. Sabía que se arrepentiría de ello, pero no le quedaba otra, después de todo lo que había ocurrido en la última semana. ¿Qué era echarle una mano a esa chica? Por lo menos sería algo normal en su destartada y absurda vida.

—Si no es muy complicado, cuenta conmigo —aceptó con resignación.

Shadow pegó un gritito y se abrazó a Erika.

—Muchas gracias, Erika —aseguró ella con una amplia sonrisa al tiempo que tomaba a la chica de ambas manos—, te prometo que no será nada complicado y lo pasaremos bien.

Erika sonrió en respuesta.

Oh, sí, ya estaba empezando a arrepentirse.

Su mirada cayó sobre la figura del hombre que caminaba lentamente hacia él entre los exuberantes rosales. Hubiese deseado que Erika estuviese equivocada, pero su descripción y el tiempo transcurrido desde su último encuentro no dejaban lugar a dudas. Le sorprendía que siguiera viniendo sabiendo lo que le esperaba, pero, al igual que él, no tenía voz ni voto en aquella decisión, tan solo había sido víctima de sus propias palabras.

—No me digas que ya han pasado cien años —respondió entrecerrando los ojos al ver al recién llegado.

Dakota dejó escapar un bufido mitad molestia mitad sonrisa, incluso después de tanto tiempo, su afición por las prendas caras y por los trajes de buen corte seguía siendo el eje central de su vida... O su muerte. Los ancianos ojos azules que lo observaban desde una cara curtida por la edad y por los excesos de la vida seguían conservando las facciones que tan bien reconocía en él mismo. A pesar de que su apariencia era la de un hombre entrado en los cuarenta, su alma era mucho más vieja, mucho más negra.

—Si no recuerdo mal, la última vez te dije que te excusaba de tus indeseables visitas —continuó, su voz había bajado dos octavos y poseía el borde filoso del resentimiento y, en cierto modo, una nota de odio.

El hombre se detuvo a escasos pasos de Dakota, sus labios se curvaron en una mueca irónica al tiempo que una voz profunda, con un matiz grave reverberaba en la tranquilidad del jardín.

—Veo que el paso del tiempo no ha mejorado en absoluto tus deplorables modales, Dakota —fue la risueña respuesta del hombre.

Dakota ignoró el sarcasmo que marcaba la masculina y ajada voz. Había sabido que antes o después aquel encuentro tendría que celebrarse, ya habían transcurrido cien años desde la última vez que había estado frente a aquel

deplorable despojo de humanidad que una vez le había dado la vida y, que en cierto modo... Se la había quitado.

—Mis modales son impecables con quienes realmente se los merecen, padre —respondió él sin apartar la mirada de aquellos ojos que eran una copia de los suyos. Dakota observó cuidadosamente a una versión más adulta de sí mismo. Su parecido con aquel hombre era notable, apenas podía despistar un poco el cabello rubio que tanto él como su hermana Cathie habían heredado de su madre. Realmente, si hubiese tenido tiempo de llegar a su edad, su aspecto sería muy probablemente el que tenía su padre ahora. Ahogando una cruda maldición, continuó—. Bien, ya estás aquí, ya me has visto. La respuesta sigue siendo no. Y lo será también el siglo que viene, y el siguiente, y el siguiente a ese... Hasta el fin de los tiempos.

El hombre lo ignoró y pasó ante él hasta detenerse en un rosal de unas hermosas rosas amarillas.

—Si juegas bien tus cartas, no tendríamos por qué llegar a eso —respondió acariciando los pétalos de una de las flores—. La *Redentora de Almas* se ha presentado ante ti, tengo que reconocer que es una jovencita de lo más peculiar.

Dakota acortó la distancia entre ambos y aferró la camisa del hombre obligándole a enfrentar su mirada.

—No te acerques a ella —masculló Dakota, su tono era totalmente amenazador— Mantente alejado de Erika.

El hombre esbozó una condescendiente sonrisa y se soltó de un tirón. Sus manos alisaron la camisa y compusieron su aspecto al tiempo que su cabeza se sacudía en una muda negación.

—Reconozco una escena similar a esta —dijo el hombre chasqueando la lengua—. Incluso las mismas frases. ¿Vamos a repetir los errores que nos han traído hasta aquí?

Dakota se quedó congelado al escuchar sus palabras, su rostro reflejaba el conocimiento de la escena a la que se refería. Su mente voló como por embrujo a aquella misma noche, aquella última discusión en la biblioteca en la que se había enterado de la verdad... De parte de la verdad.

—*¡No te acerques a ella!* —había gritado él. El alcohol había nublado su mente, su corazón estaba rodeado por las espinas de la traición, en lo único en lo que podía pensar era en su hermosa e inocente Veronike en brazos de ese hombre que tenía delante—. *Mantente alejado de ella... O te mataré.*

Aquello había ocurrido tiempo atrás, en otra época, él había sido otro hombre, sus metas habían sido otras.

—Sí, son las mismas palabras —aceptó Dakota enderezándose, su cuerpo todavía tenso—. Pero no somos las mismas personas, al menos yo no, padre. Ya no.

—No es a mí a quien tienes que convencer, Dakota —le aseguró él tomándose su tiempo para alisar cada arruga de las mangas de la camisa—. Sabías tan bien como yo que solo hay un culpable en esto... El que lo aceptes o no...

Dakota apretó los puños a ambos lados de sus caderas sin dejarse llevar por la rabia, ya había cometido ese error en otras ocasiones y jamás le había deparado nada bueno.

—No se trata de aceptarlo —respondió Dakota a modo de despedida—, se trata de poder vivir con ello.

El hombre arqueó una ceja observando a su hijo, el cual le había dado ya la espalda y se alejaba nuevamente de él en más de una manera. Se quedó allí en medio del jardín que en otro tiempo y lugar había sido una parte importante de su vida, quizás la mejor de ellas. Su mirada bajó nuevamente a las rosas abanicadas por el viento.

—Tenías razón, Aislin —susurró él como si hablara con el jardín—. Se

puede ser libre de muchas maneras.

CAPÍTULO 13

Erika cerró los ojos y se dejó ir hacia atrás hasta terminar acostada sobre el colchón de su cama, le dolía la cabeza de intentar sacar algo en claro de aquel galimatías que eran las cartas que había recibido de Frank. Suspirando, abrió los ojos y se quedó con la mirada perdida en el techo repasando mentalmente los acontecimientos de los últimos dos días. Dakota no había vuelto a hacer acto de presencia. La manera en que se habían separado, su velada amenaza de terminar lo que habían empezado provocaba un cosquilleo de anticipación en su estómago al mismo tiempo que una profunda sensación de desasosiego. Se sentía muy atraída por él, pero no estaba segura de si lo suficiente para rendirse al calor del momento y mandar al diablo su conciencia. ¿Qué futuro habría para ellos? ¡Él ni siquiera estaba vivo!

Sacudió la cabeza de un lado a otro sobre el colchón, su pelo suelto abriéndose en un destartalado abanico bajo ella mientras intentaba borrar de su cabeza las imágenes eróticas que se habían colado en su mente. Ardientes y sudorosos cuerpos entrelazándose bajo las sábanas...

—¡Basta! —se ordenó sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. ¡Todo esto es culpa tuya, Dakota! ¡Tu jodida culpa!

Se giró lo justo para enterrar la cara contra la almohada y aferrarla con las dos manos al tiempo que dejaba escapar un desesperado grito que quedó amortiguado contra esta. La melodía de su teléfono móvil eligió ese momento

para sonar.

—¡Y ahora qué diablos quieres, jodido teléfono! —gritó incorporándose de nuevo buscando con la mirada el lugar del que procedía el sonido.

Dejando escapar un bufido se dejó caer nuevamente sobre la cama mientras el teléfono seguía sonando una y otra vez hasta que por fin se quedó en silencio.

Entonces se echó a reír ante lo absurdo de su reacción, sacudió la cabeza una vez más y se incorporó lentamente apartándose el revuelto pelo de la cara. Haciendo a un lado el portátil que había sido desplazado ligeramente por su pataleta encima de la cama, deslizó las piernas al suelo y cojeó hasta el mueble sobre el que estaba su teléfono. Tras apretar un par de botones buscó el número desde el que acaban de llamar.

—Frank —murmuró viendo el número que había quedado registrado en la pantalla.

Tras una leve vacilación activó la opción de re-llamada y se llevó el teléfono a la oreja mientras cojeaba de regreso a la cama y dejaba el ordenador en el suelo donde no podría caer por accidente. Con un suspiro, se dejó caer sobre el mullido colchón.

—Sí, soy yo, dime qué has descubierto —preguntó directamente al escuchar la profunda voz masculina.

Frank sonrió al escuchar la directa respuesta de su nieta, la chica no se andaba con rodeos. Observó por un momento el montón de papeles esparcidos por su mesa para después darles la espalda y dirigirse hacia la cocina situada en una habitación a la derecha.

—Pues la verdad es que nada nuevo —respondió mientras traspasaba el umbral de la cocina. Los muebles rústicos de madera y el suave tono crema de las paredes hacía de esta una estancia agradable y hogareña—, pero no era por

eso por lo que te llamaba, sino por Susan.

No podía ver la expresión que había puesto su nieta mientras se levantaba de un salto de la cama, de haberlo hecho se habría cuidado mucho de continuar.

Erika se había quedado totalmente sorprendida, no podía evitar preguntarse qué tenía que ver su hermana en todo aquello.

—¿Susan? —oyó la respuesta de Erika, en su voz se notaba el desconcierto—. ¿Mi hermana Susan?

Frank apartó la cortina que cubría el enorme ventanal de la cocina y observó el tráfico.

—¿Es que tengo otra nieta y tu padre se ha olvidado de decírmelo? —respondió con cierto toque de humor.

La joven se mordió la lengua para no contestar a eso.

—¿Qué pasa con ella? —optó por preguntar.

—Me llamó hace un par de días haciéndome unas preguntas un tanto extrañas —aceptó con un cierto tono de curiosidad en su voz—, el caso es que también me preguntó por ti. ¿Todavía no has llamado a tus padres?

La chica puso los ojos en blanco. Había estado retrasando aquella maldita llamada todo lo que había podido, realmente no había mucho que decir, no a ellos al menos.

—No he tenido tiempo —respondió quitándole importancia como si con ello pudiese quitarse la pregunta de encima.

Frank chasqueó la lengua y meneó la cabeza antes de responder.

—¿Desde cuándo eres tan cobarde, Erika? —la acusó.

Ella apartó el teléfono de la oreja y lo miró como si fuera una serpiente de cascabel que acabara de silbarle al oído. Con reticencia volvió a llevarlo al oído.

—No es cobardía, es don de la oportunidad... Y todavía no lo he

encontrado esa oportunidad —le espetó. Suspirando sacudió la cabeza—. ¿Qué tiene que ver que te llamara Susan conmigo?

La línea quedó en silencio durante un instante. Llegó a pensar que se había cortado y estaba a punto de comprobarlo cuando oyó la profunda voz de su abuelo.

—Al principio nada —continuó Frank con un tono de voz mucho más despreocupado—, pero la conversación terminó derivando en ti y en tus repentinas vacaciones...

El tono de su voz logró traer un mal presentimiento a la mente de Erika.

—...Y decidió que era hora de que también se cogiera unas vacaciones.

El color abandonó la cara de la joven un instante antes de gritarle.

—¡Susan no se cogería vacaciones ni aunque se acabara mañana mismo el mundo! —respondió con un tono que rozaba ligeramente la histeria.

El hombre se echó a reír ante el desesperado tono de su nieta más joven.

—Desconozco su destino, pero no me sorprendería que se dejara caer por ahí de un momento a otro —respondió como si no hubiese oído su estridente respuesta—. ¿Es tan agradable ese sitio como dicen?

Erika abrió y cerró la boca varias veces antes de gritar al auricular.

—¡No, acaba de convertirse en un infierno! —gritó en respuesta antes de darle a la tecla de colgar.

Se quedó mirando durante un buen rato el teléfono que tenía en sus manos, su mente era un torbellino de hipótesis sin control. Frank no podía estar hablando en serio... ¡Mierda, sí podía, toda su familia estaba chalada! No dudaba de la capacidad de Susan para caer con toda su elegancia y brutal sinceridad en el momento menos oportuno si lo que había dicho el viejo era verdad. Empezaba a sospechar que no sería la única.

Sus manos se enredaron en el pelo en un gesto de profunda desesperación. Quedaba escasamente una semana para Sammain, sus “vacaciones” habían

sido oportunamente interrumpidas por un vaquero del siglo XIX que no tenía la menor idea de cómo liberar, sabía que su exasperante y totalmente perfecta hermana estaba a punto de caer sobre ella como una apisonadora y, si conocía bien a su excéntrico y ligeramente raro abuelo, ahora estaría al teléfono comprobando las reservas del hotel y el avión.

Erika alzó la mirada al techo y se dejó caer de nuevo sobre el colchón.

—¡Dakota, retiro todo lo que dije! ¡No eres cobarde, ni oportunista, ni un criador de cerdos del siglo pasado! —clamó alzando la voz—. ¡Y sobre todo, sí quiero verte de nuevo! ¡¡Dakota!!

Tras un largo instante de tensa espera, suspiró y se acurrucó sobre la cama.

—Ya nada puede ir a peor —farfulló enterrando la cabeza bajo la almohada.

Lentamente levantó la almohada que le cubría la cabeza, su largo pelo negro parecía una revuelta maraña de seda que se esparcía sobre sus hombros y parte de su rostro. Le apartó lentamente el pelo de la cara, estaba profundamente dormida. Después de descargar su repentina rabieta se había dormido y él había aprovechado ese momento para acercarse a ella. Era más fácil enfrentarla de ese modo, cuando estaba en pie y con aquellos preciosos ojos violetas que tanto le gustaban clavados sobre él y echando chispas realmente no atendía a razones... Le gustaban sus ojos brillantes de emoción u oscurecidos por el deseo. Se acuclilló a su lado viéndola dormir. Aquella pequeña mujer se estaba haciendo poco a poco un hueco en su corazón y en su alma, y eso realmente lo asustaba.

—Supongo que debería darte las gracias porque hayas retirado lo de criador de cerdos del siglo pasado, ¿um? —murmuró acariciándole el pelo.

Con un profundo suspiro se inclinó para besarla en la frente un instante antes de desaparecer.

Sumida en sus sueños, Erika se revolvió en la cama y dejó escapar su nombre en un débil susurro.

—Dakota...

Una lágrima solitaria resbaló por la mejilla femenina desapareciendo entre las hebras morenas de su pelo.

Alguien golpeaba con insistencia la puerta, pero Erika se resistía a dejar su inesperada siesta para ir a ver quién era. Los golpes seguían sucediéndose a intervalos, intuía que si no se levantaba o respondía, seguirían hasta instalarse en su cabeza como un incesante martilleo. Se incorporó lentamente dejando escapar un bostezo, su cuerpo se arqueó estirando los brazos, desperezándose igual que un gato tras una larga y agradable siesta. Tuvo que parpadear un par de veces hasta que su visión fue capaz de soportar la brillante luz que penetraba por la ventana.

Los golpes se volvieron cada vez más insistentes.

—Ya va —respondió. Su voz salió como una ahogada cacofonía, tuvo que salivar un par de veces antes de poder tener un tono ligeramente normal—, un momento.

Ahogando un ligero bostezo tras la palma de la mano abrió la puerta para encontrarse a una sonriente Shadow cargando con una pequeña caja bajo el brazo.

—Hola —saludó la chica levantando ligeramente la caja a modo de respuesta—. Tienes que ver lo que he encontrado. Estaba rebuscando en el trastero intentando encontrar los adornos para Halloween y me he encontrado con esto.

Shadow pasó a la habitación y dejó la caja sobre la cama para luego sacar un par de fotografías de esta y pasárselas a Erika al tiempo que explicaba.

—No estoy segura, pero creo que este salón es nuestro comedor, el que da

al jardín —explicó la chica señalando diversas partes de la foto amarilleada por el tiempo—, fíjate aquí y aquí... ¿No parece el jardín? Y he contado las ventanas y la distribución también es la misma.

Erika bostezó y se frotó los ojos mirando una fotografía y luego la otra. Ambas pertenecían a una panorámica de lo que parecía ser un salón de baile en una antigua fiesta, la gente iba toda vestida con trajes de época, al estilo de los que había visto en películas como *Norte y Sur* o *Lo Que el Viento se Llevó*. Los adornos se asemejaban a los que posiblemente se habrían usado en navidad, unas fotos bastante extrañas para aquella época. Erika intentó distinguir alguna silueta conocida, pero las fotos estaban demasiado viejas y dañadas.

—Parece que se sacaron en algún tipo de fiesta —comentó devolviéndole las fotos—. ¿Estás pensando en algo así para la decoración?

Shadow tomó las fotos y las miró antes de devolverlas a la caja y sacar de ella unas cuantas fotos más. Estas ya eran distintas, pues pertenecían a retratos familiares. Erika observó cómo la chica se fijaba especialmente en una de ellas y pasaba suavemente los dedos por ella.

—Mi madre solía decirme que todos tenemos un ángel de la guarda y que el mío llevaba muchísimo tiempo viviendo aquí y continuaría aquí hasta que yo fuera mayor y ya no lo necesitara —murmuró tendiéndole la fotografía al tiempo que se acercaba para indicarle a un hombre vestido de forma parecida a los de la foto anterior, el cual permanecía de pie a un lado de un diván en el que permanecían sentadas dos mujeres—. No se ve muy bien, pero por los vestidos, creo que son las dos mujeres que aparecen en el cuadro de la biblioteca... Y este es D. Alexander... Mi ángel de la guarda.

La modorra que había estado envolviéndola desapareció por completo dejándola despierta y alerta. Palideció cuando reconoció a la gente retratada en aquella foto, las palabras de la muchacha solo habían conseguido dejarla

todavía más blanca. Se le contrajo la garganta haciendo casi imposible el dar una respuesta. Shadow pareció no darse cuenta pues siguió hablando mientras observaba la foto. El escenario mostraba a un Dakota mucho más joven pero sin duda era él. Tomando la foto para examinarla de cerca, realmente sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies. De pie al lado de Dakota, estaba el mismo hombre que había conocido días atrás en la biblioteca, aún sin llevar el traje de Armani, seguía siendo igual de imponente. Las dos mujeres sentadas con las manos en el regazo debían de ser Catherine y su madre.

Shadow tomó nuevamente la foto y le dio la vuelta, para mostrarle en una escritura antigua y ya borrosa, cuatro nombres, dos de hombre y dos de mujer, junto con una fecha.

—D. Alexander, Alex, Cathie y Aislin —leyó Shadow con su suave y musical voz.

Las piernas empezaban a temblarle tanto que Erika tuvo que buscar casi a tientas la cama para dejarse caer sobre ella. Shadow debió percibir su movimiento pues se volvió a ella, su sonrisa cambió casi de inmediato por un preocupado ceño.

—¿Estás bien? —se preocupó la chica. Devolvió las fotos en la caja y se apresuró a agacharse al lado de Erika—. Estás tan pálida como si hubieses visto un fantasma.

Le hubiese gustado reírse. ¿Un fantasma? En aquel antiguo retrato conocía por los menos a dos. Cerrando los ojos y respirando profundamente intentó calmarse.

—Me he mareado, no es nada —respondió intentando quitarle importancia al asunto—. Posiblemente solo haya sido un bajón de azúcar...

Shadow la miró no muy convencida durante unos momentos como si sospechase que Erika no le estaba diciendo toda la verdad.

—¿Estás segura? ¿Necesitas alguna cosa? —se preocupó a pesar de todo.

Sacudiendo la cabeza, murmuró un “*estoy bien*” y se concentró de nuevo en la idea que estaba presentando la muchacha.

—La idea es buena, pero no estoy segura de que podamos disponer del comedor el tiempo suficiente como para poder hacer algo como eso —señaló la morena con una sonrisa poco convincente—. Los huéspedes del hotel querrán seguir haciendo sus comidas.

—El año pasado cerramos el comedor después de la comida del mediodía, a la noche se dio un bufé de bocaditos y cosas de esas en la fiesta y a todos pareció gustarles —explicó la adolescente.

Erika asintió, aquello era más factible.

—En ese caso, creo que solo necesitamos el decorado y ver como apartar las mesas para dejar sitio para moverse —comentó ella.

Shadow sonrió recogiendo la caja, dispuesta a dar rienda suelta a las ideas que empezaban a agolpársele en la cabeza, consultaría sus posibilidades y vería que podría sacar de ello. Con aquella perspectiva en mente enfiló hacia la puerta.

—¿Shadow? —la llamó Erika en el último momento. Cojeando ligeramente se acercó a la chica que la miraba con expresión interrogativa.

—¿Puedo quedármela por unas horas? —pidió sacando la foto de la antigua familia de la caja. Al ver la mirada de extrañeza en la cara de Shadow se apresuró en añadir—. Siento curiosidad por los nombres de la gente de la foto, me gustaría ver si puedo llegar a averiguar quiénes eran.

Shadow inclinó la cabeza y se la quedó mirando durante un instante antes de responder.

—No estoy muy segura, pero puede que fueran los primeros propietarios de esta casa —respondió la chica observando la foto ahora entre los dedos de Erika. Un segundo después su mirada se cerró en la de su compañera—. ¿Hay algo que no me has dicho y que debiera saber?

Erika se encogió de hombros de manera casual. Había demasiadas cosas que su amiga desconocía y quizás fuera mejor así.

—Todo el mundo tiene derecho a guardar secretos —fue su respuesta.

Con un ligero asentimiento de cabeza, Shadow tomó el pomo de la puerta y la abrió.

—Sí, tienes mucha razón —aceptó la chica con una dulce sonrisa antes de señalar la foto con un movimiento de barbilla—, pero si descubres algo interesante...

—Te lo haré saber.

Shadow asintió y tras despedirse con la mano que llevaba libre, se marchó de la misma manera que había llegado. Cerrando la puerta tras de ella, Erika se dejó ir apoyando la frente sobre la fría madera antes de volver a observar la foto que tenía entre las manos.

—Pensé que ya se habían perdido todas las fotografías.

Un pequeño grito escapó de su garganta, el corazón le palpitaba con fuerza debido al sobresalto que le había producido la profunda voz a sus espaldas.

Dakota sonrió para sus adentros. No había sido su intención asustarla, pero era divertirlo verla dar esos pequeños saltitos. Acortando la distancia entre ellos, avanzó extendiendo la mano hacia la fotografía. Pareció encogerse ligeramente contra la puerta, sus brillantes ojos violetas lo miraron un instante antes de desviarse hacia un lado, su voz sonaba algo temblorosa, pero fue el ligero sonrojo que empezó a teñir sus mejillas lo que hizo que Dakota sonriese satisfecho.

—Me has dado un susto de muerte —protestó en tono indignado, pero no alzó los ojos del suelo.

Deteniéndose brevemente ante ella, tomó la foto en una mano y con la otra le levantó la barbilla obligándola de ese modo a encontrarse con su mirada.

—Lo siento —se disculpó, su voz había sonado casi como un ronroneo.

Le apartó la mano de golpe y se enderezó, señalando la foto con la barbilla.

—Casi me da un ataque cuando Shadow me enseñó eso —respondió, al menos la indignación no la hacía sentirse tan vulnerable junto a él—. Me dio un paro cardíaco cuando dijo tu nombre como si te conociese.

Dakota bajó su mirada azul sobre la cara femenina.

—¿Celosa?

—Vete al infierno.

El vaquero sonrió de medio lado y se volvió a observar la foto.

—Shadow cree conocerme —puntualizó, su mirada volvió de nuevo a ella —, ha estado a mi alrededor desde que era casi un bebé. Su madre le contaba historias con estas fotos, una parte de verdad con otra de intuición y demasiados cuentos de hadas.

Erika hizo un ruido de asentimiento y se las ingenió para pasar junto a él sin siquiera rozarle. Dakota dudó en estirar el brazo y detenerla, finalmente se limitó a dejarla ir mirándola por el rabillo del ojo. Aquella pequeña bruja morena lo tenía hechizado. Desde que la había sentido casi bajo él, acariciado y probado la textura de su piel, solo había podido pensar en lo que sería terminar lo que habían empezado hundiéndose entre sus piernas, sintiéndose rodeado por ellas mientras empujaba en su húmedo, caliente y apretado interior.

—Podrías haberme avisado de ello —murmuró Erika desde el dormitorio, interrumpiendo los pensamientos de Dakota.

Encogiéndose de hombros, se giró y caminó hacia el dormitorio.

—¿Y dónde diablos te habías metido? —protestó nuevamente—. Queda menos de una semana para Sammain y todavía no hemos dado con la manera de romper...

—¿Tanta prisa tienes por deshacerte de mí? —la atacó de manera seca y contundente, para añadir a continuación—. He estado ocupado.

Ocupado asegurándose de que el viejo no pusiera las manos ni ninguna otra cosa sobre su mujer. ¿Desde cuándo se había implantado esa absurda idea en su cabeza? Suspiró. Justo en el momento en que había acariciado su piel y probado el sabor de su boca, desde ese momento solo había pensado en lo que sentiría cuando la hiciese suya.

Haciendo esos descabellados pensamientos a un lado, se centró en la pequeña morena, la cual lo miraba con los ojos entrecerrados como si no se hubiese creído ni una sola palabra.

—Habría jurado que eras tú el que tenía prisa por desembarazarse de mí —replicó ella alzando la barbilla como invitándole a desafiar sus palabras.

Sonrió de medio lado y respondió mirándola por debajo de las espesas pestañas que enmarcaban unos brillantes ojos azules. Su voz era una ligera caricia que enviaba descargas eléctricas a través de su piel

—Ni lo más mínimo —respondió al tiempo que echaba el pulgar sobre el hombro indicando a la puerta—. ¿Te ha convencido Shadow para que la ayudes a organizar la fiesta de este año?

Ella se encogió de hombros.

—Me pidió ayuda y no pude negarme, me cae bien y le debía una por el portátil —respondió empezando a relajarse nuevamente en su presencia.

Dakota bajó la mirada al suelo, el aparato seguía a un lado de la cama.

—¿Has descubierto algo que sea de alguna utilidad? —preguntó volviendo la mirada nuevamente hacia ella.

Su melena oscura voló de un lado a otro cuando sacudió la cabeza y dejó escapar un resignado suspiro.

—Nada. Esas cartas son un completo galimatías para mí, en ningún sitio dice como liberar un alma —respondió ella cojeando de regreso hacia la cama—. Solo habla una y otra vez de lo mismo... Pero nada que sirva realmente.

—El tiempo se agota —le recordó él.

—¡Ya lo sé! —replicó exaltada a lo que él respondió arqueando una delgada ceja—. Estoy algo tensa, lo siento.

Dakota observó cómo Erika desviaba la mirada antes de dejarse caer hacia atrás sobre la cama, para luego cubrirse los ojos con un brazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin moverse de donde estaba.

Erika suspiró, apartó el brazo que cubría sus ojos y lo dejó caer nuevamente sobre la almohada.

—He hablado con Frank —respondió en tono bajo, ligeramente molesto—. Parece que mi hermana Susan a decidido tomarse unas vacaciones.

—Bueno, todo el mundo tiene derecho a tomarse un respiro, no puedes condenar a alguien por querer tomarse un descanso en su trabajo —argumentó Dakota, su mirada azul barriéndola lentamente.

Su melena negra se esparció ligeramente cuando negó con la cabeza. Los ojos violetas se clavaron entonces en los de él, manteniendo en todo momento la mirada.

—No se trata de que se tome o no un descanso —suspiró incorporándose hasta quedarse sentada en la cama—, el problema aparece cuando elige Los Robles como su destino de vacaciones.

Arqueando una de sus rubias cejas, el vaquero rodeó lentamente la cama hasta terminar apoyándose contra el alfeizar de la ventana impidiendo así el paso de la luz. Con un golpe de los dedos alzó el sombrero, algo que se había convertido ya en costumbre.

—¿Por qué viniste aquí, Erika? ¿Qué te impulsó a abandonarlo todo y escapar?

Abrió la boca dispuesta a rebatir esa declaración pero se detuvo en el último instante. ¿De qué servía que se engañase a sí misma? Tenía razón, había escapado, huyendo de su propia vida, de sus miedos y de una relación que en el fondo de su alma siempre había intuido que jamás conduciría a ningún sitio.

Había evitado hacer frente a las lamentaciones de conocidos, a los “te lo dije” de los únicos que tenían derecho a juzgarla, había huido de los reproches de su propia familia, de las duras palabras que no quería oír, buscando la única compañía de la soledad y encontrando en cambio...

—Tú —respondió echándose a reír.

Dakota no podía sino mirarla. Había reaccionado a sus palabras como alguien que se da con una pared que siempre había estado allí y que hasta ese momento no lo había asimilado para después echarse a reír sin más. Realmente, las mujeres de cualquier siglo eran difíciles de entender.

Ella lo miró entonces, su rostro mostrando una inmensa ternura y algo más que no estaba todavía dispuesto a analizar.

—Es absurdo, lo sé, pero es la única explicación que le encuentro —respondió, en su voz había todavía una nota cómica—. Tenía que abandonarlo todo para poder encontrarte. Este era el momento, era tu momento.

El vaquero se limitó a mirarla, sus palabras no sonaban tan descabelladas como habría podido pensar en un principio. Siempre había estado esperando que sucediera ese algo que cambiara su muerte, ese algo que le diera la oportunidad de deshacer todos los errores cometidos. Pero no era un algo, la había estado esperando a ella.

—Estamos jugando con fuego, Erika —murmuró él, su mirada fija en la de la mujer—, antes o después acabaremos quemándonos.

Se deslizó lentamente hacia el borde de la cama opuesto a la ventana, sus pies tocaron el suelo un instante antes de incorporarse y desplazarse cojeando hacia el baño. Su voz apenas fue un apagado murmullo cuando abandonó sus labios.

—Hay cosas por las que merece la pena arder en el infierno.

Y él estaría más que gustoso de quemarse por tenerla.

Antes de darse cuenta, ya estaba tras ella, envolviendo un brazo alrededor

de la cintura, haciéndole perder el equilibrio hasta terminar chocando con la dura pared de su pecho. Su cálido aliento susurró en su oído.

—Debiste abandonar cuando te lo pedí.

—Te lo dije, no soy una cobarde.

—Que el cielo nos perdone, Redentora de Almas, porque nadie más lo hará —suspiró volviéndola en sus brazos.

Hundiendo los dedos en el sedoso pelo rubio lo acercó hasta que sus labios estuvieron a un suspiro de los propios, sus ojos ascendieron a los de él viéndose reflejada en ellos. Ya era demasiado tarde para las advertencias, había pasado toda su vida huyendo de sí misma y de sus propios deseos. Era hora de detenerse y enfrentarse a la realidad, y su realidad era el hombre que la estrechaba contra su pecho reclamando su boca y en cierto modo también su alma.

Se estaba dando un banquete con la lujuriosa boca de ella, adoraba su sabor, los suaves gemidos que escapaban de sus labios no hacían otra cosa que contribuir a ponerle todavía más duro. Arrastró los labios bajando por su cuello, dejando un húmedo sendero de besos a su paso, mientras sus manos trabajaban rápidamente en los botones de su blusa. Uno por uno, fueron cediendo hasta dejar a la vista un simple sostén de algodón con dibujos de gatitos. Dakota la miró de nuevo con una divertida sonrisa curvándole los labios, a lo que ella respondió farfullando y con las mejillas totalmente sonrojadas.

—Me gustó cuando lo compré —farfulló incómoda bajo aquel repentino escrutinio. Ni siquiera sabía qué estaba haciendo permitiendo que aquel hombre llegase a donde nadie había llegado antes.

Su respuesta fue simple y rápida, y más efectiva que cualquier posible palabra. Enganchó un dedo por la cinturilla de los jeans que llevaba y la atrajo contra él, bajando de nuevo la boca sobre la suya, lamiéndole y

mordisqueándoles los labios para después hundirle la lengua y recorrer la húmeda cavidad de su boca.

Ella gimió, sus manos aferrándose a sus bíceps, mientras él posaba una decidida mano en su trasero y la empujaba a la pesada erección que pujaba contra sus pantalones.

—Te deseo, gatita —susurró acariciando sus labios. Continuando con pequeños besos a lo largo de toda la mandíbula, besándole y mordisqueándole el cuello, sus manos apretaban sus redondas nalgas a través del pantalón empujándola contra él para que sintiese la verdad de sus palabras—. Te necesito, Erika...

Ella se estaba derritiendo en sus brazos. No era la primera vez que pasaba por unos preliminares, pero jamás había estado tan caliente con nadie como lo estaba con él, la hacía arder y desear algo que estaba más allá de su escasa experiencia.

La boca masculina bajaba por su clavícula dejando un sendero mojado por su lengua. Al llegar a los hinchados senos, Dakota se entretuvo delineando la línea del sujetador con la lengua mientras una de sus manos se enlazaba en su cintura y la otra ascendía por el cuerpo femenino posándose sobre su pecho izquierdo, apretándolo y masajeándolo mientras con el pulgar jugueteaba con el diminuto pezón que ya empezaba a hincharse y endurecerse por sus caricias.

Erika subió las manos hasta apoyarlas sobre sus fuertes hombros. Las sensaciones que le estaba provocando ese hombre le estaban nublando todo juicio, lo único que quería era sentirle, tenerle incluso más cerca de lo que estaba ahora, la ropa empezaba a ser un verdadero incordio y maldita fuera, la habitación estaba volviéndose demasiado calurosa.

—Dakota... —jadeó ella, deseando decirle algo pero sin saber exactamente el qué.

—Paciencia, amor, no hay por qué apresurarse... —ronroneó al tiempo que

su mano tironeaba del cierre delantero del sujetador hasta lograr soltarlo. Sus ojos se dilataron ante la visión de esos dos hermosos globos saltando libres fuera de su confinamiento ante su hambrienta mirada. Su boca se cerró entorno a uno de los oscurecidos pezones succionándolo con avidez. Aquel atrevido gesto hizo que ella gimiera y arquease la espalda acercándole el pecho incluso más.

Ella sabía a miel y gloria, nunca había probado nada igual y se estaba emborrachando de su olor y su sabor. Deseaba beber de ella, sentir como se corría mientras la chupaba y lamía a voluntad, pero Erika no tenía experiencia, podía verlo en la torpe manera en que se aferraba a él, en la sincera y espontánea respuesta que obtenía de su cuerpo.

Su boca dejó uno de los senos y se dirigió al otro para prodigarle las mismas atenciones. Al mismo tiempo, una de las manos que tenía libres se deslizaba por su estómago hasta la cintura del pantalón desabotonándolo con maestría y bajando la estrecha cremallera dejando al descubierto una diminuta y tierna braguita con gatitos, a juego con el sujetador. Abandonando sus pechos volvió nuevamente a su boca, arrasándola en un caliente beso mientras hundía su mano por dentro de la braguita y sus dedos hurgaban entre los encrespados rizos entre sus piernas hasta encontrar la húmeda entrada.

Ella gimió y se tensó, sus dedos se le clavaron en los hombros. Dakota suavizó entonces el beso y subió la mano que tenía libre por su espalda, acariciándola hasta detenerse en la base del cuello y utilizar los dedos para masajearla. Su boca voló al oído.

—Todo va bien, cariño, no tienes nada que temer —su voz era como un suave ronroneo, sedante y atrayente que la ponía incluso más mojada de lo que estaba.

Acarició suavemente los pliegues húmedos, separándolos para hundir lentamente un delgado dedo en su estrecho pasaje. Ella lloriqueó y se apretó

contra él haciendo que profundizara todavía más en su interior arrancándole un nuevo lloriqueo. Dakota se detuvo y observó su rostro sonrojado, se estaba mordiendo el labio inferior y sus ojos violetas estaban oscurecidos por el deseo. La mano que había estado acariciándole el cuello descendió nuevamente por su espalda hasta la base de su pequeño y redondeado culo. Lentamente y sin dejar de mirarla, retiró lentamente el dedo y volvió a penetrarla con él arrancando un nuevo gemido de su apetecible boca. Avergonzada enterró la cara en el hueco de su cuello, sus dedos se clavaron con fuerza en sus hombros aferrándose a él mientras lubricaba su pasaje todavía más para finalmente introducir un segundo dedo, estirándola, ensanchándola, preparándola para su futura invasión.

Ella se estremeció en sus brazos mientras seguía hundiendo ahora dos dedos en su estrecho pasaje ya lubricado por sus propios jugos. Su polla empujaba furiosa contra sus pantalones, desesperado por enterrarse a sí mismo en el canal que ahora ocupaban sus dedos. Aumentó poco a poco el ritmo hasta que la sintió tensarse ante la creciente ola del orgasmo que estaba a punto de alcanzar. Le acarició lentamente la base de la espalda con pequeños círculos al tiempo que su cálido aliento le susurraba tranquilizadamente al oído, invitándola a alcanzar la liberación que tanto deseaba.

—Shh...Déjate ir bebé... No lo reprimas... Córrete para mí.

Sus palabras fueron como el detonador de una carga explosiva que la envió directa al clímax. Las piernas le fallaron y se sintió caer durante unos instantes antes de unos fuertes brazos la levantaran del suelo y la llevaran hasta la cama.

Dakota la dejó sentada, sus ojos no se apartaron ni un segundo de los de ella mientras la desnudaba muy lentamente, deslizándole la blusa por los hombros y quitándole el suave sujetador de algodón que caía abierto a ambos lados de sus pechos. Con todo descaro se lo mostró un instante antes de lanzarlo por encima de su hombro y descender sobre ella para besarle los

labios, luego el cuello, siguiendo por su clavícula y sus pechos desnudos, continuando su camino hacia la cintura abierta del pantalón y las braguitas que asomaban entre la cremallera abierta.

Encerrada entre sus piernas, Erika observó nerviosa y excitada como enganchaba los dedos en los bolsillos de sus jeans y empezaba a tirar de ellos hacia abajo, desnudando sus piernas. Los ojos azules del hombre no se apartaron ni un solo instante de los de ella, abrasándola con la fuerza de su deseo. Jamás se había sentido tan valorada y deseada por nadie.

Con un leve tirón, sus zapatillas deportivas terminaron a un lado en el suelo, seguidas de los jeans. Las manos masculinas ascendieron acariciando lentamente sus piernas, poniendo un cuidado especial en la piel llena de cicatrices de su rodilla derecha hasta llegar a las divertidas braguitas. Enganchó un dedo por cada lado y acarició a Erika con la mirada mientras se las arrancaba con un seco tirón que produjo un pequeño jadeo en la chica, deslizándolas lentamente por sus piernas hasta sacárselas y tirarlas también sobre su hombro en un gesto del todo satisfecho.

Totalmente desnuda y expuesta a su mirada, comenzó a sentir vergüenza e incomodidad. Jamás había estado tan desnuda delante de un hombre y el que la primera vez fuese delante de este en particular la dejaba floja y temblorosa de expectación. Cerró los ojos con fuerza cuando notó sus manos acariciando nuevamente sus muslos, ascendiendo por su cuerpo, acariciándole los pechos, el cuello y deteniéndose entonces a acariciarle la mejilla con ternura. Erika abrió los ojos para encontrárselo tumbado a su lado, todavía vestido y con una hambrienta mirada en sus ojos.

—Eres lo más hermoso que he visto en toda mi vida —le susurró él depositando un suave beso en la punta de la nariz para después deleitarse la mirada con el cuerpo femenino expuesto para él.

Erika abrió y cerró la boca y se sonrojó. No sabía que decir, jamás se había

encontrado en una situación ni remotamente parecida. Se sentía expuesta y tímida ante él y carecía de experiencia para poder corresponderle adecuadamente.

—Dakota yo no sé...

Sacudiendo la cabeza, le cubrió los labios con un dedo.

—Solo siente, Erie... —le susurró acariciándole el cuerpo con la yema de los dedos—. Límitate a disfrutar y a sentir...

Erika lo observó mientras se deslizaba bajando por su cuerpo hasta detenerse en la unión de sus muslos. Le dedicó un guiño antes de sumergir el rostro entre las piernas y atacar su sexo como un hombre muerto de sed. Ella jadeó y se retorció hasta que las manos de Dakota la obligaron a permanecer quieta sobre el colchón mientras se daba un festín con el tesoro encontrado entre sus piernas. La lamía y la chupaba volviéndola loca, hundiendo su lengua hasta conseguir hacerla jadear y gemir su nombre, mientras movía la cabeza de un lado a otro sobre la cama, aferrándose con fuerza a la colcha mientras él desataba un infierno de sensuales sensaciones en su cuerpo.

Se vino por segunda vez con un ahogado grito, sus pechos subiendo y bajando al compás de la acelerada respiración mientras sobrevolaba las olas del nuevo orgasmo al que la había llevado. Sintió el agradable y desconocido peso del cuerpo masculino sobre el suyo al tiempo que la lengua de Dakota se hundía en su boca permitiéndole probar su propio sabor. Todavía llevaba la ropa puesta, no sabía por qué le molestaba aquello, pero así era... Deseaba sentir su piel contra la suya.

Antes de poder darse cuenta de lo que estaba haciendo, sus manos ya habían subido a la camisa negra del hombre y la empezaban a desabrochar.

—Espera, pequeña impaciente —rio ayudándole a quitarse la camisa ya por la cabeza.

—No me gusta sentirme en desventaja —murmuró ella, su voz ronca por el

deseo.

Dakota se alzó un instante montado a horcajas sobre el cuerpo femenino para sacarse la camisa por la cabeza y lanzarla al suelo. Erika se lamió los labios mientras lo miraba llevarse las manos al botón de los viejos jeans y bajando la cremallera. Un absurdo pensamiento cruzó por su mente en aquel momento.

—¿Por qué llevas pantalones? —preguntó mirándole intrigada.

Dakota se detuvo en el acto con una divertida sonrisa extendiéndose por sus labios.

—Bueno, cariño, no creo que una falda fuese a quedarme demasiado bien —respondió con lo que a Erika seguía pareciéndole un tierno ronroneo.

Erika sacudió la cabeza.

—No, esos pantalones... jeans... —murmuró con el ceño fruncido. ¿Por qué diablos se interesaba por algo tan absurdo en ese momento?

Dakota rió.

—Olvídate de los pantalones, Erika... —le sugirió volviendo a besarla con hambre de ella, su boca y su lengua hicieron estragos en la mente femenina—, solo concéntrate en nosotros... En mí.

Ella le sonrió con tal inocencia y confianza que Dakota realmente quiso maldecir. Estaba rompiendo todos los tabúes que conocía al mezclarse de esa manera con esta mujer, pero lo que sentía por ella era más fuerte que todo eso y por primera vez en los últimos siglos, le importaba bien poco todo lo demás, solo la deseaba a ella.

Deslizó finalmente la cremallera de su pantalón, liberando la palpitante erección que se alzaba y palpitaba de deseo. Los ojos violetas se abrieron sorprendidos al tiempo que la pequeña lengua asomaba entre los labios mojándoselos de anticipación. Sus ojos volaron entonces a los de Dakota, quien se inclinó sobre ella y unió nuevamente su boca a la suya despertando

nuevamente el deseo y alejando cualquier duda de su mente.

Se deslizó lentamente posicionándose entre sus piernas, abriendo sus muslos mientras la acariciaba y continuaba besándola sin dejarle opción a pensar. La punta de su polla acarició los húmedos pliegues vacilando en la invitante entrada. Se dolía por el deseo insatisfecho y se moría por hundirse en ella y cabalgarla con fuerza hasta alcanzar su propia liberación... Pero no ahora, ella se merecería ternura y suavidad en su primera vez, había notado la fina barrera de su virginidad cuando la había penetrado con los dedos y estaba dispuesto a darle el tiempo que necesitara aunque se muriera en el intento.

Conteniendo el aliento empujó lentamente, abriéndose paso en el estrecho canal hasta que sintió la barrera y a ella revolviéndose inquieta debajo de él. La sensación de las paredes agarrándose a su sexo era más de lo que podía soportar, cambiando ligeramente de posición, le alzó las caderas y la empaló llenándola por completo.

Ella dejó escapar un jadeo de sorpresa al sentir un ardiente y fugaz dolor al que siguió la sensación de plenitud, de sentirle profundamente enterrado en su interior llenándola y estirándola mientras su cuerpo se acostumbraba y se acomodaba para darle cabida.

Dakota dejó sus labios, ahora hinchados por los abrasadores besos y la miró buscando su rostro, queriendo comprobar que se encontraba bien y que no la había lastimado demasiado. La preocupación fue sustituida por la sorpresa al verla rodearle el cuello con los brazos y acercarlo más a ella emitiendo un pequeño quejido cuando se movió contra él.

—Despacio, nena —la mantuvo quieta bajo él—, date unos segundos...

Erika soltó alguna clase de maldición que a Dakota se le escapó en el momento en que la sintió moverse nuevamente.

—Oh, diablos, Erika —masculló antes de retirarse de ella y volver a penetrarla con suavidad al principio, para ir imprimiendo más fuerza y

velocidad a sus golpes a medida que el deseo tomaba el control de ambos.

Con todo, Dakota se obligó a ser suave con ella mientras la montaba, conduciéndolos a ambos hacia el ansiado clímax. Los suaves gemidos de ella, y las uñas clavándose ahora en su espalda eran más de lo que podía soportar, aceleró el ritmo apretando los dientes cuando el orgasmo de ella lo alcanzó estrujándolo y enviándolo también a su propia liberación.

Jadeantes y sudorosos, permanecieron en silencio durante unos instantes, uno en brazos del otro intentando recuperar la respiración.

—¿Crees que la próxima vez podríamos hacerlo dentro de las sábanas? — sugirió ella con toda inocencia.

Dakota respondió con una sonora carcajada antes de volverse hacia ella y acariciarle la nariz con un dedo.

—Dudo que nos dé tiempo a abrir la cama, pero podemos intentarlo... Otra vez —le aseguró volviendo a besarla y a despertar la pasión en su interior.

CAPÍTULO 14

La niebla del amanecer permanecía estancada sobre los páramos como una tenue cortina que se iba desprendiendo en jirones. El cristal de la ventana se había empañado hacía rato, el calor de la habitación en contraste con las frías temperaturas de la noche lo había dejado opaco a excepción de un fragmento que había sido aclarado como por una mano que se pasa al descuido, dejando una franja más clara.

La mano volvió a deslizarse sobre la húmeda superficie del cristal limpiando un nuevo trozo a su paso. Dakota miró unos instantes a través de la franja que había limpiado antes de volverse nuevamente hacia la mujer que dormía agotada en la cama. Sus dedos ascendieron por la franja de metal hasta posarse sobre la manilla y tirar de ella abriendo la ventana. El frío de la mañana se coló inmediatamente a través de la estrecha rendija aliviando un poco el calor del interior del dormitorio y dejando un aire a frescura que se llevaba el almizclado olor a sexo.

Abrió un poco más la hoja de la ventana para dejar que la niebla de la mañana le acariciara el rostro y el pecho desnudo. Había transgredido las normas, atravesado la barrera que sabía que nunca debería haberse atrevido a penetrar, pero no se arrepentía, por esa pequeña mujer se condenaría a los mismísimos infiernos... Si no lo había hecho ya.

Su mirada azul volvió a posarse sobre la cama. La melena negra caía sobre su espalda, la sábana se había enrollado en sus piernas y dejaba una generosa porción de piel de la curva de su trasero al descubierto. Era preciosa, generosa, la amaba como jamás había amado a ninguna mujer y, aún sin ser consciente de ello, le había concedido por fin la libertad.

Suspirando, le dio la espalda y se permitió dejar vagar la mirada por las siluetas que se dibujaban entre la niebla. No duraría mucho, antes de una hora saldría el sol y la niebla se levantaría hasta desaparecer por completo.

Y entonces lo vio, un par de tenues luces que se abrían paso a través de la niebla. Dakota frunció el ceño intentando situar las luces, era demasiado pronto para que los espíritus de Sammain vagaran por los páramos, su noche no llegaría hasta dentro de unos siete días. Poco a poco las luces fueron haciéndose más intensas hasta llegar a oírse un ronco ronroneo, había un coche acercándose por la carretera que llevaba al hotel. Si bien era bastante temprano para recibir visitantes, el ruido era inequívoco.

Algunos minutos después, un taxi color azul entró por la fila de árboles centenarios, rodeando la explanada hasta quedar prácticamente delante de la puerta principal. Desde su posición en la ventana, Dakota no pudo ver al ocupante del vehículo pero tampoco le hacía falta, sabía perfectamente de quien se trataba.

Cerrando de nuevo la ventana, dejando apenas un par de dedos para que pudiera seguir ventilando la habitación, dejó caer las cortinas y volvió a la cama, al calor del cuerpo de la mujer que le entibiaba el corazón y el alma.

El enorme edificio se alzaba envuelto en girones de niebla que le daban un aspecto incluso más impresionante del que tenía. El trayecto desde el aeropuerto había sido extraño, la niebla lo había cubierto todo, habían pasado de observar un tenue manto que difuminaba los paisajes y lo que veía al otro lado del cristal de la ventanilla, a ser un tupido y espeso humo blanco que a duras penas atravesaban los faros del coche. El taxista, un hombre que posiblemente pasase de los cincuenta, le había explicado en un acento profundamente marcado, que aquello era un fenómeno bastante común en aquella zona. *“En cuanto se levante el sol -había dicho- la niebla se evaporará y entonces podrá disfrutar del verdadero esplendor de estos parajes”*.

Nada más traspasar el largo pasillo de árboles que formaban una especie de cúpula sobre sus cabezas, había tenido el primer vistazo del magnífico edificio de piedra blanco que se elevaba ante ellos. El coche había rodeado la entrada hasta detenerse ante la puerta principal. En un alto poste de madera, colgando de un par de bisagras doradas había un letrero con letras en relieve en el que podía leerse el nombre de la plantación “Los Robles”.

—Bienvenida a los Robles, señora —le dijo el taxista con su áspera voz de marcado acento.

Susan abrió la puerta y se sorprendió al sentir el frescor de la niebla en el rostro, se arrebujó más en su abrigo de cachemira antes de descender una delgada pierna enfundada en unas caras botas de Prada con un agudo tacón y apearse del coche. El taxista ya había rodeado el coche y sacado del maletero la pesada y dura maleta color violeta y su neceser, los cuales dejó en el suelo a su lado mientras ella cerraba la puerta sin dejar de mirar el edificio con verdadero asombro.

—Es más impresionante cuando se ve a pleno sol —aseguró el taxista indicando nuevamente las maletas con un gesto de la barbilla—. Le entraré las maletas. Es algo temprano, pero estoy seguro que Mary Rose ya estará dando órdenes.

Susan parpadeó un par de veces y se apresuró a seguir al buen hombre, que ya había cogido sus maletas y se dirigía con paso decidido hacia la puerta principal. Su mente no dejaba de tomar nota de todo lo que había a su alrededor, haciéndose la promesa de volver cuando se hubiese levantado la niebla para poder contemplar el verdadero esplendor, como le gustaba llamarlo al taxista.

Erika se revolvió bajo la sábana y gimoteó, tenía el cuerpo ligeramente dolorido pero completamente saciado. Se resistía a dejar el sueño y enfrentarse a la luz de la mañana que se colaba ya por entre las cortinas, pese que el cuerpo que yacía pegado a su espalda y con una mano descansando sobre su cadera la hacían tener que enfrentarse a la realidad.

Abrió tentativamente uno ojo y volvió a cerrarlo para después esconder la cara contra la almohada, la luz del día había osado entrar en la habitación por entre la cortina y caía directamente sobre la cama. Refunfuñó con la cara pegada a la almohada, para sentir casi al mismo tiempo un cálido aliento acariciándole el oído al tiempo que escuchaba:

—Buenos días, perezosa —susurró antes de que los labios dejaran un sendero de húmedos besos tras el pabellón de su oreja haciéndola estremecer.

Ella se volvió ligeramente. Aquel duro cuerpo masculino empezó a moverse a la par que el suyo hasta permitirle quedarse tumbada de espaldas mirando con ojos entrecerrados una luminosa mirada azul. Con el pelo revuelto y una sombra de barba acariciándole la barbilla, era el hombre más sexy en varios kilómetros a la redonda. Casi sin proponérselo sonrió y se sonrojó, todo al mismo tiempo.

—Buenos días —respondió con voz somnolienta.

Una enorme y tierna mano le apartó un par de mechones que le caían delante de la cara.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó hociqueando su mejilla con la nariz, antes de quedarse suspendido a pocos centímetros de ella, sin dejar de mirarla.

—Estupendamente... —respondió ella, su mano ascendió sin pensar hacia los rebeldes mechones de pelo dorado, casi castaño que le caían sobre los ojos a Dakota—. Me gustas más sin el sombrero, tienes unos ojos muy bonitos, así que no los escondas... Y tu pelo es muy suave al tacto...

Dakota se echó ligeramente atrás mirándola con extrañeza y cierto grado de diversión.

—Vaya, gracias —aceptó con un leve ronroneo antes de bajar de nuevo sobre ella, acariciarle suavemente los labios con los suyos y apartarle el pelo que insistentemente le iba para la cara. Le encantaba mirarla, le parecía del todo increíble que aquella pequeña criatura fuera suya, que él hubiese sido tan afortunado para conocerla y pudiera disfrutar de su dulzura y, sin embargo, allí estaba, esperándole a él—. ¿Tienes hambre?

Ella pareció dudar, pero su estómago respondió por ella. Su sonrojo aumentó.

—Me parece que sí —susurró, su cara coloreándose todavía más. Se giró hacia la mesilla que estaba a su derecha intentando alcanzar el reloj para comprobar la hora, pero no llegó a verlo del todo—. ¿Qué hora es?

—Hace un buen rato que amaneció —respondió Dakota, era incapaz de sacarle las manos de encima durante mucho tiempo—. Qué te parece si mientras te vas al baño y te das una ducha, yo bajo y consigo algo para desayunar.

—¿Un desayuno en la cama? —sugirió ella estirándose bajo las sábanas.

—Solo si dejas de restregarte contra mí lo suficiente para que pueda dejar esta cama —respondió conteniendo el aliento.

Erika sonrió y volvió a apretarse contra él.

—Erie... Si aspiras a caminar hoy, deja los juegos para más tarde —rogó en una especie de quejido.

Erika lo complació y se quedó quieta, pero su mano ya ascendía por entre los cuerpos de ambos hacia la barbilla de Dakota. Con la yema del dedo índice empezó a trazar la línea de la mandíbula de Dakota.

—¿Dakota?

—¿Um?

—¿Los fantasmas no os afeitáis? —susurró ella como si fuera la pregunta más común de todas.

Dakota abrió la boca y volvió a cerrarla y entonces irrumpió en carcajadas, tumbándose de nuevo de espaldas en la cama. Erika se sonrojó todavía más al percatarse de la absurda pregunta que había hecho. ¿En que estaba pensando?... *Claro, como que te es muy fácil pensar ahora, verdad, nena.* Le aguijoneó su conciencia.

Al ver que las carcajadas no cesaban, intentó zarandearlo.

—Deja de reírte —pidió totalmente mortificada.

—Hay amor, solo a ti se te podría ocurrir hacer una pregunta cómo esa a

tales horas de la mañana.

Erika se sintió derretir por dentro ante la cariñosa manera en que la llamó. Abrió la boca para responder pero se quedó sin aire cuando se vio apresada contra el pecho de Dakota un instante antes de que él se volviese en la cama, invirtiendo las posiciones, de modo que fue ella la que quedó nuevamente abajo.

—Hazme caso, prepárate un buen baño y disfrútalo —le sugirió acariciando su cuello con los labios para luego volver a ascender hacia su oído—, todavía estás dolorida como para continuar con estos juegos.

Erika realmente hizo un puchero cuando vio que se apartaba de ella, hacía las sábanas a un lado y se levantaba de la cama, tan desnudo como lo había estado en ella.

Como cualquier mujer curiosa por su nuevo amante, se tomó su tiempo para disfrutar de la vista del duro culo y las largas y musculosas piernas que tenía ante ella, para luego mojarse los labios con anticipación al pensar en lo que vendría si se daba la vuelta. Una mezcla de vergüenza y excitación la recorrió por igual.

Dakota no se dio prisa en vestirse, como cualquier hombre. Disfrutaba de la visión de una mujer hermosa comiéndoselo con los ojos, y el que esa mujer fuese Erika, no hacía sino endurecerlo. Recogiendo los pantalones del suelo, se los calzó sin molestarse en ropa interior alguna, luego se sentó para ponerse las botas que habían quedado abandonadas una aquí y otra allá y finalmente se puso la camisa. Estaba a punto de coger el sombrero y ponérselo, más por costumbre que por otra cosa, pero en el último momento, con una divertida sonrisa cubriendo sus labios, se volvió hacia Erika y se lo lanzó.

El sombrero fue a caer a la cama donde Erika se estiró para cogerlo.

—Te lo dejo en custodia— le respondió Dakota para luego señalar la puerta del baño—. Date al menos una ducha, te sentirás mucho mejor, en serio.

Volveré enseguida.

Erika lo vio marchar, en cuanto salió por la puerta acarició el sombrero y lo acercó más a ella, inhalando el conocido aroma masculino de Dakota. Su mirada entonces se volvió hacia la ventana, la cual ahora pudo ver que estaba empañada, y en el cristal, encontró escritas las palabras que trajeron lágrimas a sus ojos:

—*Eternamente, mi amada.*

Aquellas palabras la entibieron y entristecieron al mismo tiempo, ellos no iban a tener eternidad alguna. Deseaba gritar, deseaba luchar... Pero nadie era oponente para la muerte. Suspirando se obligó a hacer a un lado las sábanas y se levantó. Necesitaba un baño, quizás el agua que borrara el sudor y la suciedad, podría mitigar en algo el dolor que empezaba a resquebrajar su alma.

Menos de una semana para Sammain. ¿Cómo podía liberar a la persona que le había cambiado la vida si eso significaba perderla?

—Eternamente, Dakota —susurró, su mirada volvió a caer nuevamente en el par de palabras escritas en la ventana—. Eternamente, amor mío.

Si había algo bueno al ser un fantasma, y uno de sus años, era la posibilidad de ir y venir sin ser molestado. Uno de sus lugares favoritos había sido siempre la cocina. De niño se había pasado el tiempo entre fogones viendo a su madre cocinar o hablar con las cocineras para preparar el menú familiar, pero aquel refugio había desaparecido hacía siglos y hoy en día en su lugar había una moderna cocina industrial adecuada a las necesidades del hotel. Nada quedaba de la estancia de antaño a excepción de las paredes y del hueco que una vez albergó un antiguo fogón. A esas horas de la mañana, la actividad era, como siempre, frenética. Los camareros entraban y salían llevando bandejas o cafeteras humeantes intentando no tropezar con las dos

mujeres que trabajaban afanosamente en los fogones de la cocina principal. El olor a pan recién horneado y café inundaba la habitación.

Dakota paseó la mirada por la gente que iba y venía pero ninguno de ellos era la persona a la que buscaba. Ataviada con un mandilón blanco y un simpático gorro de redecilla que le recogía el pelo trigueño, la encontró comprobando los ingredientes que había distribuidos sobre una encimera en una de las esquinas más alejadas de la atareada cocina. Mary estaba cerca de cumplir los cincuenta y cinco, pero seguía conservando la vitalidad de una juventud bien llevada y una vida alegre. La pequeña y redonda mujer era la abuela de Shadow y la actual propietaria de Los Robles.

Se quedó a su lado viéndola trabajar, había algo en aquella mujer que siempre le había transmitido paz, no podía explicarlo pero era un alma noble.

—...Bella, tráeme la vainilla que tengo guardada en el cajón de la alacena —pidió con una melosa voz, matizada por su acento Cajun. Su mano no dejaba de remover el contenido del bol mientras echaba un vistazo al barullo que se formaba a su alrededor.

Su mirada hizo un rápido inventario de los productos que había sobre la mesa y sonrió al reconocerlos. Aquella era una de las recetas favoritas de la mujer, y no por ello era la que más solía hacer; Reservaba ese platillo para ocasiones especiales y solo para su entorno familiar, quizás aquello fuera lo que más sorprendía y al mismo tiempo agradaba a Dakota de aquella mujer. La manera en como cuidaba a su familia... En cierto modo, le recordaba a su propia madre.

—Solo queda esto —sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de una de las ayudas de cocina—. La próxima vez que se vaya a la ciudad habrá que traer otro frasco, y también algunas otras cosas, nos estamos quedando sin especias.

—Haz una lista y dásela a Janet —fue la respuesta de la mujer, quien cogió

el frasco que se le tendía y se concentró nuevamente en sus quehaceres.

Cruzándose de brazos y apoyándose descuidadamente sobre la pared, Dakota se dispuso a esperar.

El comedor bullía de actividad cuando Susan entró por la puerta. Se había tomado su tiempo en deshacer la maleta y contemplar desde su ventana como la niebla se había ido desvaneciendo para dar paso a la luminosa mañana. Tenía una fantástica vista de la parte de atrás del hotel desde la que alcanzaba a ver una vasta extensión de terreno, las caballerizas y parte del fragante jardín que se elevaba tras la casa como un pequeño nido privado. Aquel lugar era realmente impresionante, los tonos marrones, dorados y amarillos que vestían el paisaje le quitaba el aliento. Empezaba a entender que Erika hubiese elegido aquel lugar para ocultarse y huir de todo, hasta las heridas más profundas podrían ser curadas allí.

Había deshecho su equipaje colgando los pantalones y un par de vestidos en el armario, los había traído más por costumbre que por comodidad, el resto de la ropa y sus cosméticos habían ido a parar a los cajones o a la encimera del lavabo de su baño. Una vez todo quedó a su gusto, optó por bajar de nuevo a la recepción y preguntar por Erika.

Mary Rose, la recepcionista, se había mostrado un tanto reacia al principio, solo después de haberle enseñado una foto de hacía algunos años en la que estaban las dos y el evidente parecido entre ambas, ablandó lo suficiente a la sureña para que accediera al menos a comunicarle a Erika que Susan estaba allí. Realmente, si conocía bien a su hermana y sabía que así era, no esperaba una cordial bienvenida por parte de ella y, después de la última vez que se habían visto y la manera en que se habían separado, no podía culparla.

Así pues ahí estaba ahora, de pie entre las puertas abiertas del comedor del hotel, decidiendo donde sentarse.

Ocupó una mesa junto a la ventana desde la que podía disfrutar de una espléndida vista del jardín y al mismo tiempo vería a todo el que se acercara por la puerta.

—¿Café? ¿Leche? —sugirió una de las camareras deteniéndose a su lado.

Susan alzó la mirada y luego la bajó a la mesa buscando la taza que estaba boca abajo. Le dio la vuelta y acercó el plato hacia un lado de la mesa.

—Solo, gracias —pidió al mismo tiempo que echaba una furtiva mirada a su alrededor y veía lo que solían desayunar—. ¿Sería posible que me trajera unas tostadas y un zumo de naranja natural?

—Por supuesto —asintió la camarera con amabilidad—, en un momento se lo traigo.

—Gracias —aceptó Susan estirando el brazo para recuperar la taza ahora humeante. Giró la taza para poder tomarla y cuando estaba a punto de llevársela a los labios empezó a sonar una débil musiquita. Dejó escapar una maldición en voz baja, era su teléfono.

Susan echó la mano al bolsillo de la chaqueta dispuesta a desconectar el maldito aparato cuando vio el número en el identificador de llamadas. Suspirando, tomó la llamada.

—Buenos días, Frank —saludó nada más descolgar. Mientras escuchaba la respuesta del otro lado del teléfono su mirada vagó por el amplio lugar hasta cruzarse con la intensa mirada de un hombre que permanecía de pie ante la puerta de la sala sin llegar a parecer interesado en entrar. Un escalofrío bajó por su columna poniéndole todos los pelos de punta. Lentamente, fingiendo no haberse percatado de su cruce de miradas, Susan se obligó a seguir dejando vagar la mirada por el resto de la habitación, como si estudiase el mobiliario al tiempo que sus labios susurraban al teléfono—. Frank, ¿el custodio de Erika es un hombre joven? Porque creo que acabamos de cruzar la mirada.

Dakota entrecerró los ojos cuando la mujer siguió dejando vagar la mirada por el resto de la sala como si no lo hubiese visto. Le había llamado la atención cuando la vio allí sentada, había algo en ella... Atrayente... De una manera compulsiva... Y sus ojos violetas... Eran una réplica bastante exacta de los de otra mujer que conocía... E igual de especiales.

En sus labios empezó a dibujarse la sonrisa de alguien que ha descubierto el enigma que nadie ha podido comprender.

—Y se acercaba la noche de Halloween y todas las almas puras salían de caza... —murmuró para sí mismo—...Lástima que solo una tenga la llave que las libere...

Erika abrió la ventana y aspiró profundamente, absorbiendo el dulce aroma de las rosas que había viajado con el viento hasta llegar a ella. Había sacado del fondo del cajón de la mesilla su libreta de notas y comprobado nuevamente cada anotación que había registrado de los escritos que le había enviado Frank sobre la Redentora de Almas. Pero aquello no era más que un galimatías de pensamientos, poemas sin sentido, vivencias y sentimientos de mujeres que como ella, eran capaces de contactar con el otro lado, pero ninguna daba pista alguna sobre la manera de liberar el alma de un condenado.

Bufó pasando nuevamente las hojas hacia delante y hacia atrás, nada de aquello tenía sentido para ella.

—No sé qué es lo que tengo que hacer —musitó mirando la libreta como si esta pudiese darle la respuesta que buscaba—, ni estoy segura de querer hacerlo.

Estornudó. Todavía tenía el pelo húmedo después del baño, se lo había secado un poco con la toalla para darle después una pasada con el secador, pero se había distraído ojeando la libreta y repasando las notas y lo había dejado estar.

El secador seguía sobre el mueble del lavabo, junto con su pequeño neceser de artículos de primera necesidad, al lado un gastado peine de madera al que ya le faltaban algunos dientes y que aun así conservaba.

Arrebujándose en el suave albornoz que Dakota había preparado para ella junto con la tibia bañera de agua perfumada, tiró la libreta sobre la cama y volvió al cuarto de baño para terminar de arreglarse.

El ruido de la puerta principal de la habitación abriéndose y cerrándose cuando salió minutos después ya vestida y recogiendo el pelo en una cola de caballo la hizo detenerse... Dakota no utilizaba las puertas...

—¿Dakota? —preguntó bajando las manos, en su voz se perfilaba un matiz de desconfianza.

Lo primero que vio aparecer por el hueco del recibidor fue una bandeja con un plato de lo que parecían ser tortitas con alguna clase de salsa rosa y trocitos de frutas, acompañado de zumo de naranja y algo humeante que debía ser café. Todo esto acompañado de un solitario capullo de rosa blanca metido en un pequeño florero.

—Su desayuno, *madeimoselle* —apareció finalmente Dakota.

Erika dejó escapar el aire que ni siquiera se había dado cuenta que estaba conteniendo y sonrió.

—¿Desde cuándo utilizas las puertas?

Dejando la bandeja en una esquina sobre la cama recién hecha, se volvió hacia ella.

—Me imaginé que apreciarías un poquito de normalidad dadas las circunstancias —respondió estirando la mano para acariciarle la mejilla.

—Contigo esa palabra carece de significado —le aseguró Erika inclinándose hacia la mano que la acariciaba—, y me gusta eso de ti.

Aquellas palabras calentaron su corazón. Con una última caricia, abandonó su cara para señalar la bandeja que había dejado sobre la cama.

—¿Desayuno?

Erika asintió y se acercó cojeando hacia la cama para coger la libreta de notas un instante antes de devolverla a un cajón de la mesilla y luego sentarse con cuidado de no mover la bandeja.

—¿Y qué es eso que huele tan bien?

—Tortitas con arándanos y salsa de yogur —le respondió cogiendo la bandeja y abriendo los soportes de modo que quedaran a ambos lados de los muslos de ella, como una pequeña mesa—. La cocinera se entusiasmó haciendo y haciendo tortitas, así que no las echará en falta. Zumo de naranja natural y café... Conozco tu tendencia a llenarte de cafeína por las mañanas.

Su mirada deambuló por la cantidad de comida que tenía ante ella.

—Pero esto es mucha comida. De verdad, no esperarás que me lo coma yo todo. Acabaré como un tonel.

Dakota fingió considerar la idea, mirando a Erika con ojo crítico.

—Um... A mí me vale —aseguró encogiéndose de hombros.

—¡Dakota!

—Es broma, es broma —se rio alzando las manos a modo de rendición para luego acercarse a la bandeja y tomar los cubiertos, cortando un trocito de la masa dorada y mojándola en la salsa para después acercarla a los labios de Erika—. Vamos, abre la boca...

Ella se echó instintivamente atrás, sus mejillas adquirieron un suave tono justo antes de separar lentamente los labios y aceptar el bocado que le daba. Aquel pequeño gesto tan íntimo la dejaba tierna y floja. La chica masticó ronroneando de placer.

—Um... ¡Está delicioso! —aseguró lamiéndose los labios y mirando el plato ante ella. Dakota le cedió los cubiertos y la dejó desayunar.

Erika se volvió a él después de un nuevo bocado e hizo una mueca.

—Me resulta muy extraño estar desayunando sola, contigo aquí... —

aseguró levantando el tenedor con un trocito de tortita—. ¿No quieres?

Dakota negó con la cabeza, apartándose casi al mismo tiempo unos mechones rebeldes que le cayeron sobre los ojos. Aquel gesto le pareció tan sexy.

—No estás desayunando sola, me tienes a tu lado, justo aquí —le aseguró acariciándole la nariz con la punta de un dedo—. Es mucho más de lo que hubieses tenido si hubieses nacido en mi época

Erika ladeó la cabeza y preguntó.

—¿No desayunabas con tu hermana?

Dakota asintió.

—Si conseguía levantarse antes de mediodía sí —aseguró él encogiéndose de hombros—, o cuando mi madre nos arrastraba a toda la familia de la cama y nos obligaba a sentarnos a la mesa en el salón. Era buena en la cocina, le encantaba meterse entre cazuelas y eso volvía loca a nuestra cocinera. Pero no era tan íntimo como esto... Nos sentábamos casi que a metros los unos de los otros y siempre nos vestíamos para cada comida...

—Agradezco no haber nacido en tu época, tener que cambiarse de vestido, enaguas y todas esas cosas que llevaban las mujeres bajo los vestidos varias veces al día tenía que ser agotador —aseguró Erika, interrumpiéndose al darse cuenta la manera en que lo había dicho—. Lo siento, no quería decir eso...

—Si hubieses nacido en mi época, es posible que ni siquiera nos hubiésemos cruzado —aseguró contemplándola—. Eres una Sanadora de Almas, un chamán para mi época, una curandera... Se te habría tratado como a una charlatana. Cada uno nacemos y vivimos en el tiempo que nos toca por algún motivo.

Erika bajó la mirada al plato y empezó a jugar con el tenedor.

—Tu mundo podía ser igual de cruel que lo es el mío —murmuró ella, pinchando un trocito de masa y mirándolo como hipnotizada—. No debimos...

Dakota se acercó a Erika y le alzó la barbilla con un dedo obligándola a mirarle.

—No me arrepiento absolutamente de nada de lo que ha pasado entre nosotros —le aseguró, su voz era fuerte, decidida—. Eres lo único verdaderamente decente que he tenido en mi vida, Erika.

Ella apartó la mirada.

—No quiero que llegue Sammain. —murmuró un instante antes de levantar de nuevo los ojos hacia él. La angustia que había en ellos lo enfermaba—, no sé qué tengo que hacer...

—Aprovechar el tiempo —le aseguró acariciando su mejilla con el pulgar—, aprovechar cada segundo...

—Dakota...

Él negó con la cabeza girando la taza de café hacia ella.

—Termina de desayunar, tenemos todo un día por delante.

Mejor que no se diera cuenta de lo que su unión había desencadenado. Había visto la tristeza en aquellos ojos violetas demasiadas veces como para querer causarle más daño con una separación que ni siquiera sabía si llegaría a suceder o que sería imposible de evitar. Prefería concentrarse en el ahora y disfrutar de la mujer que tenía ante él. El destino a veces era una jodida puta.

El teléfono eligió ese momento para sonar, era la terminal del hotel. Suspirando Erika miró a Dakota y se estiró a por el auricular.

—¿Sí? —respondió. Se quedó durante un buen rato con el auricular pegado a la oreja para después murmurar un escueto gracias y colgar— Sí, gracias, Mary Rose... Sí, sí lo es... Te veré después.

Dakota observó cómo se había puesto rígida en un instante, sus manos se cerraron nuevamente alrededor de la taza de café antes de responder:

—Mi hermana está aquí —susurró mirando a Dakota—, y quiere verme.

CAPÍTULO 15

Erika seguía refunfuñando cuando Dakota la dejó en el corredor que llevaba a la habitación donde se alojaba Susan. Había conseguido posponer la reunión un par de horas, alargando el desayuno de manera absurda, tanto que su amante se había aburrido de esperar y verla jugar con la comida hasta el punto que apartó la bandeja y obligó a la chica a levantarse y caminar hacia la puerta. Erika había pasado de encontrarse de pie en el suelo de su dormitorio, para al parpadeo siguiente, sentir el relincho de placer del hermoso caballo castaño que trotaba hacia la empalizada del curro en las caballerizas. Se estremeció mirando rápidamente a su alrededor. Odiaba cuando hacía eso sin avisar.

La verdad era que no quería ver a Susan, no quería enfrentarse con su hermana y decirse de nuevo algo que solo las lastimaría a ambas. Quizás era una cobardía por su parte, pero ya estaba harta de oír hablar a otras personas de su vida, de decirle lo que tenía que hacer con ella... *“Las palabras dichas en un momento de rabia no salen del corazón”*, las palabras todavía resonaban en sus oídos. Dakota había parecido realmente alcanzado por sus propias palabras cuando lo había dicho. Suspiró, ¿llegaría el día en el que le contase toda la verdad acerca de su permanencia allí?

Suspirando, se obligó a caminar hacia la tercera puerta de la derecha. No había traído su bastón y los pasos se hacían incluso más tambaleantes cuando caminaba, pero no le dolía la rodilla, lo cual ya era mucho.

Susan frunció el ceño cuando oyó el suave toque en la puerta. Su primer pensamiento fue que quizás se hubiese olvidado alguna cosa en la recepción o que la recepcionista se hubiese olvidado de comunicarle alguna cosa. Dejó el suéter que estaba sacando de la maleta abierta encima de la cama y se dirigió hacia la puerta.

—¿Sí? —preguntó Susan con la mano en el pomo, había hábitos difíciles de cambiar.

—Soy Erika —fue la respuesta del otro lado de la puerta.

La puerta se abrió lentamente hasta mostrar a una vacilante Erika a escasos pasos del umbral. Menuda y delicada, Susan siempre la había visto como un pequeño duendecillo y la juvenil apariencia de ella, con el pelo recogido en una cola y unos simples jeans y camiseta, casaban perfectamente con esa imagen.

Tenía las manos en los bolsillos de los jeans y parecía bastante incómoda, su mirada iba del corredor a la puerta y finalmente recayó en Susan.

—Hola —la saludó Susan, sin saber realmente que decir en aquellos momentos.

Erika simplemente asintió con la cabeza a modo de saludo, antes de sacar una de las manos del bolsillo e indicar con un suave movimiento la habitación.

—¿Puedo pasar?

—Claro —aseguró Susan haciéndose a un lado al tiempo que abría la puerta de par en par para dejarla pasar.

Erika sacó entonces también la otra mano del bolsillo del pantalón y se apoyó en la puerta para entrar cojeando en la habitación. Susan volvió la mirada alrededor como si buscara algo.

—¿Dónde está tu bastón?

Su hermana se volvió a medias, una mano apoyada en la pared y el pulgar de la otra indicando por encima de su hombro.

—Lo dejé en mi habitación —respondió antes de continuar hacia el dormitorio. La habitación era parecida a la suya, lo único que cambiaba era el empapelado de la pared y la ventana que estaba situada en el lado derecho del dormitorio. Se sentó en la cama con una mueca y estiró la pierna. Su mirada ascendió inmediatamente hacia la otra mujer que permanecía en pie en la entrada a la habitación—. Mary Rose me dio el mensaje de que alguien que decía llamarse mi hermana estaba preguntando por mí, teniendo en cuenta que Frank me advirtió que quizás vendrías, no me sorprendió. ¿No encontraste otro lugar más chic para tus vacaciones?

—Erie...

—Oh, vamos, Sue... Si querías saber de mí, podrías haberle pedido a Frank mi número de teléfono si es que lo has perdido, porque te aseguro que no lo he cambiado desde la última vez que hablamos —respondió ella con un leve tono de cinismo en la voz.

Susan entró entonces en la habitación hasta quedar casi en frente de ella.

—No te va el cinismo, Erika.

Ella medio sonrió, al tiempo que se sentaba de otra manera en la cama.

—No, supongo que no —respondió encogiéndose de hombros antes de volver a responderle—, así que te repetiré lo mismo que te dije la última vez que hablamos... *“Deja mi jodida vida en paz”*.

Susan sacudió la cabeza y se la quedó mirando.

—Siempre quieres hacer las cosas a tu manera, prefieres darte de bruces con una pared antes que permitir que se te ayude —suspiró negando con la cabeza—. No pretendo meterme en tu vida ni decirte lo que debes hacer, Erika... Pero tampoco voy a permitir que te encierres en ti misma y huyas cada vez que las cosas se ponen feas y evites a cualquiera que quiera acercarse a ti con la única intención de ayudarte.

—Yo no he pedido esa ayuda —respondió ella con voz cortante.

—Lo sé. No la pedirías ni aunque te estuvieses desangrando en medio del desierto y sin asistencia alguna —aseguró Susan exagerando la respuesta con la única intención de hacerle ver que la conocía y que la conocía muy bien—, pero ya me he cansado de ser una simple espectadora. Eres mi hermana, quizás no he sabido cómo ayudarte o que decir para que me hablastes como antes, pero maldita sea si voy a dejar que hagas de nuevo lo que te dé la gana y desaparezcas dejándonos a todos al borde de la histeria.

Susan suspiró y se acercó a Erika que continuaba sentada en la cama. Para asombro de la pequeña morena, la chica se sentó a su lado y entrelazó las manos en su regazo.

—No he sido lo que se dice un ejemplo a seguir —comentó volviéndose a medias hacia Erika—, pero me gustaría intentarlo de nuevo. No quiero dejarte sola, no es bueno que te escondas de esta manera...

Erika se apresuró en responder.

—Yo no me escondo.

—¿No? ¿Y qué haces entonces aquí? —preguntó Susan. Aquella frase no era una acusación, era una simple pregunta—. Te has marchado sin dar explicación alguna, llegas un buen día a casa y dices “se cancela la boda” y al día siguiente te has esfumado del mapa. Nuestra madre ha estado realmente preocupada.

Erika arqueó una ceja ante ese último comentario y añadió con ironía.

—¿Qué estaba haciendo mamá la última vez que la viste? —le preguntó. Sus ojos se entrecerraron levemente al ver como Susan abría la boca y volvía a cerrarla inmediatamente para luego desviar ligeramente la mirada—. Gracias, ya has respondido a mí pregunta.

—Erika, estás siendo injusta... Mamá se quedó muy preocupada después de que te marcharas de la casa familiar sin decir ni una sola palabra —aseguró Susan.

—Estoy segura de que sí —argumentó ella sacudiendo la cabeza—. Vamos, Susan, tú conoces a nuestra madre y sabes perfectamente lo que pasó cuando llegué a casa y le dije que la boda se había cancelado.

Sí, lo sabía porque había estado allí cuando Erika había dado la noticia y había visto la desilusión en el rostro de su madre y la manera en que esta había atacado verbalmente a Erika achacándolo todo a locura transitoria, diciendo que su hija pequeña había perdido realmente la cabeza. Susan había visto la reacción de su madre como algo normal. A ninguna madre le gustaba que se burlaran de su hija y, teniendo en cuenta la indecisión de ella y el accidente en el que Erika había perdido la movilidad parcial de su pierna, pensaba que la cancelación de la boda era solo otro de los caprichos de esta.

—Sé que su manera de proceder no fue la correcta —aceptó Susan, como si intentara disculpar a la madre de ambas—. No debió haberte hablado de esa manera, ella no tenía idea de lo que estaba pasando realmente.

Erika negó con la cabeza.

—Se negó a ver lo que no quería ver, Susan, no te engañes —le respondió encogiéndose de hombros—. Conozco a nuestros padres, a mamá lo único que puede importarle de todo este asunto es cómo va a afectar todo esto en su exclusivo grupo de amigas. ¿Tienes idea de lo que es ser una cría de cinco años, encerrada en la consulta de un psicólogo que te dice que lo que has visto son solo amigos imaginarios y que tengo que ignorarlos y no hacerles caso porque si no su mamá se pondrá triste? Cinco años, Susan. Tenía apenas cinco años. Llegué a auto convencerme de que la niña que había visto columpiándose descalza en aquel parque de juegos era simplemente una amiga imaginaria. No quería que mamá me mirase y le dijese a papá que me estaba volviendo esquizofrénica, que estaba loca. Aprendí a mentir, aprendí a mentir tan bien que llegué a auto convencerme de ello. Y entonces, cuando le dije que ese hijo de puta me había puesto los cuernos, me miró como aquella vez, me

dijo que había perdido por completo la cabeza. No, Susan, las cosas no son siempre como uno las ve, sino como las interpreta.

Erika sacudió la cabeza. Aquellos años habían quedado atrás, había sido una infancia complicada, adoraba a sus padres y sabía que ellos, a su manera, también la querían, pero había cosas que simplemente no se pueden olvidar.

—He tenido que darme de narices con Dakota para aceptar la verdad que me he estado negando tanto tiempo —se encogió de hombros—. Después de todo, que mi prometido se acostara con mi compañera de piso fue lo mejor que pudo haberme pasado.

—Ese tío no era lo suficientemente bueno para ti —le aseguró Susan.

Erika hizo una mueca y se obligó a levantarse de la cama. En silencio cojeó hacia la ventana, Susan la siguió desde la cama con la mirada.

—En algún momento llegué a pensar eso mismo de mí —su voz empezó a endurecerse, su tono se hizo más lento, más pesado—. Que yo no era lo suficientemente buena para alguien como él, realmente no sabía qué era lo que había visto en mí, me veía tan insignificante a su lado, siempre sabía cómo comportarse en cualquier situación, vestía bien y teníamos los mismos gustos... Pero había algo que no acababa de encajar. Ni siquiera sé por qué acepté casarme con él.

Erika cerró los ojos con fuerza, intentando borrar aquellas imágenes que acudieron como fantasmas atormentados a su mente.

— Recuerdo haberme despertado en la cama de aquel hospital, tenía la pierna totalmente destrozada, los analgésicos que me habían dado habían empezado a perder efecto y os oí discutir en el pasillo... Te oí gritándole, reprochándole algo que en aquel momento ni siquiera podía llegar a entender —sus brazos rodearon el menudo cuerpo, como intentando alejar el repentino escalofrío que la atravesó—. Ese cabrón estaba borracho y me quitó lo único que podía ser realmente mío... Ese accidente me destrozó la pierna y me

arrebató lo que más ansiaba en este mundo... Lo que cualquier mujer desea algún día.

Susan se levantó de la cama y caminó hacia ella, pero era incapaz de decir nada. Jamás había sospechado que Erika estuviese consciente durante aquel episodio en el hospital.

—Me obligué de nuevo a convencerme de que había sido un accidente, que podría salir adelante, que nada de aquello importaba, que todo saldría bien. Me mentí a mí misma para poder salir del hoyo en que ese cabrón me había metido, me lo recordé cada vez que entraba en quirófano y cada vez que visitaba al ginecólogo y me confirmaba con pesar lo que yo ya sabía.

Erika se volvió entonces a Susan, en sus ojos había verdadero dolor.

—No sé por qué diablos continué con él...

A Susan se le encogió el estómago cuando vio el miedo y todo el dolor que ocultaban los ojos de Erika, pero seguía sin encontrar las palabras que pudieran alejarlo.

—Tuve que llevarme un buen golpe en la cabeza —trató de restarle importancia a lo que estaba narrando—, no encuentro otra explicación a mí estupidez. Bien mirado, quizás debiera mandarle una tarjeta y agradecerle que me haya puesto los cuernos. Necesitaba marcharme, alejarme, debía tomar de nuevo el control de mi vida, las cosas se estaban desmoronando a mí alrededor y nadie lo veía. Es irónico, pero gracias a él estoy ahora aquí y hay alguien que me necesita, solo a mí. Que me quiere por lo que soy y no por lo que pueda hacer por él.

—Erika... —los ojos de Susan se abrieron ligeramente al reconocer aquella mirada en los ojos gemelos a los suyos.

—Y voy a perderle también —susurró con una tímida sonrisa—. Pero está bien, así es como debe ser, ¿no?

— No, Erika, nunca debe ser así —susurró Susan, sus ojos ya empezaban a

humedecerse en reflejo a los de ella cuando se acercó y le acarició la mejilla —. Ninguna Redentora de Almas debería enamorarse de su custodio.

Abrió la boca para negarlo, pero, ¿de qué serviría negarse a sí misma la verdad?

“¿Ahora lo ves claro, pedazo de estúpida enamoradiza? ¿Todavía no te habías dado cuenta? Le amas... Estás enamorada de él y vas a tener que dejarle marchar”.

Erika parpadeó para alejar las lágrimas, ya había llorado bastante últimamente y no estaba dispuesta a derramar más, ni siquiera delante de Susan. Pasándose las palmas de las manos por las mejillas se volvió nuevamente, ya más serena, hacia su hermana.

—Sabes lo que soy —respondió desviando el tema hacia el otro punto.

—Papá dejó de hablar con el abuelo después de que él le dijese que tú eras la próxima generación —dijo Susan levantándose de la cama y caminando hacia ella hasta quedar apoyada en el alfeizar de la ventana con la mirada perdida en el horizonte—. No recuerdo muy bien cómo fueron los detalles, pese a ser algunos años mayor que tú, en aquel momento no entendía el enfado de papá hacia el abuelo Frank. Fue apenas hace unos días, después que hablastes con Frank, que él nos llamó para decirnos que te habías puesto en contacto con él y que estabas bien.

El bueno de Frank. Erika quería retorcerle el pescuezo a su abuelo.

—Me sorprendió mucho que lo llamaras a él —aseguró Susan volviéndose ahora hacia Erika—, así que me limité a devolverle la llamada y sonsacarle el motivo por el que te habrías puesto en contacto con él, cuando nunca antes lo habías hecho.

Erika se quedó mirando a Susan durante unos instantes. Había algo que no encajaba del todo en aquella extraña puesta en escena, era como si uno de los jugadores conociese el resultado del juego antes de tiempo.

—Tú sabes mucho más de lo que me estás diciendo, ¿verdad, Sue? — murmuró Erika mirándola con cierta sospecha—. ¿Cómo es que sabes tanto acerca de la Redentora de Almas?

—Bueno, un poco gracias al curso intensivo de Frank y otro poco por haber investigado por mi propia cuenta —le respondió con un leve encogimiento de hombros—, veamos, no todos los días le dicen a una que su hermana pequeña juega con fantasmas...

“Oh, no te haces una idea de la clase de juegos que practico con fantasmas”

—¿Jugar con fantasmas? —repitió Erika omitiendo el descarriado pensamiento de su conciencia—. Yo no lo llamaría precisamente jugar.

El rostro de Susan ahora se puso más serio, miró a Erika a los ojos cuando le respondió.

—Frank estaba realmente preocupado por ti, Erie —aseguró indicando con un gesto de la barbilla hacia la ventana—. La noche de difuntos se acerca, dice que es la única oportunidad que tiene la Redentora para liberar el alma de uno de los condenados...

—Eso dicen, sí —aseguró ella esquivando la mirada de Susan, por lo que optó por mirar por la ventana hacia los árboles que se veían a lo lejos—, pero nadie se molestó en mencionar el cómo.

Susan se quedó mirando a la chica y empezó a preocuparse en serio. Por una vez, esperaba estar equivocada.

La observó bajar las escaleras y se maravilló de lo frágil que parecía y lo fuerte que era sin embargo. Su mano resbalaba lentamente sobre el pasamanos mientras se esforzaba por bajar escalón a escalón, tenía la frente ligeramente fruncida y supo instintivamente que la pierna volvía a molestarle nuevamente. Dakota hizo un gesto de ir hacia ella pero se contuvo al mirar a la otra mujer

que la acompañaba y que le decía alguna cosa a lo que ella ni siquiera prestaba atención. Era la misma que había visto en el comedor, la mujer con la que había cruzado la mirada... Si es que eso era posible. Erika dio un nuevo paso y se tambaleó ligeramente haciendo que él se encogiera por dentro. Todo él hervía con la urgencia de ir a ella, abrazarla y resguardarla de todo daño, pero no creía que ella apreciara demasiado ser el centro del mejor truco de prestidigitación que se pudiera ofrecer en mucho tiempo, mucho menos si se llevaba a cabo delante de los empleados del hotel y su hermana.

El parecido entre ambas era notable, si bien Susan era algo más alta y estilizada, compartía la misma mirada violeta y el oscuro color de pelo de Erika, solo que en ella, caía en cortos y apretados rizos.

Sonrió. Erika ya se había percatado de su presencia, sus ojos se habían iluminado al posarse sobre él un instante antes de volverse a la mujer a su lado y dedicarle una escéptica mirada que acompañó con un escueto comentario que hizo reír a su acompañante. Era preciosa, la cosa más hermosa que le había pasado en todos los siglos que llevaba atrapado en aquella vacía existencia. La sola idea de perderla le dejaba un amargo sabor que no se disolvía con nada, pero todo mundo se regía por una ley y él había quebrantado ya bastantes hasta el momento.

Erika se obligó a concentrarse de nuevo en Susan. Honestamente, había perdido el hilo de la conversación desde el momento en que había visto a Dakota parado al pie de las escaleras y le costaba un mundo mirar a su hermana cuando su mirada se desviaba una y otra vez hacia el hombre que esperaba pacientemente con los brazos cruzados apoyado en la pared a escasos pasos de los pies de la escalera.

—Sabes, me recuerda a esas grandes mansiones al estilo de esas películas que relatan la Guerra de Secesión. Estas viejas paredes han debido de servir en más de una ocasión de hospital de campaña para las guerras sin sentido que

atravesaron estas tierras —comentó Susan mirando a su alrededor, al tiempo que se volvía de cuando en cuando a Erika para comprobar que bajaba las escaleras sin mayor dificultad de las que ya tenía.

Erika apenas farfulló un escueto:

—Supongo.

Susan la miró y observó cómo arrugaba la frente al bajar un nuevo peldaño.

—Te duele la pierna —aseguró echando instintivamente la mano hacia ella.

—No es nada —respondió Erika evitando el contacto, no le gustaba depender de nadie—, solo necesito sentarme un rato.

Susan volvió la mirada a su alrededor buscando algún asiento, a lo que Erika bufó con diversión.

—Por favor, ni se te ocurra empezar a gritar pidiendo una silla —le respondió ella con cierta diversión. Susan le correspondió con una sonrisa.

—Ni se me pasaba por la cabeza... Rueda por las escaleras, bajarás antes y no tendrás que apoyarte sobre la pierna lastimada —le respondió como si fuese algo normal y cotidiano.

Erika sonrió y sacudió la cabeza.

—No funcionaría, con mi suerte me quedaría atascada en la bajada —le respondió aferrándose al pasamanos para seguir bajando.

Su mirada voló entonces a Dakota, quien se había movido de su lugar y caminaba hacia ella con una expresión preocupada. Erika sacudió imperceptiblemente la cabeza y gesticuló con los labios un: *“Estoy bien. En el jardín. Después.”*

El vaquero asintió lentamente pero no estaba del todo conforme. Erika bajó la mirada para ver donde ponía el pie y cuando volvió a levantarla, él ya se había ido.

—Siempre puedes sentarte a los pies de la escalera —sugirió Susan ajena al intercambio de los dos.

Erika hizo un ruidito “um-hum” y se volvió hacia su hermana.

—Tú siempre buscando soluciones prácticas —le aseguró con diversión.

Unos repentinos ladridos llamaron la atención de las dos mujeres. Susan abrió varias veces la boca y volvió a cerrarla al ver entrar corriendo a un pequeño perro de aguas marrón cuya lengua traía colgándole de un lado de la boca. Erika sonrió y saludó a la chica que entraba tras él en el recibidor del hotel.

—Buenos días —sonrió Erika al tiempo que se inclinaba para rascarle la cabeza al pequeño perro marrón—. Hola a ti también, Ulises.

—Hola —la saludó Shadow acercándose a ellas con una enorme carpeta bajo el brazo. Sonrió a Susan, pero se dirigió directamente a Erika que reía al ver que el perro le lamía los dedos—. Qué bien que ya has bajado, estaba a punto de subir a tu habitación, quería que vieras algo...—su mirada fue entonces de una a otra mujer y añadió—. No te quitaré mucho tiempo.

Erika palmeó la cabeza del perro una última vez antes de coger la carpeta que le tendía y ver que sobresalían trozos de telas de distintos tonos, fotos antiguas, recortes de periódico. Miró a Shadow sin entender y esta se apresuró a pasar unas cuantas páginas y mostrarle un par de fotos envejecidas y manchadas por el tiempo de lo que parecía ser el comedor del hotel en sus inicios, es decir, un enorme salón adornado con lo que parecían artículos navideños.

—¿No sería genial poder darle este aspecto? Por supuesto, adecuándolo a Halloween —aseguró Shadow mientras le indicaba a Erika distintos puntos en la fotografía.

Susan se acercó un poco a Erika, mirando disimuladamente sobre el hombro de la chica. Erika se apartó un poco y alzó el cuaderno de modo que la mujer pudiera tener una buena vista del cuaderno y la fotografía que estaba examinando.

—¿Crees que podría hacerse? —preguntó mientras su mirada iba de la carpeta a ella.

Tomando la carpeta de muestras, miró a Shadow como pidiendo permiso antes de echarle un vistazo a la foto.

—Este es el aspecto original que tenía el comedor, ¿verdad?

Erika asintió.

—Es lo más seguro —su mirada voló ahora a Shadow—. Ella entiende un montón de decoración...

—Y te vengo como anillo al dedo, ¿a qué sí? —se rió mirando a Erika, quien sonrió en respuesta.

—Por supuesto —le aseguró, no sabía hasta qué punto le venía como anillo al dedo. Su ayuda la liberaba y le daba más tiempo para resolver sus propios problemas. Volviéndose a Shadow, quien las observaba sin hacer comentario alguno, añadió—. Es mi hermana Susan, es Decoradora de Interiores y Paisajista. Se le dan bien estas cosas.

Shadow abrió los ojos con sorpresa y reconocimiento, ya había notado un ligero parecido entre las dos mujeres. Susan alzó la mirada hacia la adolescente y le sonrió, la había visto un par de veces correteando por el hotel desde su llegada.

—Sí, supongo que se me dan bien —aseguró Susan sonriendo a la chica—. Soy Susan.

—Shadow —respondió la adolescente con una tierna sonrisa que encantó a Susan—. Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo —aseguró Susan, y lo decía en serio. Había algo en aquella adolescente que la hacía encantadora. Su mirada volvió de nuevo hacia la carpeta de muestras—. No sé qué es exactamente lo que tenéis en mente, pero esa habitación tiene muchas posibilidades.

—Shadow es la principal promotora de la idea, podrá explicarte mucho

mejor que yo lo que habíamos pensando hacer en esa habitación. Pero hay que tener en cuenta que nuestro presupuesto es inexistente, estábamos echando mano de las cosas que hay en el desván y que ya se han usado otros años.

—Sí —aceptó Shadow, indicando con el pulgar por encima de su hombro —, he estado echando un ojo al desván y estábamos pensado en utilizar lo que se pudiera reciclar de allí.

Susan miró a Erika quien hacía ya algunos minutos que echaba miradas furtivas hacia la puerta de la entrada.

—¿Erika? —la llamó, haciendo que la chica saltara y la mirara con una sonrisa culpable.

—A ti se te dan genial estas cosas, Sue, estoy segura que entre Shadow y tú podréis encontrar el diseño perfecto —le aseguró al tiempo que empezaba a retroceder, su mirada fue entonces a la alta rubia quien la miraba con sorpresa —. Enséñale lo que estuvimos garabateando y lo que me comentaste, quizás pueda darte una idea de cómo llevarlo a cabo. Os veré... Más tarde, ¿vale?

Antes de que ninguna de las dos pudiese decir nada, dio media vuelta y se encaminó cojeando lentamente hacia la entrada principal del edificio, el pequeño perro de aguas marrón decidió acompañarla y salió corriendo delante de ella. Las dos mujeres se miraron y Susan sonrió.

—¿Hace esto muy a menudo?

Shadow asintió.

—Últimamente mucho —aceptó la chica observando a Erika desaparecer por la puerta—. Siempre ha sido un poco... extraña... Pero de un tiempo a esta parte, se ha vuelto más... Misteriosa.

Shadow frunció el ceño y se volvió a Susan con un aire de reserva.

—Ella está bien, ¿verdad? —preguntó la chica algo incómoda—. No quiero meterme donde nadie me llama, pero me cae bien Erika y cuando la conocí me pareció que había llegado aquí como huyendo de algo.

Vaya, la chiquilla era más astuta de lo que parecía. Susan cerró la carpeta y se la devolvió a la adolescente.

—Todos, en algún momento de nuestras vidas, huimos de algo —le aseguró—, pero es bueno tener amigos que se den cuenta de ello porque serán los que nos ayuden a tomar las decisiones correctas.

Susan indicó la puerta del corredor que llevaba al comedor.

—¿Por qué no me cuentas que tienes pensado y lo vemos allí mismo?

Shadow asintió y acompañó a la mujer. La hermana de Erika estaba empezando a caerle muy bien.

El jardín se había convertido en su lugar de encuentro favorito, no podía culparla, dios sabía que él también adoraba ese lugar casi tanto como lo había adorado su madre. Su mente voló de regreso a su infancia, era extraño que justo ahora pensase tanto en lo que había sido su vida cuando nunca antes se había molestado. Sonrió, Erika tenía un extraño efecto en él. Recordaba cuando su madre había plantado con sus propias manos el rosal blanco de la esquina. Él la había ayudado ensuciándose las rodillas y las manos, ella había bromeado sobre el que su ropa tuviera más barro encima del que había en el propio jardín. La había extrañado muchísimo cuando se había ido, había intentado hablarle a Cathie a menudo de ella, pero con el tiempo los recuerdos se iban haciendo más borrosos y las sensaciones se iban desvaneciendo.

Sacudió la cabeza intentando deshacerse de aquellos recuerdos, tenía que centrarse en el aquí y el ahora. Ya no faltaba mucho para la noche de Sammain y después de lo ocurrido durante la noche, iba a serle muy difícil renunciar a ella.

—Realmente sabes cómo sacar provecho de las situaciones —oyó una profunda voz a sus espaldas.

Dakota se tensó y se giró en redondo para encontrarse cara a cara con su

progenitor.

—Creí que había quedado claro que no te quería aquí —le recordó Dakota con voz helada.

El hombre se limitó a encogerse de hombros mientras observaba los rosales en flor y acariciaba ligeramente los pétalos de una rosa roja.

—Posiblemente lo dijeras, pero es decisión mía escucharte o no —le respondió él volviendo una mirada que era un espejo de la suya—, como lo es tuya el hacer o no hacer cosas que solo conducen a un verdadero infierno... ¿En qué diablos estabas pensando cuando tomaste a esa muchacha? Has roto al menos una docena de reglas en su cama.

—Lo que haga o deje de hacer no tiene nada que ver contigo, viejo —atajó Dakota, su voz había pasado de un tono helado a uno de un filo mortal.

El hombre ignoró su tono y caminó directamente hacia él.

—Estás complicando demasiado las cosas, Dakota Alexander —le aseguró parándose a escasos pasos de él—. Hay dos caminos en este sendero y no se entrecruzan, no importa lo mucho que camines o durante cuánto tiempo esperes parado en un mismo lugar porque no se cruzarán. Ella tiene el secreto de tu libertad en las manos y una vez lo entienda, tu liberación será inmediata... Lo queráis o no.

Dakota se volvió lentamente hacia el viejo, odiaba sus visitas, pero odiaba todavía más tener que darle la razón.

—Entonces espero que nunca lo entienda, porque no quiero dejarla.

Una lenta a la par que triste sonrisa se extendió por los labios del hombre, su mirada recayó en uno de los arbustos más cercano a él y acarició suavemente los pétalos de una rosa.

—¿Sabes qué fue lo primero que me dijo tu madre cuando te tuvo en brazos? —respondió sorprendiendo a Dakota con ese giro de conversación tan inusual en él. Su mirada fue de nuevo a su primogénito—. Dijo que todo dolor

provocado por causa del amor, tiene siempre una recompensa y una decepción, y que está en nosotros elegir cuál de ellas será nuestra. Y tenía razón, así que procura elegir la recompensa, hijo, nadie debería recibir jamás una decepción por amar a la persona correcta.

Dakota se quedó allí de pie, con la mirada perdida en el horizonte cuando Alexander pasó por su lado y le palmeó el hombro en un único movimiento para luego continuar y saludar con la cabeza a la pequeña mujer morena que permanecía de pie apoyada en la pared blanquecina del edificio.

Erika había escuchado la última parte de su conversación, la última frase había penetrado en sus oídos como si fuese también dirigida a ella.

“Nadie debería recibir jamás una decepción por amar a la persona correcta”.

Un ligero escalofrío la recorrió al tiempo que aquellas palabras acampaban en un rincón de su mente.

Dakota se había vuelto al darse cuenta de su presencia y ya se le acercaba, su mirada se caldeó al posarla sobre ella. El ligero aire que movía los arbustos jugueteó con su pelo desordenándole los mechones que a plena luz del día se veían de un vibrante color dorado. Su eterno sombrero, había desaparecido.

—¿Todo bien, pequeña? —sugirió llegando a su lado y subiendo la mano para acariciarle la mejilla.

Erika asintió y su mirada se volvió hacia el sendero por el que se había marchado el padre de Dakota.

—¿Qué quería ahora? —preguntó tomando la mano que le tendía Dakota para caminar con él.

—Nada —negó acercándola a él. Su mirada bajó a su pierna lastimada, había podido observar como cojeaba más de lo normal—. Cojeas más de lo normal. ¿Te duele?

Erika se sonrojó ligeramente, intentó mirar cualquier cosa menos a él al responder.

—Por esta vez, no se trata de mi rodilla —aceptó ella, recordando que Susan había supuesto lo mismo.

Dakota frunció el ceño hasta que cayó en la cuenta de cuál era la nueva “incomodidad” que acentuaba el ligero cojeo de la chica.

—Lo siento —fue la suave y susurrante disculpa de Dakota, que llegó como un cálido beso en el pabellón de su oído. Erika prácticamente se derritió bajo su ronroneo.

—¿Has oído que me haya quejado? —preguntó ella mirándole a través de las pestañas.

Dakota se mordió una sonrisa.

—Nop. Ni un poco —aceptó acercándola a él lentamente, hasta que el cuerpo femenino estuvo pegado al suyo—. ¿Qué hay de tu hermana?

—Hemos hablado —aceptó con un leve encogimiento de hombros.

Dakota le levantó la barbilla con un dedo para poder ver su rostro.

—¿Y?

—Le he dado el beneficio de la duda —le explicó con un suspiro—. Hemos llegado a un mutuo entendimiento, creo que para empezar ya es bastante.

—Lo es —aceptó bajando la cabeza para acariciar sus labios.

—Dakota —se apartó Erika, su mirada era preocupada—. ¿Qué estaba haciendo él aquí?

Suspirando, se resignó a responderle.

—Vino a recordarme cosas que preferiría olvidar —murmuró con la mirada perdida en el horizonte para luego bajarla hacia la mujer que sostenía entre sus brazos.

—Sammain... —murmuró ella apartando la mirada, sus largos dedos se

habían aferrado casi sin darse cuenta a la camisa de él—, si tan solo supiera...

Dakota le cubrió los labios con el dedo índice para silenciarla. Erika alzó la mirada y pudo ver las lágrimas sin derramar que hacía brillar sus ojos violetas. Dakota ahuecó su cara con las manos y le susurró.

—Sucedá lo que suceda —le respondió antes de bajar su boca a la de ella y acariciar sus labios—, siempre estaré contigo.

Un escalofrío le bajó por la columna mientras permitía que la besara y enlazaba sus brazos alrededor del cuello de él. No sabía por qué esa promesa solo la hacía acercarse un poco más a la respuesta de la pregunta que no se atrevía a formular.

CAPÍTULO 16

“Nadie puede detener el tiempo, lo único que podemos hacer es disfrutar de cada minuto como si fuera el último de nuestras vidas y hacer que cada momento sea eterno. Ambos sabíamos que nos condenábamos cuando aceptamos trasgredir las reglas, pero si hay alguien capaz de ponerle freno al amor, que dé un paso adelante y hable. Prefiero cargar toda la eternidad con mi penitencia y haberle amado, que pasar un solo segundo en soledad.”

Erika Connors, Redentora de Almas

En aquellos momentos Erika se arrepentía de haber pensado en Susan para el trabajo de decoración de la fiesta de Halloween. Su hermana y Shadow había revolucionado al personal del hotel, lo cierto es que no habían dejado títere con cabeza y la hubiesen arrastrado a ella también en su entusiasmo si no hubiese aprovechado cada instante de los últimos siete días para pasarlo con Dakota e indagar más en su herencia.

La gente había acogido más que con placer la idea del baile de disfraces. A lo largo de todo el día de ayer y aquella misma mañana, algunos huéspedes habían entrado y salido del hotel para hacer sus compras de última hora o para intentar encontrar alguna pieza de ropa que sirviese a su propósito para enmascarar su identidad durante aquella noche.

La semana había transcurrido a una velocidad pasmosa. Había leído y examinado una y otra vez los archivos y los viejos papeles que Frank le había

enviado intentando dar con una respuesta a la noche de Sammain, pero cuanto más indagaba y creía estar acercándose a una respuesta descubría que no eran más que castillos en el aire. Hablar con él no le había servido de gran cosa, cada vez que sacaba el tema él se negaba a escucharlo, la besaba y le decía que se limitara a atesorar los momentos que pasaban juntos.

Se habían convertido en íntimos amantes, pasaban cada minuto del día y de la noche juntos hasta el punto que Susan empezó a preocuparse de la continua desaparición de Erika. Se justificaba aludiendo a que tenía mucho que preparar para aquella noche y, en cierto modo, no mentía, ciertamente tendría que prepararse para lo inevitable... Lo que quiera que fuera.

Descendió el último peldaño de la escalera apoyándose en el bastón y contempló a varios de los empleados del hotel corriendo de un lado a otro con cajas llenas de lo que parecían ser alguna especie de guirnaldas de color púrpura, al parecer estaban terminando con los últimos retoques.

Evitando que la arrollaran en su apresurada carrera, procuró pegarse a la pared, bordeando todo el recibidor para poder salir a fuera. Dakota se había marchado antes de que ella se levantara, había encontrado una nota con una antigua y elegante letra escrita a mano y una rosa encima de la almohada en el lado que había ocupado él. En la nota la citaba para última hora de la tarde, diciéndole que pasaría a recogerla para acompañarla al baile de máscaras.

Maldito fuera el baile. No quería asistir a esa estúpida fiesta de disfraces, no quería que llegase esa noche y sin embargo ahí estaba, a solo unas cuantas horas. No quería tener que enfrentarse a lo que era, a lo que sería, solo quería pasar el tiempo que pudiera quedarles junto a él y el muy cabrón se había marchado antes de que se despertara y le había dejado una única nota.

—No quiero ir a ninguna fiesta, no quiero sorpresas, solo quiero que estés conmigo, Dakota —masculló saliendo por la puerta al frío aire de la mañana.

Por lo que pudo ver desde la puerta, el cielo seguía encapotado, la niebla

matutina había tardado más tiempo del acostumbrado en levantarse y aun así, había zonas en las que todavía persistía. Sus labios se curvaron en una mueca, el tiempo parecía haber optado por reflejar su propio estado.

—¡Erie!

La llamaron cuando estaba a punto de traspasar la puerta. Al principio pensó en fingir que no la había oído y seguir adelante, pero conociendo a Susan, aquello no la disuadiría. Suspirando, se dio la vuelta obligándose a un encuentro que no tenía ganas ningunas de realizar.

—Menos mal que te encuentro —aseguró una agitada Susan. Sus jeans azules y el suéter blanco le daba un aspecto muy juvenil—. Últimamente resulta muy complicado seguirte la pista.

—Sue, si no es importante, tengo...

—Sí es importante —la atajó cortándola en seco—, acabo de recibir una llamada de Frank desde la terminal del aeropuerto.

¿Aeropuerto? ¿Por qué aquella palabra le había sonado tan mal?

—¿Aeropuerto? —repitió en voz alta.

—Estará aquí después de la hora de comer —le informó Susan sonriendo al ver la expresión en la cara de Erika—. Sí, lo sé... Esa fue también la cara que se me quedó cuando hablé con él por teléfono. Parece que viene desde Baton Rouge, su avión aterrizó hace cuestión de un par de horas y quería hacer algunas gestiones, pero estará aquí para más o menos después de la hora de la comida.

Erika abrió y volvió a cerrar la boca. ¿De qué se sorprendía? Últimamente parecía que las locuras eran cosa de familia, de la suya para ser exactos, y en el caso de Frank aquello era el pan de cada día. Su abuelo siempre había sido un hombre excéntrico y de decisiones radicales.

—Se preocupó cuando no respondiste a ninguna de las llamadas —aseguró Susan mirando disimuladamente a su alrededor para luego bajar la voz para

añadir—. Esta noche es muy importante y quería estar aquí.

Erika sacudió la cabeza y se alejó de Susan para sorpresa de esta.

¿Una noche muy importante? ¿Qué querían estar allí? ¿Qué diablos sabían ellos de lo que era o no importante para ella? ¡No tenían la más remota idea de nada de lo que estaba pasando! Ellos no tendrían que decirle adiós al único hombre que... El aliento se le quedó atascado en la garganta. Allí estaba de nuevo, esa horrible sensación de final que últimamente no la abandonaba.

Susan observó el repentino dolor que cruzó por el rostro de Erika, su mirada voló inmediatamente hacia su pierna, pero no podía ser eso, su mano seguía cerrada sobre la empuñadura del bastón.

—Erika... —intentó acercarse nuevamente a ella.

—Sigue con lo que estés haciendo, Sue —le respondió Erika, su voz más fría e impersonal que de costumbre, ni siquiera se había molestado en volverse para mirarla—, ya me ocupo yo de Frank en cuanto llegue.

Sin darle tiempo a decirle nada más, Erika salió al frío de la mañana, caminando con una lenta cojera y envuelta en un aire de melancolía que nunca había visto. Se quedó allí quieta, incapaz de moverse, todo su interior le gritaba que fuese hacia ella, que la sacudiera si hacía falta para que le hablase, que la obligara a dejarse ayudar. Suspiró, sabía que lo único que conseguiría con ello sería hacerse más daño a ambas. Con las manos metidas en los bolsillos de sus jeans se dio media vuelta y jadeó abriendo desmesuradamente los ojos cuando se encontró cara a cara con un fantasma.

—¡Jesús! —jadeó llevándose la mano al pecho, su repentina aparición la había asustado.

Dakota arqueó una ceja al tiempo que sus labios se curvaban en una divertida sonrisa.

—Me temo que Jesús no tiene nada que ver en esto —respondió él, para sorpresa de Susan, que era incapaz de quitarle los ojos de encima—,

Sanadora.

Obligándose a cerrar la boca y recomponerse, la delgada mujer se enfrentó con decisión a Dakota.

—Tú debes ser el custodio —respondió con voz firme, ignorando el título que le había dado, descubriendo su secreto.

Dakota sonrió, sus ojos azules recorrieron lentamente a la mujer.

—Hacía tiempo que nadie utilizaba ese término, pero sí —aceptó con una ligera inclinación de cabeza—, soy el custodio. Lo que me sorprende, ya que tú estás aquí y no es la primera vez que se cruzan nuestras miradas, aunque he de confesar que has llegado a confundirme en un par de ocasiones. ¿Por qué se lo ocultas a Erika?

Susan alzó la barbilla desafiante.

—Mis motivos son únicamente cosa mía.

Dakota contuvo una sonrisa ante su respuesta, no quería enemistarse con esta Redentora de Almas, la necesitaba ya que ella era lo más cercano que tenía Erika.

—Guarda las uñas, Susan Connors, no me importan tus motivos ni tengo intención de descubrirte —aseguró con toda sinceridad—. Erika es todo lo que me importa en estos momentos.

—Si le pasa algo a mí hermana... —El tono en la voz de Susan y su expresión corporal hablaban por sí solos.

Dakota ignoró la velada amenaza y se acercó incluso más a la mujer que estuvo a punto de dar un paso atrás. Sus ojos azules la quemaron cuando se inclinó hasta poder mirarla de cerca y responderle:

—Daría mi propia alma con tal de no ver de nuevo la tristeza que he visto en los ojos de Erika desde el mismo momento en que nuestros caminos se cruzaron —le aseguró Dakota, el fervor en su voz era suficiente para convencer a Susan de la veracidad de sus palabras—. Solo te pido que te

quedes con ella cuando yo me haya ido.

—Tú... —empezó a murmurar Susan pero las palabras le quedaron estancadas en la garganta.

—Después de que amanezca, Susan, quédate con ella después de que amanezca —pidió antes de despedirse de ella con una leve inclinación de cabeza, dar media vuelta y desvanecerse a medida que caminaba.

Un repentino escalofrío atravesó la columna de Susan cuando lo vio desvanecerse delante de sus ojos.

—La... amas —terminó la frase que no había sido capaz de completar antes. Con un resignado suspiro volvió la mirada hacia la entrada de la puerta por donde se había ido Erika—. Lo siento... Por los dos. Cuidaré de ella.

Acababa de volver del jardín cuando vio un taxi rodeando la pista de grava hasta detenerse a pocos metros de la entrada principal. No necesitaba mirar al interior del vehículo para saber quién era el hombre que descendería de él con su eterna mochila y un aire de saberlo todo de todo el mundo.

Erika sonrió cuando vio a Frank descender del coche, habían pasado al menos un año desde la última vez que lo había visto en persona, durante las navidades en la casa familiar.

—Diablos, esto está más lejos que el jodido infierno —murmuró bajando del coche al tiempo que echaba un largo silbido al contemplar el enorme edificio que se alzaba ante él—, pero realmente impresiona.

—Solo las cuatro o cinco primeras veces que te quedas mirándolo —le respondió ella llamando la atención del hombre, que se volvió de inmediato hacia el sonido de la voz femenina y sonrió—, después te parece solo una vieja casucha.

—Vieja casucha, ¿eh? —se rió el hombre dejando la mochila en el suelo para recibir a su nieta en un enorme abrazo—. Erika... Estás más hermosa que

la última vez que te vi.

—Ya sabes cómo funciona esto del tiempo, Frank —rió Erika correspondiendo al abrazo del hombre—. Cuanto más pasa, más guapa te pones.

—O más viejo te vuelves —concluyó él con un firme asentimiento de cabeza—. ¿Cómo estás, querida?

—¿Quieres la verdad o que sea políticamente correcta? —preguntó con una débil sonrisa.

Frank asintió entendiendo y rodeó los hombros de la muchacha con un brazo mientras recogía la mochila del suelo.

—No hay nada que decir, querida mía —aseguró apretando contra él a la muchacha—, tu mirada lo dice todo.

Sin decir una sola palabra más, Erika acompañó al viejo al hotel para que pudiera tomar las llaves de su habitación y asearse. Ya tendrían tiempo a lo largo del día para ponerse al corriente.

Abrió la puerta de su habitación y entró accionando al mismo tiempo el interruptor de la luz. Había pasado las últimas dos horas hablando con Frank, poniéndole al corriente de cómo se habían sucedido las cosas sin llegar a entrar en detalles, pero no es que eso hiciera falta, el hombre parecía tener un sexto sentido para saber lo que se ocultaba tras una simple mirada.

Cerró suavemente la puerta tras de sí y caminó lentamente hacia el dormitorio. Su mirada hizo un rápido barrido por la habitación pero permanecía vacía, no había ni rastro del vaquero.

Los ojos se le llenaron instantáneamente de lágrimas, pero se negó a permitir que cayeran. Parpadeó varias veces furiosa consigo misma y con su debilidad por ese hombre.

—Muy bien estúpido fantasma, púdrete en el infierno —gritó en voz alta, haciendo que un par de rebeldes lágrimas abandonaran sus ojos.

Agotada anímicamente y cansada por todos los sucesos de aquella mañana, se tiró encima de la cama y se encogió hecha un ovillo hasta que el cansancio ganó la partida sumiéndola en un intranquilo sueño.

Dakota se apareció junto a la ventana, en sus manos traía un par de enormes cajas que depositó en la repisa de esta, para después caminar hacia la cama y limpiar una solitaria lágrima que había mojado la mejilla femenina.

—Solo un poco más, amor —susurró depositando un liviano beso en su mejilla.

La observó durante unos minutos más y entonces desapareció dejándola nuevamente sola.

En medio del sueño empezó a oír murmullos y golpes extraños. Si tan solo pudiera ignorarlos podría continuar en el remanso de paz que le había proporcionado el sueño, estaba demasiado cansada para permitirse abrir los ojos y enfrentarse de nuevo a la devastadora realidad.

—Erika...

Su nombre, pronunciado insistentemente igual que una repetitiva cancioncilla que se te mete en la cabeza y no eres capaz de alejarla de ti por mucho que lo intentes. Se revolvió en la cama y abrió lentamente los ojos, la luz había disminuido y el insistente tintineo que había oído de fondo procedía de la lluvia golpeando contra la ventana.

—Lluvia... —farfulló todavía narcotizada por el sueño.

Una tibia mano se posó entonces en su frente, apartándole el pelo. Ella frunció el cejo y la apartó.

—No tienes fiebre... —oyó un suave murmullo a su lado.

Ahogando una ligera maldición se obligó a desperezarse por completo, incorporándose en la cama. Susan estaba sentada a su lado, observándola con detenimiento. Erika dejó vagar la mirada por la habitación todavía

desorientada por el sueño, se pasó la mano por el pelo y volvió la mirada hacia el reloj que había sobre la mesilla de noche.

—Me he quedado dormida —gimió al ver la hora que marcaba el reloj, había estado durmiendo varias horas.

El colchón se movió ligeramente cuando Susan se levantó.

—Eso parece —aceptó su hermana quedándose en pie al lado de la cama—. Te he llamado desde la recepción pero no cogías el teléfono, así que subí y te encontré dormida sobre la cama. ¿Sabes que tienes un sueño pesadísimo?

A Erika le estaba costando procesar todo lo que estaba diciendo Susan, su cabeza estaba todavía nublada por el sueño.

—Será mejor que te levantes y te des una ducha para despejarte del todo —le sugirió volviendo la muñeca para mirar su propio reloj—, todavía tienes que vestirte para la celebración de esta noche...

—Yo no tengo nada que celebrar esta noche —respondió en voz baja, sus piernas descendiendo de la cama—. No voy a bajar.

—Por supuesto que sí —le dijo Susan ignorando sus palabras—. Vas a levantarte de la cama, te darás una ducha, te pondrás el traje que han traído para ti y bajarás a la fiesta de Halloween que Shadow tanto se ha esforzado en hacer

Erika dedicó una mirada poco amistosa a su hermana. Ya lo estaba haciendo otra vez.

—¿Qué parte de no-voy-a-bajar no has entendido? —le preguntó incorporándose de la cama.

Susan suspiró y caminó hacia ella, acariciando su brazo y buscando sus ojos al hablar.

—No te escondas de nuevo, no huyas, Erika —le susurró con un tono suave y decidido—. Olvídate de todos y de todo y solo disfruta de esta noche.

Susan le rodeó la espalda con el brazo y la obligó a darse la vuelta para

terminar mirando hacia la ventana. Sobre la silla que había apoyada contra la pared, había dos cajas blancas, una más grande que la otra y sobre estas, un precioso capullo de rosa amarilla.

—Por lo que he podido comprobar, lo han dejado para ti —le susurró empujándola hacia las cajas.

La lluvia seguía golpeando contra el cristal, podía ver el agua escurriéndose en delgadas y distorsionadas líneas que bajaban perdiéndose en el marco de la ventana. Sus ojos cayeron entonces sobre las cajas, casi sin darse cuenta había cruzado la habitación hasta detenerse ante ellas, su mano estaba ahora a escasos centímetros de la caja de menor tamaño. Acarició los pétalos de la rosa y se mordió el labio inferior. ¿Por qué le hacía esto? Ya era suficientemente difícil estar allí así... Se permitió un segundo para mirar por encima del hombro, Susan se había quedado casi al lado de la cama y se limitaba a esperar.

Abrió la primera de las cajas, sobre el papel de seda color azul había un trozo de papel con una frase garabateada. El tipo de escritura era elegante y enrevesada, demasiado para esa época.

“Esta noche será solo nuestra”

Y como única firma, su nombre:

Dakota A. Williams.

Se le hizo un nudo en la garganta, se obligó a respirar profundamente para alejar las lágrimas que querían formarse en sus ojos y se concentró en la caja.

Dejando la nota a un lado, separó el papel de seda para encontrarse con un par de brillantes y suaves botines negros con cordones azules. A su lado, descansaban un par de medias de seda que terminaban en unas coquetas ligas. Sus labios se curvaron sin poder evitarlo en una divertida sonrisa... Hombres.

La segunda de las cajas era más grande. Erika cogió la de los zapatos y la dejó sobre el alfeizar de la ventana para volver a la otra y repetir la

operación.

El papel de seda ocultaba una hermosa confinación de satén en color azul violáceo y negro, los bordados que decoraban el amplio escote del corpiño eran diminutos y muy elaborados. Un par de guantes de seda negros acompañaban al traje, al igual que el tocado de una delicada pluma de un tono azul algo más claro, pero acorde al tono del vestido. Era el traje de una cabaretera. Erika se rió sacando el pesado vestido de la caja y lo apretó contra el pecho.

—Tú ganas, Dakota —susurró solo para sus oídos—. Esta noche será solo nuestra.

Con el traje todavía contra el pecho, Erika se volvió hacia Susan. La mujer se sorprendió al ver el brillo de tristeza que desprendían los ojos de la pequeña morena.

—¿Tienes un momento para poder ayudarme con esto? —preguntó en voz baja, como si esperase una negativa de su parte y le diera la excusa que necesitaba para huir.

La respuesta de esta fue caminar hacia ella y quitarle el traje de las manos para extenderlo sobre la cama antes de volverse hacia Erika.

—Ve a darte un baño, realmente necesitas despertarte —le aseguró Susan empujándola hacia el cuarto de baño—. Y no te eternices, tenemos mucho que hacer.

Erika sonrió por primera vez con cariño. Aquella era la Susan que recordaba y aunque no quisiera admitirlo, había llegado en el momento justo.

—Sue...

—Ni lo intentes —la cortó apuntándola con el dedo—. Al baño. Ahora.

Susan ocultó una sonrisa tras la mano cuando un par de horas después observaba a Erika batallar ante el espejo con el escote del vestido para que

permaneciera en su sitio, tironeó un par de veces más antes de inclinarse y fruncir el ceño. Sus pechos se asomaban invitantes por encima de la tela, como amenazando con salirse y aquello la estaba sacando de quicio.

—Si se me ocurre estornudar lo más seguro es que me salgan disparadas —farfulló volviéndose a Susan con un quejido, alzando los pechos con las manos para dar énfasis a sus palabras—. Te digo que me queda pequeño.

Ignoró sus palabras, había oído aquello al menos una docena de veces en los últimos quince minutos y siempre que le daba una respuesta, Erika se encargaba de darle la vuelta. Sus manos se movieron sobre el pelo negro que había sido rizado en apretados tirabuzones y ligeramente recogido para prender la delicada pluma con unas horquillas.

—Deja de quejarte y estate quieta —pidió, mientras aguantaba una de las horquillas entre los dientes para abrir y fijar la otra—, el corpiño del vestido está bien.

—¿Estás insinuando que tengo las tetas grandes?

Susan encontró su mirada a través del espejo y arqueó una ceja.

—Olvidalo —suspiró Erika—, ha sido una pregunta estúpida.

Metiendo la última de las horquillas entre los rizos negros para asegurar el tocado de pluma, se echó hacia atrás para contemplar el resultado final. Algunos rizos caían sobre las mejillas de la chica enfatizando su delicada piel mientras el peso del recogido se deslizaba sobre un lado del cuello, rozando su hombro con largos y apretados bucles. Después de todo, había quedado bastante bien.

El satén azul violáceo del vestido hacía juego con los ojos de Erika, Susan se había encargado de realzarlos con un toque de perfilador y suave color que los hacían incluso más grandes y atrayentes. El traje le sentaba a la perfección. Aunque se quejara una y otra vez del pronunciado escote del corpiño, desde la cinta de raso que rodeaba su garganta, hasta el brillante tono negro de sus

botas, estaba perfecta. Realmente estaba encantadora y sensual.

Sí, no cabía duda que el traje había sido elegido por un hombre, y no cualquier hombre. Una ligera sospecha empezó a filtrarse en su cabeza, anidando ahí como una insidiosa serpiente dispuesta a morderte si te mueves un solo milímetro.

Erika apartó la tela del vestido y de la fina enagua para ajustarse bien la liga de la media al muslo. Las medias eran tan suaves y al mismo tiempo lo suficientemente oscuras para que no transparentaran las desiguales cicatrices que manchaban la piel de su rodilla. Los suaves botines calzaban sus pies a la perfección, a pesar del elevado tacón, eran realmente cómodos y le permitían caminar sin mayor dificultad. Era un traje realmente hermoso, con cada detalle cuidado al milímetro.

Susan depositó las manos sobre sus hombros un instante antes de inclinarse y acercar su rostro al de ella. Así, una al lado de la otra, el parecido entre ellas era todavía más acentuado.

—Hemos hecho un buen trabajo, ¿no crees? —le preguntó Susan con una cálida sonrisa.

Erika asintió en respuesta y se contempló por unos instantes en el espejo que devolvía su reflejo.

—El mejor, como siempre —le respondió llevándose la mano al hombro, donde Susan todavía mantenía la suya—. Gracias.

Esta se limitó a negar con la cabeza, darle un rápido beso en la mejilla e inclinarse sobre el mueble del baño para recoger las pinzas, tenazas y cosméticos que había traído de su habitación.

—Agradécemelo bajando a la fiesta —le sugirió metiendo todas las cosas de nuevo en el neceser—. Shadow se ha esforzado realmente muchísimo en prepararlo todo, esa niña tiene un talento increíble...

Erika volvió a mirarse al espejo e inclinó ligeramente la cabeza.

—Me pasaré por allí.

Susan señaló con el dedo el reflejo de la chica en el espejo.

—Una hora, Erie —le respondió ella a modo de advertencia—. Si en una hora no has bajado, subiré personalmente a buscarte.

Erika asintió al reflejo que emitía el espejo y la vio abandonar la habitación, a los pocos segundos se oyó la puerta de la habitación al cerrarse. Suspirando, Erika se inclinó hacia el espejo:

—Incluso una hora es demasiado tiempo ahora mismo, Su —susurró antes de apartar la mirada y levantarse para regresar a la habitación.

El tintineo de la lluvia en la ventana ahora se había hecho más fuerte. Cojeando lentamente se acercó a las dos cajas ahora abiertas y abandonadas de cualquier manera sobre la cama para coger el par de guantes de redecilla que descansaban todavía en una de ellas.

—Un tiempo perfecto, para una noche perfecta... —murmuró con ironía mientras empezaba a colar el guante por su mano derecha.

—Si te gustan las tormentas, lo es.

Erika se puso rígida un instante antes de volverse hacia la voz masculina procedente del otro lado de la habitación. Dakota estaba de pie allí. Por primera vez desde que lo conocía, vestía de acorde a lo que debía haber sido su época y maldito fuera lo bien que le sentaba. Había desaparecido el chico descarado que había conocido al principio, ante ella ahora se mostraba el hombre, señor de la plantación. El traje azul oscuro le sentaba como un guante, el chaleco de un tono gris azulado le daba el justo toque de elegancia, al igual que la cadena de reloj que sobresalía de uno de los bolsillos. El pelo despeinado y ligeramente húmedo, y aquellos brillantes ojos azules que parecían saberlo todo contemplaban el cuadro de la perfecta masculinidad. Sintió como le flaqueaban las rodillas, pero no iba a ceder.

Por primera vez en mucho tiempo, demasiado tiempo, supo lo que era tener

suerte. Aquella pequeña beldad que se alzaba ante él había borrado de un plumazo todas las dudas que había podido albergar hasta ese momento. Fue su mirada, una combinación de sorpresa y alivio lo que lo convenció de que lo que acaba de hacer había sido lo correcto.

Se veía hermosa. Había sabido que el vestido le sentaría bien, pero jamás pudo imaginar hasta qué punto.

—Estás preciosa —su voz fue un sensual ronroneo que le erizó la piel.

Ella no se movió, se limitó a permanecer allí de pie, mirándolo como si fuese el último gusano sobre la tierra. Estaba furiosa con él y no la culpaba, la había oído llamarle, pero no había respondido.

—¿No te ha gustado mi regalo?

Erika se cruzó de brazos haciendo que sus pechos se llenaran todavía más, soltó un bufido al comprobar el resultado y volvió a tirar del ajustado corpiño intentando subirlo algunos centímetros.

—Tu regalo me está comprimiendo las ideas —le respondió un instante antes de mirarle con los ojos entrecerrados.

Dakota sonrió para sí y caminó hacia ella, tomándole las manos y llevándose la palma todavía desnuda de una de ellas a los labios, para depositar un erótico beso en el pulso de su muñeca.

—Deja de tirar del corpiño, es perfecto —le aseguró con un sensual ronroneo, acariciándola con la mirada—. Tú eres perfecta.

Ella alzó sus ojos violetas encontrándose con los suyos hambrientos. Aquel enfurecedor espécimen masculino la estaba dejando en un charco a sus pies y se odiaba a si misma por permitírselo.

—Lamento el retraso, Erika —le susurró al oído, su aliento la quemaba sin llegar realmente a tocarla—. He tenido que dejar algunas cosas listas.

Aquella simple frase la hizo reaccionar, se revolvió en sus brazos intentando soltarse de sus manos, pero en vez de dejarla ir, Dakota le aferró

las manos y la obligó a permanecer ante él, pegada a su cuerpo.

—Suéltame...

—No, Erika —se negó apretándola más contra él—, enfádate conmigo todo lo que quieras, insúltame si te place, pero no huyas de ti misma.

—Maldita sea Dakota, déjame ir —protestó luchando por soltarse. Estaba enfadada, temblando de rabia por la injusticia que se estaba cometiendo entre ellos—. ¿Por qué no vuelves a marcharte y esta vez para siempre? ¿Qué son unas horas más o unas horas menos? Digámonos adiós y terminemos con esto de una maldita vez... Así yo podré...

Sus palabras fueron silenciadas al momento por un ardiente beso, su lengua se hundió en su boca con urgente necesidad, lamiéndola, chupándola, peleando con ella hasta conseguir doblegarla. Cuando por fin la dejó ir, ella jadeaba, sus labios húmedos e hinchados y su mirada, fuego violeta.

—¿Crees que quiero irme? ¿Qué quiero dejarte? Maldición, eres lo único decente que he tenido en esta jodida vida, muerte o lo que sea —le acusó él, haciéndose eco del enfado de ella—, pero es lo que tiene que pasar. Desde el momento en que nos encontramos sabías que esto iba a suceder, no importa lo mucho que intentemos evitarlo, solo hay un camino a seguir para la Redentora de Almas.

Erika sabía que tenía razón, pero no quería aceptarlo, no podía permitírselo.

Dakota se acercó nuevamente a ella, lentamente, como alguien que tuviese miedo de lastimar a un animal herido.

—Permíteme darte al menos esta noche —susurró acariciándole la mejilla, alzando su barbilla para encontrar sus ojos—, hay dos regalos más que quiero entregarte.

Ella volvió a moverse incómoda.

—No necesito regalos, solo quiero...

Dakota la silenció apoyando sus dedos contra los suaves labios femeninos.

—Es mi privilegio por esta noche... Permítemelo.

Erika suspiró. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Seguir peleando y perder más tiempo del que ambos tenían? Esa noche tendría que liberarlo... No tenía idea de cómo lo haría, pero iba a ser libre... Lo sabía... Siempre lo supo.

—Solo quédate a mi lado el tiempo que sea posible, no necesito nada más —murmuró, su mirada oscurecida e insensibilizada.

Dakota se limitó a asentir, atrayendo su menudo cuerpo de nuevo contra él, abrazándola. Permanecieron así un par de minutos.

—¿Dakota?

—¿Sí?

—El traje es hermoso, gracias —susurró cerrando los ojos durante un momento, refugiada al calor de su pecho—, pero el corpiño me queda pequeño.

Él se echó a reír.

La lluvia caía con fuerza en el interior, desatando su furia sobre las desnudas tierras, a lo lejos empezaban ya a verse las débiles luces de los relámpagos. El cielo había abierto sus compuertas y descargaba el agua que erosionaría los campos y abriría surcos en los sembrados, por suerte la mayoría de las cosechas ya habían sido recogidas, así que no causaría daño. Ajenos a aquel deshago de la naturaleza, los huéspedes del hotel se afanaban en dar los últimos retoques a sus disfraces o se apresuraban ya hacia el comedor para unirse a la fiesta. Las salas principales habían sido decoradas con calabazas y adornos típicos de la noche de Halloween, Susan y Shadow habían hecho un increíble trabajo.

Erika volvió a mirar nuevamente el escote de su vestido. Dakota la había sacado prácticamente a rastras de la habitación. Ella habría preferido

quedarse allí con él y disfrutar del poco tiempo que les quedase a solas, pero él se había negado rotundamente. Insistía en decirle que aquella era su noche y sedujo su curiosidad hablándole nuevamente de los obsequios que aquella noche les reservaba. Las protestas acerca de la escasa tela del corpiño de su vestido no hacían otra cosa que hacerle reír.

—Tengo la impresión de que se me van a salir los pechos de un momento a otro —le dijo tirando nuevamente hacia arriba del escote del traje, para luego mirar con ojos entrecerrados a su acompañante—, hubiese creído que a estas alturas conocerías de sobra mis medidas.

Dakota le dedicó una sonrisa muy masculina y pagada de sí misma antes de bajar ligeramente la mirada hacia los montículos que se alzaban por encima del pronunciado escote y arquear ligeramente las cejas.

—Las conozco, Erika —ronroneó él, apartando la mirada de sus pechos para alzarla a sus ojos—, cada centímetro de ellas.

—Espera, esta me la sé —le respondió con la misma ironía—, se quedaron sin tela.

Él sonrió ante la irónica respuesta y se inclinó para susurrarle al oído con esa voz tan sensual y caliente que hacía que se derritiera allí mismo.

—¿No te ha gustado mi regalo? —le acarició la oreja con el aliento—. Yo te encuentro preciosa con él... Pero no me opongo a quitártelo, seguro que lo que hay debajo también me gustará.

Erika jadeó y se apartó como si la hubiese quemado. Sus mejillas adquirieron color inmediatamente.

—Me encanta tu regalo, adoro tu regalo —aseguró haciendo énfasis en cada frase—, y sobre todo, quiero mantenerlo encima de mi cuerpo, gracias.

Dakota se echó a reír ante la absolutamente convencida declaración de la exuberante morena que se movía inquieta ante él.

—Bien —aceptó tomando su mano enguantada, girándole la muñeca y

alzándola para mordisquear ligeramente la piel oculta por el guante—, porque solo es el primero de esta noche.

Si le hubiese dicho con ese mismo tono que se desnudara, le habría sido un poco complicado recordar que estaban en un corredor abierto a cualquiera que pasara por allí antes de ceder a su petición. Se obligó a retirar la mano que todavía le sostenía para indicarle con un gesto de la cabeza la escalinata que descendía a escasos metros de donde estaban ellos.

—¿Más regalos? No puedo contener mi entusiasmo —respondió ella con demasiada ironía. A él no se le había escapado ese pequeño cambio repentino en su carácter. Al principio sí había sido así con él, se había mostrado precavida y se escudaba detrás de esa fachada de ironía y distanciamiento, pero eso había sido antes de que las cosas se complicaran hasta terminar en la misma cama. Ella no era así, la conocía lo suficiente para saber que volvía a escudarse, negándose a afrontar lo que estaba por llegar. No podía culparla, pero tampoco quería que sus últimas horas con ella fueran una pantomima.

Dakota le alzó el rostro con la punta de los dedos, obligándola a mantener la mirada.

—No pienses, solo siente —su voz fue como una caricia—, es todo lo que podemos permitirnos.

Erika se soltó de su mano y apartó inmediatamente la mirada, tomó el antifaz que colgaba de su muñeca y se lo llevó a la cara para enmascarar su rostro. Solo deseaba poder hacer lo mismo con su corazón.

—Solo por esta noche —susurró volviendo a mirarle, el antifaz no hacía sino dar más expresividad a sus preciosos ojos violeta—, solo y únicamente por esta noche.

Él le correspondió con una ligera inclinación antes de tenderle la mano esperando que la tomara.

—Es la noche de Sammain, Erika —fue la respuesta de Dakota—, todo

puede ocurrir.

Erika tomó su mano y dejó que la llevara hasta la escalinata. Sin el bastón, tenía que apoyarse en Dakota y teniendo en cuenta que sus botas nuevas tenían un cómodo aunque ligeramente alto tacón, hacían su caminar algo más inseguro.

Con un suspiro de resignación, se apoyó en el pasamanos para empezar a bajar. Dakota había insistido en que utilizara la escalera argumentando que ya habría tiempo para lo extraordinario a lo largo de la noche. Lástima que él no fuera el que anduviese sobre tacones y con una rodilla totalmente destrozada y llena de cicatrices. Bajando la mirada a esta, agradeció que las preciosas y suaves medias fueran oscuras y las ocultaran.

—Si sigues inclinándote así, tendré que darte la razón acerca de tus pechos—ronroneó Dakota lo suficientemente cerca para que solo ella lo escuchara.

Irguiéndose inmediatamente le dedicó una mirada hostil, la cual estaba a punto de ser acompañada por una aguda contestación que fue interrumpida por la inesperada aparición de una de las parejas del hotel.

—Erika...

Erika se calló al oír el saludo de la señora Everhall. Girándose ligeramente sin soltar el pasamanos observó a la elegante señora, la cual estaba impecablemente ataviada con un precioso disfraz de cabaretera, mientras que su esposo, quien le dedicó una leve inclinación y una amable sonrisa a modo de saludo, iba vestido al estilo de un gánster de los años veinte. Realmente, hacían una preciosa pareja.

La mujer se detuvo junto a ella y sonrió mirando también a Dakota... Aquello hizo saltar una pequeña alarma en la mente de la muchacha. No, esa mujer no ha sonreído a mi fantasma.

—Querida, estás impresionante—le aseguró la mujer observando con ojo crítico el vestuario de la pequeña morena, para luego asentir complacida

dando énfasis a sus palabras—. Sin duda vas a ser la envía de todas las mujeres en la fiesta... Y no solo por el hermoso traje...

La mirada de la mujer ascendió entonces a Dakota. Para ese momento, a Erika ya le estaba dando vueltas la cabeza. Su mirada voló a su acompañante quien le dedicó un guiño antes de inclinarse levemente para tomar la mano de la mujer y llevarse los nudillos a los labios.

—Señora.

La mujer asintió con la cabeza visiblemente alagada un instante antes de volver la mirada a su marido y dedicarle un guiño.

—Um... Y además es todo un caballero —sonrió, volviendo nuevamente a Erika para susurrarle al oído—. No lo dejes escapar, querida, esa clase de hombres no abundan.

Con un rápido saludo, la pareja se excusó y continuó bajando, la risa de la mujer llenó el aire mientras respondía a algún comentario de su esposo un instante antes enlazarle el brazo y atravesar el recibidor.

La pequeña morena se volvió entonces hacia Dakota, quien era la viva imagen de un niño travieso que fingía no haber roto un plato en su vida. Encogiéndose de hombros, le respondió.

—Ya te lo dije, es Sammain... La línea que separa mi mundo del tuyo es muy delgada... —le hizo un sensual guiño.

Sí, adiós a tu exclusividad sobre el perfecto espécimen, hermana, la aguijoneó su conciencia.

Oh ya cállate, estúpida conciencia. Erika respiró profundamente y enlazó su brazo libre alrededor del de Dakota, para sorpresa de este mismo, que cubrió su mano como esperando una respuesta.

—La próxima vez, avísame antes, ¿ok? —dijo ella agarrándose a él para bajar el siguiente peldaño—. No creo que apreciaran demasiado el ver cómo me caigo rodando por las escaleras de la impresión.

Dakota esbozó una irónica sonrisa ante su respuesta y la sujetó mientras bajaban.

Susan le tendió a Frank una copa con una especie de ponche de color naranja. El hombre había accedido finalmente a acompañarla a la fiesta, si bien, lo difícil había sido convencerlo de que se pusiera un disfraz, pero no era de las que aceptara un no por respuesta. Después de varios intentos y sugerencias por parte de su nieta, Frank había accedido a ponerse un traje, representando perfectamente el papel de uno de los lores de antaño. Lo cierto es que estaba impresionante, Susan no esperaba que un hombre de su edad se viese tan bien con aquel traje azul oscuro, el chaleco, y todos sus complementos, incluyendo el antiguo reloj que bordeaba una cadena desde el botón al bolsillo. Era un auténtico Dandi.

Susan se había decidido entonces por un traje de época de Jane Austen, su escritora de romántica favorita. El color verde y dorado del vestido la hacía parecer mucho más joven de los treinta y cinco que tenía e incluso le daba un toque muy cándido. El discreto y diminuto antifaz se fijaba a su rostro casi como una segunda piel, enfatizando unos ojos iguales a los de su hermana.

Volvió a mirar nuevamente hacia la puerta, hacía casi una hora que había dejado a Erika terminando de arreglarse. Sonrió al recordar cómo había protestado ante el espejo al ver el pronunciado escote que dejaba a la vista parcialmente parte de sus pechos. No le cabía la menor duda que había sido un hombre el que había escogido el atuendo, pero tenía que darle crédito, la pequeña nunca se había visto tan hermosa, lástima que sus ojos se vieran tan apagados y tristes. Aunque había intentado ocultarlo bajo una fachada de ironía y distanciamiento, la conocía bien y le dolía saber que sufría y que no podía hacer nada para evitarlo.

—Por mucho que mires la puerta, no va a aparecer antes —le aseguró

Frank llevándose la copa a la nariz para oler el líquido antes de animarse a probarlo.

—Me prometió que iba a bajar —respondió ella volviendo la mirada hacia su acompañante—, y de eso hace ya más de una hora.

—Esta noche es especial para Erika, Susan...—respondió el hombre haciendo una mueca ante el ácido sabor de su bebida—. Déjala que haga lo que quiera, necesita aprovechar cada momento que le depare la vida. Hay cosas que son demasiado efímeras.

La mujer miró al hombre a su lado y por primera vez llegó a preguntarse el porqué de todo aquello. ¿Por qué ellas? ¿Por qué eran las únicas en una larga lista de mujeres en su familia?

—¿Por qué nosotras, Frank? —Casi sin poder evitarlo, las palabras habían abandonado sus labios—. ¿Por qué ahora?

El hombre se encogió de hombros.

—No estoy seguro de cómo funciona esto, Susan —aceptó bajando la mirada a su copa—, todo lo que se, es que siempre ha habido una de vosotras cuando ha habido algún custodio que ha necesitado de vuestra “palabra”. No se elige, simplemente sucede... Algunas veces tarda más en despertar, en otras ocasiones... Bueno, simplemente sucede.

Susan suspiró.

—Las cosas se van a poner difíciles después del amanecer —murmuró ella volviendo nuevamente la mirada hacia la puerta para ver finalmente a la pareja que estaba esperando—. Solo espero estar a la altura de las circunstancias.

Dakota bajó la mirada a la mano que se había cogido con más fuerza de su brazo. Estaba tan nerviosa y asustada que lo único que deseaba era sacarla de allí y pasar el tiempo que les quedara a solas. Pero Erika necesitaba esto, los necesitaba a ellos. Su mirada vagó por la sala elegantemente decorada. Por un

momento fue como volver atrás en el tiempo, la gente festejando, el salón engalanado, solo faltaba su hermana apareciendo por detrás para desearle una feliz noche de halloween. Sonrió, una sonrisa irónica. En su época no había tenido lo más importante, a la mujer que llevaba del brazo a su lado.

Localizó a Susan y al hombre que estaba a su lado al final de la sala. Por la descripción que había hecho Erika de su abuelo, y lo que él mismo había indagado, aquel hombre con rostro amable y mirada inteligente debía ser Frank.

Bajando la mirada hacia Erika, le acarició los dedos que se aferraban a su brazo con su mano libre.

—¿Estás lista? —preguntó, no quería presionarla, deseaba que fuera ella la que diese el primer paso.

Alzó la mirada hacia él y Dakota se murió un poco por dentro. Pese al antifaz, la mirada que había en sus ojos lo hacía sentirse como un canalla. Dios sabía que no quería dejarla, pero las cartas ya estaban sobre la mesa y boca arriba, debía acatar la decisión que había marcado el azar.

Ella tomó aire y se recompuso inmediatamente.

—Acabemos con esto —aceptó, sus labios curvándose en una irónica mueca—, no puedo esperar a ver la cara que pondrán cuando te vean a mi lado.

Dakota sonrió en respuesta. Si ella supiera...

Frank dejó la copa en una mesa cercana y caminó lentamente hacia la mayor de sus nietas, quien observaba a la pareja que acababa de hacer su aparición. Una conocedora sonrisa curvó sus labios.

—Y los muertos caminarán entre los vivos en la noche de Sammain —murmuró para sí, deteniéndose al lado de Susan.

La mujer volvió la cara hacia él y lo miró sorprendida durante un instante.

Sus ojos volaron nuevamente hacia la pareja que hacía su entrada. Erika y su acompañante se habían detenido un instante al lado de un matrimonio de edad y estaban intercambiando unos comentarios. La mujer, al igual que su marido no solo veían al apuesto y alto acompañante de su hermana, estaban hablando con él.

Susan saltó al sentir el inesperado contacto de la mano de Frank sobre su hombro.

—Cierra la boca, querida —bromeó Frank, haciendo que Susan se sonrojara—, deduzco por tu expresión que ya has coincidido antes con el caballero.

Susan miró a Frank pero no confirmó ni desmintió esa afirmación.

—Es Halloween, Susan... Todo es posible en esta noche —le aseguró palmeando su mano antes de salir al encuentro de la pareja.

—Halloween —repitió Susan, por un instante sus ojos adquirieron un tenue brillo de dolor que se desvaneció tan rápido como había llegado. Con un profundo suspiro, siguió a Frank.

Erika sonrió educadamente a la señora Everhall y se excusó, Frank ya los había visto y caminaba ahora hacia ellos seguido de Susan. Por primera vez en mucho tiempo se sintió realmente nerviosa, todos sus sentidos le pedían que diese la vuelta y echase a correr. Pero no estaba en ella esa cobardía. Como si sintiese el tumulto de sus emociones, Dakota le rodeó la cintura con un fuerte brazo y la atrajo contra él acariciando su oreja levemente con sus labios en un suave murmullo. Ella asintió en respuesta y ambos se adelantaron para encontrarse con el hombre y su nieta.

Dakota no se perdió el brillo de reconocimiento y respeto que cruzó por los ojos del hombre cuando posó la mirada en él un instante antes de tomar las manos de su nieta más joven y obligarla a dar un paso hacia delante para poder contemplarla. Había verdadero orgullo en su mirada cuando esta se

posó en Erika. Solo por eso, se relajó.

—Y he aquí la joya que faltaba por iluminar esta noche —la galanteó antes de llevarse la mano a sus labios y dedicarle una extravagante reverencia—. Estás preciosa, cariño.

—Gracias, abuelo —respondió ella, con un ligero rubor cubriendo sus pómulos.

El hombre sonrió complacido e incluso orgulloso cuando oyó la palabra “abuelo” en los labios de su nieta. Su mirada se volvió entonces a su acompañante. No hubo necesidad de palabras, con un simple apretón de manos, los dos hombres se dijeron más cosas de las que habrían podido pronunciar.

—Deduzco que tú eres Dakota —comentó Frank finalmente al estrechar la mano del otro hombre.

—Una sabia deducción —aceptó Dakota correspondiendo a la cálida bienvenida.

Erika se volvió entonces a Susan quien había estado observando discretamente al hombre por debajo de sus tupidas pestañas. Le correspondía a ella hacer esta presentación.

—Sue... —llamó su atención, su hermana se volvió a ella y asintió. Erika sonrió en respuesta y se acercó al hombre—. Él es Dakota.

Susan se limitó a tenderle la mano que el hombre tomó y se llevó a los labios, su sonrisa era engañosa y ciertamente misteriosa, al igual que sus palabras.

—Mademoiselle... —susurró besando sus nudillos, su mirada fija en la de la mujer.

—Es un placer conocerte... Al fin —respondió ella retirando lentamente la mano de la de él, para volverse de inmediato a Erika y hacerle un guiño.

—Lo mismo digo —aceptó él volviendo a su posición, rodeando a Erika

con un brazo en un posesivo gesto que no se le escapó a ninguno de los dos.

Erika paseó entonces la mirada por todo el comedor antes de dirigirse nuevamente a Susan.

—Has hecho un trabajo impresionante —le aseguró la morena.

Susan negó con la cabeza.

—El mérito no es todo mío —aseguró buscando entre la gente disfrazada a la artífice—. Shadow ha trabajado más que nadie y se ha ocupado de todos los detalles, yo me he limitado simplemente a aportar mi experiencia. Es una chica realmente extraordinaria.

—Sí, lo es —aceptó Erika alzando la cabeza para mirar a Dakota de lado.

Él asintió. Sus ojos azules volaron por la sala buscando a la adolescente que había visto crecer. Shadow había sido su puerto en la tempestad durante parte de su solitaria eternidad, le debía al menos una despedida. Volviendo la mirada hacia Erika, ella asintió.

—Hay algo que tenemos que hacer —fue la única explicación que abandonó los labios de la chica.

Frank asintió, tomó nuevamente sus manos y la atrajo a un cálido abrazo.

—Disfruta de tu noche, pequeña, disfruta de cada minuto de ella —le susurró al oído mientras la abrazaba—, ya habrá tiempo para que hablemos.

—Hablabamos, abuelo —le aseguró a modo de promesa—. Lo haremos.

Erika se volvió entonces a Susan, quien asintió y abrazó también a su hermana.

—Si me necesitas...

Erika le devolvió el abrazo y le besó la mejilla.

—Siempre te necesité, Sue —le respondió con una cálida sonrisa.

Susan asintió y la dejó ir. Dakota se despidió del hombre y a continuación se inclinó nuevamente ante ella. Susan lo miró a los ojos y aquello fue todo lo que necesitó Dakota para saber que la mujer cumpliría la promesa que le había

hecho.

—Gracias.

Susan negó con la cabeza.

—Iros.

Dakota enlazó la cintura de Erika y se alejaron en dirección al otro lado de la habitación, donde la delgada y alta adolescente, vestida como una adorable dama de época, charlaba animadamente con Mary Rose y otra mujer, con la que guardaba un muy ligero parecido.

Como si sintiera su presencia, Shadow se volvió, su mirada entonces se cruzó con la de Erika. Sonriendo se recogió la falda del vestido y se dirigió hacia ella. Su enérgico y alegre paso se fue haciendo más lento hasta llegar a detenerse cuando su mirada recayó en el hombre que la acompañaba. Por un momento pensó que el corazón había dejado de latirle. A pocos pasos de ella, vestido de la misma forma que en aquella vieja y amarillenta fotografía que conservaba, estaba su ángel de la guarda.

Dakota realmente sufrió cuando vio el reconocimiento en los cristalinos ojos de Shadow y las lágrimas deslizándose por sus mejillas. Aquella niña era la viva imagen de su hermana e incluso su carácter era muy parecido al suyo. En cierto modo, era la única familia que le quedaba.

Indeciso bajó la mirada hacia Erika, quien asintió.

—Este momento es solo vuestro —le susurró ella.

Dakota se inclinó y la besó en la mejilla para luego caminar él solo hacia Shadow.

Erika permaneció donde estaba, observando la escena como un mudo espectador, pero estaba feliz por él. Sabía que Shadow significaba mucho para Dakota, lo menos que podía darle era la oportunidad de despedirse también de ella.

Sonriendo, vio a la alta adolescente echarse a llorar y abrazar a Dakota cuando este le acarició la mejilla en un tierno gesto.

Con una triste sonrisa, dio media vuelta y los dejó en la escasa intimidad que se puede tener en una sala llena de gente.

Erika se sentó en uno de los asientos de la vacía recepción y empezó a masajearse la rodilla izquierda, volvía a notarla agarrotada y sabía que solo era cuestión de tiempo que el agarrotamiento se convirtiera en un sordo dolor. Suspiró. Fuera la tormenta iba cobrando mayor intensidad, la lluvia golpeaba furiosa contra los cristales haciendo notar su presencia, lo más seguro es que siguiera lloviendo durante toda la noche. La recepción había quedado completamente vacía, apenas se veía algún que otro invitado rezagado que cruzaba el recibidor para después perderse por el corredor que llevaba al comedor. La música se oía de manera apagada, al igual que las risas de la gente. Los envidiaba.

Se echó hacia atrás en el asiento, apoyando la cabeza contra la pared. El escudo de piedra situado sobre la entrada del segundo piso llamó su atención, lo había visto la primera vez que llegó al hotel y ya no había vuelto a reparar en él. Una enorme ave con una llave con alas entre sus patas.

—Extraño escudo de armas —murmuró para sí.

—No es un escudo de armas —negó Dakota, apareciéndose repentinamente a su izquierda—, al menos no el nuestro. Si recuerdo lo que me había contado mi madre, había sido un encargo hecho por mi abuelo, aunque no he podido encontrarle el significado.

Erika se enderezó en el asiento cuando lo vio a su lado, Dakota la tomó de la cintura y la ayudó a levantarse de nuevo.

—No debiste haberte ido así —le reprochó él bajando la mirada a su rodilla para luego mirarla a ella—. ¿Te duele?

Erika asintió con la cabeza y respondió a su reproche.

—Supuse que agradecerías un poco de privacidad —respondió encogiéndose de hombros.

Dakota la rodeó con sus brazos y le apartó el pelo de la cara.

—La única privacidad que necesito es contigo —le aseguró acariciando sus labios en un dulce beso—. Shadow prácticamente me ha echado, me ha pedido que cuide muy bien de ti... Es una niña muy dulce.

—Sí, lo es —asintió Erika cerrando los ojos ante su agradable contacto—, y se convertirá en una mujer muy especial.

Dakota asintió y le acarició el cuello con la nariz.

—Tengo otro regalo para ti —ronroneó en su cuello—. Quería esperar un poco para dártelo, pero no puedo.

Erika se estremeció ante su contacto, sus manos se deslizaron por sus hombros enlazándose detrás de su cuello.

—No necesitas hacerme ningún regalo —negó ocultando el rostro en su cuello—, no necesito nada más que a ti... Así...

Dakota se separó unos centímetros de ella, lo justo para poder posar su frente contra la de ella y suspirar.

—Erika... Ambos sabemos lo que va a pasar esta noche... Tienes que hacerlo...

—No puedo —respondió ella en un doloroso suspiro.

—No tienes otra opción.

—Lo sé.

Dakota cerró los ojos con fuerza. ¿Por qué tenía que ser tan difícil? ¿Por qué tenía que doler tanto? Posando las manos sobre los hombros de ella, la separó de él para mirarla a la cara.

—¿Aceptarás mi regalo?

Erika alzó una mano y le acarició el rostro antes de asentir levemente.

Entonces Dakota hizo la cosa que menos se podía esperar, se dejó caer de

rodillas ante ella, sus manos todavía enlazadas en su cintura. Lentamente, y sin apartar la mirada de aquellos ojos violetas, empezó a deslizar su mano derecha y después la izquierda por sus caderas, acariciando sus muslos, para volar entonces hacia su rodilla lastimada. Sus manos se perdieron por debajo de la falda, sus dedos acariciaron lentamente las medias, recorriendo las cicatrices ocultas con los dedos, creando un agradable calorillo que poco a poco subió de intensidad hasta convertirse en un abrasador fuego. Erika gritó de dolor un instante antes de que empezara a remitir y notase que la rigidez que siempre acompañaba a su rodilla se había ido.

Parpadeando varias veces, bajó la mirada hacia su rodilla. Dakota se ponía ya en pie y retrocedió unos pasos, mirándola. Su mano extendida la llamó como un canto de sirena. Y ella caminó hacia él. Caminó... Ya no cojeaba, el agarrotamiento se había ido así como el dolor. Bajó la mano y la deslizó temerosa. Un jadeo de sorpresa e incredulidad escapó de entre sus labios al no poder notar las feas cicatrices que la habían marcado. Se levantó la falda y bajó la media con rapidez, ahogando un sollozo cuando observó atónita que las cicatrices se habían ido, la piel de su rodilla volvía a estar totalmente lisa y sin marcas.

Un par de solitarias lágrimas habían escapado de sus ojos y se deslizaban ya por sus mejillas cuando alzó la mirada para ver a Dakota sonriéndole.

—¿Por qué? —no pudo evitar preguntar, su voz sonó estrangulada.

Dakota extendió la mano para acariciarle la cara.

—Porque nadie se lo merece más que tú. Has perdido ya demasiadas cosas, Erika, cuando yo ya no esté...

Ella le tapó la boca con los dedos y negó con la cabeza. Dakota se los cogió y los besó.

—Si no hubiese sido por ella, jamás te habría encontrado —murmuró él, había dolor en sus ojos azules y un agradecimiento que iba más allá de las

palabras.

Erika inclinó la cabeza.

—¿Quién es ella, Dakota? —preguntó. Esta noche tendría que saber la verdad, necesitaba saber el motivo por el que fue enviada a él—. Déjame entender... Déjame saber qué fue lo que hizo que te quedaras aquí.

Dakota le sostuvo la mirada, tomó sus manos y la acercó a él.

—Háblame, Dakota —le suplicó. Ella jamás suplicaba.

—Me quedé por ella, Erika. Solo por ella.

CAPÍTULO 17

Dakota se separó de Erika y caminó hacia la ventana. La lluvia empezaba a golpear con cierta intensidad los cristales, la oscuridad en el horizonte se teñía de ocasionales relámpagos, la tormenta cubría toda la región y se acercaba lentamente a ellos... En más de un sentido.

Volvían a estar en la privacidad de la habitación de ella, sin darle tiempo a parpadear los había trasladado a ambos allí donde no habría posibilidad de que nadie pudiera interrumpirlos.

Su voz sonó lejana e impersonal cuando empezó a hablar, como si quisiese mantenerse a sí mismo alejado del pasado.

—La conocí en una de las reuniones a las que era tan aficionada mi madrastra. Al haber vivido toda su vida en la ciudad, digamos que pensaba que el campo estaba bien para retirarse una temporada, pero no para vivir y alternar con la gente de las plantaciones. Estaba decidida a que Cathie conociera algo más que la sencilla vida que había llevado hasta entonces. A menudo le llenaba la cabeza de las supuestas maravillas que proporcionaban las grandes ciudades, de la sofisticación que adquiriría una señorita en comparación a la sencillez del campo. Cathie solo era una niña y, como todas las señoritas de su edad, se embelesaba por todo.

Erika observó en silencio como los labios de Dakota se estiraban en una cínica sonrisa.

—Pero ella adoraba esto —Dakota se volvió hacia Erika haciendo un gesto hacia la ventana—. *“Yo soy una chica de campo, Dak, no una señorita*

remilgada” solía decirme cada vez que la esposa de mi padre desaparecía de nuestra vista. Yo adoraba a mi hermana, le había prometido a mi madre cuidar de ella y esa promesa pesaba sobre mi conciencia más que ninguna otra cosa. Yo fui quien animó a Cathie a ir con Sharon a la ciudad, a conocer a señoritas de su edad en otros ambientes, que conociese la diferencia que había entre vivir en el campo y el ajetreo de la ciudad. No quería que el día de mañana, si decidía quedarse en esta casa, se preguntase que habría pasado si hubiese conocido otros ambientes. Había visto lo que eso había traído a la vida de mi madre y no lo quería para mi hermana —Dakota hizo un alto, sus recuerdos no estaban tan borrosos como habría querido pensar. Sus ojos se posaron un instante en Erika, pero ella no estaba segura de que la viera realmente, su mirada se veía perdida, sumida en los recuerdos—. La primera vez que la vi llevaba un vestido color borgoña con bordados azules, estaba sentada al lado de mi hermana y reía tímidamente por un comentario que le había hecho Cathie, era algo más alta que ella y extremadamente delgada, sus manos envueltas en unos finos guantes bordados jugueteaban con un discreto abanico sobre su regazo. Recuerdo que Cathie me había visto allí, observándola como un estúpido en el umbral de la puerta de la pequeña salita y se había apresurado en presentarme a su nueva amiga, la Señorita Veronike Trevein.

El silencio se instaló entonces entre los dos. Dakota se había callado repentinamente, sus pasos lo habían llevado nuevamente hacia la ventana. Erika permaneció callada, temía que si hablaba, él dejara de hablarle y ella necesitaba saber tanto como él necesitaba hablar de ello.

Con un resignado suspiro, Dakota retomó sus recuerdos.

—Con sus enormes ojos de color avellana y suaves modales, era la viva imagen de la candidez y feminidad. El primer pensamiento que pasó por mi cabeza mientras mi hermana nos presentaba fue que la quería para mí —una irónica sonrisa cubrió sus labios y se notó en su voz—. ¿Candidez?

¿Inocencia? Pura fachada. Sus visitas a mi hogar empezaron a hacerse más continuadas. Cathie intentó advertirme pero yo estaba demasiado cegado por ella, pasé de rebatir sus absurdas acusaciones e insinuaciones sobre Veronike a ignorarlas. Pensaba que Cathie estaba celosa por tener que competir con otra mujer por mi cariño, se lo dije y le aseguré que era ridículo.

Dakota volvió a negar con la cabeza, como amonestándose a sí mismo.

—Nos hicimos amantes —respondió con cierto tono de ironía en la voz—. Debo decir que no me sorprendió demasiado que no fuera virgen. Su pasión, su desinhibición lo dejaba patente en cada previo encuentro, pero yo la deseaba igualmente, la quería... Hasta tal punto que me decidí a proponerle matrimonio.

Erika dio un respingo cuando repentinamente la expresión de Dakota cambió a una de completa furia, la mandíbula apretada, sus ojos llameantes.

—Padre se opuso terminantemente —su voz ahora sonaba tensa, dura—, decía que si me unía a esa mujer, podía ir haciendo mis maletas y largarme de esta casa. Cathie intentó interceder ante los dos cuando se percató que todos sus esfuerzos por ponerme sobre aviso fueron ignorados y desechados. Veronike —Dakota soltó un bufido de sorna—, ella me decía que esperáramos, que tarde o temprano el viejo entraría en razón y permitiría nuestro matrimonio. Lloró ante mí diciéndome que lo mejor sería separarnos, que jamás permitiría que los vínculos con mi familia se rompieran por su culpa. Incluso sugirió que nos separáramos un tiempo, así yo podría intentar convencer a mi padre sin que la presencia de ella molestara en su casa y al mismo tiempo ella podría ir arreglando las cosas para la boda.

Dakota se pasó las manos por el pelo en un gesto desesperado.

—Yo no estaba dispuesto a dejarla marchar, a mis ojos era demasiado buena para que tuviera que volver a soportar los desplantes e insultos de la vieja tía solterona con la que vivía. Sus padres, había dicho ella, habían

muerto cuando era apenas una niña y la única familia que se había hecho cargo de ella era una hermana de su padre, una mujer amargada que solo vivía para volcar su frustración sobre su única sobrina —Dakota había pasado a relatar esa parte de la historia con total sorna—. Yo la idolatraba... Vaya un estúpido que era.

Erika lo observó sin decir palabra. Interiormente se dolía por él, se había enamorado profundamente de una mujer que por lo que había visto hasta el momento, no era tan buena como él suponía.

Dakota continuó el relato algo más calmado.

—Durante toda una semana fui de discusión en discusión con el viejo pero su respuesta era siempre la misma o incluso más dura ahora que Veronike se había vuelto a la ciudad. Cathie intentaba por todos los medios apaciguar a nuestro padre y hacerle entrar en razón. Al menos al principio, antes de que se volviera retraída hacia ese tema y mirase a nuestro padre con un profundo desprecio y dolor en la cara que solo ahora me doy cuenta de ello. Todas las pruebas estaban ahí pero yo estaba demasiado obcecado por ella y no veía las cosas con claridad. Mi hermana, siempre brillante y vivaz, empezó a decaer poco a poco, su carácter se volvió hosco y a menudo evitaba mi compañía. Fue entonces cuando empecé a preocuparme y a desconfiar. ¿Qué podía ser lo que había llevado a Cathie a aquel estado? No lo supe hasta que era ya demasiado tarde: los dos hombres que ella más amaba en aquel momento se estaban destrozando como perros rabiosos por una mujer que no valía si quiera el suelo enlodado por el que caminaba.

El puño de Dakota golpeó con dureza la pared junto a la ventana. Erika hizo ademán de moverse pero se congeló en el momento en que vio la mirada de ira y la mandíbula apretada de él al tiempo que sus palabras salían atropelladamente de sus labios.

—Cathie enfermó, se pasó casi cinco días debatiéndose entre la vida y la

muerte, la fiebre había hecho presa de ella y no había manera de bajársela. La alta temperatura declinó en delirios, gritos y súplicas, ni siquiera creo que supiera que estaba allí con ella. Me sentía tan culpable que no permití que nadie se acercara a ella. Me había encerrado con Cathie y solo permitía que entrara el doctor y una de nuestras criadas que había sido quien nos había criado. Día tras día, cuando la fiebre subía hasta provocarle convulsiones la escuché hablar sobre nuestro padre, sobre Veronike, como ambos me habían traicionado. No podía creerlo, realmente todo tenía que ser fruto de la altísima fiebre.

Dakota ahora se volvió a mirar a Erika, en sus ojos se mezclaba el dolor y el odio.

—La mujer a la que había creído amar había sido amante de mi padre —explicó con voz firme a la par que letal—. Cathie los había visto discutir en una ocasión en la biblioteca. Ella había recelado desde el principio de la mujer. La había conocido en una fiesta a la que había acudido con su madrastra en la ciudad, se la habían presentado y había estado tan emocionada y deslumbrada por la elegancia de la mujer que no había visto su verdadera cara, pero Cathie siempre tuvo un sexto sentido para la gente y enseguida vio el verdadero rostro de Veronike. Intentó decírmelo, pero no la escuché.

Erika asintió lentamente y decidió hacer la pregunta.

—¿Qué ocurrió la noche de tu muerte?

Dakota la miró un instante y asintió.

—Después que Cathie se repuso, confirmó toda la historia. Enfrenté al viejo en la biblioteca y lo amenacé con matarlo si volvía a tocar a mi prometida —continuó Dakota—. Busqué a Veronike, debía haber una buena explicación para todo aquello, todavía me resistía a creer la verdad que se me mostraba. Se presentó ante mí como una víctima, una mujer que había caído presa de la venganza de un padre a su hijo. Mi padre podía ser muchas cosas,

pero jamás forzaba a una mujer, no lo necesitaba. Me cegó la furia, la acusé de ser una zorra, de engañarme cuando supuestamente yo la quería... La repudié allí mismo, en el salón de su propia casa ante los asombrados criados y le prohibí volver acercarse a mí.

Dakota hizo una pausa y observó a Erika que ahora se había sentado en la cama.

—Aquella noche se celebraba la fiesta de navidad que como cada año mi madrastra se encargaba de organizar por todo lo alto. El salón estaba totalmente engalanado, mi madrastra y el viejo habían empezado a dar la bienvenida a los invitados a primera hora de la tarde. Recuerdo que Sharon llevaba un vestido color champán que realzaba el brillante color negro de su cabello, el collar que su esposo le había regalado aquel mismo día lanzaba pequeños destellos sobre su pecho —Dakota sonrió como si recordase algo agradable—. Cathie se había acercado a mí y me había susurrado si habría utilizado el brillo de las piedras para cegar a cualquiera que se atreviera a fijar la mirada en el montículo que se asomaba de sus pechos o precisamente para atraerla hacia ellos. Ella estaba preciosa aquella noche, tenía el pelo rubio adornado con diminutas flores a juego con el vestido azul que llevaba, parecía un angelito.

Erika no pudo evitar murmurar.

—Adorabas a tu hermana.

Él asintió sin vacilar.

—Ella era la única cosa totalmente pura en mi vida —aceptó con cierto tono de nostalgia antes de volver la mirada hacia la ventana al oír el cada vez más cercano sonido de un trueno—. Aquella noche también había tormenta...

Erika lo observó en silencio, su corazón se encogía en armonía con el dolor que debía sentir Dakota.

—Los invitados empezaban ya a retirarse, así que no hacía falta que

siguiera haciendo acto de presencia cuando lo último que deseaba era estar alternando con señoritas estúpidas y hombres que lo único que hacían era jactarse de su última conquista o hablar de política —respiró profundamente como para darse ánimos antes de continuar—. Subí a mi habitación, abrí la puerta y allí estaba ella.

Dakota pareció vacilar, su mirada cayó de nuevo en la ventana como si su mente se esforzase por ordenar sus recuerdos.

—No era ni la sombra de la mujer que yo recordaba. Su piel antes blanca y tersa estaba amarillenta y en zonas presentaba un ligero color morado, como si se hubiese llevado un golpe o se lo hubiesen propinado; el brillante y sensual pelo rojizo que siempre le había caído en tirabuzones ahora era una masa enredada y sin brillo, el vestido que llevaba puesto caía holgado sobre su cuerpo, como si no fuese suyo. Realmente, realmente llegué a sentirme culpable de verla en aquel estado —Dakota no vio el brillo de lágrimas sin derramar que se iban amontonando en los ojos de Erika—. Sus ojos tenían un enfebrecido brillo cuando me apuntaba con una vieja pistola, su mano temblaba ligeramente y sus labios se torcieron en una horrible mueca cuando me vio.

Las lágrimas que Erika se afanaba por evitar que se deslizaran por sus mejillas empezaron a resbalar de sus ojos mientras escuchaba a Dakota.

—Empezó a gritar que le había arruinado la vida, su mano temblaba, todo su cuerpo temblaba y yo solo podía ver la pistola en su mano. Intenté hablar con ella, calmarla pero estaba totalmente enloquecida. Empezó a hablar de un pasado que yo desconocía, de una vida de lujos y diversión que había esperado alcanzar a mi lado, de palizas y castigos por parte de su tía de los que jamás había tenido noticias. De hecho, lo último que había sabido de ella después de la discusión en el salón de su casa es que se había marchado a Europa. Me gritaba que yo la había marcado de por vida, que la gente jamás le

perdonaría eso, que hubiese sido mejor ahogarla cuando había nacido. En realidad, no me paré a pensar en lo que decía, para mí eran todo cosas inconexas, y el arma que se balanceaba en su mano me preocupaba mucho más que su enloquecida cháchara.

Dakota volvió a hacer un alto en la narración, eran sus manos las que ahora temblaban apretadas en sendos puños a ambos lados de sus caderas.

—Conseguí acercarme a ella lo suficiente para intentar quitarle el arma. Forcejamos, ella peleó con uñas y dientes, su arma entre sus manos y las mías. Entonces, oí el disparo seguido por el olor a pólvora y el repentino llanto de un niño.

Erika contuvo el aliento, las lágrimas empapaban sus mejillas, sus labios se apretaban evitando escapar un angustiado sollozo.

—No entendí en un principio que había pasado, sus ojos se abrieron desmesuradamente y creo que realmente vi arrepentimiento en ellos, pero mi visión se estaba haciendo borrosa y empecé a marearme. Bajé la mirada a las manos y las vi cubiertas de sangre, la misma sangre que empapaba mi camisa. —Dakota respiró con dificultad, como si estuviese reviviendo aquel mismo momento—. Voces, ruido de pasos precipitándose por el pasillo, el llanto de aquel niño que se incrementaba, femeninos gritos lastimeros, la voz de mi hermana llamándome, creo incluso que incluso escuché al viejo llamar zorra a Veronike. Más gritos y finalmente un nuevo disparo.

Dakota sacudió la cabeza como intentando despejarse antes de continuar.

—Solo podía oír el llanto del niño. Sabía que Cathie me gritaba que me quedara, oía a mi padre gritándole a mi madrastra que pidiera un médico pero yo solo podía concentrarme en el llanto del bebé.

Dakota se volvió entonces hacia Erika, en sus ojos había dolor, arrepentimiento, pero también una enorme determinación.

—Lo siguiente que recuerdo es estar de pie en el pasillo mirando a mi

hermana Cathie sentada contra la pared que daba a mi habitación, sollozando desconsoladamente al tiempo que intentaba calmar a la bebé que medio desnuda y envuelta en una especie de manta rosada no cesaba de llorar —su mirada se suavizó al responder—. Aquel bebé era mi hija y yo acaba de morir.

Dakota suspiró, por primera vez en varios siglos, el peso de todo aquello empezaba a ser más liviano.

—Me quedé junto a ella, algo tiraba de mí, pero me negué a abandonarla. Ella lloraba de miedo y hambre, era tan pequeña, tan vulnerable...

—Te quedaste por ella —al fin, el motivo salía a la luz.

—Ningún niño debería quedarse solo, su madre... Mi padre forcejeó con ella para sacarle el arma y esta se disparó... No pasó de aquella noche —respondió Dakota antes de apretar con fuerza los ojos y añadir—. Ninguna de las dos lo hizo.

Erika jadeó de dolor. A Dakota se le encogió doblemente el corazón por ella, le habían arrebatado incluso esa posibilidad que Veronike había despreciado tanto. Arrodillándose ante ella le limpió las lágrimas del rostro.

—Ella estaba muy enferma, Erika —le aseguró él compartiendo su dolor con la pequeña morena—. Decidí quedarme con ella, velar por ella y jamás me arrepentí de ello. Solo lamento no haberlo sabido antes, ella no se merecía tener el mismo destino que corrieron sus padres.

—Te condenaste por amor —susurró doliéndose por él.

—Y volvería a hacerlo, Eri, una y otra vez —aseguró descansando su frente contra la de ella—. Solo por amor.

Ella cerró los ojos saboreando durante un leve instante la sensación de su contacto, sus pequeñas manos ascendieron a las barbudas mejillas, enmarcando su rostro para bajarlo a su altura.

—Por amor acabamos condenándonos todos, Dakota —dijo mirándose en sus ojos—, la pregunta es: ¿merece la pena la condena?

Sus labios se unieron a los de él diciéndole en un solo beso todo lo que su corazón se negaba a decir en voz alta. Él la rodeó con los brazos y se permitió perderse en el calor de aquel cuerpo femenino. Necesitaba amarla una última vez.

CAPÍTULO 18

Erika no dejaba de darle vueltas a la cabeza. La tormenta había alcanzado ya a situarse prácticamente sobre el hotel y la intensidad de esta iba cada vez a más, los rayos perforaban el oscuro cielo seguidos casi al mismo tiempo por el retumbar de los truenos. Si no fuese una locura, juraría que la tormenta se estaba haciendo eco de sus cada vez más tumultuosos pensamientos, si tan solo ella pudiera liberarse de la misma manera.

Dakota se movió a su espalda apretándola más contra él al tiempo que le acariciaba el hombro con la rasposa barbilla antes de depositar un ligero beso sobre este.

—Un penique por tus pensamientos —susurró su cálido aliento al oído.

—Si me das cien dólares por ellos, a lo mejor me lo pienso —respondió ella con total convicción arrancando con ello una carcajada en su amante.

Dakota la giró lo suficiente para poder mirarla. Quería grabar cada uno de sus rasgos en su memoria, desde las delicadas cejas oscuras, los enormes y brillantes ojos violetas bordeados por unas espesas pestañas, el pequeño y coqueto lunar que tenía en el cuello, la grácil línea de su clavícula, incluso el tono y el sabor de su piel. Bajó su boca sobre la de ella mordisqueándole el labio inferior para luego pasarle la lengua e introducirse finalmente en el húmedo interior y enlazarla con la suya hasta robarle el aliento.

Ella gimió bajo su contacto, sus brazos rodeando perezosamente su espalda

y cuello, disfrutando de la intimidad compartida.

Dakota abandonó su boca y descansó la frente sobre la de ella, los ojos cerrados, la respiración acelerada.

—No quiero dejarte —susurró, el dolor se notaba en el temblor de su voz.

—No quiero que me dejes —respondió ella en un suave susurro, pero interiormente sabía que lo que ambos desearan no importaba. Había llegado el momento en que sus caminos se separaran.

El cuerpo femenino empezó a temblar bajo el suyo, los silenciosos sollozos se atascaban en la garganta, las lágrimas quemando en sus ojos dispuestas a correr por sus mejillas como ríos de lava candente. Ocultó el rostro en el hueco de su hombro. No quería que la viera llorar, no quería empañar aquellos momentos que le estaban robando al tiempo.

Dakota se limitó a acariciarle el pelo apretando su frágil cuerpo desnudo contra el suyo. El alba se iba acercando peligrosamente, la furia de la tormenta no hacía si no retrasar el momento pero no lo eludía. Tendría que dejarla, lo sabía, la carga que lo había estado reteniendo se había liberado de su alma permitiéndole continuar el camino... ¿Pero qué pasaba si aquel ya no era el sendero que quería recorrer?

Suspirando se volvió a Erika.

—Se agota el tiempo, Erie —le susurró apoyando los labios en su coronilla.

Erika asintió contra su hombro un instante antes de permitirle abandonar la cama.

Nunca había sido una cobarde y no iba a empezar ahora, tenía una misión que llevar a cabo esa noche y no se detendría hasta alcanzarla.

Bajó las escaleras lentamente, su mano izquierda acariciaba levemente el pasamanos de madera notando su lisa y suave textura bajo la yema de los

dedos, sus pequeños pies enfundados en los antiguos botines de tacón se posaban con seguridad en cada peldaño. El bastón había quedado relegado al olvido, así como el continuo dolor que le laceraba la rodilla izquierda. Le hubiese gustado saltar y corretear subiendo y bajando las escaleras solo por el placer de poder volver a hacerlo. Se detuvo. Dakota avanzó un par de escalones más hasta darse cuenta que no la acompañaba y se volvió. Ella permanecía allí de pie, preciosa y sexy con aquel bendito traje de cabaretera que había dispuesto para ella, el color violeta oscuro de la tela armonizaba con sus ojos, y el encaje negro realzaba su piel clara. Dios del cielo, como la amaba.

—¿Erika? —preguntó al tiempo que arqueaba una ceja acentuando su pregunta.

Erika bajo la mirada a sus pies y levantó ligeramente su pierna herida para bajar el escalón que había por debajo suyo, y luego otro y otro, hasta detenerse al lado de Dakota.

—Gracias por esto —respondió ella en un susurro, las lágrimas no derramadas brillaban en sus ojos.

Dakota la miró y negó con la cabeza.

—Gracias a ti —le contestó alzando la mano y posándola suavemente sobre su pecho, sintiendo los latidos del corazón—. Por esto. Si el mío latiese, lo haría a este ritmo, seguiría su mismo compás, porque te pertenecería, te pertenecería por entero.

Erika solo asintió. Aunque hubiese querido decir algo, no habría podido, su voz se había unido al nudo de su garganta.

Dakota le tendió la mano y enlazó los dedos con los suyos cuando ella se la dio.

—Vamos, quiero un último baile contigo, cabaretera.

Erika sonrió, aunque la sonrisa no llegó a iluminar sus tristes ojos.

—Estaré encantada de concedértelo.

Susan tomó un nuevo sorbo de su vino blanco mientras observaba ligeramente distraída el ambiente de la fiesta. La gente reía, brindaba y comparaban los más variopintos disfraces que habían adquirido para la ocasión. Su mirada recorría lentamente a los asistentes evaluándolos, midiéndolos, una costumbre de la que era incapaz de desprenderse incluso fuera del trabajo.

—Deja de buscarla —oyó una voz masculina al tiempo que notaba un toquecito en el hombro. Susan se giró a tiempo de ver a Frank—. Cuando les parezca oportuno volver, lo harán. Déjala que disfrute del tiempo que le queda a su lado.

Susan bajó la mirada al abanico que llevaba entre las manos enguantadas un instante antes de volverla hacia Frank, sus ojos violeta, algo más oscuros que los de su hermana, reflejaban su preocupación.

—No quiero que le vuelvan a hacer daño, Frank —dijo en un susurro—. Erika no estaba enamorada de Paul cuando ese jodido bastardo se salió de la carretera provocando el accidente, y sin embargo, lo disculpó... El cancelar después la boda fue lo mejor que le puso haber pasado... Pero... Con él... Jamás la había visto así, se ha enamorado y va a dejarlo marchar.

Frank sonrió a su nieta y le pasó el brazo por los hombros acercándola a él de modo que pudieran hablar con algo más de confianza.

—Así que ahora si aceptas vuestro legado —aquello era una afirmación, no una pregunta. Susan dio un respingo y su mirada se volvió recelosa hacia Frank quien continuó como si no hubiese pasado nada—. Ya llegará tu turno, querida —Susan apartó la mirada y se enderezó como si no le importase nada de todo aquello—. Quédate cerca de tu hermana. Erika va a necesitarte ahora más que nunca.

Susan volvió nuevamente la mirada hacia su abuelo, ese viejo loco era más

astuto de lo que jamás nadie llegaría a pensar. Con un ligero asentimiento, acarició la curtida mano que tenía sobre su hombro.

—Bien —aceptó él satisfecho—, ahora haz el favor de poner una bonita sonrisa en tu hermosa cara, cariño, o asustarás incluso a los fantasmas.

Aquella pequeña broma compartida arrancó una sonrisa real a Susan que se volvió de nuevo hacia la entrada del comedor que había sido arreglado para acoger a un buen grupo de gente. La sonrisa en el rostro femenino fue substituida gradualmente por una expresión de completo asombro e incredulidad.

Erika entraba de la mano de Dakota en el salón. La pareja se había detenido un instante en el umbral antes de ser asaltados casi de inmediato por Shadow quien tomó a Erika de las manos y giró con ella antes de fundirse ambas mujeres en un cálido abrazo. Los labios de Susan se movieron varias veces pero fue incapaz de articular palabra. Se sentía incapaz de apartar la mirada de su hermana la cual sonreía y se movía con soltura sin necesidad del bastón que había estado usando antes, no se apreciaba problema alguno o torpeza en los movimientos de su pierna herida. Shadow abrazó entonces al alto vaquero para luego responder a algo que preguntaba Erika y señalar en su dirección con un gesto de la mano. Tras despedirse, la pareja continuó hacia el lugar en el que estaba su familia.

—Vaya, los milagros existen después de todo —murmuró Frank igual de sorprendido que su nieta.

Erika se detuvo ante la pareja, su mirada cayó de inmediato sobre su hermana mayor y se sonrojó ligeramente al ver que esta la estudiaba como si fuera un cuadro. Si no la conociera tan bien y entendiese las circunstancias de ese completo examen, se sentiría molesta. Pero Susan había cometido errores como también los había cometido Erika y ya era tiempo de que hicieran las paces y se comportaran como lo que eran.

—Erika... —susurró tendiéndole las manos a su hermana al tiempo que miraba sorprendida hacia sus botas.

Erika sonrió algo vacilante y estiró una mano hacia ella.

—Mi regalo de Sammain —susurró mirando a la hermana que había estado tanto tiempo oculta bajo aquella fachada de autosuficiencia y glamour.

Susan abrazó a la pequeña morena apretándola fuertemente contra ella mientras enterraba la cara contra su pelo y le susurraba.

—Lo siento, pequeñita —susurró Susan, las lágrimas podían oírse en el ligero temblor de su voz—, debí haberme dado cuenta mucho antes.

Erika correspondió a su abrazo y susurró a su vez.

—Solo intentabas protegerme, Sue. Creo que yo habría hecho lo mismo.

Dakota se acercó a su mujer cuando esta retrocedió separándose de su hermana.

La mirada de Susan fue de uno a otro para finalmente detenerse en Dakota y tenderle la mano.

—Gracias.

Dakota tomó su mano y se la llevó a los labios en un caballeresco saludo.

—Ha sido un placer.

Los altavoces que se habían instalado cobraron vida de nuevo como lo habían estado haciendo a lo largo de la noche llamando la atención de los presentes. En esta ocasión, la alta adolescente rubia estaba subida a la tarima con el micrófono en mano, se la veía preciosa vestida de dama de época. Ahora más que nunca el parecido con Cathie, la hermana de Dakota era más que palpable.

Shadow sonrió a los presentes y al ver que tenía toda su atención, procedió a hablar.

—Hola a todos —saludó con una risita—. Os diría eso de “Buenas noches”, pero creo que son algo así como las tres de la mañana y creo que ya

hay gente que empieza a pensar en lo bien que se estaría dentro de las sábanas —hubo un coro general de risas—. Solo quería daros las gracias en nombre de todos los miembros de *Los Robles* por asistir a esta fiesta de Halloween e invitaros al último baile de la noche. Gracias a todos.

Dakota se volvió entonces hacia Erika. La mirada de la chica se tiñó de tristeza pero con todo logró sonreír y tenderle la mano antes de volverse a su familia.

—Os veré después.

Susan asintió y los observó alejarse hacia el centro de la sala donde las parejas se estaban reuniendo para bailar.

Erika se acomodó en los brazos de Dakota y se dedicó a disfrutar del cálido contacto de su cuerpo pegado al de ella. Los segundos colgaban sobre su cabeza como la espada de Damocles. Cada respiración que daba se hacía más dolorosa, cada paso que los acercaba más al segundo siguiente pesaba casi tanto como una losa sobre su alma, no quería que el tiempo transcurriese, no quería enfrentarse a lo que sabía que vendría después, le faltaba valor.

—N... No puedo —susurró sacudiendo la cabeza—. No puedo hacerlo...

Erika abandonó sus brazos, dio media vuelta y echó a caminar con paso rápido sorteando a la gente hasta que alcanzó la puerta de entrada. Sin mirar atrás, salió por ella.

Dakota no perdió tiempo en ir tras ella.

CAPÍTULO 19

“Quizás aquel corazón no latiera bajo mi mano, pero yo lleva su ritmo impreso en el alma”

Erika Connors, Redentora de Almas.

Se negaba a mirarle. Dakota le había dado alcance deteniéndola apenas entraron en el hall de la recepción, pero ella se negaba a mirarle. Tomando su barbilla entre el dedo pulgar y el índice, la obligó a volver la cara hacia él. Aquella separación los estaba matando a ambos pero retrasar lo inevitable no iba a servirles de nada. Los ojos violetas lo miraron con tanto dolor que se le partía el alma, el brillo de lágrimas sin derramar inundaba su mirada. Deseaba decirle que todo iría bien, prometerle tantas cosas pero ella era demasiado inteligente para tan vano consuelo. La verdad era el único camino de acción, por muy dura o cruel que resultara para ambos.

—Debo irme —le susurró con su mano todavía apoyada a la suave mejilla femenina.

Erika movió la cabeza alejándose de su contacto cuando esas palabras penetraron en su mente igual que el agua se filtra por los recovecos de un muro que se va deshaciendo. Sabía que antes o después ese muro se vendría abajo por la fuerza del agua y que nada ni nadie lo detendrían.

—Erie —se estiró para alcanzarla.

Ella se volvió dándole la espalda, lo único que ocupaba su mente eran sus palabras y la verdad que estas encerraban. No podía permitir que la tocara. En el momento en que lo hiciera tendría que aceptar una verdad para la que todavía no estaba preparada.

Sus suaves pisadas resonaron tras ella a medida que se alejaba de él. Al principio un lento y pausado caminar, sus manos apretándose a ambos lados de su vaporosa falda, entonces se hizo más rápido y por primera vez en mucho tiempo echó a correr.

—¡Erika! —quiso detenerla.

—Espera.

Dakota sintió el repentino tirón sobre su brazo, su mirada se volvió a la derecha para ver a Alexander con una mano en su hombro y otra en el antebrazo, reteniéndole. Sin embargo, fue la mirada compasiva y con un cierto atisbo de comprensivo dolor el que evitó que se liberara de un tirón de él y saliera tras Erika.

—Es hora de que se enfrente a la realidad—dijo en un tono firme y sin inflexión, como si supiese que era inevitable—. Déjala a solas.

Rotando los hombros y tirando ligeramente de su brazo, se libró de la molesta sujeción. Deseaba herirle de la misma manera en que tantas y tantas veces lo había herido a él, pero ya no merecía la pena. Lo único que había realmente merecido la pena en toda su vida, la iba a perder a penas despuntara el amanecer.

—No me digas lo que tengo que hacer —fue su seca respuesta.

—No debiste haber permitido que pasara, Dakota Alexander.

Dakota soltó un irónico bufido. Aquella frase podría atribuirse a varios momentos de su vida.

—Hay muchas cosas que debería haber evitado padre, pero Erika no es una

de ellas. Solo lamento no tener tiempo para demostrarlo.

El hombre dirigió la mirada hacia la puerta abierta de la entrada principal que se iluminó en ese momento con un repentino relámpago.

—Tiempo es algo que todos pedimos alguna vez, pero que a muy pocos se nos concede —suspiró volviendo la mirada hacia él—. Sé que la amas, pero tú también debes dejarla libre.

Dakota apretó los dientes ante esa gran verdad que se había obligado a afrontar. Se había enamorado de ella pese a que sabía que tendría que dejarla ir.

—Te ha hecho un regalo inapreciable, no eches por tierra sus esfuerzos.

Dakota lo miró un último instante antes de salir por la puerta directo al enorme aguacero que había traído la tormenta.

—Lamento mucho todo lo que ha pasado, hijo —murmuró en voz baja viéndolo salir a la tormenta—. No me falles Redentora de Almas, esta clase de regalos solo se otorgan una vez.

La tormenta desataba toda su rabia sobre la tierra castigando con su virulencia todo lo que encontraba a su paso. No se trataba sino del ciclo de la vida, aquella agresiva descarga de agua nutriría los campos y llenaría los manantiales de agua así como abastecería diques y presas. Todo en el ciclo de la vida tenía su lugar, su orden... Incluso la muerte.

El cielo se iluminaba una y otra vez con los desiguales relámpagos. El fuerte estruendo del trueno quedaba apagado escasos segundos después por la intensa lluvia que caía con fuerza sobre la tierra, como si el cielo estuviese haciendo eco de las almas que se debatían en aquellos mismos momentos bajo su enorme cúpula.

Erika aferraba mojados puñados de piedra y arena, enterrando los dedos en el húmedo y sucio suelo, sus desgarradores sollozos quedaban opacados por

el estruendo de la torrencial lluvia que caía sobre ella como lanzas sin piedad. Arrodillada en el suelo, daba rienda suelta a todo el dolor que su corazón y su alma había estado reteniendo desde hacía días, desde hacía incluso años. Las lágrimas eran barridas por el interminable goteo del agua que chorreaba de su pelo, bañando su cara, bañándola entera.

El aterrador sonido de la tormenta sobre su cabeza, su solitaria figura encogida, arrodillada golpeando el suelo una y otra vez, de su garganta escapando desgarradores sollozos... Parecía el marco de una desgarradora escena de abandono.

Su rostro se elevó por unos segundos hacia el cielo, permitiendo que el desgarrador grito que había estado cerrando su garganta la abandonara reverberando en el fragor de la tormenta. Los árboles del sendero eran apenas mudos testigos del desgarrador eco del corazón femenino que en aquel momento sangraba sin poder detenerse.

Permaneció sentada sobre sus piernas, los brazos cayendo medio muertos a sus costados mientras el espeso pelo negro chorreaba agua cayéndole en enredados mechones. Entonces, echó la cabeza atrás sollozando, gritando al oscuro cielo.

—¡Maldito seas! —gritó bajo la tormenta, un rayo iluminó el cielo en respuesta—. No me obligues... Déjalo conmigo...

Negó con la cabeza, la pluma del tocado se sacudió cayéndole enredada en los mojados rizos que le ocultaban el rostro.

—¡Por qué, maldito seas! ¡Por qué!...Déjalo conmigo... por favor... Déjalo conmigo...

No sentía el ardor de la garganta, el dolor la cortaba como un diestro espadachín, hundiendo su espada siempre en algún punto clave dejándola indefensa, herida.

—No puedo... No puedo hacerlo... —sollozaba a voz en grito—. ¡No

quiero!

El corazón se le encogía al verla así, tan vulnerable, desgarrada por el dolor, un sangrante dolor que estaba lacerando su alma en aquel mismo momento.

Salió a la fuerte tormenta, alzó la mirada al oscuro cielo mirando los luminosos relámpagos que surcaban la enorme bóveda y cerró los ojos durante un instante sintiendo como el agua resbalaba por su rostro, como caía sobre él a modo de fuertes lanzas golpeando con fuerza su piel y empapándolo como jamás había hecho. Aquello solo era un recordatorio más de la noche, ya casi madrugada, en la que se encontraba, y la confirmación de que su alma ya no estaba sujeta a la tierra.

Sus pasos fueron lentos, dándole tiempo a la lluvia para calarle, haciendo que su pelo rubio se oscureciera cayendo por sus pómulos pegados a la cabeza. Su mirada se emborronaba con la insistente agua, pero ni siquiera se molestó en pasarse la mano por el rostro, sabía perfectamente que no serviría de nada.

No podía hacer más que mirarla y desear que todo fuera distinto. No quería alcanzarla, se resistía a darse prisa pese a que sus brazos y sus manos se morían por abrazarla, pese a que su cuerpo ardía por tenerla de nuevo pegada a él...No estaba preparado para dejarla, dios, jamás lo estaría.

Los ahogados sollozos se clavaron como pequeños puñales en su corazón. Ahora estaba lo suficientemente cerca de ella para oírla llorar pese a la aterradora intensidad de la tormenta que desataba su furia sobre la cabeza de ambos.

—Erika...

La chica ahogó un sollozo, su espalda se tensó ante el tono de su voz, su pecho todavía hipaba intentando contener el dolor, las lágrimas continuaban

mezclándose con el incansable torrente de agua que bajaba por su cuerpo, aumentando el charco a sus pies. El hermoso vestido estaba ahora enlodado y lleno de suciedad, la pluma que había adornado su pelo caía rota y totalmente inservible. Los guantes estaban desgarrados y agujereados en los dedos.

No se volvió a él, ni siquiera lo intentó, respiró hondo un par de veces intentado alejar los sollozos, sin llegar a conseguirlo... No iba a darle la oportunidad de verla destrozada por su partida, pero era tan difícil...

Dakota se arrodilló tras ella y la rodeó con sus brazos, apretándola contra su pecho mientras descansaba la barbilla sobre su cabeza.

Erika jadeó y apretó con fuerza los ojos. ¿Cómo iba a ser capaz de pronunciar las palabras si todo en ella gritaba que no lo hiciera?

“No puedo perderte... A ti no” pensó ella temblando entre sus brazos, sus pequeñas manos ascendieron para aferrarse a los brazos que la envolvían.

—Ha llegado el momento, pequeñita —respondió él, su declaración fue acompañada por un relámpago. Ella saltó y él la apretó aún más.

“¡No te vayas!” pensó. Quería gritarlo en voz alta, pero no se atrevía.

—Dios, Erika —la apretó contra él—. ¿Por qué has tenido que cruzarte en mi camino? No soy capaz de dejarte ir.

Ella apretó los ojos y volvió a sollozar, no pudo evitarlo.

—Por favor, amor, no llores —su voz se había quebrado por completo, ahora se oía el llanto incluso en su propia voz masculina—. No sé cómo, pero encontraré la manera...

Dakota la giró en sus brazos de modo que pudiera mirar los ojos violeta que tanto le gustaban.

—Volveré a ti, Erika.

Erika observó aquellos ojos azules tan decididos, sabía que lo haría.

Separó los labios en un intento de decir algo, tragó saliva nuevamente hasta que finalmente solo pudo asentir.

—Te libero de la eternidad... Ve en paz, amor mío —susurró ahogando un nuevo sollozo.

Dakota bajó su boca sobre la de ella en un hambriento y desesperado beso, apoyando después su frente en la de ella al tiempo que la abrazaba.

—Espérame...—le susurró.

Dakota empezó a desvanecerse en sus brazos, se estaban separando y mientras se miraban el uno al otro. Erika empezó a negar con la cabeza, resistiéndose a dejarle ir. Extendió su mano, hasta que lentamente la tomó entre las suyas.

“Espérame”

Leyó en sus labios. Erika continuó negando con la cabeza, el dolor le desgarraba el pecho, reflejándose en sus ojos...

“Por favor”

Ella continuó negando sin saber por qué... No podía permitir que se quedara, había sufrido ya bastante...

“Ve en paz” murmuró, sus labios se movieron pero no escapó ni una sola palabra.

La cabeza ladeada, los labios ligeramente separados, el dolor desgarrando su mirada... Era el final... Se estaba rompiendo... Ya no más....

—¡Te libero! —gritó desgarradoramente con todo el dolor oprimiendo su corazón y coloreando sus palabras.

Una repentina ráfaga de luz explotó y donde estaba Dakota ya no había nada. Erika gimió, grito... Lloró como si la hubiesen atravesado con una espada al rojo vivo.

Susan se encogió ante el fuerte estruendo de los truenos. La tormenta había continuado azotando la zona con increíble intensidad desde que empezara la noche. La luz de los sucesivos relámpagos iluminó penetró por las ventanas e

iluminó la oscura figura masculina que permanecía de pie ante la puerta. Su nerviosismo no hizo más que aumentar en el preciso instante en que la figura se volvió hacia ella, los brillantes y profundos ojos azules del hombre enviaron un escalofrío resbalando por su columna.

—Ha hecho su elección —murmuró el hombre antes de dar media vuelta y empezar a caminar hacia la intensa lluvia.

Susan abrió la boca para responder pero sus palabras quedaron ahogadas por un repentino grito desgarrador que fue acompañado por un rápido relámpago y un posterior trueno.

—Lo ha hecho... —susurró una voz a sus espaldas.

Susan se volvió con un salto para ver allí parado a su abuelo con Shadow a su lado, sus ojos brillantes como si fuera a derramar alguna lágrima.

El entendimiento la golpeó robándole el aliento, sus ojos se abrieron desmesuradamente un instante antes de llenarse de una dolorosa sensación premonitoria. Se había preocupado al ver a Erika abandonar precipitadamente la sala seguida de cerca por Dakota, pero no quiso creer que todo fuera a suceder tan deprisa.

—Lo ha liberado —entendió por fin Susan.

Sus tacones resonaron en el silencioso lugar mientras se acercaba lentamente hasta la puerta y se asomaba a la lluviosa noche. La luz del hotel apenas iluminaba la sección frontal de la casa dejando varias áreas en penumbra que cobraban un aspecto espectral con cada nuevo relámpago que iluminaba el cielo. Su mirada recorrió rápidamente la extensión ante ella. La lluvia continuaba cayendo con fuerza ayudada con el viento que la movía de un lado a otro impidiéndole una visión más clara de los alrededores.

El corazón empezó a latirle con más rapidez, el aire empezó a atascarse en la garganta casi al mismo tiempo que una conocida sensación de temor se extendía por su columna vertebral. La misma sensación que había tenido

tiempo atrás cuando supo que Erika había tenido el accidente de coche.

El delicado peinado quedó completamente arruinado una vez la mujer salió del protector umbral del hotel, el fino vestido de seda se caló inmediatamente pegándose a su cuerpo como una segunda piel al tiempo que la hacía tiritar. Los tacones de sus zapatos italianos se hundieron en el húmedo suelo con cada precario paso que daba alejándose un poco de la puerta principal del hotel y acercándose más a la fila de antiguos árboles que flanqueaba la entrada.

Un jadeo de dolor escapó de sus labios cuando un nuevo relámpago iluminó con su intensidad la oscura zona del túnel de árboles, revelando a su vez la menuda figura que permanecía sentada en el suelo con la cara vuelta hacia la lluvia. Sus manos ascendieron a su boca en una apretada madeja de dedos antes de dejar escapar un dolorido jadeo y dirigir nuevamente sus pisadas hacia ella.

Susan se detuvo a los pies de Erika, la pequeña morena apretaba las manos en dos sucios puños a ambos lados de su cadera. Su ausente mirada se volvió entonces hacia la mujer que permanecía de pie a su lado.

—Erie...

—Se ha ido, Sue... —susurró Erika ladeando ligeramente la cabeza y esbozando lo que podría considerarse una mueca—. Le he dejado ir...

La mujer cayó entonces de rodillas ante Erika, sus ojos a esas alturas ya estaban llenos de lágrimas, tomó una de los sucios puños de su hermana pequeña en una de sus manos y ahuecó la mejilla de ella con la otra mano.

—Lo siento, cariño, lo siento mucho...

Las lágrimas empezaron a abandonar de nuevo sus ojos, un instante antes de que un desgarrador sollozo reverberara en el aire. No fue hasta que se encontró en el refugio de los brazos de Susan que se dio cuenta que aquellos desgarradores gritos eran los suyos.

—Todo irá bien, tesoro, estoy aquí, no dejaré que nadie te lastime nunca

más, shhhh... Yo te cuidaré...

Pero Erika no escuchaba. El dolor era demasiado intenso para poder concentrarse en cualquier otra cosa que no fuera la imagen de su amor desvaneciéndose en el aire. Si tan solo pudiera irse a algún sitio donde nada la dañara, dónde nadie la alcanzara nunca más...

—Mi amor.

Las palabras escaparon de sus labios sin que siquiera se diera cuenta. Susan las oyó y abrazó con más fuerza a Erika, llorando con ella, llorando por todo el daño que le había hecho inadvertidamente a la persona que debería haber protegido sin importar el costo.

—Todo irá bien, Erika. Estoy aquí, hermanita, estoy aquí.

Susan alzó la mirada de Erika cuando sintió una mano sobre su hombro. Al girarse se encontró al abuelo Frank abrigándolas con un paraguas, a su lado la pequeña adolescente era incapaz de retener sus propias lágrimas.

—Vamos a dentro —sugirió él sin hacer ni un solo intento por alcanzar a sus nietas. Simplemente se quedó allí esperando.

Susan asintió y se levantó obligando a su hermana a hacer lo mismo. Shadow se apresuró a ayudarla para sostener a Erika.

Juntas se encaminaron hacia la casa.

Frank se quedó observando el lugar en que había estado su nieta, un escalofrío subió por su espalda un momento antes de que diera media vuelta y emprendiera el regreso tras ellas.

El viento y la fuerte lluvia dejaban tras de sí el eco de una promesa.

“Espérame”

“Volveré, amor mío, pase lo que pase, encontraré la manera de volver a ti.”

CAPÍTULO 20

La luz entraba por la ventana iluminando suavemente el par de maletas que había sobre la cama, una de ellas permanecía abierta con varias piezas de ropa esparcidas sobre la cama. Susan estaba comprobando los estantes del mueble sobre el que estaba la televisión, asegurándose de que no quedara nada olvidado, cuando oyó un suave golpe a la puerta seguido de la dulce voz de Shadow.

—¿Necesitas ayuda? —sugirió la chica con timidez.

Susan observó a la niña durante unos instantes y asintió al tiempo que llevaba las prendas que había encontrado en los cajones al lado de las otras.

—Puedes ayudarme a doblar todo esto para meterlo en la maleta —le sugirió al tiempo que empezaba a hacerlo ella.

Shadow caminó lentamente hacia la cama y cogió una camiseta que había visto llevar a Erika al principio de su estancia. Sin poder evitarlo las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Va a recuperarse, ¿verdad? —preguntó con voz quebrada alzando la mirada hacia Susan.

Aquella era la pregunta que se había estado repitiendo ella misma durante toda la última semana. Su hermana no había vuelto a pronunciar palabra desde aquella horrible noche. Todavía se le encogía el corazón al recordar los desgarradores sollozos, el temblor que había recorrido el cuerpo de la

pequeña morena antes de desmayarse entre sus brazos. Había querido llevársela con ella en el primer vuelo de aquella misma mañana, pero Frank la había convencido para quedarse aunque fuese uno o dos días más. Erika no estaba en condiciones para enfrentarse a un viaje, de hecho, no estaba en condiciones de enfrentarse a nada.

La mañana siguiente a aquella noche de pesadilla había subido a llevarle el desayuno a Erika y se la había encontrado sentada en el alfeizar de la ventana, con la cabeza apoyada en uno de los laterales y la mirada perdida en el horizonte. Había bromeado con ella acerca de lo mucho que le gustaba madrugar pero ni siquiera había vuelto la cabeza para mirarla o para gritarle que se largara de la habitación y se metiera en sus propios asuntos. No había reaccionado, como tampoco lo había hecho en los sucesivos días. Se pasaba el tiempo con la mirada perdida, sin responder a estímulo alguno.

El médico que la había examinado se había limitado a decirle que parecía tratarse de un fuerte shock, un mecanismo de autodefensa que el cuerpo y la mente ponían en marcha ante un suceso demasiado fuerte, angustioso o impactante y que era cuestión de tiempo que saliese de ese estado. Pero después de una semana, la paciencia de Susan se había acabado. Frank se había marchado apenas la tarde anterior para adelantarse a la clínica de un amigo suyo y prepararlo todo para que viese a Erika. Si bien, él era de la opinión que ningún doctor podría hacer nada por su nieta, que solo cuando ella estuviese dispuesta a enfrentarse de nuevo al mundo, saldría de ese mutismo auto impuesto.

Volviéndose completamente hacia Shadow, atrajo a la chica hasta su pecho y la abrazó. Esa niña había estado más cerca de Erika en aquellas últimas semanas de lo que lo había estado nadie y al contrario que la mayoría de la gente sabía la identidad del apuesto desconocido que se había presentado con su hermana del brazo en la fiesta de Halloween.

—Haremos todo lo posible para que así sea, cariño —le aseguró Susan alejándola un poco para poder mirarle a la cara mientras le acariciaba el pelo.

Shadow sorbió por la nariz y asintió lentamente antes de añadir.

—No es justo, nada de esto es justo —susurró limpiándose las lágrimas que se habían deslizado por su rostro—. No tenían derecho a separarlos.

Susan no supo que decir. Aquello estaba más allá de las posibilidades de cualquiera de ellos, aunque hubiesen querido no podrían haber hecho nada. Erika había cumplido su papel respondiendo a la herencia que habían recibido de la rama paterna de la familia, una herencia que había hecho de la infancia de su hermana pequeña un infierno en algunas ocasiones, pero que no habría podido eludir por mucho que quisiera hacerlo.

—Erika se pondrá bien, Shadow —la consoló Susan acariciándole el rubio cabello—. Haremos todo lo posible para que se ponga bien muy pronto.

Nada más salir por la puerta de desembarque echó un vistazo a su alrededor. Había gente haciendo cola frente a la cinta que delimitaba el acceso, algunos movían la cabeza de manera realmente graciosa estirándose por encima de la gente que se amontonaba ante la salida e incluso había alguno que otro que sostenía unas pancartas con un nombre o apellido. Consultó su reloj, todavía faltaba algo más de una hora para las doce, había tiempo. Su mirada recorrió lentamente la enorme sala deteniéndose a leer los indicadores u observando cómo la gente metía las maletas en aquellos simpáticos carritos y salía después con ellos por unas puertas de cristal automáticas. La luz del sol entraba a raudales a través de los enormes ventanales iluminando el interior y la megafonía sonaba una y otra vez anunciando en varios idiomas los vuelos que acaban de llegar, estaban a punto de salir o sufrían retrasos.

Nunca había pensado que llegaría el día en que vería aquello de primera mano, que serían sus pisadas las que recorrerían el camino que lo separaba de

su hogar de nacimiento. Había existido un día en el que había estado deseoso de viajar, ahora en lo único que podía pensar era en regresar al hogar, en regresar a ella.

Se aseguró la tira de la bolsa de viaje al hombro y cambió el caro maletín de cuero negro de una mano a otra para poder hurgar en el bolsillo izquierdo del abrigo y sacar de él con esfuerzo algunos papeles, el resguardo del billete de avión y algo de efectivo. Una vez encontró lo que buscaba comprobó el papel escrito a mano y echó un nuevo vistazo hacia las puertas. Satisfecho, volvió a guardar los papeles en el bolsillo y se dirigió a la puerta del aeropuerto.

Entrecerró los ojos al salir y recibir de lleno la potente luz del día. El cielo estaba totalmente despejado y la calle estaba inundada del ruido de los coches y el ajetreo propio de la gente. Parpadeó un par de veces hasta que finalmente optó por coger las gafas de sol que sobresalían del bolsillo superior de su abrigo y ponérselas. El alivio fue inmediato.

Las cosas se habían sucedido con tal rapidez que no estaba seguro qué parte había sido real y cual se la había imaginado. En un momento estaba despidiéndose y al siguiente se encontraba en algún otro lugar en el que solo había niebla y una extraña calidez. Una figura se acercaba a él desde la espesa niebla y solo cuando estuvieron frente a frente se dio cuenta de que no era solo una figura, era una de las mujeres que más había amado en su vida y junto a ella empezaron a aparecer otras dos.

Se había encontrado contemplando a su familia, la familia a la que había dado la espalda hacía tantísimo tiempo y con la que por fin iba a reunirse. Todo gracias a la mujer que amaba.

—Cathie... —susurró, sus ojos empañándose ante la hermosa visión de su hermana.

—Dakota —sonrió ella antes de correr hacia él y abrazarle con fuerza—.

Te he extrañado mucho, hermanito.

—Y yo a ti, pequeña —aceptó apretándola, agradeciendo silenciosamente aquella nueva oportunidad.

—Ha sido un camino largo y difícil, hijo —oyó entonces la voz de su madre, quien lo miraba con ternura de pie al lado de su marido—. Lo has hecho bien.

Los ojos de Dakota se llenaron de lágrimas al contemplar a su madre y solo pudo asentir, mientras rodeaba a su hermana con el brazo. Su mirada fue entonces a la de Alexander, quien miraba con amor a su esposa y finalmente lo miró a él.

—Pensé que querrías tener la oportunidad de verlas antes de continuar —le dijo el hombre adelantándose con su esposa.

Dakota frunció el ceño.

—¿Continuar?

El hombre esbozó una triste sonrisa, miró a su mujer quien asintió y se volvió a su hijo.

—No es tu momento, Dakota —le aseguró con suavidad—, este solo es un alto en el camino. Tu alma ahora pertenece a una Redentora de Almas, de ti depende el que quieras recuperarla o no.

Dakota sacudió la cabeza.

—Erika te ha liberado de tus ataduras, hijo, tu alma es suya ahora —sonrió la mujer tendiendo su delicada mano, que fue atesorada por la de su hijo—, como es tuya la de ella.

Dakota miró al matrimonio, a sus padres, buscando en sus rostros una confirmación a su esperanza.

—Vuelve a ella, Dakota, disfruta de esta segunda oportunidad —asintió su padre posando su mano sobre su hombro—. No la hagas esperar más.

Dakota parpadeó varias veces cuando su hermana se soltó de su mano y le

besó la mejilla antes de volver junto a sus progenitores.

—Volveremos a vernos, hermano. Hasta entonces, sé feliz.

La garganta se le cerró con la emoción de contemplar a su familia. Su corazón se hinchaba por el amor por ellos y la gratitud para la mujer que amaba y a la que volvería.

—Le has prometido volver —le recordó su padre.

—Y volveré.

Sueño o realidad, lo cierto es que acababa de bajarse de un avión después de cruzar el Atlántico para volver a la mujer que había sanado su alma y se había quedado con su corazón. Se tomó un momento para observar todo y empaparse de aquel nuevo ambiente hasta que reparó en la fila de taxis apostados en uno de los laterales del edificio y se dirigió hacia allí.

—Buenos días —lo saludó el taxista bajando del vehículo para dirigirse hacia la parte de atrás y abrir el maletero para que depositara en él las maletas —. ¿A dónde le llevo?

—A la hacienda... —se detuvo y esbozó una irónica sonrisa— Al hotel Los Robles, está en las afueras.

—Precioso lugar —aseguró el taxista abriendo la puerta de atrás de pasajeros— ¿Va de visita?

—Digamos, que alguien me está esperando —aceptó subiendo en la parte de atrás del coche.

Shadow ayudó a meter la última de las maletas en el maletero del taxi estacionado a unos metros de la entrada del hotel. Ya estaba cargado todo el equipaje de las dos hermanas. La chica se volvió lentamente hacia la entrada para ver a Susan acompañando a Erika. Todavía le asombraba que la morena caminara perfectamente sin aquella leve cojera que a veces se hacía más pronunciada obligándola a apoyarse en el bastón. La morena se había limitado

a sonreír y responderle “es mi regalo de Sammain” cuando se lo había preguntado. Dakota había estado justo detrás de ella y había hecho un guiño a Shadow a modo de complicidad.

—Ojalá estuvieras aquí ahora, Dak —susurró la niña echando a caminar hacia la pareja de mujeres.

Susan sonrió a la adolescente.

—Gracias Shadow —respondió Susan quien rodeaba la espalda de su hermana con un brazo para instarla a moverse.

La chica solo asintió, su mirada pasó de una hermana a la otra. Erika permanecía inexpresiva, con la mirada perdida y sus ojos violetas apagados, el cabello le caía en bucles sobre los hombros y le enmarcaba la cara. Shadow se acercó a ella e hizo todo lo posible para que la mirara, sus manos se cerraron en las de Erika intentando transmitirle de esa manera todo lo que sentía en ese momento y que no era completamente capaz de expresar.

—Tienes que reponerte pronto, ¿me oyes? Tenemos una función de teatro a la que asistir juntas, no dejaré que te evadas de tu promesa —le aseguró Shadow antes de abrazarla con fuerza y susurrarle al oído de modo que solo ella lo oyera—. No te rindas Erika, yo estoy segura que él jamás lo hará.

Shadow se separó de ella y le apartó un mechón de pelo que le había caído delante de los ojos antes de volverse hacia Susan.

—Cuídala mucho —pidió con voz temblorosa.

Susan estiró la mano para posarla un momento sobre el brazo de la chica.

—Lo haré, Shadow, te lo prometo —aseguró con total convicción—. Esta vez todo será distinto.

Shadow asintió y se hizo a un lado. Susan se volvió entonces hacia Erika y la instó a caminar.

—Es hora de volver a casa, Erie —murmuró conduciendo a la chica hacia el coche. El conductor esperaba a un lado con la puerta trasera abierta.

Shadow contempló con tristeza como las dos chicas se dirigían lentamente hacia el taxi que las esperaba ya con el motor en marcha. El conductor se adelantó para ayudar a Susan pero esta declinó la oferta con educación y apretó a Erika más contra sí. Sus ojos azules volaron más allá de las dos mujeres, pasando por el camino arbolado hasta caer sobre un vehículo que se iba acercando poco a poco por el sinuoso camino que llevaba al hotel. Por el color estaba casi segura de que sería otro taxi trayendo a algún nuevo huésped al hotel. Suspiró, aquel era el ciclo de todo hotel, huéspedes que se iban y otros que llegaban.

El nuevo taxi entró por el pasillo de frondosos árboles que se alzaban a ambos lados formando una cúpula. Dado lo estrecho del camino, Susan no se apresuró a la hora de hacer entrar a Erika en el coche, tendrían que esperar a que el otro vehículo entrase para poder salir ellas. El ronroneo del motor de detuvo cuando el conductor estacionó unos metros por delante de ellos, quedando casi a la altura de la propia entrada del hotel.

El conductor bajó del coche un instante después de que el pasajero hubiese pagado la carrera y procedió a bajar las maletas del coche mientras se abría una de las puertas traseras y descendían un pie enfundado en una bota tejana con puntera de plata. El hombre salió del coche incorporándose cuan alto era al tiempo que se llevaba a la cabeza el sombrero tejano que había estado sujetando en las manos.

Su profunda y sexy voz con un ligero acento sureño hizo girar más de una cabeza.

—Justo a tiempo —murmuró alzando unos brillantes ojos azules hacia las mujeres que lo miraban atónitas un par de metros más alejadas.

Shadow ahogó un grito cubriéndose la boca con las manos al reconocer al hombre que permanecía allí en pie envuelto en un aura de rotunda masculinidad y misterio. La reacción de Susan no se hizo esperar mucho más,

sus ojos se abrieron desmesuradamente y sus labios se movieron varias veces sin poder articular palabra.

Erika sin embargo, no había tenido reacción alguna, quizá porque ni siquiera era consciente de su presencia.

Dakota esbozó una divertida sonrisa al ver la reacción de las dos chicas, pero esta se borró siendo sustituida inmediatamente por una expresión de preocupación y anhelo cuando sus ojos recayeron en la figura inmóvil y menuda de Erika.

—Erika —murmuró casi al mismo tiempo que echaba a andar hacia ella.

Susan dio un paso atrás instintivamente. Aquello era más de lo que podía enfrentar aquella semana. El novio fantasma de su hermana había vuelto y estaba caminando hacia ellas y se veía más vivo que nunca.

—Lamento el retraso, amor —empezó a hablar a pocos pasos de encontrarse frente a Erika—. Pero, ya sabes, cuando dispones de una eternidad, unos pocos días no parecen tanta cosa.

Dakota se volvió entonces hacia Susan que todavía sostenía a Erika y le sonrió con calidez.

—Hola Susan —la saludó con una leve inclinación de cabeza antes de extender sus manos hacia la pequeña morena que seguía ajena a todo. Tras pedir permiso a Susan con la mirada, esta la soltó dejando que Dakota se hiciera cargo de ella.

Susan se apartó un poco de ellos, reuniéndose con Shadow que se había adelantado sin dejar de mirar al recién llegado totalmente atónita. Las dos mujeres se miraron un instante antes de volver de nuevo la vista hacia la pareja.

Dakota se inclinó un poco para quedar a la altura del rostro de Erika el cual tomó entre sus grandes manos, obligándola a mirarle a los ojos.

—Te prometí que encontraría la manera de volver a ti, amor mío —

murmuró observando sus ojos violetas en los que se veía reflejado.

Dakota tomó una de las manos de Erika entre las suyas y la posó sobre su pecho, directamente encima de su corazón.

—He vuelto, mi pequeña Redentora de Almas —murmuró sin dejar de mirarla, en su mirada se reflejaba todo el amor que sentía por ella—. Y esta vez, es para siempre.

Erika parpadeó un par de veces, su cabeza se inclinó un poco hacia abajo hasta centrar la mirada sobre la mano que mantenía sobre el pecho de Dakota, sobre un corazón que latía a un ritmo acelerado. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas al mismo tiempo que sus ojos volvían a encontrarse con los de él. Su voz fue apenas un murmullo ahogado cuando respondió.

—Dakota.

Susan se echó a llorar y a reír al mismo tiempo cuando vio a Erika reaccionar, al igual que Shadow, quien la abrazó efusivamente.

Antes de que pudiera moverse siquiera, Dakota se encontró siendo abrazado con fuerza por aquella pequeña mujer que no solo lo había liberado, sino que le había dado la esperanza de una nueva vida. Sus brazos la rodearon al mismo tiempo, atrayéndola más hacia él, encajándola en su cuerpo y reclamando su boca en un hambriento y pasional beso lleno de promesas.

EPÍLOGO

“Al final entendí que es lo que una Redentora de Almas tiene que hacer para liberar el alma de su custodio... Entregar su corazón”

Erika Connor, La Redentora de Almas

Erika cerró el cuaderno de gastadas tapas de cuero y dejó el bolígrafo a un lado, estirándose ligeramente contra el tronco del árbol. Sus labios se estiraron en una mueca de incomodidad mientras intentaba estirar las piernas buscando una postura más cómoda. Dakota la observó apoyado en la empalizada de la cerca, su mano acariciaba distraídamente la testuz del semental castaño, pero su mirada estaba puesta en la mujer sentada a la sombra de los árboles. Los ojos violetas ascendieron hasta encontrarse con los suyos y sonrió en respuesta.

—Agradecería un poco de ayuda en estos momentos, Dakota —refunfuñó ella intentando sentarse incorporada.

Él sonrió en respuesta, le dio una última palmada al caballo y caminó hacia su mujer, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

—Se te van a terminar los paseos hasta aquí por una buena temporada,

cabaretera —le aseguró rodeándole la cintura con un brazo al tiempo que bajaba la mirada hacia el redondeado vientre de su esposa.

Erika bufó en respuesta y se acomodó en los brazos de su marido, posando su mano libre sobre la que Dakota tenía sobre su dilatado vientre.

—Llevas diciendo eso mismo toda la semana —respondió ella disfrutando del calor del cuerpo de su marido contra su espalda.

Dakota se rio en respuesta.

—Nunca voy a ganar contigo, ¿verdad? —se burló besándole el cuello.

Ella sonrió.

—Ya has ganado amor mío —respondió apretando la mano que ambos tenían sobre su vientre—. Gracias por el último de tus regalos de Sammain.

CUANDO TU VOZ ME DESPIERTE

Cuando **Braiden Shelswell-White** cambió su Irlanda natal por los Estados Unidos, lo hizo para olvidar la vida que dejó atrás e intentar seguir adelante. Ahora, la repentina enfermedad de su abuelo lo obliga a volver y hacerse cargo del B&B que posee su familia en la bahía de Bantry, en Cork. Una tarea indeseada que se convertirá en todo un desafío a causa de una inesperada inquilina decidida a hacerle la vida imposible, una que lleva muerta casi un siglo y que no parece tener prisa alguna por marcharse del lugar.

Mary McCarthy estaba acostumbrada a ver pasar la vida en soledad, sin emociones, sin otra ocupación que la de vagar por *Bantry House*. Lo que fue un día, empezaba a perderse en el olvido, sus recuerdos se desdibujaban con cada nueva estación y habría seguido así de no haber llegado él. Sarcástico, maleducado y dispuesto a perderla de vista... Esa no era la mejor descripción del hombre perfecto, ¿pero qué importaba cuando era el único capaz de hacerla sentir de nuevo?

Una mujer atrapada en el tiempo y el único hombre capaz de liberarla de su eternidad

PRÓLOGO

—El camino hacia el cielo nunca ha sido tan empinado y agotador.

Con cada paso veía sus pies asomando bajo el ruedo de la falda, los eternos zapatos cuyo color apenas si podía recordar pisaban uno tras otro los peldaños de gastada piedra de la escalera. La ausencia de flores en los tiestos que flanquean su ascenso y el ocasional color marrón en las hojas de algunos árboles, que todavía las vestían, anuncian que el otoño pronto daría paso al invierno.

Sabía que brillaba el sol. Veía esa gran bola hacerlo con fuerza en el cielo y como bañaba con su luz todo lo que la rodeaba, mientras, sus piernas continuaban ascendiendo sin sentir el agotamiento que traía consigo la vida.

—Noventa y siete, noventa y ocho, noventa y nueve y cien.

Se llevó la mano hacia el tocado como si temiese que esa brisa que movía las hojas a su alrededor osara tocar siquiera uno de sus cabellos y se lo llevase por el aire hacia un lugar lejos de su alcance. Casi sin pretenderlo sus ojos se posaron en el horizonte, más allá de la eterna mansión de piedra que no había cambiado un ápice en los últimos noventa y tantos años. Los jardines habían sido remodelados en algún momento del siglo pasado, pero todavía encontraba solaz en los pedregosos caminos que los conformaban. El cielo parecía hoy dispuesto a competir en color con las tranquilas aguas de la bahía dónde pequeñas manchas en forma de barco la surcaban, las marismas y la lejana tierra recortándose en el horizonte sumergiéndola inevitablemente en la nostalgia, una que nunca se iría, ya no.

—El paraíso en la tierra —murmuró con marcada ironía—. Qué equivocado estabas...

Aquella vasta extensión de terreno, hogar de su única familia, aquella que había tenido a bien acogerla en su seno, estaba ocupado por un inagotable conteo de extraños que pagaban por disfrutar de las habitaciones y el esplendor de las siete terrazas y los innumerables jardines de *Bantry House*.

Ocupó su lugar habitual, se dejó caer sin mucha gracia sobre el asiento de piedra y acarició con inusitada ternura la falda del vestido. Adoraba ese traje, sabía que se lo había puesto para un momento especial, pero con el transcurso del tiempo ese recuerdo se había desdibujado como lo había hecho gran parte de su vida.

Ahora solo se sentaba allí, a esa hora del día, cuando el sol ya había despertado y no llegaba todavía a la mitad de su recorrido. El momento exacto en el que el desfile daba comienzo y podía ver el paso del tiempo en los vehículos que se detenían brevemente o estacionaban en la fachada norte.

Siluetas conocidas, voces que eran como ecos recurrentes en su mente, algunos de ellos ya eran como viejos amigos, huéspedes asiduos en su hogar, otros llegaban por primera vez y sabía que no sería la última. Ese pedazo de paraíso en la tierra tenía una magia especial, una que afectaba tanto a vivos como a muertos... y ella, Mary Regina Hawker, podía atestiguarlo.

Se levantó y alzó el rostro hacia el cielo imaginándose el calor del sol acariciándose, la brisa que movía las hojas de los árboles jugando con las ondas trigueñas de su pelo, el aroma de esa melancólica estación acariciándole la nariz hasta que...

—¿Rosas?

Abrió los ojos de golpe. Una fragancia que añoraba, que había amado tanto como la vida misma acarició su nariz traído por una ráfaga de viento que no debía sentir y que sin embargo le movió el pelo, la falda amarilla del vestido y tironeó de ella en dirección al camino que subía desde las puertas de hierro forjado que ponían límite a su prisión.

—¿Rosas en otoño?

La sensación fue tan fugaz que así como vino se marchó dejándola de nuevo en ese limbo ausente de sensaciones reales, consolándose únicamente con el recuerdo de lo que había sido en otro tiempo. Pero hubo algo que no

pudo llevarse, la visión de ese vehículo que subía en dirección a la fachada norte y el presentimiento de que su llegada supondría un cambio.

CAPÍTULO 1

Las hojas de forja de la vieja verja permanecían abiertas de par en par, escoltadas por sendos pilares con enormes ánforas reverdecidas por el paso del tiempo que enmarcaban el antiguo edificio de piedra cuyo color rojizo se perdía bajo el gris. La pequeña estatua de *Diana la Cazadora* que presidía el macizo de plantas que se encontraba ante el porche parecía darle la bienvenida al hogar de sus ancestros. Toda una ironía puesto que él, Braiden Shelswell-White, no había nacido allí.

Sus raíces no estaban atadas a ese lugar y, sin embargo, había resultado ser el único disponible para hacerse cargo de esa monstruosa propiedad hasta que el viejo se restableciese por completo.

Aparcó el coche entre dos vehículos que ya estaban estacionados a su izquierda, apagó el motor y se quedó quieto con las manos todavía en el volante. Observó a los huéspedes que bajaban sus equipajes de los maleteros o llamaban la atención a sus vástagos y siguió con el absurdo juego que había tenido consigo mismo durante todo el camino; buscar un nuevo motivo que añadir a la lista.

—El bastón del viejo —declaró con inequívoco acento irlandés. No importaba el tiempo que pasase fuera de Cork, ese maldito acento volvía a la vida en el preciso instante en que ponía de nuevo un pie en la isla—. Su caricia es tan efectiva como la picadura de un áspid.

Por no mencionar que la promesa de que le cayese encima también dolería más.

A sus ochenta y cinco años, Geoffrey Shelswell-White era pura determinación, no aceptaba un no por respuesta y, cuando lo recibía hacía hasta lo imposible para que esa negativa mudase sin que el incauto que estuviese ante él se diese cuenta.

—Y he aquí el incauto número uno —rezongó desviando la mirada sobre el retrovisor. Las bolsas bajo sus ojos azules evidenciaban la falta de sueño, sus facciones transmitían la desgana que lo envolvía desde que dejó el hospital y tenía el pelo castaño rojizo tan despeinado, que parecía que hubiese pasado por un túnel de aire. Solo la sombra de barba que le rozaba las mejillas y oscurecía la línea del bigote seguía como siempre.

A sus treinta y nueve años había vivido lo suficiente para saber que la vida no era un camino de rosas y el destino un bastardo hijo de puta capaz de hacerte pedazos. Residía en los Estados Unidos desde hacía seis años, allí había abierto un pequeño restaurante de cocina internacional dónde disfrutaba de su pasión entre fogones sin más interrupciones que las de su equipo de cocina y, últimamente, la injerencia de John, su hermano pequeño.

Podía decirse que estaba satisfecho con su vida, una que había sufrido un inesperado *coitus interruptus* a raíz del infarto de su abuelo; el cuarto conde de Bantry.

Si de por sí el viejo era un arma pesada, el título nobiliario heredado no hacía nada para restarle autoridad, de hecho, aumentaba su ya de por sí cabreante presencia. Afortunadamente él no tendría que lidiar con títulos, ya que dicho honor recaía sobre el primogénito de la familia, Richard.

—Ese cabronazo tendría que estar aquí ahora, ocupándose de esto y no enviarme a mí en su lugar —masculló a sabiendas de que nadie le escucharía rezongar y que sus palabras se las llevaría el viento.

Su hermano se había limitado a sonreír de manera beatífica cuando el viejo dejó en sus manos la tarea de encargarse de *Bantry House*. Afincado en

Dublín con su preciosa esposa y sus hijos, no tenía el menor interés en la casa en la que había nacido, una propiedad construida en 1690 en el lado sur de la bahía de Bantry, en el condado de Cork. Si bien sería quién heredase el título, en ausencia de su fallecido padre, el primogénito de la familia era feliz con su trabajo como arquitecto y tenía suficiente trabajo en la actualidad como para dejarle a él el muerto.

«Vamos, Brai, te gustará. Es una casa impresionante, con mucha historia. Tómalo como unas momentáneas vacaciones».

Unas jodidas vacaciones en las que tendría que hacerse cargo de la gestión del maldito *Bed and Bredfast* en el que habían convertido el antiguo mausoleo mientras dejaba su propio restaurante en manos de John.

Echó un último vistazo al exterior y al cielo despejado, algo inusual para finales del mes de octubre en la región; prefería un buen día de calor a uno de intensa lluvia. Cogió su chaqueta y abrió la puerta recibiendo los primeros aromas que traían consigo los árboles al mezclarse con la brisa del mar.

—Podría ser peor —masculló para sí mientras cerraba de un portazo y caminaba hacia el maletero para coger su equipaje.

La suave brisa con aroma a sal procedente de la bahía le acarició el rostro y jugó con su pelo como si tratase de darle la bienvenida a un miembro de la familia. La gravilla bajo sus pies hacía sonidos largo tiempo olvidados, ecos que evocaban otra época, una en la que ese lugar había despertado algo dormido en su interior, una maldición que llevaba tiempo sepultada bajo horas y horas en el diván de su psiquiatra.

Se obligó a mover las manos, a desterrar de su mente los aciagos recuerdos atraídos por la antigüedad del edificio y sus alrededores. Abrió el maletero pero no sin que esa extraña sensación se apoderase poco a poco de él, algo que iba más allá de las carreras de los niños, de las llamadas de

atención de sus padres y la alegría y sorpresa ante lo que veían. Era algo más antiguo, algo místico y que solo él podía sentir.

—No. —Arrancó la maleta y bajó la puerta con un gesto de enfado para consigo mismo—. La consulta lleva demasiado tiempo cerrada como para volver a abrirla ahora por un simple escalofrío.

Activó el cierre centralizado y, tras comprobar que el vehículo estaba seguro en el aparcamiento, emprendió el camino hacia el porche.

Era extraño como parecías cambiar de siglo con tan solo traspasar las puertas que separaban la terraza del interior. Las sillas blancas de mimbre y las bajas mesas de madera en las que se reunían ya algunos huéspedes contrastaban con el opulento y antiguo aire de la decoración interior.

El suelo ajedrezado competía en rareza y peculiaridad con los artesonados del techo y las intrincadas columnas. Incluso de niño se había sentido sobrecogido al caminar por esos suelos y moverse entre los muebles, cuadros y delicadas figuras. Era como pasear por una tienda de antigüedades con miedo de tirar algo y romperlo.

El reloj de cuerda situado al lado de las alfombradas escaleras empezó a dar la hora haciéndole respingar. No se sentía cómodo en esa casa, jamás se había sentido bien, había demasiada... edad... encerrada en esas paredes.

—Polvo acumulado a lo largo de los siglos —masculló para sí al tiempo que hacía un barrido del enorme *lobby* con la mirada.

Algunos huéspedes pasaron a su lado con un animado saludo mientras otra pareja charlaba animadamente con una mujer en la zona de recepción. A pesar del tiempo transcurrido la reconoció, ahora ya no era una adolescente revoltosa, sino una mujer atractiva y risueña que no hacía otra cosa que recordarle el tiempo que llevaba sin poner un pie en esa casa.

—Encontrarán que las terrazas exteriores son perfectas para dar largos paseos y relajarse —les indicaba al matrimonio de mediana edad—, y, por

supuesto, no pueden perderse la hora del té y aprovechar el calor de la chimenea...

Hizo una mueca ante la mención de dicha chimenea y no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espalda. Aquel era uno de sus pendientes con ese lugar, uno que llevaba grabado en forma de quemadura en el antebrazo izquierdo.

—Espero que disfruten de su estancia en *Bantry House*.

Con una amable sonrisa y una perpetua alegría en los vivos ojos castaños, la recepcionista dejó a la pareja y se giró encontrándose con él. Su expresión empezó a mudar progresivamente, los rosados labios dejaron de curvarse hacia arriba para componer un perfecto círculo que demostraba el asombro que también se reflejaba en esas profundidades marrones.

—¿Braiden? ¿Estoy viendo un espejismo o eres realmente tú?

—Por el momento puedo decir que soy tan sólido como ese viejo escritorio. —Señaló con un gesto de la barbilla el mueble negro con filigranas gastadas ante el que estaba la chica.

—Oh, por todos los cielos, ven aquí y dame un abrazo, primo.

Y esa efusividad era algo que no había perdido a pesar de los años, pensó al verse engullido en los delgados brazos de la mujer.

—No te esperábamos hasta finales de semana, te has adelantado.

Enarcó una ceja ante su comentario.

—Me metieron prisa —repuso sin querer dar más detalles al respecto—. Ha pasado mucho tiempo, Cait. La última vez que te vi llevabas trenzas y *braquets*.

—Dios, ¿cuántos años han pasado? ¿Cuatro? ¿Cinco?

Seis años. Seis largos años en los que había intentado seguir adelante a pesar de todo.

—Algo así. —Optó por la vaguedad y dio un paso atrás, mirando de

nuevo a su alrededor a modo de excusa—. Si he llegado en mal momento, puedo recluirme en la biblioteca y...

—No, no, claro que no llegas en mal momento —negó al instante—. Solo dame unos momentos para asegurarme de que tienes toallas en la habitación y podrás instalarte. Deja aquí la maleta. Encontrarás a mamá en el comedor. Se va a alegrar tanto al verte. No ha hablado de otra cosa desde que el abuelo le dijo que vendrías a pasar una temporada para ayudarla con la gerencia del B&B.

Podía imaginarse la clase de conversación que había tenido la tía Sorcha. Hermana de su padre, era el vivo retrato de su abuelo en muchas cosas, incluido el carácter. Podía imaginarse que no le habría hecho ni pizca de gracia que Geoffrey lo hubiese enviado a él y no a Richard para hacerse cargo de todo.

—Supongo que cuanto antes mate al dragón antes podré ocuparme de invadir el castillo —masculló para sí.

Su prima sonrió de forma secreta.

—Quizá no necesites la armadura después de todo, matador de dragones —canturreó ella siguiendo su analogía—. ¿Recuerdas dónde está el comedor?

Enarcó una ceja y miró a su alrededor.

—¿Sigue estando en el salón azul?

Asintió con una pícara sonrisa.

—Veo que no te has olvidado por completo de la mansión.

No era fácil olvidarse de un lugar como aquel, pensó echando un rápido vistazo a su alrededor, especialmente cuando no había cambiado apenas a lo largo de los años.

—Hay cosas que siempre permanecen igual y esta casa, parece ser una de ellas.

Ella asintió con ese buen humor que parecía contagioso.

—Los años pasan por las personas, pero no por las paredes —declaró al tiempo que posaba la mano sobre su hombro—. Y nosotros somos un fiel reflejo de ello.

La recorrió con la mirada y no pudo estar más de acuerdo.

—Puedo ver a lo que te refieres.

Ella se echó a reír.

—Sí, estoy segura de que puedes, primo —aseguró de buen humor—. Ve a la biblioteca. En cuanto tenga un rato libre, te buscaré. Tenemos que ponernos al día y tienes que conocer a mi marido.

Aquello sí fue una sorpresa.

—¿Te has casado?

Levantó la mano derecha en la que lucía una alianza de bodas.

—Hace poco más de un año.

—Felicidades.

Ella asintió y le indicó el camino.

—Ve —lo instó—. Mamá se llevará toda una sorpresa al ver que su sobrino preferido ha vuelto a casa.

Se obligó a contener una mueca ante su afirmación, la cual estaba seguro de que hacía por educación y, tras echar un último vistazo a la maleta que recogía su prima, se adentró en las entrañas de una casa a la que había jurado no volver.

CAPÍTULO 2

A Braiden siempre le había llamado la atención la colorida opulencia del comedor. No se trataba solo del tono azul de sus paredes o los artesonados dorados, ni tan siquiera las cuatro columnas de mármol que parecían sostener el techo al tiempo que dividían la larga sala en dos secciones o los pesados cortinajes que enmarcaban los ventanales, lo inquietante de aquella habitación eran los enormes retratos del Rey Jorge III y su esposa, la Reina Carlota, que presidían la pared central junto a la chimenea. Un legado dejado por sus antepasados y que hablaba de otra época, una que se resistía a quedar atrás.

Las mesas redondas cubiertas con manteles blancos estaban listas para la próxima comida, los servicios ocupaban ya la totalidad de dos de ellas mientras su tía terminaba de colocar las más cercanas a la galería.

—Hay cosas que no cambian a pesar del transcurso de los años.

El aspecto de la hermana de su padre sin duda era una de ellas. Su tía Sorcha estaba igual a cómo la recordaba. Si acaso tenía algún cabello gris más, pero el aire de austeridad y vieja elegancia que tan bien recordaba seguía presente en la menuda mujer.

—Y también quién no madura a pesar de los mismos —respondió con ese marcado acento de Cork. Se giró hacia él y lo calibró como un sargento que mide a sus tropas. Sus ojos claros, iguales a los de su abuelo se encontraron con los suyos sin vacilación.

—Sin duda el viejo sería un buen ejemplo de ello —replicó sosteniéndole la mirada.

Los labios femeninos se curvaron hacia arriba trayendo consigo unas pequeñas arrugas de expresión que dotó al enjuto rostro de una expresión más dulce y también más envejecida. Empezaba a ver lo que su prima había dejado flotando en sus palabras. A primera vista no lo parecía, pero sí, su tía había envejecido prematuramente.

—Deduciré por tu tono de voz que ya has tenido algunas palabras con él al respecto.

Sus palabras lo llevaron a resoplar y asentir con más vehemencia de la que pretendía.

—Más de las que desearía, tía Sorcha.

La mujer terminó de colocar los últimos cubiertos, se pasó las manos por el delantal y caminó finalmente hacia él.

—Has llegado antes de lo previsto —comentó recorriéndolo con esa firme y crítica mirada que parecía ver siempre más allá de él—. No te esperábamos hasta el fin de semana.

—Eso ha dicho Cait —aceptó echando el pulgar por encima del hombro—. Acaba de decirme que se ha casado.

Asintió sin dejar de mirarle.

—Hace algo más de un año —aseguró con serenidad—. Su marido es un buen chico, se conocen desde niños.

Aquel comentario lo hizo fruncir el ceño.

—Espera, ¿se ha casado con Elías?

La mujer asintió y chasqueó la lengua.

—Llevas siete años lejos del hogar, sobrino, te has perdido muchas cosas.

Abrió la boca para rebatir sus palabras pero ella no le dio tiempo pues siguió con su escrutinio.

—Tienes un aspecto horrible —le soltó a bocajarro—. ¿Cuándo fue la

última vez que dormiste de un tirón?

Si había algo que había aprendido desde que era un niño era a no discutir con una mujer de la familia White; no había forma humana de ganar en esa contienda. Por otro lado, podía hacerse una idea de cuál era su aspecto, dado que las últimas semanas habían sido de tensión absoluta.

—Eso sería antes de que el viejo terminase en el hospital.

Chasqueó la lengua y, cogiéndolo del brazo con una mano fuerte para una mujer de su edad y estatura, tiró de él sin previo aviso hacia la puerta.

—Me lo imaginaba —chasqueó—. Pareces más un vagabundo que el segundo hijo de mi hermano. Y no sería fiel a su memoria si dejo que te caigas redondo encima de alguno de los muebles de esta casa.

Sonrió a su pesar. Sorcha y su padre habían estado muy unidos y, cuando él falleció después de una repentina enfermedad, ella se había hecho el propósito de estar presente en sus vidas. Y lo había hecho, había estado allí para los tres de una manera mucho más constante incluso que la de su madre.

—Te hemos preparado una habitación en el ala este, sube, aséate y descansa —lo empujó a ello—. Si no bajas para la comida sabré que has caído inconsciente y te dejaré dormir.

La miró por encima del hombro mientras esa menuda mujercita intentaba echarlo del comedor.

—Siempre has tenido una manera única de dar la bienvenida a la familia, Sorcha.

Le dedicó una de sus miradas de «no se te ocurra discutirme».

—La única que os merecéis —le soltó sin dejar de empujarle hasta atravesar el umbral—. Aséate y descansa. Ya habrá tiempo para que te pongas al corriente de la gestión de la casa y el personal.

El comentario con respecto al personal le trajo a la memoria un rostro.

—¿Sigue la señora McGivirivray en la cocina?

Su tía entrecerró los ojos y lo miró.

—Meg está ahora disfrutando de sus nietos, aunque de vez en cuando viene a comprobar que su hija siga sus indicaciones al pie de la letra —le informó con lo que solo podía ser diversión—. Le enviaré aviso de que has llegado, estoy segura de que estará más que dispuesta venir a criticar tu cocina.

Sonrió, no pudo evitarlo. Esa mujer era la indirecta culpable de que hubiese abierto un restaurante irlandés, de hecho, su plato estrella era una variante de la *Cottage Pie*, una tarta salada hecha con base de ternera picada y cubierta de puré de patata con salsa de cebolla o ajo, que ella le había enseñado.

—Sin duda lo hará —aceptó con inesperada nostalgia—. Es algo que siempre hacía.

Con un último asentimiento y un gesto de la mano, su tía lo echó y no le quedó más remedio que emprender la retirada.

Quizá, después de todo, el regreso a Bantry podría ahogar el eco del pasado que parecía dispuesto a salir de su escondrijo para atormentarlo de nuevo.

CAPÍTULO 3

Mary se sentía como una eterna espectadora, como alguien que espiaba a través del ojo de una cerradura, encerrada en una urna de cristal mientras el mundo seguía avanzando a su alrededor. Solo podía mirar, ver como otros vivían mientras el tiempo para ella dejaba de tener sentido.

—Un día más en el infierno.

Deslizó una pálida mano de dedos delicados sobre el cristal de las puertas francesas de la biblioteca y acarició en su mente las personas y los niños que jugaban en el jardín francés; su favorito. No sintió el tacto del cristal bajo sus dedos, no notó si estaba frío o caliente, si lo deseaba, sería incluso capaz de atravesarlo como si su efigie no estuviese hecha de otra cosa que de sueños. Así había sido desde hacía noventa y dos años, así era desde el momento en que su tiempo se detuvo, atrapándola entre aquellas paredes, mientras seguía avanzando para los demás.

Miró a su alrededor y evocó una época en la que esos muebles habían sido cubiertos de otro tipo de objetos, en los que el piano de cola había reverberado con notas disonantes de sus dos pupilas y no aporreado por manos inexpertas y carentes de sentido musical. Una época en la que las lámparas no eran solo un adorno y la habitación un museo, una en la que esa casa había vibrado con las risas de una familia.

La nostalgia se apoderó de ella trayendo consigo el conocido sentimiento de tristeza y abandono, de una eternidad libre de emociones y cualquier otro eco que no fuese el de sus recuerdos. E incluso estos se iban

diluyendo con el paso del tiempo haciendo que le resultase imposible encontrar respuesta a algunas de sus preguntas.

Sí. Podía ver, podía oír, podía empaparse del paso del tiempo y aprender sobre la evolución de la humanidad, pero le estaba vetado formar parte del mismo. Le había llevado un tiempo comprender qué le había ocurrido, que su vida, como la conocía, había llegado a su fin y que no era más que un eco de una antigua vida terrenal. Sin embargo, era incapaz de recordar el motivo por el que seguía ahí. Sus recuerdos iban muriendo día a día, lo que ayer había estado presente en su mente hoy se diluía hasta desaparecer.

Hubo un momento en el que sabía incluso el día en que había partido, pero ahora, ese día se había desvanecido de su mente y solo le quedaba un eco de la persona que había sido y de la vida que había vivido.

Dejó escapar un pequeño suspiro, le dio la espalda a la imagen que se desarrollaba tras el cristal de la puerta y se sentó en una de las sillas victorianas. Quería simular que todavía tenía necesidades como las de suspirar, sentirse, si era posible, todavía humana.

Cruzó las piernas con lentitud, apoyó la barbilla en la palma de la mano y emitió un nuevo suspiro.

—Lo que daría por darle una calada a un cigarrillo.

Sabía que no estaba bien visto, Arethusa le había llamado la atención en más de una ocasión solo para unirse a ella en la clandestinidad de los lindes del bosque que rodeaba la propiedad y disfrutar ambas de esa masculina afición.

Deslizó la mirada sobre el cristal de las puertas francesas una vez más y sacudió la cabeza.

—Una estación más se cierne sobre la bahía.

Así medía el tiempo y el paso de los años, guiándose por el cambio de las estaciones, por el cambio de color en los árboles, la floración de las

plantas y la llegada o ausencia de huéspedes.

Otro triste suspiro escapó de sus labios. Si le quedasen lágrimas posiblemente habría derramado alguna, pero ni siquiera tenía ya ese lujo.

—Daría lo que fuese por poder pasar un solo minuto bajo los rayos del sol y sentir su calor, notar el aire salobre procedente de la bahía y paladear su sabor...

—Me temo que octubre no es el mes adecuado para tomar el sol en estas latitudes, en cuanto al aire salobre de la bahía... solo tiene que acercarse a la primera terraza.

La inesperada voz masculina que dio respuesta a su comentario la alcanzó como un bofetón. Todas y cada una de sus terminaciones nerviosas cobraron vida al mismo tiempo, como si mil agujas se clavasen en su piel provocándole dolor, calor, frío y palpitaciones... cosas que ya no sentía.

Se giró como una exhalación, la falda del vestido se enredó entre sus piernas cuando quedó por fin frente a él y vio como unos profundos y enigmáticos ojos azules la recorrían con curiosidad. Sus cejas, de un castaño rojizo se curvaron levemente mientras la retrataban como si realmente la viese.

—Interesante atuendo —comentó una vez terminó con su escrutinio. Esas pupilas volvieron a caer sobre las suyas, una mirada directa, inequívoca que le arrancó el alma—. Sin duda tiene el estilo propio de una *Flapper*^[1] de los años veinte.

Su insinuación le encendió las mejillas y sacó a la luz su inmediata indignación, pero no podía referirse a ella, era imposible que sus palabras fuesen dirigidas a su persona. Se giró buscando a alguien más, alguien vivo a quien estuviesen dirigidas esas palabras, pero tal y como ya sabía, la biblioteca estaba vacía.

—Aunque debería llevar un corte *bob*, quizá una peluca para ocultar esa

melena y utilizar mucho maquillaje —continuó ajeno a la dicotomía que se daba en su interior—. ¿No era ese el retrato de las rebeldes féminas de la época?

Su estupor empezó a dar paso a otras emociones, entre ellas la incompreensión.

—Parece que la he dejado sin palabras. —Había cierto tono burlón en su voz. ¿De verdad le estaba diciendo todo eso a ella?—. Espero no haberla asustado.

—¿Se... se dirige a mí, señor?

Las palabras surgieron de sus labios de manera temblorosa, casi reacias y él sonrió de soslayo.

—Dado que es la única persona presente y que no tengo la costumbre de hablar con las paredes...

La ironía presente en su voz no le pasó por alto, pero tampoco le dio opción a reaccionar pues volvió a preguntar.

—La verdad es que es un atuendo de lo más logrado —continuó—. A los huéspedes debe resultarles interesante que una empleada los reciba tan metida en su papel.

Sus palabras no tenían significado para ella, por otra parte, dudaba que pudiese concentrarse en otra cosa que no fuese el hecho de que estuviese justo ahí, hablándole directamente.

—¿Cree... cree que soy una... empleada?

Las palabras sonaron incluso vacilantes en sus propios oídos, estaba acostumbrada a ser ignorada, a no recibir jamás respuesta alguna y ahí estaba ese hombre, hablándole, haciendo suposiciones sobre su atuendo y su presencia.

—Bueno... —comentó él abandonando el umbral para reunirse con ella—. Si no lo es, entonces le pido disculpas... Llevo bastante tiempo fuera del

condado y todavía no me he puesto al día.

No se detuvo hasta estar delante de ella, lo suficiente cerca como para que pudiese notar su cercanía como algo tangible y, lo más sorprendente de todo, olió su colonia.

—Braiden Shelswell a su servicio, *madame*.

Se quedó mirando la mano que le tendía. Fuerte, de dedos largos, piel bronceada y tan tangible y viva que, antes de poder analizar la situación, dio media vuelta y huyó.

Braiden parpadeó ante la inesperada situación, sus labios se curvaron por sí solos con una pasajera sonrisa.

—Bueno, no cabe duda de que el recibimiento en esta casa siempre será de lo más raro.

Ya no sabía que le divertía más, si el hecho de haberse perdido en primer lugar o que hubiese terminado en la biblioteca ante una inesperada recreación de época en la figura de una atractiva mujer. La chica poseía el profundo acento de Cork y modulaba las palabras con tal expresión y elegancia que, unido a su curioso atuendo, habría podido pasar perfectamente por una mujer de los años veinte. Sin duda, estaba metida en su papel.

Sacudió la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. Tenía claro que había girado hacia el lado equivocado en el último tramo de escaleras y había terminado en la biblioteca.

Esta había sido la estancia preferida de su padre y también era la suya. Una estancia masculina, con las paredes vestidas de rojo y oro, muebles antiguos, el piano de cola con esas puertas francesas que daban al jardín. De niño había correteado por esos paseos, recorrido cada recoveco e incluso había ido más allá, subiendo hasta el final de la escalinata que daba al bosque. Desde la cima se podía disfrutar de una de las mejores vistas de la casa y la bahía.

No podía evitar sentir una mezcla de nostalgia y arrepentimiento, este lugar le había reportado algunos de los mejores momentos de su infancia, pero también había sido testigo de cómo su vida se había roto por completo.

Se obligó a darle la espalda al jardín, a ignorar el solitario piano del que había disfrutado en otra época y retrocedió sobre sus pasos.

Necesitaba darse una ducha y descansar. Incluso él podía ver la necesidad de encontrar su habitación y dormir unas cuantas horas. Llevaba dos semanas durmiendo poco y mal, el mismo tiempo que el viejo los había tenido en vilo después de ese inesperado ataque al corazón.

Desanduvo el pasillo que lo había conducido allí y volvió al *lobby*, desde allí fue capaz de orientarse de nuevo y dar por fin con el ala este en la que estaban los dormitorios. La última vez que había puesto los pies en ese sector de la casa había compartido dormitorio con su hermano pequeño, ambos habían agarrado una borrachera épica, en honor a la verdad no recordaba gran cosa de lo ocurrido esa noche, pero casi era mejor de esa manera. Había momentos que debían permanecer en la oscuridad.

Avanzó hacia el final del corredor y se encontró con la puerta abierta y a Cait terminando el aseo de la habitación.

—Ya tienes toallas limpias —le informó saliendo de la habitación—. Tienes la maleta junto a la cama y te he subido una bandeja de quesos por si quieres picotear algo. Supongo que no te veremos a la hora de la comida.

—La tía Sorcha tiene una manera única de decirme que apesto y que necesito unas cuantas horas de sueño.

Le posó la mano en el hombro y chasqueó.

—Solo hay que mirarte para ver que estás más allá de la extenuación —aseguró. Le palmeó el hombro y se puso de puntillas para besarle en la mejilla—. Descansa, Braiden, ahora ya estás en casa.

Se le cerró la garganta ante el tono de su voz, no era tanto el significado

de sus palabras como la bienvenida que trasmitían. Por suerte ella no estaba esperando respuesta alguna a su comentario, ya que dio media vuelta y se alejó para seguir con las tareas del día.

Sacudió la cabeza y entró en su dormitorio, todo estaba como lo recordaba, la misma distribución, los mismos muebles... Caminó directamente hacia una de las ventanas desde la cual podía ver el balcón que formaba la terraza delantera sobre la bahía y los barcos que surcaban el mar.

—No puedo creer que haya vuelto aquí —murmuró para sí.

Sabía que iba a ser difícil volver a pisar esa casa, pasear de nuevo por sus salones, por sus jardines y no verla en cada rincón. Nada podría borrar el dolor que había conocido seis años atrás y que se hacía eco en su espíritu con el regreso a esa casa.

CAPÍTULO 4

Mary no podía dejar de pasearse de un lado a otro de la habitación. Sus pies asomaban bajo el ruedo del vestido con cada nuevo agitado paso mientras dejaba un imaginario surco en la delicada y antigua alfombra que cubría el suelo del salón de té rosa. A aquellas horas era la única estancia de la casa que estaba vacía y ella necesitaba, ahora más que nunca, esa soledad.

—¡*Flapper!* ¡Qué ocurrencia! —jadeó exaltada—. ¡Se ha atrevido a compararme con una de esas... mujeres! —Volvió a girar sobre sus tacones—. ¡Qué atrevimiento! Ni siquiera mis chicas vestirían de manera tan escandalosa, son unas jóvenes educadas, de buena familia...

Su voz se fue apagando poco a poco al recordar a sus pupilas, las hijas de su prima.

—Clodagh —murmuró el nombre de la mayor de las dos hermanas—. Rachel...

Cerró los ojos y luchó por recordar sus rostros, por escuchar su risa, la manera en que solían juntar sus cabezas mientras les daba la lección del día... Casi podía verlas de nuevo, con sus vestidos blancos por debajo de la rodilla, con sus calcetines y zapatos, su pelo immaculado y esas risitas que compartían entre ellas. Eran dos criaturas adorables que se convertirían en maravillosas mujeres.

«Me gustaría tener uno de esos sombreros tan chic. Es el último grito en París».

«En ese caso es toda una suerte que vivas en Irlanda, querida».

«Señorita Mary, ¿no le gustaría conocer París?».

«Lo visité una vez y fue suficiente para mí».

Paris, Londres, los Países Bajos, había viajado cuando tenía la edad de las niñas, había recorrido Europa con sus padres, había aprendido idiomas, era una mujer instruida cuya vida se había visto seccionada por las circunstancias a la edad de veintidós. Si no hubiese sido por su querida prima Arethusa, quién no dudó en mandar a buscarla, su vida posiblemente habría sido muy distinta.

«No es caridad, querida Mary, eres mi familia y la familia debe estar unida».

El postularse como institutriz de las niñas había sido lo más natural, una forma de dar rienda suelta a su conocimiento y enseñar a esas mentes jóvenes a cultivarse, así como también era su pequeña contribución para con la gratitud de una buena mujer.

Pero no toda su vida había sido institutriz. La pacífica vida en Bantry había llegado a su fin bajo la amenaza de la guerra civil, una que pronto llamó incluso a sus puertas.

Sus recuerdos volvieron a desdibujarse a partir de ese punto, algo importante se encontraba más allá de esa oscuridad que parecía llenarlo todo. Y entonces esa oscuridad dio paso a otra imagen, una que la llevó a abrir los ojos de golpe.

—Dios del cielo. —Se llevó las manos a los labios, cubriéndoselos—. Me ha visto.

Él, un completo extraño, alguien que no recordaba haber visto con anterioridad, había interactuado con ella, incluso le había tendido la mano.

—No, no es posible.

No podía quitarse de encima la mirada de sus ojos, la forma en que se dirigió a ella como si fuese una persona real y tangible.

—Y sin embargo me habló, a mí... allí no había nadie más.

Sus palabras todavía resonaban en su mente como un interminable eco, su voz había despertado terminaciones nerviosas que llevaban una eternidad dormidas.

—Oh Dios del cielo.

Se pasó una temblorosa mano por la cara, tocándose la sien derecha, jugando con los mechones que escapaban de su tocado. Era incapaz de procesar el asombroso descubrimiento que había tenido lugar en la biblioteca.

—Me miraba a mí. —Recapituló intentando convencerse a sí misma de que aquello no había sido parte de un sueño o de su deseo de compañía después de tanto tiempo sola—. ¿Cómo es posible? Nadie podía verme, nunca nadie...

No. Estaba equivocada. Había existido alguien una vez, no lograba concretar si había ocurrido ayer o hacía veinte años, pero hubo alguien que le habló.

«¿Por qué lloras?».

Solo había sido un niño, uno cuyos intensos y misteriosos ojos azules se habían encontrado en los suyos, cuyo pelo castaño había relucido rojizo bajo la luz del sol.

—¿Cómo he podido olvidarlo? —jadeó para sí.

Los niños parecían poseer el don de ver más allá de lo que se veía a simple vista, era como si su inocencia y su nueva mente fuese capaz de procesar lo que los adultos no podían. No era la primera vez que recibía la sonrisa de un bebé, que la saludaba una manita infantil, pero nadie había interactuado con ella como lo había hecho él.

«Porque nadie sabe que estoy aquí».

La respuesta había escapado de sus labios y, para su sorpresa, él se había acercado a ella, le había cogido de la falda haciendo que sintiese el

tirón de la tela y le había dedicado una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes de leche.

«Yo sí lo sé».

El hecho de que pudiese tocarla, unido a la honesta e inocente respuesta la había sorprendido y también había entibiado su congelado corazón.

«¿Cuál es tu nombre, pequeño?».

Su respuesta no se había hecho esperar.

—Braiden Shelswell-White.

Cuando este brotó de sus labios traído de lo más recóndito de sus recuerdos sintió un nuevo vuelco en el pecho. El mismo nombre que él le había dado, ¿sería acaso ese hombre el niño de entonces?

Era un apellido que parecía querer emerger de sus perdidos recuerdos, pero era incapaz de encontrar el lugar exacto o su ubicación. Sacudió la cabeza resistiéndose a pensar en esa posibilidad e intentando al mismo tiempo encontrarle una explicación a lo que había ocurrido y, a pesar de ello, no podía dejarlo pasar.

—Conjeturas, son solo conjeturas, Mary.

Pero esas conjeturas tenían voz y voto.

—Por amor de Dios, si me ha hablado.

Ese hombre era la primera persona viva con la que tenía contacto en casi un siglo, el único que no había mirado a través de ella sin verla.

—¿Y qué hago yo? —gimió amonestándose a sí misma por su falta de previsión—. Salgo corriendo de su presencia. Oh, por favor, podría ser más tonta.

Se pasó la mano por el pelo, desordenándolo, arrancándose el tocado en el proceso y haciendo que este cayese al suelo. Se quedó mirando aquella cinta con pedrería que le había adornado la frente y el pelo como si fuese la primera vez que la veía, se agachó y dejó que sus dedos acariciasen el tono

marfil del delicado diseño. Algo se removió en su interior, una emoción, una sensación, no sabía explicarlo. Pero tan rápido como llegó volvió a irse.

—No estoy preparada para esto.

No estaba preparada para sentir de nuevo, para captar algo que hasta ese momento no había sido otra cosa que ecos lejanos.

—Estaba allí, no solo lo vi, lo sentí, noté el aroma de su colonia, casi toco su mano... —Se miró las propias incapaz de hacer otra cosa, sorprendida consigo misma por lo que aquello significaba, por lo que recordaba—. Casi... toco... su mano.

Se dejó caer contra una pared, deslizó la mirada hacia una de las ventanas y acto seguido giró sobre sus tacones dispuesta a encontrar de nuevo a ese hombre y encontrar una respuesta a ese inesperado encuentro.

CAPÍTULO 5

Braiden se despertó de golpe, sus ojos se clavaron en el techo de la estructura en forma de dosel de la cama mientras las viejas imágenes se repetían sin cesar en su cabeza. Veía sin ver en realidad, su mente todavía prisionera de la pesadilla que lo había dejado cubierto de sudor y con el dolor y la pena sentados sobre su pecho. Se obligó a inspirar un par de veces haciendo que sus pulmones se pusiesen a trabajar y los ecos del pasado retrocediesen al lugar en el que los mantenía cerrados bajo llave.

Hizo la colcha a un lado y se sentó en el borde del colchón, dejando que el fresco suelo lo espabilase. Rastrilló el pelo con los dedos y se frotó la cara solo para encontrarse con su propio reflejo devuelto por el espejo del otro lado del dormitorio.

—Imbécil —le dijo a su propia imagen—. ¿En serio pensabas que no volverían ahora que estás aquí?

Apretó los dientes, sosteniéndose la mirada y reprendiéndose interiormente por haber bajado la guardia. Sabía que antes o después el pasado volvería a llamar a su puerta, era un verdadero milagro que no lo hubiese hecho hasta entonces.

Furioso consigo mismo y con su debilidad, dejó la cama y atravesó la habitación hasta el cuarto de baño. Una buena ducha de agua caliente se llevaría consigo a los demonios. Ni siquiera sabía el tiempo que había dormido, pero a juzgar por la luz que todavía se veía entrando a través de la ventana dudaba que hubiesen sido más que un par de horas. Se pasó la mano

por el rostro e hizo una mueca al notar la crespa barba bajo sus dedos.

—Ya es hora de que te afeites en condiciones, colega —le dijo a su propio reflejo.

Las oscuras bolsas que tenía bajo los ojos no hacían sino acuciar el aspecto de dejadez en el que se había sumido las últimas dos semanas. Después de la llamada de Richard informándole del inesperado ataque al corazón del abuelo, había dejado todo en manos de su hermano pequeño y había cogido el primer avión para plantarse en Cardiff. Tuvo que convencer a John de que era absurdo que volasen ambos a Gales cuando todavía no sabían cómo estaban realmente las cosas. No sabía que iba a encontrarse a su llegada, pero no era a un hombre tan fuerte como era el viejo en una cama de hospital, tan pálido como la sábana que lo arropaba y mucho más agotado de lo que recordaba. Él siempre había sido como un roble y ese maldito infarto le había robado varios años de un plumazo.

Richard y él se habían turnado para que siempre estuviese uno de ellos en el hospital, si bien su propia tozudez lo había llevado a pasar más tiempo del que era saludable, descuidando su propio bienestar.

Y entonces, cuando por fin el viejo había salido de peligro, se habían encontrado ambos con la tesitura de mantenerlo tranquilo, impidiéndole levantarse de la cama y hacer algo tan absurdo como volver al trabajo.

«Alguien tiene que hacerse cargo de Bantry House, especialmente con las Navidades a la vuelta de la esquina».

«Estamos en octubre, tienes tiempo más que suficiente para ocuparte de ello cuando estés completamente repuesto».

Richard y él se habían mirado sabiendo lo que habían dicho los médicos. Su abuelo debía descansar, debía pensar en retirarse ya.

«Abuelo, Braiden tiene razón. Lo primero que tienes que hacer es descansar, solo así podrás reponerte y volver a casa».

«Bien, de acuerdo. En ese caso, Braiden, tú tendrás que hacerte cargo en mi lugar».

Su cara en aquel momento había sido un poema. Se había negado en rotundo, exponiendo con vehemencia por qué aquello era una malísima idea, pero sus argumentos habían caído en saco roto y aquí estaba ahora, en el lugar al que se había jurado no volver.

«¿Entiendes siquiera lo que me estás pidiendo?».

«Entiendo que ya es hora de que sigas adelante, Braiden, que dejes ir a tus fantasmas».

Sacudió la cabeza y volvió de nuevo al dormitorio. Había dejado su teléfono junto con lo que llevaba en los bolsillos del pantalón sobre la cómoda al lado de la cama. Lo recuperó y buscó el último número al que había llamado. Puso el altavoz y volvió al baño.

—¿Ya has llegado?

La voz de Richard resonó a través de los altavoces. Su acento mucho más profundo que el suyo.

—Hace unas horas —contestó antes de continuar él mismo con el motivo de su llamada, impidiéndole empezar algo que ambos sabían no llegaría a buen puerto—. ¿Cómo está?

—Le han dado un sedante y ahora está durmiendo —explicó cambiando el tono de voz, bajando el volumen al tiempo que se oía por detrás los inequívocos sonidos de la planta del hospital—. Tenía el pulso algo acelerado y el médico quiere que esté tranquilo.

—Para eso tendrá que mantenerle sedado las 24 horas del día —repuso. Conocía perfectamente al hombre que estaba tumbado en aquella cama de hospital.

—No creas que no se lo he sugerido ya —replicó su hermano—. Bueno, ¿cómo lo has encontrado todo? ¿Has visto ya a la tía Sorcha?

—Me ha dado una calurosa bienvenida, típica de los irlandeses.

Escuchó como el cabrón se echaba a reír.

—Me hubiese sorprendido mucho que no hubiese hecho algo parecido —le dijo entre risas—. Pero el que estés todavía vivo y llamándome, es buena señal.

—Preferiría estar en cualquier otro lugar antes que aquí.

—Lo sé, Brai, lo sé mejor que nadie. —Un sutil recordatorio. Sí, él lo sabía de primera mano, lo sabía muy bien.

Hubo un momento de silencio en la línea motivado por la incapacidad de continuar con ese hilo por ninguna de las partes.

—Voy a darme una ducha. —Terminó la conversación tan rápidamente como la había iniciado—. Después ya veré si puedo obtener algo más que reproches de nuestra tía. Manténme al tanto de la evolución del *viejo*.

—«Abuelo». —Lo corrigió, puntualizando el parentesco—. No es tan difícil, solo tienes que mirarte en el espejo y verás que eres su vivo retrato.

Y aquello no era sino otra de las muchas cosas que lo incomodaban. Mientras que su padre y sus dos hermanos eran morenos, él había salido casi pelirrojo; una distinción del patriarca de la familia.

—Te llamaré en un par de días, si no hay novedades por tu parte —sentenció y apagó el teléfono. No quería alargar aquella conversación innecesariamente.

Dejó el móvil sobre la superficie del lavabo, abrió el grifo del agua de la ducha y tras desnudarse, se metió bajo el humeante chorro. El calor lo golpeó de lleno pero lo recibió de buen grado, necesitaba ese picor sobre su piel para quitarse de encima ese mal sabor de boca que acababa de dejarle la llamada. Sabía que se estaba comportando como un capullo, su hermano solo decía lo que la mayoría pensaba pero no por ello tenía que sentarle bien; aunque fuese la jodida verdad.

Tenía que dejar el pasado atrás, enterrarlo de una vez y para siempre en el mismo lugar en el que estaban sus raíces, pero para hacerlo, primero tendría que enfrentarse con el sentimiento de culpa que permanecía escondido en lo más hondo de su pecho y hacer las paces con su propia alma.

Se tomó su tiempo en asearse y deshacerse del aspecto de vagabundo con el que se había dejado caer en el B&B. Una vez afeitado su rostro recuperaba ese aire de picardía que solía ocultar bajo una cuidada barba, sus ojos volvían a brillar con renovada intensidad pero lo que no se molestó en cambiar fue el rictus de desgana que curvaba sus labios.

Se peinó con los dedos y puso los ojos en blanco ante su aspecto antes de ceñirse la toalla y volver al dormitorio con intención de vestirse y bajar a enfrentarse con el mundo. Sin embargo, todo quedó en una «intención», puesto que lo que encontró paseándose de un lado a otro de su habitación, murmurando en voz baja, lo detuvo en seco.

Era ella. La huésped a la que había confundido con una empleada y que había salido corriendo. Se paseaba de un lado a otro, con ese anticuado vestido ciñéndose a su cuerpo, moviéndose alrededor de sus piernas, marcando una figura bastante atractiva. Pero lo más curioso de todo —aparte del hecho de que estuviese allí sin invitación—, era el monólogo que parecía tener consigo misma.

—Esto es de lo más inesperado... No, por supuesto que es inesperado, es evidente... Veamos. Sé que esto le parecerá extraño, pero... —Ella sacudió de nuevo la cabeza y comenzó de nuevo—. Señor Shelswell...

—¿Sí?

La muchacha detuvo su andar en seco, pegó un saltito de lo más divertido y se giró y lo miró con los ojos más verdes que había visto nunca. Su rostro ovalado estaba enmarcado por unas ondas de pelo trigueño que acariciaban unos altos pómulos que pasaron del blanco cerúleo a un cada vez

más vibrante rosa. Pero fue sin duda su boca, con unos pequeños y delicados labios abriéndose en una sorprendida «o» lo que lo llevó a sonreír interiormente.

—Diablos, está usted desnudo.

El tartamudeo en su voz le habría parecido realmente adorable si no se preguntase todavía qué narices hacía esa mujer en su dormitorio.

—Una apreciación que sin duda pone de manifiesto tu inteligencia —le soltó, profundamente irónico—. Ahora, ¿puedo saber qué haces en mi dormitorio?

CAPÍTULO 6

Esa era sin duda una pregunta inteligente, una para la que tenía una respuesta... o la había tenido antes de encontrarse al hombre en paños menores. ¿Sería este un buen momento para que se abriese la tierra bajo sus pies y se la tragara?

Tragó, sintió como sus mejillas cobraban una temperatura superior a la normal, de hecho, el solo hecho de que se estuviese notando caliente ya era toda una novedad. Por no mencionar toda la miríada de emociones que la recorrían de los pies a la cabeza. Eran tan reales y tan crudas que no podía quedarse impasible, su cuerpo parecía haber recuperado el ritmo perdido y estaba dispuesto a instaurarlo a toda velocidad.

Y todo ello venía provocado por un hombre bastante atractivo, con un cuerpo atlético, cubierto tan solo por una toalla alrededor de la cintura.

Apartó la mirada al momento, se giró dándole la espalda y luchó por encontrar las palabras que se habían volatilizado de su mente al verle.

—Le pido disculpas, señor —se las ingenió para sonar lo más firme posible a pesar de su perturbación—. No se me había ocurrido que pudiese estar dedicando el tiempo a su aseo...

—¿Dedicando el tiempo a mi aseo? —Escuchó su réplica con un tono que podía bailar entre la risa y la incredulidad—. No me cabe duda que estás metida en tu papel, querida, ¿puedo saber qué te trae por mi habitación?

¿La había llamado querida? Sacudió la cabeza ante esa estúpida observación. El hecho de que se estuviese dirigiendo a ella, que escuchase sus

preguntas y contestase en consecuencia, ya era bastante asombroso. Aventuró un breve vistazo por encima del hombro y se lamió los labios.

—No estaría de más que se pusiese algo encima de modo que podamos mantener una civilizada conversación.

Enarcó una ceja, los labios se curvaron lentamente hasta formar una sonrisa que le bailó en los ojos.

—Supongo que, en su época, el civismo venía con la ropa puesta.

Parpadeó ante la ironía presente en su voz, pero optó por ignorarle y volver a darle la espalda.

—En mi época cualquier mujer que se hiciese respetar no entablaría una conversación con un hombre desnudo y en su habitación.

Y... acababa de retratarse a sí misma como una mujer perdida.

—Pues usted está aquí y yo estoy... ¿cuenta la toalla como ropa?

Se giró como un resorte dispuesta a aclarar su punto.

—No soy de esa clase de mujer, señor Shelswell —se envaró—. Mi presencia aquí obedece a... a algo mucho más trascendental que la necesidad o la apetencia de ver a un hombre en paños menores.

Sentía como sus mejillas ganaban cada vez más color, notaba como le ardía la cara, pero no iba a retirarse ahora. No era una mojigata, a lo largo de su vida había visto suficientes hombres en paños menores como para no escandalizarse de esa manera. La vida la había llevado a enfrentarse a la peor de las situaciones, no se le había permitido sentirse escandalizada ante la anatomía masculina cuando debía enfrentarse a las secuelas de la guerra, bañar a los heridos en el hospital y atender sus primarias necesidades... Su marido había sido uno de ellos, el único hombre al que había conocido de forma carnal y a quién todavía echaba terriblemente de menos.

—Así que, si tiene la bondad de vestirse...

—Bondad no es algo que abunde en estos tiempos, mi querida señora, y

desde luego yo no la practico —declaró con tal gesto arrogante en la voz que le provocó un breve escalofrío—. Por otro lado, esta representación teatral, si bien le concedo todo el mérito por el cuidado que pone en cada una de las palabras y en las expresiones que utiliza, empiezo a encontrarla tediosa e intrusiva...

Dejó esa postura arrogante y cruzó la habitación en su dirección. Caminaba como un general, con la postura erguida y una mirada de decisión en esos ojos azules.

—Así que la invitaré a abandonar mi dormitorio y añadiré una advertencia o consejo —añadió deteniéndose a escasos pasos de ella. Su cercanía no hacía más que constatar las suposiciones a las que había llegado sobre él. Era enorme, muy alto en comparación a su baja estatura y poseía un aura lo bastante peligrosa como para que le hubiese preocupado el estar allí con él de no estar ya muerta.

—Si quieres conservar tu empleo, sea cual sea, será mejor que te mantengas alejada de las habitaciones de los huéspedes —le dijo con gesto serio, adusto, dando un último paso hacia ella—. No estoy interesado en ninguna clase de... visitas imprevistas, así que...

Retrocedió por inercia al sentirse amenazada por su presencia, sus pantorrillas tropezaron con el diván a los pies de la cama, desestabilizándola, al mismo tiempo que los largos y bronceados dedos masculinos se cerraban alrededor de la parte superior de su brazo impidiéndole caer con brusquedad.

El inesperado contacto, el primero que tenía con alguien en casi cien años, desató una verdadera tormenta en su interior. Un doloroso y caliente relámpago se inició en el punto en que sus dedos tocaban su piel y se extendió por su brazo hasta su pecho. Juraría que el estruendo que creyó escuchar no había sido producto de su imaginación, que su corazón largo tiempo apagado no había dado un fantasmal latido.

—Oh Dios... —murmuró incapaz de romper el contacto visual, temblando por lo inesperado del suceso y la incomprensión que traía consigo el mismo.

Los ojos azules no tardaron en replicar su exclamación, pero en ellos había algo más: incredulidad, espanto. La soltó al instante, mirándose los dedos como si esperase ver una quemadura en su piel y alternando al mismo tiempo al mirarla a ella.

—No, de ningún modo.

La manera en que pasó de la incredulidad al dolor y finalmente a la amargura la sobrecogió por la intensidad que transmitían a través de su lenguaje corporal.

—No está ocurriendo de nuevo —su voz empezaba a perder consistencia, convirtiéndose en un murmullo—. Tú no eres... No. No lo eres.

Vio como las palabras se perdían una vez más instalándose el silencio, como esos ojos bajaban sobre su pecho, clavándose a la altura del corazón. Un latido después la palma masculina se cernía sobre su seno izquierdo, presionando sobre su yermo órgano, aguardando unos segundos antes de alzar la mirada y encontrarse con sus ojos.

—No hay latido.

Empezó a retirar la mano, moviéndose con una lentitud sobrecogedora. Pero lo que llegó a estremecerla fue la manera en que su boca adquirió un rictus de profunda amargura, el sonido de una risa carente de humor surgiendo de su garganta mientras daba un nuevo paso atrás y la recorría de los pies a la cabeza como si no pudiese aceptar que estuviese allí.

—Oh, maldita mujer...

Para su eterna sorpresa él se echó a reír. Las carcajadas inundaron el dormitorio al tiempo que daba un par de pasos atrás, alejándose de ella, riéndose como un verdadero demente.

Frunció el ceño y otra de esas emociones que llevaba años sin sentir se filtró en sus venas: indignación.

—Deje de reírse en este mismo instante —replicó levantándose como un resorte del asiento—. Su actitud es indignante, al igual que su falta de modales.

Su llamada de atención hizo que levantase la cabeza, la mirada en su rostro la asustó, parecía un verdadero demente, pero un único vistazo a sus ojos opacó esa primera impresión. En esas profundidades azules ya no había calor, no existía la cínica diversión que encontró en ellos al principio, lo que ahora mostraban era un tormento tan profundo que lo notó hasta en su vacía alma.

—¿Mi actitud es indignante? ¿Carezco de modales? —Se carcajeó igualmente, pero ya no había risa en su voz—. ¿Y qué hay de los suyos? Entra en un dormitorio ajeno sin invitación, porque Dios sabe que yo no se la he dado. ¡Jamás se la daría a alguien de su condición! ¡A ninguno!

Su grito la sobresaltó, notó como se le erizaba el vello de los brazos y sintió una oleada de frío recorrer su piel.

—Largo. —Señaló la puerta con un gesto enfático—. ¡Fuera de aquí!

Tembló, fue incapaz de hacerlo, pero no podía moverse, algo la anclaba al suelo y no sabía si era él o era ella misma. Levantó poco a poco la barbilla y respondió con un rotundo:

—No.

Su respuesta pareció cogerlo por sorpresa y enfadarlo al mismo tiempo. Su rostro adquirió una profundidad y un odio que, de no estar ya muerta, habría temido por su vida.

—¿No?

Tragó saliva con suma dificultad. Más tarde se preocuparía por analizar su estúpida actitud, la forma en que lo enfrentaba abiertamente como si fuese

una de sus chicas en una abierta pataleta. Él era mucho más peligroso, mucho más grande, pero también estaba mucho más herido. Negó una vez más con la cabeza y enderezó la espalda.

—Eso he dicho. No. —Se las ingenió para mantener ese tono educado y firme con el que aleccionaba a sus pupilas. En muchos aspectos los hombres eran igual que niños díscolos, especialmente cuando no se salían con la suya. Su padre había sido así y solo había una manera de enfrentarles—. Le ruego me disculpe por haberme presentado de esta manera y sin invitación, pero...

No le permitió articular ni una sola palabra más, avanzó hacia ella, le rodeó la muñeca provocándole una nueva descarga eléctrica en cada una de sus terminaciones nerviosas y la arrastró a través del dormitorio hasta la puerta.

—Está disculpada —declaró abriendo la puerta y empujándola a través del umbral—. No vuelva a poner un solo pie en mi habitación.

Mary dio un respingo cuando la puerta se cerró de golpe ante sus narices. La madera pareció vibrar con el impacto, como si necesitase recalcar las palabras dichas tan solo un segundo antes.

Se llevó los dedos a la sien derecha y dejó escapar un pequeño suspiro.

—Y todavía hay quien piensa que es difícil educar a los niños —murmuró para sí. Tomó una profunda bocanada de aire, se alisó el vestido y golpeó con los nudillos.

—Señor Shelswell, si pudiese concederme unos minutos...

Una sonora carcajada precedió a la respuesta masculina.

—¿Y ahora es cuándo llama a la puerta?

A estas alturas suponía que toda la cara estaría tan roja como un tomate. Era un alivio que no la viese, eso le ahorraría posiblemente algún dardo envenenado de semejante caballero.

—No sería inteligente por mi parte volver a irrumpir en su dormitorio

sin una invitación y me tengo por una mujer inteligente.

—Si fuese usted una mujer inteligente, señora, ni siquiera se habría personado en ella para empezar.

Sacudió la cabeza y resopló.

—Oh, por favor —murmuró para sí y volvió a golpear la madera con los nudillos. El hecho de poder escuchar el sonido del golpeteo y notar la dureza de la puerta bajo sus nudillos contribuyó a alimentar su resolución—. Deje de comportarse como un niño y abra la puerta.

Una nueva carcajada y algo que sonó como un «esto es surrealista» emergió del interior antes de que su voz se hiciese más fuerte y puntualizara.

—No está invitada, señora, así que esfúmese —replicó irritado—. Busque otro lugar por el que vagar.

Sus palabras le escocieron.

—¡Yo no vago! —replicó ofendida—. Y si lo hiciese, estaría en todo mi derecho a hacerlo por Bantry House. Es mi hogar.

Una nueva carcajada. Ese hombre tenía un verdadero problema de actitud.

—Lamento comunicarle que dejó de serlo en el mismo instante en que la diñó, señora.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño ante la extraña elección de palabras.

—¿En el mismo instante en la que... qué?

Hubo una serie de sonidos en el interior de la habitación que no llegó a identificar. Entonces la puerta se abrió de nuevo de golpe y allí estaba él, ahora vestido con unos pantalones, con sus ojos clavados en ella, mirándola con tal odio que casi se sintió empujada a retroceder.

—Diñarla, palmarla, morirse, irse de este mundo. *Caput*. —Enumeró una serie de sinónimos para su propio entendimiento—. Usted ya no debería estar aquí y, por encima de todas las cosas, yo no debería estar teniendo esta

conversación.

Se cruzó de brazos y adoptó esa actitud de institutriz que tan bien tenía ensayada.

—Pues la está teniendo.

—Lo que me dice que mi psiquiatra es un completo inútil y que los innumerables años de tratamiento no han servido para nada —escupió atravesando el umbral y reuniéndose ahora con ella en el pasillo—. Un dineral tirado a la basura.

Por absurdo que pareciese, él la estaba culpando de ello.

—¿Insinúa que yo tengo la culpa de su ausencia de resultados? —Descruzó los brazos visiblemente ofendida.

—¿Acaso no es obvio? —La señaló con una mano, abarcándola de pies a cabeza—. Si hubiese dado el resultado esperado tú no estarías aquí ahora, no te vería ahí plantada con ese vestido pasado de moda y un peinado anticuado, sobre todo, no existiría interacción alguna como lo es esta enloquecedora conversación y, por encima de todas las cosas que no deberían suceder —Le cogió la mano y se la levantó, como si necesitase que ella también la viese—. ¡Jamás debería haber sido capaz de hacer esto! ¡Diablos! ¿Por qué demonios eres sólida? Los demás no eran sólidos, no de una manera tan... tangible.

Le soltó la mano de golpe y se la llevó hacia el pecho para aliviar el dolor que le había provocado.

—Es usted un bruto —lo acusó. Entonces lo apuntó con un dedo—. Y sepa que esto también es una sorpresa para mí, una mayúscula. —Lo señaló entero—. Usted es el primer... hombre vivo con el que hablo en...

—Ahórreselo, querida, no me interesa —la interrumpió con firmeza—. No estoy nada interesado en su historia. Solo quiero perderla de vista, ¿entiende el concepto?

Arrugó la nariz una vez más, un gesto que siempre había sido muy suyo y que no había practicado en muchísimo tiempo.

—Braiden Shelswell-White, tenía usted mejores modales cuando era solo un niño que ahora que es un hombre adulto —replicó llevándose las manos a las caderas—. Debería darle vergüenza.

Una vez más su expresión cambió mudando de la ironía y el sarcasmo a la especulación y el recelo.

—Conoces mi nombre y yo no te lo he dicho —Esos enigmáticos ojos azules se entrecerraron hasta formar dos rendijas.

Resopló y optó por tomar un camino más sosegado.

—Como le decía, usted es el primer hombre vivo con el que tengo contacto en... demasiado tiempo —declaró y lo miró de arriba abajo, intentando superponer la imagen de aquel niño a la del hombre que tenía ante ella. Sí, la similitud estaba allí, los mismos ojos, el mismo rictus en su boca, el mismo color de pelo—. De hecho, nos conocimos hace años, cuando usted no era más que un niño. Y entonces hizo gala de unos modales exquisitos.

Él le sostuvo la mirada. A juzgar por la intensidad con que la miraba y la forma en la que la recorría de nuevo, estaba intentando recordar cuándo había sucedido eso.

—No lo recuerda. —Una triste afirmación. Podía ver en sus ojos que ese episodio se había borrado de su mente.

—¿Debería?

La ironía presente en su voz fue como una bofetada, un insulto hacia el único recuerdo amable que conservaba en un limbo de absoluta soledad.

—Albergaba la esperanza de que ese encuentro significase algo, especialmente al ver que se ha repetido —comentó con un suave chasquido—. Ahora ya no estoy tan segura.

Él no respondió pero le sostuvo la mirada.

—Ha dicho... que ellos... no eran corpóreos —insistió, recuperando sus palabras, intentando encontrarles una explicación—. Que este no es el primer encuentro que tiene con...

—¿Fantasmas? ¿Espíritus? ¿Difuntos? ¿Personas muertas y enterradas?

Su brusquedad fue como un ataque personal, pero estaba acostumbrada a lidiar con la brusquedad y la desesperación, lo había hecho durante los últimos años de su vida, ¿verdad?

—¿Cómo es posible que sea consciente de mi presencia de esta manera? —Preguntó lo que realmente quería saber, lo que la llevaba a plantearse un sinfín de preguntas—. Que yo... que usted... ¿Tiene idea de lo extraño que resulta el poder volver a tocar a una persona, el poder hablar de nuevo, el ser escuchada? ¿Cómo es posible?

Se lamió los labios.

—¿Quién es usted?

Sus ojos adquirieron esa sombra de dolor que vio en el mismo instante en que posó la mano sobre su pecho y reparó en la ausencia de latido de su corazón.

—Un hombre maldito —respondió con frialdad—. Uno cansado hasta el extremo de esta maldición.

Dicho eso le dio la espalda y volvió a la habitación, cerrando la puerta tras él y dejándola de nuevo sola. Pero aquella ya no era la misma soledad que había conocido hasta ahora, era una completamente distinta, una incluso más dolorosa.

CAPÍTULO 7

Braiden se dejó caer contra la puerta, notando la dureza de la madera a su espalda y el dolorcillo que le provocó en la parte posterior de la nuca cuando la golpeó contra la dura superficie. Se esforzó por llevar aire a los pulmones, obligándoles a trabajar, ordenando a su cuerpo seguir ejerciendo cada una de sus funciones al tiempo que luchaba con su mente y lo que esta intentaba procesar.

—No otra vez —murmuró para sí—. No ahora. No aquí.

Volvió a inclinar la cabeza solo para volver a dejarla caer hacia atrás con más fuerza.

—¡Malditos seáis! —siseó apretando los dientes con una intensidad que era un milagro que no se los hubiese partido—. No puedo volver a enfrentarme a esto, no ahora que ya lo había asumido.

Cerró los ojos con fuerza para refrenar las lágrimas que le picaban tras los ojos. No iba a derramar ni una sola, el llanto había quedado borrado de su espíritu aquella noche y no volvería a dejar que las compuertas se abriesen otra vez; si lo hacía, posiblemente no sobreviviese.

—Mierda, mierda, mierda, mierda. —Remarcó cada palabra con un golpe de la nuca contra la madera, un incesante martilleo que pronto se reprodujo en su cráneo. Pero era mejor eso que escuchar la voz de esa mujer, que ver cómo se apagaban sus ojos o verla llorar otra vez.

Solo había necesitado ver el brillo de sus ojos y la desesperanza en ellos cuando creyó que no recordaba su encuentro para traerlo nítidamente a su

memoria, para recuperar el recuerdo que se había esforzado por enterrar bajo capas y capas de auto convencimiento.

Solo había sido un niño entonces. Había venido a la mansión con sus padres y sus hermanos, para ver al abuelo y pasar unos días en la casa familiar. Recordaba haber visto una figura paseando por el jardín italiano. En un principio creyó que se trataba de un ángel pues el sol incidía sobre la mujer, dotándola de un halo brillante y misterioso. Se había acercado a ella lo suficiente como para ver unas lágrimas cayendo por sus arreboladas mejillas, tenía los ojos húmedos pero eso no había evitado que cruzaran las miradas.

Sabía que no debía hablar con desconocidos, especialmente, no debía hablar con esas «personas» que solo parecía ver él, pues hacerlo entristecía a su madre y ponía una mirada extraña en la cara de su padre. Solo su abuelo lo alentaba en ese sentido, creyendo en sus palabras.

Pero ella estaba allí, con ese aire de tristeza y melancolía que lo atraía como un imán. Cuando llegó hasta ella estaba sentada en uno de los bancos y no había dudado en sentarse a su lado con la inocencia infantil guiando sus pasos.

«¿Por qué lloras?».

Su pregunta hizo que levantase la mirada y viese la humedad en sus mejillas.

«Porque nadie sabe que estoy aquí».

Su voz había sido suave, melodiosa y su suposición de que fuese un ángel se afianzó. Había extendido su manita hacia ella, cogiéndole de la falda antes de contestar.

«Yo sí lo sé».

Su mente infantil reaccionaba con sencillez, buscando respuestas obvias y ofreciéndolas sin dudar. Su madre solía decirle a menudo que era capaz de hacer que hasta los árboles le respondiesen con el ímpetu que ponía en su

cháchara.

Los ojos de la mujer se habían dulcificado entonces, se había inclinado sobre él y le había hablado haciéndole sentir importante.

«Sí, eso parece». Le sonrió «¿Y puedo saber el nombre de tan amable y atento caballero?».

No dudó en responder al momento tal y como le habían enseñado.

«Braidon Shelswell-White». Replicó sintiéndose importante. «¿Y tú cómo te llamas?».

Ella le había sonreído entonces, deslizando una delicada mano por su cabeza tocándole apenas el pelo.

«Mary Elizabeth...»

«Braidon, ¿dónde te has metido ahora, pilluelo?».

La inesperada llamada de su padre había interrumpido al ángel, se había girado para decirle a su progenitor que estaba en el jardín y al volverse hacia la mujer, esta había desaparecido.

No había vuelto a verla desde entonces, a pesar de que había visitado la casa de nuevo y vivido en ella, especialmente después de la muerte de su padre, no había vuelto a pensar en ella y mucho menos a tener un encuentro como el de hoy.

—Mary Elizabeth —repitió ahora en voz alta, asociando el nombre con la inesperada visita que se había colado en su dormitorio—. ¿Un ángel? —Hizo una mueca al recordar su ingenuidad y sacudió la cabeza apartándose de la puerta—. Esa mujer no es un ángel, es una jodida pesadilla, una que está muy muerta.

Era un espíritu, un fantasma y, el hecho de que la hubiese confundido con una persona viva, que hubiese hablado con ella y, por encima de todas las cosas absurdas que le habían pasado a lo largo de su vida, la hubiese tocado, solo ponían de manifiesto que la pesadilla había vuelto de nuevo y con

inusitada fuerza.

—De todos los regalos posibles por volver de la muerte tenía que tocarme precisamente la capacidad de ver las almas de los difuntos —resopló mirando hacia el techo, maldiciendo interiormente su propia fortuna—. Debí haberme quedado debajo del agua.

Aquella era su maldición, una que venía arrastrando desde el día en que lo arrancaron de los brazos de la muerte cuando no era más que un infante de corta edad. Una travesura que les había costado muy cara a los hermanos Shelswell-White.

—Se pondrá bien. —Le había dicho el médico del hospital a su padre después de hacerle varias pruebas—. No hay daño cerebral, lo cual es prácticamente un milagro dado el tiempo que pasó bajo el agua. Las demás pruebas han salido todas bien. Si sigue evolucionando, posiblemente puedan llevárselo a casa a finales de semana.

Y sí, su estancia en el hospital no se había alargado más allá de esa semana, pero el volver a casa no le había reportado la tranquilidad que necesitaba para sanar. Más bien al contrario, había sido el comienzo de otra pesadilla, una que no acababa de entender a la corta edad de seis años.

Pero entonces, ¿qué niño en su sano juicio intenta coger un pez con las manos y cae a la bahía lejos de la atención de sus padres y su hermano mayor? Si bien había aprendido a nadar casi tan pronto como a andar, la desigual superficie había hecho que se dejase por el camino la gorra y una brecha que a duras penas ocultaba su pelo.

Según le habían contado, había sido Richard quién había dado la voz de alarma al ver que algo caía al agua. Al principio pensó que podría tratarse de algún pez o incluso focas salvajes, pero cuando vio el gorro de lana en las piedras y él no aparecía por ningún lado, empezó a gritar. Su padre había sido el primero en acudir a su llamado, también fue el que lo localizó flotando y se

lanzó a por él.

«No respirabas, Brai». Richard nunca se cansaba de contarle aquel episodio, sintiéndose culpable por haberle perdido de vista. John todavía no había nacido y su hermano se sentía responsable de él. «Mamá no dejaba de llorar y papá... Nunca le vi tan desesperado como en esos interminables minutos en los que intentaba traerte de vuelta».

Lo suficiente desesperado como para no rendirse hasta que empezó a toser y expulsó el agua de los pulmones.

Sí, su padre le había traído de vuelta, pero él no había regresado solo, cuando abrió los ojos había alguien al lado de su progenitor, alguien que solo conocía por los retratos que había en casa: Su abuela paterna.

«Está bien, tesorito, todavía no ha llegado tu momento».

Su tête à tête con la muerte había tenido sus consecuencias, unas que habían marcado su infancia, adolescencia e incluso su vida adulta de maneras que nunca nadie comprendería.

«Puede que nadie entienda el maravilloso don que tienes ahora, Braiden, que tú mismo lo consideres una maldición, pero el viaje que tú has hecho trae consigo un pago. El tuyo ha sido benévolo. Te han concedido el don de ayudar a quienes se encuentran perdidos en la eternidad, el poder de liberar un alma de modo que pueda continuar su camino. Tus ojos verán cosas que nadie más verá, tus oídos oirán a aquellos que nadie más oye y tu alma reconocerá aquellas que son afines y que necesitan de tu guía. Eres un sanador de espíritus, el único que puede despertarles y darles la libertad».

Había sido el niño que tenía amigos invisibles, el chico que hablaba solo en la escuela, el adolescente que se metió en innumerables peleas y el hombre que decidió enterrar todo lo que era bajo capas y capas de autodeterminación y terapia.

«No puedes pasarte toda la vida huyendo de quién eres realmente,

Braiden, debes enfrentarte a ella y salir victorioso».

Su abuelo, tan parecido a su padre y al mismo tiempo tan distinto, había sido el único que había creído en las «alucinaciones» de su nieto y el que lo había empujado a hacer algo más que negarse a sí mismo a creer en lo que veía.

«El que no pueda verlo con estos ojos, no quiere decir que niegue la existencia de algo más. Soy irlandés después de todo, eso me hace temeroso del otro mundo y fiel a él».

Pero los niños al final crecen, se convierten en adolescentes y finalmente en adultos, lo que se considera un juego de críos pasa a etiquetarse como una rareza, incluso como un trastorno y las consecuencias derivadas de ello cobran una dimensión mayor.

Puedes ignorarlo, puedes aprender a suprimirlo o fingir que no está ahí hasta convencerte de ello, solo para desear que vuelva en el momento que menos lo esperas, cuando la desesperación te lleva a caminos que de otro modo no transitarías.

Aquella era su particular maldición, se había pasado toda la vida renegando de su don para perderlo cuando más lo necesitaba.

Atravesó la habitación y se detuvo junto a uno de los ventanales. La tarde empezaba a decaer, el cielo pronto empezaría a teñirse de naranjas y añiles antes de dar la bienvenida a la noche y tras esta, a un nuevo día.

—No he venido aquí para revivir el pasado —se dijo a sí mismo, obligándose a grabarse sus propias palabras en la mente, a escuchar a su cerebro—. Ni para tener una estúpida conversación con el maldito fantasma de una mujer de los años veinte.

Tenía que centrarse, hacer a un lado todo lo demás y hacer aquello por lo que había venido. Se encargaría de la gestión del lugar durante los dos próximos meses y, tan pronto el viejo estuviese fuera de peligro y lo

suficientemente bien para volver a casa, le devolvería las llaves de ese lugar con todo lo que encerrase.

CAPÍTULO 8

Dos semanas después...

—No sé cómo lo haces pero tienes peor aspecto que cuando llegaste y eso es mucho decir.

Dejó de teclear y levantó la mirada del portátil para ver a su tía atravesando las puertas que comunicaban la sala de estar con la biblioteca. Los ojos de la mujer cayeron sobre él como muchas otras veces a lo largo de los últimos catorce días.

—Bueno, al menos hoy te has afeitado —continuó con su habitual resumen matutino—. ¿Has conseguido descansar?

Una pregunta que no dejaba de repetirse de vez en cuando combinada con frases como: «*¿Eso es todo lo que vas a comer?*», «*¿Acaso crees que eres un vagabundo?*» y su favorita; «*Haz el favor de dejar eso e irte a dormir*». Era como volver a los días en los que vivía allí con sus hermanos, después de la muerte de su padre y de que la mujer hubiese ejercido más veces de las que quería recordar de madre. Especialmente porque la suya había estado sumida

en ese entonces en su propio duelo.

Se llevó la mano a la frente y se frotó el entrecejo.

—Es difícil conciliar el sueño cuando tienes duendes irlandeses zapateando en tu cerebro —comentó mientras se obligaba a mantener la mirada sobre la mujer y no desviarla más allá, al otro lado de la biblioteca donde *ella* volvía a sus hábitos de lectura.

Tenía que admitir que no le molestaba, si consideraba como molestia el dirigirle la palabra, interrumpirlo o intentar captar su atención. No, ella era más sutil, se limitaba a estar presente en el mismo lugar que él, silenciosa, callada, pero tan presente que empezaba a desquiciarle.

—Deberías haber ido al pub del pueblo, un poco de whisky y podrías haberlos mandado a dormir —le soltó. Recorrió la breve distancia que los separaba y se detuvo a su lado. Había ocupado el pequeño escritorio en el lado opuesto al piano y llevaba ya horas intentando concentrarse en lo que tenía entre manos.

—El whisky embota los sentidos.

Por no mencionar que el frufú de la maldita falda y los sonoros pasos de unos zapatos de tacón sobre la madera del suelo hacían que su atención se desviase cada vez que esa maldita mujer se movía. El suave aroma a lilas que parecía colgar en el aire le picaba la nariz y los murmullos o risitas que emitía de vez en cuando habían hecho que quisiese estrangularla. Una pérdida de tiempo, la muy puñetera ya estaba muerta.

—A veces es necesario tenerlos embotados, se trabaja mejor. —La respuesta de Sorcha lo obligó a prestarle toda su atención—. Por otro lado, llevas tanto tiempo encerrado entre estas cuatro paredes que puede que lo que necesites es que te dé el aire. Esta mañana no hay viento, nos hemos librado de las nubes grises de los últimos días y, si te abrigas, no sentirás ni el frío. Deberías aprovechar y salir a dar un paseo a ver si eso te despeja y te quita

esa palidez de las mejillas.

Puso los ojos en blanco ante los consejos de abuela que todas las mujeres de la familia parecían tener listos para verter sobre él. Cait parecía decidida a hacer piña con su madre para preocuparse por su bienestar, aunque, en el caso de su prima, se limitaba a decirle que durmiese más y fumase menos; toda una ironía, pues solo había fumado un cigarrillo en las últimas dos semanas. Y solo lo había hecho porque estaba totalmente desquiciado después de una noche de pesadillas.

—Lo haré cuando termine de repasar la contabilidad —optó por hacer notar su trabajo y señaló los dos pesados libros que se apilaban en una esquina sobre la mesa—. Casi me da un ataque cuando Cait me dio estos dos libros después de preguntarle sobre los listados de huéspedes y la contabilidad. Me sorprende que sigamos teniendo estas cosas con el programa contable tan bueno que tenemos.

—Quedan bien sobre la recepción y a los huéspedes les ilusiona escribir su nombre como se hacía antiguamente, en un libro de registros —se encogió de hombros—. El programa contable lo desarrolló Elías hace un par de años y la verdad es que tu abuelo está encantado con él.

No era para menos, el programa que había diseñado el marido de su prima era realmente bueno y útil.

—He visto algunos nombres conocidos en el libro de visitas —comentó entonces deslizando un dedo sobre las distintas caligrafías que anotaban los nombres de los huéspedes—. ¿Los O'Leary no eran ese matrimonio que se pasaba el día discutiendo por todo?

El rostro de su tía adquirió otro fondo, sus labios se estiraron ahora un poco más hasta formar una sonrisa.

—Sean O'Leary sigue teniendo como afición principal en la vida llevarle la contraria a su esposa —asintió—. Aunque los años no pasan en

vano y, yo diría que ahora a su señora poco le importan sus opiniones.

Y aquellos eran los típicos cotilleos que se daban en una casa de huéspedes. Recordaba al matrimonio de años atrás, básicamente eran asiduos a pasar sus vacaciones en Bantry, a pesar de que vivían en la otra punta del país.

—Más que no importarle, no las escucha. —La suave y no invitada voz femenina llegó desde el otro lado de la biblioteca—. Esa adorable dama ha perdido audición en los últimos años. Debería fijarse en la forma en que ladea sutilmente la cabeza, es algo que solía hacer mi padre cuando empezó a mermar la suya.

Un breve escalofrío le recorrió la columna y sintió como se le ponía la carne de gallina debajo de las mangas de la camisa. Tuvo que morderse la lengua para no replicar en voz alta y provocar un incidente del que no podría salir bien parado. Ella ni siquiera se había girado, seguía sentada en una de las antiguas sillas junto a la galería, con la espalda recta mientras los delicados y largos dedos jugaban con las hojas del libro que tenía abierto sobre el regazo.

«Hacía tanto tiempo que no pasaba las páginas de un libro».

Esa había sido una de las frases que escuchó en sus labios la primera vez que coincidieron en la biblioteca, había sido su primer intento por entablar una conversación, suponía, uno que había rellenado con silencio. Ignoró su comentario aunque no por ello le restó credibilidad a su comentario, ya en sus días en la casa se hacía visible que el hombre no escuchaba muy bien. Lo que no podía ignorar tan fácilmente era su presencia, escuchar el movimiento de las cuentas del collar que le rodeaba el cuello chocando con la pedrería del vestido u olvidar la exclamación de sorpresa que había pronunciado esa primera vez, cuando se inclinó sobre una de las bajas estanterías llenas de libros, abrió una de las puertas y extrajo de su interior uno de los antiguos y coloridos tomos que pertenecían a la colección de la familia.

—Todos los años tenemos al menos dos matrimonios que siempre repiten su estancia con nosotros —continuó su tía ajena a sus propios pensamientos—. Suelen dejar las reservas hechas de su estancia para la siguiente. Incluso ahora, en la recta final de la temporada, ya hay reservas hechas para el mes de abril del año que viene.

Sí, había visto las reservas en la base de datos. Bantry House solía dar alojamiento y desayuno desde abril a octubre, permaneciendo cerrado al público los meses de otoño e invierno para hacer mantenimiento y balance del año. De hecho, los huéspedes con los que se había encontrado al llegar habían dejado el alojamiento a lo largo de la semana pasada, ya solo quedaban un par de parejas, las cuales pertenecían al pueblo y habían venido a pasar tan solo el fin de semana para celebrar su reciente matrimonio.

Una imagen de la mansión vestida de blanco por la nieve y engalanada con las guirnaldas de las últimas navidades que pasó en la casa pasó fugaz por su mente, esas fueran sus últimas fiestas en familia en Cork, una vez empezó el nuevo año, voló hacia los Estados Unidos dónde se estableció.

—¿Tenemos pendiente algún tour de recreación fuera de temporada?

Sabía que unos años atrás se había celebrado el primer festival *Fadó* en Bantry y que su abuelo había decidido colaborar en las celebraciones. Su hermano y su cuñada habían asistido a la recreación de una época en la que no existía luz eléctrica, ni los teléfonos móviles. Recordaba que Richard le había dicho que se habían encendido algunas de las chimeneas, iluminando todo con velas e incluso se había invitado a la gente a acudir vestidos de época.

—La señora Vikery, no sé si la recordarás, es la historiadora local, se ofreció a hacer un tour para los visitantes y hablarles de los cuadros que tan bien conoce —comentó a modo de información—. Entonces ocurrió lo de tu abuelo y se decidió posponer dicho tour.

Desde luego no era el momento para organizar una fiesta de disfraces,

pensó con ironía, echando un vistazo por encima del hombro de su tía para ver a la única mujer que posiblemente encajaría en un evento así. Quizá, incluso, podría hablar de la casa de un modo que ninguno de los actuales habitantes sabría; eso sí decidía creer que la señorita Mary Elizabeth había vivido, tal como había hecho alusión, en ese lugar.

La muchacha, porque ese era el aspecto que tenía, el de una mujer joven de poco más de veinticinco años, tenía la mirada puesta en la galería. Parecía pensativa, la luz que entraba por las puertas francesas parecía envolverla en un misterioso halo que la hacía incluso más irreal y acentuaba esa clásica belleza de los divertidos años veinte.

La recorrió con la mirada, le había dicho que parecía una *flapper*, pero en realidad su atuendo era más bien conservador, la sencillez de su vestido y el largo de la falda hablaba más bien de un atuendo de celebración más que el que correspondería a una jovencita que disfrutaba de las fiestas, los bailes y una vida distendida.

—Geoffrey había disfrutado mucho en la última recreación vistiéndose como el señor de la casa —continuó Sorcha arrancándole de su ensimismamiento—. Ya sabes de su afición como coleccionista y lo mucho que le gusta indagar en sus raíces, está intentando recuperar algunas de las obras originales que se vendieron antes de que él heredase el condado. Ha convertido el desván en un almacén de objetos antiguos pertenecientes a la casa.

—Pronto podrá seguir con sus aficiones, de hecho, ese hobby es mucho más adecuado para él con su edad, que llevar la gestión de este lugar —aseguró dejando claro lo que opinaba de todo aquello.

Su tía suspiró.

—¿Crees que no lo sé? He intentado por todos los medios que delegue, que deje la gestión de la casa en manos de Cait y Elías o incluso en las de

Richard, pero se niega.

—Richard no aceptaría el trabajo, tiene suficiente con el suyo —aseguró con cierta ironía—. Pero Cait y su marido están llevando ya gran parte de la gestión del lugar, deberían ser ellos los que se hiciesen cargo a partir de ahora. El viejo no puede seguir al frente, otro susto como este y, quizá no lo supere.

Ambos estaban de acuerdo en ello, era algo que sabían tan bien como respirar, ahora, el problema era hacérselo entender al obtuso octogenario.

—Por cierto, el martes vi a la señora MacGillivray, esa mujer sigue siendo una toda terreno a pesar de su edad —comentó recordando a la anciana mujer y la ilusión en su mirada cuando lo había visto entrar por la puerta de su casa. Había aprovechado una tarde para bajar al pueblo y hacerle una visita. Era una de esas mujeres que siempre habían estado presentes en su infancia y ya de adulto, le había abierto los ojos a una profesión que hasta entonces solo había sido un hobby—. ¿Te puedes creer que me hizo in situ una tarta de manzana?

Sorcha se rió mientras asentía.

—Su hija no dejaba de reírse mientras me lo contaba, parece que incluso te leyó la cartilla por no ir a verla antes.

Asintió y sonrió ante el recuerdo.

—Tuve que prometerle que iría a buscarla un día para preparar un plato tradicional en la cocina de Bantry y demostrarle que no me había vuelto un snob de la cocina —se rió y sacudió la cabeza—. Es admirable la vitalidad de esa mujer. Realmente formidable.

—Pues ve fijando el día, sería todo un cambio verte en los fogones en vez de encerrado en las distintas salas de la casa trabajando sin parar —le aseguró poniéndole una mano sobre el hombro—. Incluso tú necesitas tiempo para reconciliarte con esta casa y hacerlo de verdad.

Abrió la boca para decir algo pero la mirada de la mujer lo llevó a guardar su protesta y dejarlo correr. Involuntariamente desvió la mirada hacia la galería y se encontró con el lugar que había ocupado su particular pesadilla vacío; se había ido.

—Ya era hora.

—¿Decías algo, hijo?

Se giró hacia su tía y negó con la cabeza. Guardó toda la documentación que estaba utilizando, apagó el portátil y lo cerró.

—Nada. —Negó, se levantó y le dio la espalda a las puertas francesas que llevaban al jardín—. Voy a hacer lo que me has sugerido y dedicarme a respirar un poco del aire de Irlanda.

La besó fugazmente en la mejilla y abandonó la habitación.

CAPÍTULO 9

Mary no podía dejar de maravillarse con la cantidad de cosas que había vivido, si se podía decir de esa manera, esos últimos quince días. Sin duda, lo más excitante de todo había sido poder coger un libro. Había tocado su cubierta, pasado sus páginas y leído su contenido. Sus dedos no lo habían atravesado, se habían adherido a la cubierta, notando su tacto, incluso pudo captar el aroma a viejo del papel... Nunca, en el tiempo que llevaba vagando, había podido hacer otra cosa que ver y anhelar, pero sin poder formar parte del mundo.

Él era el único culpable de todo lo que le sucedía, lo sabía, no le quedaba duda alguna, pero el saberlo solo traía consigo más preguntas como el ¿por qué? Su presencia la hacía sentir de nuevo, descongelaba su eternidad y le daba un poco de color a los grises en los que moraba. Pero así como el sol se ponía, también se apagaban esas sensaciones, aromas y emociones cuando se alejaba de Braiden Shelswell.

Era como si su presencia la acercase a la vida, a un espectro de ilusiones que eran todo para alguien a quién no le quedaba nada.

Había intentado mantenerse en un segundo lugar, dejarle su espacio, había aceptado su mutismo y que la ignorase deliberadamente, pero era incapaz de quedarse quieta o lejos de él, el solo hecho de que supiese de su presencia, las veces que lo había pillado mirándola de soslayo, que había escuchado esos ruiditos frustrados la llevaban a querer seguir ahí, aunque solo fuese para incordiarle.

¡Por Dios! Hacía casi un siglo que no mantenía una conversación, que alguien escuchaba sus palabras y respondía a ellas, ¿realmente esperaba que se hiciese a un lado y ya está?

Ni hablar. Estaba tan hambrienta de compañía que no le molestaban sus desplantes o esa auto impuesta disciplina, se conformaba con saber que notaba su presencia, que la espiaba por encima del hombro, que era consciente de que estaba allí, especialmente porque eso parecía molestarle.

Dejó atrás las puertas de la biblioteca y caminó por el pasillo central del jardín italiano. Los bajos setos estaban recortados en formas geométricas, un reflejo a los antiguos jardines europeos que tanto habían impactado a los primeros moradores de la casa. A esas horas de la mañana el lugar solía estar vacío y podía deambular por las inmediaciones y disfrutar por primera vez de algo más que los recuerdos. Escuchar el agua del estanque, sentir el viento moviendo las hojas de las enredaderas e incluso meciendo su pelo. Se detuvo ante la estatua que hacía de eje central del jardín, una figura de piedra aislada en medio de una balsa de agua, casi como ella misma en ese limbo en el que moraba. La luz del sol se filtraba por entre los recovecos de las columnas vegetales dotándolas de una brillantez y vivacidad que se hacía contagiosa. Extendió los dedos para atrapar los rayos y esas aquietadas emociones por el paso del tiempo volvieron de nuevo a la vida como un lento rumor.

Siempre le habían gustado esos jardines, pasear entre las plantas, perderse en los senderos que transcurrían por el bosque y creer, durante unos breves instantes, que era libre de todo convencionalismo y de la vida que le había tocado vivir.

Había sido una ingenua, una niña tonta que no sabía nada de la vida, alguien que pensó que sería protegida toda su vida. Había planeado su futuro tan cuidadosamente, había fantaseado con quién sería su esposo, en los hijos que tendrían, incluso había elegido sus nombres, pero entonces perdió a su

familia y con ellos todas las ilusiones que se había hecho. Se vio obligada a poner los pies en la tierra y hacer algo más que lamentarse. No tenía más que pensamientos de agradecimiento hacia su prima por abrirle las puertas de su casa, por acogerla en su seno y tratarla como a alguien más de la familia. Con todo, en su fuero interno, siempre se preguntó qué hubiese pasado si las cosas hubiesen sucedido de otra manera.

«Eres una buena mujer, Mary, más inteligente que la mayoría de damas. Un día tendrás lo que deseas, aquello que te mereces. Lo sé. Hasta entonces, simplemente recuerda que este es también tu hogar».

Dejó escapar un suspiro y entrecerró los ojos al notar la luz colándose entre los dedos, sintiendo el calor reflejándose en su rostro, despertando su piel y su dormida alma. No había necesidad de girarse, sabía que era él, Braiden, un hombre cuyo corazón parecía estar tan marchito como su propia alma.

No la estaba buscando. No había salido al jardín con intención de encontrarla y, sin embargo, allí estaba.

«Soy como un faro que los atrae».

¿Cuántas veces le había ocurrido lo mismo? ¿Cuántas veces se había encontrado incapaz de escapar de sus propios ojos y cuántas más deseó poder verlos sin conseguirlo? No, no estaba dispuesto a formar parte de nuevo de ese juego. No iba a volver a esa parte de su vida. Nada bueno salía de ello, ni siquiera le sirvió para obtener perdón por sus muchos errores.

No. Ella no cambiaría las cosas, no dejaría que ese halo de soledad y tristeza que la envolvía lo ablandase, no sería atrapado por su encanto de sirena.

Optó por dar media vuelta y cambiar de dirección, pero su voz fue de nuevo la que puso cadenas a sus pies.

—Debe sentirse muy poderoso o realmente inseguro para evitar incluso cruzarse conmigo, señor. —Escuchó su voz, suave, melódica y con una calidez extraña—. ¿O es que piensa que una mujer puede hacerle daño?

Se obligó a mantenerse de espaldas a ella. Debería ignorarla, irse sin más, pero su lengua parecía tener vida propia.

—Solo los vivos pueden hacer daño a los vivos.

—Ah, parece que ha recuperado usted la audición.

Apretó los dientes y se mantuvo en sus trece.

—No recuerdo haberla perdido en ningún momento.

—Una admisión poco halagüeña, he de decir, dado que lleva evitándome las dos últimas semanas.

—La única que estoy dispuesto a hacer —replicó—. Esperaba que no fuese otra cosa que un producto de mi imaginación. Deberé poner más empeño en que así sea.

La oyó chasquear la lengua, un sonido muy femenino que le provocó un pequeño escalofrío y al que siguieron los pasos que daban sus pies sobre el arenoso suelo.

—¿Le parezco algo salido de su mente, Shelswell?

Se quedó a su lado, su falda rozándole apenas, obligándole a ser aún más consciente de su presencia. La miró de reojo, deslizó los ojos sobre su cuerpo menudo antes de recalar en esas gemas verdes y replicar.

—Tiene demasiada ropa puesta para eso.

El golpe fue directo a juzgar por la manera en que se tensó, en que esa palidez en sus mejillas dio paso a un suave rojo que iba aumentando paulatinamente hasta encenderla por completo.

—Tal y como ya le había dicho, carece de los más básicos modales.

No pudo evitar sonreír con ironía ante el afectado tono de su voz.

—Sí, recuerdo que esa ha sido su primera acusación.

—No veo que haya hecho nada para remediarlo.

—¿Por qué debería? —Mantuvo esa pose insultante. Quería hacerla desistir, que se apartase de él, que lo ignorase como él deseaba hacer con ella. Pero todo lo que hizo fue cruzarse de brazos y sonreír.

—¿Es siempre tan irritante?

—No. Solo cuando un puñetero espíritu se dedica a hacerme la Pascua. Sacudió la mano como si quisiera deshacerse de sus palabras.

—No tengo la menor intención de preparar celebración alguna para una persona como usted.

No sabía si echarse a reír o dar media vuelta y dejarla allí plantada. Las dos opciones eran demasiado atractivas a sus ojos.

—Bien. ¿Por qué no añade a eso el no volver a hablarme el resto de mi vida? —le sugirió—. Y, si además lo adereza con una, digamos, oportuna y *definitiva* desaparición, sería perfecto.

Esa menuda mujer se limitó a ladear la cadera y alzar la barbilla con una terquedad y desafío únicos.

—Desaparezca usted, yo llevo aquí mucho más tiempo —le soltó—. Le aseguro que lo gano en antigüedad.

Se rió. No pudo evitarlo.

—Le concederé eso, señora —aceptó recorriéndola con la mirada—. Dios sabe que no está vestida como una mujer del siglo veintiuno.

Ella enarcó una ceja pero no dijo ni una sola palabra más. Los delicados y rosados labios apenas se fruncieron, como si estuviese luchando consigo misma para no morderle o algo peor.

—Es demasiado tiempo para que alguien vague por un mismo lugar —continuó con su propia reflexión—. Debería irse, seguramente en el otro lado

encontrará las cosas que conoce. Ya sabe, fiestas, buenos modales...

—Empiezo a encontrarle muy irritante.

—Hazte un favor, háznoslo a los dos, Mary, y ve hacia la luz o, en último caso, regresa a la tumba.

Una bofetada. La mejilla le picaba con el gesto de lo que sin duda había sido un tortazo en toda regla, uno dado con una mano pequeña y femenina, la misma que ahora se sujetaba ella con la otra.

—Por Dios qué ganas tenía de hacer esto.

Bueno, sin duda se lo había merecido, pensó entre irritado y divertido por su comentario, pero eso no evitaba que quisiera deshacerse de ella. Su presencia allí parecía la excusa perfecta para ensañarse con el mundo que lo rodeaba, con la maldición que corría por sus venas.

—¿Por qué sigues aquí?

Vio como apretaba los labios, como tensaba la mandíbula y esos ojos se llenaban de una vida que no debían tener, de una emoción que no existía realmente.

—Porque no puedo irme.

Ladeó la cabeza.

—¿Lo has intentado siquiera? Quizá necesites un empujoncito.

Escuchó como resoplaba, sus ojos lanzaban chispas, levantó la barbilla en un femenino gesto de plausible terquedad y replicó con acidez.

—¿Y usted es el que va a dármele? —replicó con voz aguda—. Ni siquiera le interesa intercambiar un par de palabras conmigo que no contengan insultos, así que no espero que pueda hacer algo más altruista.

Giró como una delicada bailarina, sus pasos parecían firmes sobre el camino mientras avanzaba a través de los jardines.

—Para ser un jodido fantasma, tiene una forma única de dejar huella —murmuró para sí.

Esa irritante mujer se hacía demasiado presente, demasiado real y eso hacía que ignorarla fuese incluso más apremiante a la par que más difícil.

CAPÍTULO 10

Le había pegado. Mary no podía dejar de mirarse la mano que había entrado en contacto con ese duro rostro. Había sido un acto irreflexivo, motivado por el sarcasmo presente en sus palabras, encontrando en ellas una dolorosa punzada que, hasta él, ni siquiera habría sentido. El arrepentimiento había llegado en el mismo momento en que su mano impactó con el rostro masculino, pero se había diluido con la misma fugaz rapidez ante su inesperada pregunta.

«¿Por qué sigues aquí?».

Porque no podía irse, esa era la única respuesta que podía darle y que no había pronunciado en voz alta, la única que conocía y que aun así no podía concretar.

Sacudió la cabeza y cerró los dedos de la mano.

—Demonios, jamás le he levantado la mano a un ser vivo —se reprendió a sí misma—. Con mis niñas solo hacía falta el diálogo. ¿De dónde ha salido ese arrebató de violencia?

Nunca había sido una mujer propensa a las emociones descontroladas, mantenía su carácter bajo una firme batuta, la misma que utilizaba para guiar a sus alumnas y que le había ayudado a soportar los largos años en los que ejerció de enfermera en el hospital.

—Ese hombre es capaz de sacarme de mis casillas —No le quedó más remedio que admitir. Por otro lado, no era como si alguien más hubiese tenido la oportunidad de hacerlo con anterioridad. Ni siquiera Alaister le había motivado tales arranques cuando lo había atendido durante su convalecencia,

su marido había estado frustrado por su incapacidad de volver al campo de batalla, pero nunca había sido deliberadamente cruel.

La manera en que se comportaba ese hombre, lo que parecía provocarle su sola presencia era desconcertante. Sabía que no tenía motivos para ello, puesto que no se conocían, pero Mary estaba cada vez más convencida de que Braiden Shelswell odiaba su sola presencia. Era como si ella fuese un recordatorio de algo que lo perturbase, de algún evento pasado que hubiese marcado su vida. Uno que sin duda debía tener relación con el hecho de que no le hubiese sorprendido lo más mínimo el conocer su condición.

«Estoy maldito».

Esas habían sido sus palabras, pronunciadas con una palpable amargura. ¿Pero qué clase de maldición podía hacer que un hombre viese más allá de la vida?

Él no era un huésped como los muchos que pasaban cada año por la mansión, en las últimas dos semanas había comprendido que se trataba de un miembro de la familia Shelswell-White, descendiente del actual conde de Bantry, lo que lo convertía en alguien incluso más interesante. De una manera lejana era descendiente de la mayor de las hijas de su prima, Arethusa, eso hacía que, a pesar de sus malos modales quisiese mantenerse cerca de él y comprender el por qué él, de entre todas las posibles personas en el mundo, era capaz de verla.

—Las preguntas se acumulan —rezongó para sí, se mordió la almohadilla del pulgar y se apoyó en el pedestal de piedra que enmarcaba la cima de la escalinata sin muestra alguna de fatiga—. Y él no parece demasiado inclinado a dar respuesta a ninguna de ellas.

Dejó escapar un resoplido y paseó la mirada por los lindes del terreno, lo que una vez fue su amado hogar y hoy se le antojaba una hastiada cárcel. Le dio la espalda a la bahía y deambuló por el límite del muro, aquel que invitaba

a ser traspasado y adentrarse en el frondoso bosque que se alzaba ahora ante ella. Bajó la mirada a su mano, movió los dedos y recordó el hormigueo que los había recorrido, el tacto duro de un rostro bajo su mano cuando lo abofeteó.

—Y el que le pegases una bofetada no cuenta precisamente a tu favor — se recordó. Se mordió la cara interior de la mejilla y cerró los ojos con fuerza.

¿Cuánto empeño había puesto a la hora de acatar las normas de la sociedad? ¿Cuánto se había esforzado por conformarse y dar esa imagen de mujer segura, disciplinada y elegante, adoptando el reflejo que todo el mundo parecía esperar de ella? Solo Alaister parecía haber visto más allá, descubriéndola como era y aceptándola por ello. Él, más incluso que su familia, la comprendía a un nivel tan profundo que le fue imposible no enamorarse de él.

—Ojalá hubiésemos tenido más tiempo —musitó dedicando un tierno pensamiento al hombre que había sido su marido.

Se dejó caer en uno de los bancos de piedra cubierto de musgo, sus dedos acariciaron el suave y húmedo liquen mientras se reprendía por haber sucumbido a su temperamento, por haberle dado a Braiden una excusa para rechazarla con mayor ímpetu cuando lo que deseaba era acortar las distancias.

No comprendía de dónde salía esa necesidad, especialmente con los desplantes a los que se enfrentaba una y otra vez con ese hombre, quizá el hecho de desafiarle sabiendo lo mucho que le molestaba que merodease a su alrededor era uno de sus alicientes. Fuese como fuese, ese hombre tenía algo que la atraía como un imán y estaba dispuesta a descubrir cuál era el motivo de ello.

—Las guerras no se ganan sin presentar batalla.

Se levantó con renovado ímpetu y no pudo evitar notar la diferencia también en eso. Emociones que volvían a la vida, ecos que dejaban de ser

meros recuerdos y adquirirían unas dimensiones largamente olvidadas, si no supiese que su corazón ya no latía, podría jurar que lo escuchaba tronar en sus oídos, que su respiración se aceleraba ante la emoción que generaba la ansiedad... Pero nada de aquello formaba parte de la realidad y sí de una eternidad hecha a base de recuerdos.

Decidida a llevar adelante su particular asalto, dio media vuelta y se dispuso a volver sobre sus pasos, pero no llegó a bajar siquiera un escalón; él subía hacia ella.

—Por una vez, y sin que sirva de referente, estamos de acuerdo.

Apenas pudo ocultar su sorpresa al verle allí.

—Sin duda algo digno de tener en cuenta.

Los labios masculinos se curvaron en una perezosa sonrisa.

—Deberías tenerlo —continuó tuteándola—. Está claro que tú has sentado las bases de una dura batalla.

Parpadeó.

—Eso no es verdad.

—Me has pegado —le recordó llevándose la mano a la mejilla en un irónico recordatorio—. Yo a eso le llamo dejar las cosas muy claras.

Bufó y se cruzó de brazos.

—He de reconocer que ha sido un acto irreflexivo e impropio de una dama —se aclaró la garganta—. Por otro lado, su forma de comportarse deja mucho que desear.

Se rió entre dientes, deteniéndose al llegar a su altura.

—Disculpas aceptadas, señora mía.

Abrió la boca con un abierto jadeo.

—Yo no...

Pero él ya no la escuchaba, pasó por su lado y se detuvo para girarse y contemplar las vistas desde la cima de la escalinata.

—Son unas vistas impresionantes.

Siguió su mirada y tuvo que estar de acuerdo con él, con todo, no se molestó en confirmarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas viendo esta misma imagen?

Se lamió los labios y observó la bahía a lo lejos, con la casa recortándose ante ella.

—A veces creo que toda mi vida.

Se giró hacia él y se encontró con sus ojos clavados en ella.

—¿Por qué sigues aquí?

No dudó en su respuesta, era la única que tenía para darle.

—Porque no puedo irme.

Entrecerró lentamente los ojos sin dejar de mirarla. Por primera vez desde que habían intercambiado las primeras palabras, no había sarcasmo o ironía presente en su voz.

—¿Y cuál es el motivo que te obliga a quedarte?

La pregunta penetró en su mente, abrió la boca dispuesta a contestar pero las palabras no acudieron. Su mente se quedó en blanco. No lo sabía, comprendió con repentina sorpresa, todo lo que sabía era que no podía abandonar aquel lugar pero ignoraba el motivo que le impedía hacerlo.

—No lo sé.

Su rostro cambió paulatinamente volviéndose especulativo. Abrió la boca como si estuviese dispuesto a decir algo, entonces negó con la cabeza y volvió a fijar la mirada en el horizonte.

—Yo... tengo que estar aquí, sé que debo quedarme, pero... —continuó en voz baja, intentando dar con la respuesta adecuada, intentando comprender qué era eso que no podía alcanzar, que parecía haber olvidado también—, el motivo es... complicado.

—Debe serlo cuando no recuerdas el por qué.

Hizo una mueca, ahí estaba de nuevo esa vena irónica presente en su voz.

—Si va a volver con los insultos...

La miró de soslayo.

—Empiezo a darme cuenta de que la mayoría de ellos te resbalan y, cuando no lo hacen, reaccionas de una manera bastante contundente —replicó irónico—. Pegas fuerte por cierto.

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—Debe haberle causado una gran impresión el que lo haya abofeteado una mujer si es usted incapaz de dejar el tema —murmuró alzando la barbilla con gesto desafiante.

—Lo que me impresiona es que lo haya hecho una mujer que lleva varias décadas muerta.

—Sin duda un verdadero problema para usted.

Esos labios volvieron a curvarse en una perezosa sonrisa, la frialdad desapareció de su rostro reemplazada por la apatía mientras abandonaba su apoyo y empezaba a caminar por el sendero.

—No es tanto un problema como una maldición. —Utilizó las mismas palabras que ya había usado antes—. Demasiadas consultas perdidas a lo largo de mi vida, con lo bien que podría haberme venido ese dinero...

Volvió a ponerse en marcha, alejándose por el sendero que marcaba el límite de la casa principal y el inicio de los terrenos del bosque.

—No es la primera vez que menciona esa palabra —le dijo llamando su atención. No pudo evitar sentirse incómoda al ver cómo se iba alejando. A ella no le estaba permitido traspasar los límites de la propiedad.

Podía sentir ese conocido cosquilleo en el cogote, el aviso de que estaba acercándose a los límites de su cárcel. Había intentado ir más allá de esa frontera invisible, pensando que quizá esa fuese la llave para dejar ese

lugar, pero cada vez que ponía un pie más allá de esa línea invisible su alma se desgarraba, su cuerpo se diluía y lo próximo que sabía era que estaba una vez más en el salón rosa. Lo mismo ocurría cuando se acercaba a la entrada principal o en los límites de la terraza colgante que dominaba la bahía. Estaba confinada en esa casa.

—Es la mejor descripción para esta locura.

Continuó avanzando, parecía dispuesto a internarse entre los árboles e ir más allá.

—No debería continuar, terminará adentrándose en el bosque.

Las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiese retenerlas. La ansiedad que notó en ellas la cogió por sorpresa, todo parecía hacerse más intenso en su compañía, como si su presencia la atase a una vida que ya no era suya.

Él se detuvo y se giró en su dirección.

—¿Miedo a las alimañas?

Miró el bosque a sus espaldas e hizo una mueca.

—Con seguridad que no son de mi gusto, pero no creo que a ellas les importase mucho mi presencia en sus dominios.

Sonrió y esta vez parecía sincero.

—Tienes toda clase de respuestas preparadas para salir airosa.

Negó con la cabeza.

—Solo me limito a constatar un hecho.

Volvió a mirar hacia el bosque y luego a ella.

—Puedes regresar sobre tus pasos en el momento en que lo prefieras — la invitó a ello—. No te lo tomaré a mal, al contrario...

—¿Tanto le molesta mi compañía?

La miró con palpable ironía.

—No sé. Déjame pensar —se frotó la barbilla—. Llevo sufriendote los

últimos catorce días sin haberlo pedido. De hecho, no recuerdo siquiera haberte alentado a ello.

Se cruzó de brazos.

—No recuerdo haber cruzado palabra alguna con usted las últimas dos semanas, señor Shelswell.

Soltó un resoplido.

—La sutileza no es lo tuyo, querida.

—No soy su querida.

La miró de los pies a la cabeza y no pudo evitar sentirse expuesta.

—Me preocuparía tener esa clase de relación con un fantasma, la verdad.

Sus mejillas cobraron inmediata intensidad, el calor se instaló en todo su cuerpo.

—Puede llegar a ser realmente insoportable.

—Es todo un arte, créeme.

Sacudió la cabeza.

—Carece usted de cualquier clase de empatía —protestó sin dejar de avanzar con cada paso que él daba para internarse en el bosque, sintiendo esa dualidad que le erizaba la piel—. ¿Lo sabe?

—Me han acusado de cosas peores.

Cada vez se apartaba más, acercándose a la frontera invisible que podía sentir más que ver. Pronto, no podría continuar adelante.

—Dudo que pueda haber algo peor que eso.

Se rió, una risa carente de humor.

—No te lo tomes como algo personal, pienso lo mismo de todos los que están muertos y tienen ganas de conversación.

Un par de pasos más y alcanzaría ese linde...

—Oh, maldita sea su estampa —barbotó de forma abrupta—. Señor

Shelswell, espere —lo llamó, pero él optó por ignorarla y seguir adelante—. Braiden —optó por pronunciar su nombre de pila—. No se vaya. No me está permitido abandonar los terrenos de Bantry House.

Notó como el calor se adueñaba de nuevo de su rostro, odiaba sentirse así de expuesta, dejando a la luz su secreto, pero no podía dejar que se marchase de nuevo.

—Mire, ignoro por qué le molesta tanto mi presencia y, siendo sincera, tampoco entiendo por qué busco su compañía —se envaró, diciendo todo lo que pensaba—. Solo... concédame unos minutos de su tiempo.

Él se detuvo de nuevo, se giró hacia ella y la miró.

—Por favor —murmuró atragantándose casi con esas dos palabras. Le costaba un mundo pedirle eso—. No se vaya.

—¿Si te los concedo dejarás de aparecerte por todos lados?

No pudo evitar sonreír brevemente.

—Yo no me aparezco...

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Encarcelada entre paredes invisibles por un motivo que ni siquiera puedes recordar —comentó sin dejar de mirarla—. No tienes más que aquello que buscaste aún si no sabías que lo encontrarías.

Su respuesta estaba destinada a lastimarla, pero fue incapaz de tomárselo de esa manera, no al ver la mirada en sus ojos.

—¿Qué le ha pasado para que sienta tanto rencor? ¿Por qué soy la destinataria de toda esa rabia?

Se sostuvieron la mirada durante un momento que pareció eterno.

—No siento rencor hacia ti, Mary, ni tampoco rabia. Tú solo me inspiras... lástima.

Negó con la cabeza ante sus palabras.

—No necesito su lástima.

No pestañeó, no se movió.

—Entonces, ¿qué es lo que necesitas, Mary? ¿Cuál crees que puede ser el motivo de que todavía estés aquí?

Se lo quedó mirando durante unos instantes sin saber muy bien como replicar a eso.

—Ya le dije que no sé qué...

Él negó.

—Nadie más que tú puede saberlo —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Eres la única que puede encontrar la llave de su propia liberación, Mary.

Ella se lamió los labios y lo miró.

—¿Y qué es usted? ¿Cuál es el motivo por el que esté aquí, delante de mí y pueda verme? —preguntó y se apresuró a añadir—. Y no me diga de nuevo que es una maldición.

—Hubo un momento en el que también estuve muerto —la sorprendió con esa inesperada respuesta—. Pero regresé... y no lo hice solo.

Parpadeó ante su confesión.

—El motivo por el que puedo verte —la recorrió con la mirada—, por el que puedo tocarte —deslizó los dedos sobre la piel desnuda de su brazo provocándole un escalofrío—, escucharte y responder a tus palabras... es una jodida y mala casualidad.

Enarcó una ceja ante sus últimas palabras.

—No le caigo bien en absoluto, ¿no?

Chasqueó la lengua y se encogió de hombros metiéndose las manos en los bolsillos.

—Como ya te dije... no es personal.

Entrecerró los ojos.

—Estás dispuesto a perderme de vista.

—Sin duda sería bueno para mi paz mental.

Se llevó las manos a las caderas y lo miró.

—Le propongo algo, señor Shelswell —declaró sin dejar de mirarle—.
Conteste a mis preguntas y... le concederé esa paz mental que tanto echa de
menos.

—Para eso tendrías que esfumarte.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Bien, ayúdeme a hacerlo —declaró satisfecha.

Estaba cansada de permanecer en aquella cárcel, de ver pasar la vida
sin una meta. Quería descansar, si es que eso era posible y para ello, algo le
decía que tendría que contar con ese hombre.

CAPÍTULO 11

Braiden optó por hacer suyo el refrán: Si no puedes con ellos, únete. Sin duda sería menos incómodo que tener a esa inconstante mujer pululando a su alrededor, distrayéndole y haciendo sabe Dios qué cosa para llamar su atención.

El cambio resultó ser lo bastante fructífero para ganarse por fin unas cuantas horas de tranquilidad cada día, la semana que siguió a ese contundente bofetón había transcurrido sin sobresaltos. Había tenido la oportunidad para ponerse al día con las cuentas después del cierre de la temporada, comprobar el estado de las cañerías de uno de los baños de la primera planta —solo para tener que llamar a un fontanero—, e incluso hacer una incursión en la cocina para rememorar los días en los que, la ahora anciana cocinera, le había enseñado a preparar varios platos típicos.

Mary se limitaba ahora a visitarle por las tardes. Solía elegir la biblioteca, dónde se la encontraba leyendo un libro, o los jardines, por dónde la veía pasear bajo la fría brisa otoñal sin notar por ello siquiera una pizca de frío. Era una imagen extraña de contemplar, una bastante melancólica y, aún si no lo quisiera, se había encontrado en más de una ocasión abriendo las puertas francesas, dirigiéndole unas palabras e invitándola a entrar dentro.

«No dudo que los paseos por el jardín son perfectos para pensar, pero con este frío se congelan hasta las neuronas».

«Le agradezco que se preocupe por mi bienestar, pero dudo mucho que pueda coger un resfriado y morir. Ya estoy muerta».

Sacudió la cabeza al recordar aquel episodio y cómo esos ojos verdes se habían iluminado por primera vez por su propia broma. Era precisamente en momentos como aquellos cuando perdía la perspectiva y olvidaba que la mujer con ese vestido pasado de época no era real, que no estaba allí de forma absoluta y que, por primera vez en años, volvía a mantener una conversación con un fantasma.

El reloj del recibidor marcó con exquisita puntualidad la hora mientras subía por las escaleras de camino a la biblioteca. Había mantenido una larga charla con John para asegurarse de que su restaurante seguía en pie. Curiosamente, el sub-jefe de cocina, un estirado francés que tenía una afición especial por la comida irlandesa y una mano estupenda para prepararla, le había asegurado que su hermano pequeño había estado en todo momento a la altura y que las cosas marchaban a la perfección. Sabía que Pierre no tenía prisa por que volviese, mientras él estuviese ausente, podría ejercer de chef.

Por otro lado se había puesto también al corriente con Richard, quién le había tranquilizado con respecto a la salud del viejo. Esa semana le darían el alta y se lo llevaría a casa, patalease, protestase o decidiese montar una campaña de desprestigio hacia su nieto mayor por no devolverle a su hogar. Su abuelo estaba muy apegado a Bantry.

Todo el mundo parecía seguir avanzando sin problemas a su alrededor, era él quién parecía haberse estancado nada más poner un pie allí, quién permitía que los recuerdos interfiriesen después de tanto tiempo en su presente y la única manera de mantenerles a raya era estando entretenido.

Atravesó las puertas de la galería y se la encontró apoyada en una de las columnas, con la mirada perdida a través de los ventanales. Parecía una imagen sacada de una revista antigua, de las que solían gustarle a su mujer cuando buscaba inspiración para comprarse un nuevo vestido. Dudaba sin embargo que Marjorie se hubiese atrevido a utilizar ese tono amarillo en su

vestuario, parecía tener aversión hacia el mismo.

Su presencia o el sonido de sus zapatos sobre el suelo de madera la alertó de su presencia, se giró en su dirección y le dedicó esa breve sonrisa que nunca llegaba a iluminarle por completo los ojos. Una vez más volvió a preguntarse cómo era posible semejante intercambio, cómo podía verla con tanta nitidez, tocarla como si estuviese realmente ahí cuando no era más que un eco de otro tiempo. Al contrario de lo que había visto en su juventud, no se trataba de una figura casi traslúcida ni de un fotograma, incluso los que habían parecido tener cierta consistencia en la cercanía, al tocarlos, notaba la ausencia de algo, como si su mano pudiese atravesarlos de un momento a otro. Pero ella estaba ahí, de un modo físico, con un corazón que no latía.

—Buenas tardes, señor Shelswell.

Señor Shelswell. La forma en que pronunciaba su apellido parecía más una privada broma que un reconocimiento a su nombre. Le había pedido a lo largo de la semana anterior que lo llamase por su nombre, parecía que debería recordárselo una vez más.

—Si mi memoria no me falla, te he dicho con anterioridad que me llamas Braidon —declaró con desenfado—. El único señor Shelswell en esta casa es mi abuelo, el actual conde de Bantry.

—Lo sé —replicó dejando su lugar junto al ventanal para caminar hacia él—. Su parecido con Edward Leigh-White es notable.

No pudo evitar fruncir el ceño al escuchar el nombre de su abuelo, uno de los primeros Leigh que adquirieron el título después de que la rama principal de los White terminase en William White, cuarto y último conde de Bantry. Se decía que, al no tener descendencia, el estado pasó el título a su hermana, Lady Elizabeth casada con Egerton Leigh y de ahí a primogénito, quién adquirió el nombre de Leigh-White; el abuelo materno del viejo. Estaba al tanto de la genealogía familiar ya que era una de las pasiones de su padre y

esta había recaído también en Richard, pero escuchar esa aseveración de labios de una mujer que llevaba muerta unos cien años, no se lo esperaba.

—¿Insinúas que conociste a mi tatarabuelo?

Lo miró a los ojos y se encogió graciosamente de hombros.

—No lo insinúo, como ya le dije, esta era mi casa —sentenció señalando la habitación—. Llegué aquí tras la muerte de mis padres, gracias a la generosidad de una prima lejana, Lady Arethusa Hawker, la esposa de Edward Leigh White. El esposo de mi prima era un hombre recto, pero bueno. Todo un caballero.

Cuando pensaba que nada podía sorprenderle más que su presencia, ella dejaba caer una de esas bombas.

—Pero si lo que dices es cierto...

Puso los ojos en blanco.

—Lo es.

—Serías... uno de mis antepasados.

Negó con la cabeza y sus labios se curvaron con esa tibia sonrisa que esbozaba de vez en cuando.

—No, su línea desciende directamente de mi niña Clodagh.

—¿Tu niña?

—Mi pupila —especificó con tacto—. La hija mayor de mi prima. Cuando me acogió en su casa me hice cargo de la educación de sus dos hijas como su institutriz. No... no estoy muy segura de cuando se casó... Esos recuerdos están borrados, diluidos en mi memoria... solo sé que un día la vi paseando por los terrenos, ya no era una jovencita sino una dama y el hombre que la acompañaba era Geoffrey Shelswell, su marido.

—Mis bisabuelos —resumió él, reconociendo los hombres—. Fueron los que abrieron Bantry por primera vez al público allá por el cuarenta y seis. Mi abuelo nos ha contado a menudo como tras la muerte de su padre, su madre

se hizo cargo de sus hijos y los sacó sola adelante. Era una mujer formidable.

Sus palabras le provocaron orgullo, no le cupo duda al ver ese brillo en sus ojos.

—Fue educada para serlo.

La información que acababa de verter sobre él era tan inesperada que le costaba poder hilarla toda.

—¿Recuerdas el año en el que naciste, Mary?

Ella frunció el ceño con ese gesto de concentración que ponía cuando deseaba recordar algo. Entonces suspiró frustrada.

—Con cada día que paso en esta existencia, mis recuerdos de la vida se van diluyendo, Braiden —respondió. Al menos había aceptado llamarle por su nombre, aunque seguía tratándole de usted—. Lo que suele considerarse una línea del tiempo, llena de fechas y acontecimientos, para mí no son más que fragmentos, retazos sueltos de una vida que quedó atrás. Por eso le he pedido ayuda, para intentar recomponer esos fragmentos, unirlos a las partes faltantes y descubrir cuál es el motivo que me retiene aquí.

—Soy chef, querida, mi especialidad es la cocina, no la antropología.

Ella bufó y desestimó sus palabras con un gesto de la mano.

—No le estoy pidiendo que estudie mis huesos... en realidad, ni siquiera sé dónde estoy enterrada.

Y aquella era una respuesta que suscitó otro pensamiento.

—Si ha muerto aquí, imagino que estará en el cementerio del pueblo, con su familia.

—Sí, supongo que eso sería lo más factible.

Y ahí estaban los dos, hablando de muertos y de dónde estaban enterrados. ¿Podía haber una conversación más extraña que esa?

—¿Cree que el motivo por el que puede verme e interactuar conmigo es porque, en cierta forma, estoy relacionada con su línea familiar? —preguntó

ella con un nuevo interés—. He intentado encontrar algunas explicaciones por mi cuenta aunque solo he llegado a conjeturas.

—Bueno, no eres la primera familiar muerta que tengo la desgracia de ver —declaró con una mueca—. Hace mucho tiempo, cuando solo era un niño, vi a mi abuela. De hecho, fue el primer fantasma que vi, aunque entonces no sabía que era un fantasma... ni tampoco sabía lo que una travesura infantil traería consigo.

Escuchó más que sintió como se movía hasta que un suave aroma a lilas le acarició la nariz.

—¿Esa es la maldición de la que me habló?

Levantó la mirada y se encontró con sus ojos verdes, fijos en los de él, serenos, invitantes y, antes de que pudiese evitarlo, las palabras se derramaron de su boca.

—Me caí a la bahía de Bantry con solo seis años —le contó rápidamente—. Nadie se dio cuenta durante algún tiempo y, cuando lo hicieron, llevaba muerto ya unos cuantos minutos. Mi padre me trajo de vuelta, cuando abrí los ojos, todavía tosiendo agua, vi a una mujer a su lado, etérea, hermosa, casi parecía un ángel, me decía que no me preocupase, que no era mi momento. Cuando se lo dije a mi padre, cuando le describí a esa mujer, lo vi palidecer, al igual que a mi abuelo; esa mujer era mi abuela y llevaba muerta unos años. Yo no la recordaba, era demasiado pequeño cuando se fue. A partir de ese momento, empecé a ver cosas que los demás no veían... No es la infancia o adolescencia que quieres para un niño, yo desde luego no la quería.

—Murió —murmuró ella con los ojos fijos todavía en él—. No lo dijo en sentido figurado, lo decía de verdad. Llegó a tocar... este lado.

—Y me traje conmigo un endiablado suvenir de recuerdo —chasqueó—. Como ya dije, no es otra cosa que una maldición.

Esas largas pestañas se agitaron un par de veces, apartó la mirada y le

dio la espalda mientras empezaba a deambular por la sala.

—Ese podría ser el motivo por el que puede verme —la escuchó musitar, como si por fin tuviese esa respuesta que había estado buscando—, ¿pero de qué sirve?

—Si encuentras la respuesta, no dudes en avisarme, porque yo lo ignoro —continuó con un resoplido—. No eres como los otros... espíritus, tú estás más... bueno, estás menos muerta, por decirlo de alguna manera.

—¿Menos muerta? —se giró hacia él.

Sabía que esto iba a ser una estupidez, no tenía el menor deseo de tocarla, pero algo en su interior lo empujaba a ello. Acortó la distancia entre ambos, le cogió la mano.

—No estás fría ni caliente, no eres... inconsistente de una manera en que pareciese que pudiese atravesarte con mi mano en cualquier momento... estás aquí y, al mismo tiempo, no lo estás ya que nadie más te ve u oye.

Bajó la mirada a su mano, entonces volvió a subirla a su rostro y se quedaron mirándose durante unos segundos.

—No sé por qué pasa esto, por qué pasa contigo, si una sola vez me hubiesen preguntado, si hubiese podido elegir...

—Habría pedido ver a otra persona. —Su respuesta fue firme, llegando a una comprensión que solo parecía capaz de alcanzar ella—. ¿A quién ha perdido, Braiden?

«Te esperaré al final del arco iris».

Le soltó la mano y dio un inmediato paso atrás, se giró dándole la espalda y cambió la dirección de sus preguntas, recuperando el terreno perdido.

—Si has vivido aquí toda tu vida, el motivo de que estés atrapada entre los confines de esta propiedad tiene que ser también la clave del por qué —continuó llevando la conversación de nuevo a su terreno.

—Muy agudo, señor.

Sonrió de soslayo, casi agradecido, de que ella recuperase también ese borde afilado a su lengua. Le resultaba más fácil de tratar su descaro que su compasión.

—Hago lo que puedo, Mary, especialmente si con eso consigo liberarme por fin de este trato nuestro.

—Ya veo que la paciencia no es una de sus virtudes.

—Bueno, querida, convendrás conmigo que, el día de hoy es uno de los primeros en los que más información he obtenido de ti —le recordó—. Hasta el momento no has hecho otra cosa que freírme a preguntas.

—Le dije que tenía preguntas que necesitaban respuesta.

—Obviamente no eran la clase de preguntas que nos conducirían a algo tan interesante e importante como el saber por qué estás atrapada —aseguró—. ¿No es ese el principal motivo de que busques mi compañía?

—Ciertamente no es el mejor conversador del mundo, Braidon, pero después de casi cien años hablando conmigo misma, usted es mejor que nada.

—¿Cuándo vas a empezar a tutearme?

—No sería correcto.

—Olvídate de los convencionalismos, Mary, tú estás muerta, eso ya se sale de todo lo convencional.

Abrió la boca pero no pudo replicar, sabía que tenía razón.

—No te molestes, no hay réplica posible a esa afirmación.

Cerró los labios en un coqueto puchero.

—Ya le he... —se detuvo al ver su mirada, se lamió los labios y rectificó—. Ya te he dicho que no sé por qué no puedo irme.

—Aleluya —exclamó y ella frunció el ceño—. Vamos, vamos. Haz un esfuerzo. Habrá algo que recuerdes, algo que importante... Sabemos que no recuerdas tu fecha de nacimiento, así que, concentrémonos en lo que sí

recuerdas.

—¿Cómo por ejemplo?

—No sé, algo cotidiano —le sugirió—. ¿Cuál solía ser tu rutina de cada mañana? ¿Qué hacías cada tarde? ¿Quién era la gente de la que te rodeabas? Solo empieza y ya veremos a dónde nos lleva todo.

Quizá no sirviese de nada, quizá solo escucharía relatos de una vida que ni siquiera le interesaba, pero si no quería tener de nuevo un fantasma merodeando a su alrededor, lo mejor es que hiciese algo, lo que fuese.

CAPÍTULO 12

—Esas manzanas no son buenas para el relleno, son demasiado dulces.

Braiden levantó la mirada de la masa que estaba empezando a mezclar y enarcó una ceja ante su interlocutora. Mary se había aparecido en la cocina hacía apenas unos minutos y se había mantenido en un cómodo silencio hasta ese momento.

—¿Esas son las manzanas que trajo Cait? —preguntó entonces Sorcha. Su tía había llegado con la cesta de la compra y algunas de las cosas que él le había encargado—. No son buenas para ese tipo de relleno, son demasiado dulces. Deberías utilizar las rojas, son más ácidas y le darán un sabor más intenso.

—Te lo dije.

Fulminó con una silenciosa mirada a su incordiante invitada y pasó a prestar toda su atención a la mujer.

—El relleno llevará dos tipos de manzanas —les informó a ambas—. Equilibrará el dulzor de una con la acidez de la otra.

—Tienes demasiados ingredientes que no conozco —añadió Mary caminando hacia la mesa, por el lado contrario a la mujer—. ¿Eso son granos de café molidos? ¿Para qué quieres el café en una tarta de manzana?

—Ah, café molido. ¿Vas a hacer la receta de la señora McGillivray? —contestó su tía a la pregunta formulada por Mary a pesar de que no sabía de su presencia—. Ese puntito que le da a la manzana con los granos de café es muy suyo.

—Voy a hacer mi propia receta —declaró mezclando ya los ingredientes con los dedos poco a poco, haciendo que la mantequilla se desmenuzase entre la harina formando una pasta arenosa—. Es una de las variantes que saqué de las recetas de Meg y que ha tenido muy buena acogida en el restaurante.

—¿Has hablado con John? ¿Qué tal van las cosas por allí?

—De momento mi local sigue en pie y con vida —declaró con una mueca—. Creo que le está gustando demasiado ocupar mi puesto.

—Así que, la cocina no es solo una afición —comentó Mary, inclinándose sobre su hombro—. Sí, la masa tiene buen aspecto. Sigue amasando.

La ignoró, cosa que empezaba a ser bastante difícil.

—Espero que decida venir estas Navidades, hace tanto tiempo que no os tengo a toda la familia bajo un mismo techo —comentó su tía con gesto nostálgico—. Díselo la próxima vez que hables con él. Le quiero aquí en Navidad.

Sí, Richard le había puesto al tanto también de ese deseo. De hecho, prácticamente le había dejado caer que, como él ya estaba en Bantry, intentaría reunirles a todos allí para pasar las Navidades si el abuelo estaba en condiciones.

—¿Pasarás las fiestas de guardar en Bantry House? —Se interesó ahora Mary—. Eso prolongará bastante su estancia...

—No por decisión propia.

—¿Decías?

Sacudió la cabeza y señaló la masa.

—Nada, pensaba en voz alta —comentó y le dedicó una mirada fulminante a la chica quién le sacó la lengua para su eterna sorpresa—. Richard ya me ha hecho partícipe de su deseo de pasar estas Navidades con todos en Bantry, así que no me sorprendería que vieses concedido tu deseo.

—Oh, esas son maravillosas noticias —aceptó y, tras palpear suavemente la superficie de la mesa emprendió la retirada—. Voy a llamarle, así veré también que tal está tu abuelo.

Puso los ojos en blanco ante la última conversación que había tenido con su hermano esa misma mañana.

—Se lo ha llevado a casa y el viejo lo ha amenazado con desheredarlo si no lo trae a Bantry lo antes posible.

—Sí, típico en mi hermano —resopló la mujer saliendo ya por la puerta.

—Tu abuelo siempre ha sido un hombre de carácter.

El comentario de Mary atrajo su mirada hacia ella, la cual no dejaba de investigar en cada uno de los recipientes que había sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando un cuenco con coco rallado—. No pensarás echarle esto a la tarta de manzana, ¿verdad?

Dejó de amasar y se la quedó mirando.

—¿Acaso sabes cómo se elabora y los ingredientes que componen una *Apple Pie Irlandesa*?

Su respuesta no se hizo esperar.

—Era una de las recetas favoritas de mi marido, así que sí, la conozco muy bien.

Su afirmación lo cogió por sorpresa, no era lo que esperaba escuchar.

—¿Tu marido? No habías dicho que estabas casada.

Mary cogió un trozo de manzana ya pelada y cortada, casi podía ver en su rostro la pregunta de si podría comérsela. Por primera vez se preguntó si ella sería consciente del hambre, si padecería sed o si eran cosas que había olvidado por completo. Vio como dejaba el gajo a un lado y contestaba.

—Me casé con Alaister McCarthy cuando todavía no sabíamos cuando terminaría esa guerra —aceptó con tono monocorde, como si fuese una respuesta ensayada—. Él no quería, deseaba esperar al final de aquella

contienda. Quería hacer las cosas bien, pedir mi mano a mi prima... pues su marido había muerto un par de años antes, presentarme a su familia y casarnos en una pequeña iglesia.

Hizo una pausa, parecía buscar entre sus recuerdos, trayendo a su mente la imagen del rostro perteneciente a ese nombre.

—Yo había aceptado esperar, no me importaba mientras él estuviese a mi lado, después de todo nos habíamos conocido en el hospital, cuando llegó herido y tuve que cuidarlo durante las largas noches de convalecencia — continuó sumida en sus recuerdos—. Pero entonces fue llamado de nuevo para volver al frente y todo se precipitó. Nos casamos en la capilla del hospital... —miró a su alrededor como si viese aquella casa de otro modo—, aquí, en Bantry House. Fue una ceremonia pequeña, con apenas las niñas y las monjas como testigos, pero para mí fue suficiente.

—¿Monjas? ¿Aquí? —Tenía que estar equivocada, posiblemente ni siquiera perteneciese a ese lugar como había proclamado—. Eso es nuevo.

Ni siquiera le miró, se limitó a asentir como si fuese un hecho.

—Sí, el *Cottage Hospital* de Bantry fue destruido por un incendio durante la guerra y mi prima ofreció su hogar como hospital a las monjas del Convento de la Piedad, que lo llevaban en esos días —le informó con total seguridad. Sus palabras trajeron a su mente algunos comentarios hechos antiguamente por su hermano Richard—. Lo hizo con una única premisa, que los heridos de ambos lados del conflicto serían atendidos por igual. La capilla se santificó e instaló en la biblioteca, allí fue dónde contrajimos matrimonio.

Volvió a concentrarse en la masa, pero no por ello dejó ir el hilo de lo que le estaba diciendo.

—Sí, lo del hospital sí me suena —aceptó intentando recordar los datos exactos sobre el paso del tiempo y las distintas utilidades que había tenido anteriormente esa enorme mansión—. Creo que Richard mencionó algo sobre

un hospital. Irlanda pasó de una guerra por la independencia a una guerra civil en cuestión de meses.

—A los hombres se les da bien batallar, pero nunca por cosas inteligentes.

Se rió entre dientes, su comentario le causó gracia.

—En ese caso en particular, no puedo estar más de acuerdo —aceptó, entonces retomó la conversación desde el punto interesado—. Entonces, ejerciste también de enfermera.

—En días de necesidad, una mujer tiene que estar dispuesta a hacer cualquier cosa, desde suturar heridas a empuñar un arma —declaró con la misma seguridad y aplomo que siempre—. Más aún si era para defender a los suyos.

—Y ese es el motivo por el que no os mandaron a vosotras a la guerra, la habríais terminado antes de empezar —aseguró jocoso—. Lo cual no sería un mal saldo, la verdad.

—No, sin duda no lo sería.

—Así que, te casaste con un soldado.

—Me casé con un buen hombre —puntualizó. Podía ver en su mirada lo que eso significaba para ella.

—¿Le amaste?

La pregunta pareció pillarla por sorpresa, casi tanto como a él el haberla pronunciado.

—Si bien no es asunto tuyo, sí, lo hice —aseguró con absoluta convicción—. Era mi marido.

—A menudo eso no es más que una excusa para hacer precisamente lo contrario.

—Algo que nunca he llegado a comprender.

—Ni falta que te hace.

Una vez terminado el trabajo de amasado, soltó la masa de golpe sobre la mesa y empezó a estirarla con un rodillo.

—Pásame la harina —pidió señalándole la zona de ingredientes.

Mary lo miró, luego oteó el lugar dónde estaba el polvo blanco y estiró la mano hasta tocar el recipiente. No dejaba de asombrarle como esas pequeñas cosas que una vez fueron cotidianas parecían tomar nueva dimensión ahora.

—Espolvorea por encima de la mesa —añadió cuando iba a entregárselo—. Hazlo de manera generosa.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿No quieres también que prepare la tarta por ti?

Sus ojos se encontraron de nuevo y esbozó una irónica sonrisa.

—Serías el primer fantasma en hacer una Apple Pie casera —le soltó, pero no detectó burla en su voz y ella tampoco se lo tomó como tal.

Optó por poner los ojos en blanco y espolvorear la superficie.

—Solía prepararla un par de veces a la semana para la hora del té —comentó rescatando sus recuerdos—, a las niñas les gustaba especialmente.

—¿Te gustaba cocinar?

—Me gustaba meterme en la cocina, aunque eso a menudo molestase a la cocinera —aceptó sonriendo por primera vez en mucho tiempo—. Le prometí a Alaister que se la haría la próxima vez que viniese a casa.

Se quedó parada, con los dedos manchados de harina, intentando completar ese recuerdo pero no podía, no había nada más allá.

—Vino ese verano, apenas se quedó unas semanas pero fueron suficientes para que pudiese aguantar el tiempo que sabía tendría que esperar de nuevo por su regreso —murmuró sin dejar de mirar ahora la forma en que iba dando forma a la masa, como si al estirarla lo hiciesen también sus recuerdos—. Dijo que nunca había probado una tarta de manzana tan buena en

toda su vida.

—Eso es que no ha probado esta —declaró él rompiendo el hechizo de sus recuerdos.

Se giró hacia él y chasqueó la lengua.

—Para eso tendrías que haberle echado canela y nuez moscada a la manzana y haber dejado fuera esos ingredientes absurdos.

Se echó a reír, se sacudió las manos de harina y señaló un bol con manzanas ya cortadas que habían sobrado.

—De acuerdo, señora McCarthy, demuéstreme entonces cómo se hace una verdadera tarta de manzana irlandesa.

Lo miró como si pensase que había perdido una tuerca en algún momento de la última media hora.

—¿Es una broma?

Negó con la cabeza y empezó a poner todos los ingredientes delante de ella en un lado de la mesa.

—Terminaré de preparar la masa y la meteré en la nevera para que repose —le informó y señaló los ingredientes del relleno—. Es lo único ante lo que no ha tenido quejas.

—Porque es lo único que ha ido bien.

Las palabras se escaparon de sus labios incluso antes de que pudiese refrenarlas.

—Más motivo para que la institutriz le dé una nueva lección a su nuevo pupilo.

Le hizo una reverencia para finalmente coger la masa ya estirada y empezar a forrar con ella el interior de un molde.

—Vamos, Mary, la idea es poder servirla para el té de la tarde, así que ponte a ello.

Si cuando le siguió a la cocina y lo vio charlando con su tía hubiese

pensado que iba a terminar preparando un postre como aquel, se habría mantenido al margen y callada. Pero la mirada traviesa en esos ojos, unida al abierto desafío masculino que todavía colgaba en el aire, era más que suficiente para que mordiese el anzuelo.

Cocinar volvió a tener esa mañana el mismo efecto en ella que cuando estaba viva. El tocar los utensilios, recordar la textura de cada producto, todo parecía hecho de magia, una que solo cobraba vida al lado de ese peculiar hombre. Se tomó la tarea tan en serio como podía tomársela, disfrutó rememorando un tiempo en el que esto era algo tan cotidiano como respirar e incluso escuchó aturdida como su garganta dejaba salir un bajo canturreo.

—Veamos... primero un chorro de agua —dejó que el líquido transparente cayese en el recipiente que había puesto Braiden para ella al fuego—, después la manzana cortada en pedacitos, la bañamos con zumo de limón y lo removemos para que no se pegue. Un poco de azúcar, espolvoreamos de canela y añadimos una pizca de nuez moscada.

—¿Nada más? —apuntó él, cruzado de brazos a un lado de la cocina, viéndola trasegar.

Optó por ignorarle, cogió la cuchara de madera que había sobre el platillo a su derecha y se puso a remover lentamente la mezcla.

—En la sencillez se encuentra el verdadero placer, señor Shelswell.

Mantuvo la mezcla al fuego unos minutos para finalmente retirarla.

—Terminará de hacerse en el horno —le informó cuando vio que enarcaba una ceja al verla sacar el recipiente del fuego—. Puede apagar esa cosa cuando quiera.

—Apagaré esa cosa por usted, *madame*.

La diversión en su voz le arrancó a ella misma una sonrisa, sacudió la cabeza y continuó con la elaboración de la tarta. Solo restaba rellenar el interior del molde forrado con la masa y cubrir la parte superior con otra

lámina de la misma que ya había estirado previamente él.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Puedo sola, pero gracias —replicó cubriendo la superficie de la tarta para finalmente decorarla con mimo—. Perfecta.

—¿Lista para meterla en el horno? —preguntó abriendo la puerta de un artefacto mucho más moderno del que ella recordaba de su época.

—¿Eso es el horno?

—Créeme, si metes algo ahí dentro, se hará.

Lo miró y se encogió de hombros.

—Tendré que confiar en tu palabra.

—No te decepcionaré —le dedicó un guiño, le quitó la tarta de las manos y la introdujo en el horno—. En treinta minutos, veremos si eres tan buena cocinera como proclamas ser.

Se sacudió las manos una contra la otra y asintió.

—Que no te quepa la menor duda.

CAPÍTULO 13

Mary empezaba a darse cuenta de que había demasiadas cosas que echaba de menos, con cada minuto que pasaba junto a Braiden se hacían más presentes esas cosas que había perdido y que nunca recuperaría. La gente que había dejado atrás, el mundo que había conocido había dejado de existir. Ahí fuera, más allá de las fronteras de Bantry House, el tiempo había avanzado dejándola atrás.

Levantó el rostro hacia el cielo encapotado, el color gris llevaba anunciando desde ayer la llegada de las primeras nevadas y no le decepcionó. Pequeñas volutas de color blanco caían tímidamente, algunas se derretían antes de tocar el suelo, otras encontraban una cama fría que las acunaría durante el resto de la temporada. Sintió ese beso helado que hacía tanto tiempo que había aprendido a olvidar y echó la cabeza aún más hacia atrás.

A pesar de todo no podía dejar de sonreír, esa mañana, aún si no lo sabía, el descendiente de su pupila le había hecho un enorme regalo; la hizo sentir viva de nuevo.

No solo le había permitido cocinar, sino que había decidido servir dicha tarta a la hora del té a las mujeres de su familia.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no? —la desafió abiertamente—. Prácticamente has dicho que tu tarta era mucho mejor que la que yo iba a preparar, así que, serviré la tuya.

Y había sido imposible hacerle desistir.

—Deberías haberles espiado —resopló con un pensamiento tardío.

En realidad, lo había pensado desde el minuto uno, pero no quería irrumpir en un momento familiar, sabía lo mucho que significaba para Sorcha la presencia de su sobrino, aún si él no se daba cuenta que el rostro de la mujer había mudado considerablemente desde que estaba allí.

Cuando había llegado a un trato con él, había aceptado darle su espacio, aunque solo fuese para obtener las respuestas que quería, dada su disposición a hablar las últimas semanas, no podía quejarse. Braiden había dado respuesta a la mayoría de sus preguntas, habían hablado sobre las posibles motivaciones de su presencia allí y, solo esa mañana, cuando le habló de su marido, empezó a pensar que quizá la respuesta estuviese todavía en aquello que no había dicho y no en lo que ya había salido a la luz.

Y eso podía aplicarse también a ese hombre. Estaba claro que guardaba un secreto, uno que lo hería profundamente y que suponía era el motivo principal de que hubiese abandonado ese lugar para empezar. Era curioso cómo, habiendo residido en Bantry House durante buena parte de su vida, habiéndola visitado con sus padres, no tuviese más recuerdo de su presencia que la de aquel encuentro cuando era un niño. ¿Por qué no se habían encontrado con anterioridad? ¿Por qué no habían vuelto a hablar? ¿Por qué había ocurrido precisamente ahora?

—La respuesta tiene que estar en su propio pasado —murmuró para sí.

Disfrutó unos momentos más del beso frío de la nieve, quería grabarse esas sensaciones, atesorarlas para cuando ese velo volviese a caer sobre ella privándola de toda calidez y emoción, dejándola de nuevo en ese limbo que ahora tanto temía. Quizá nunca encontrase la respuesta que buscaba, el motivo por el que seguía allí y, si debía quedarse durante el resto de la eternidad, al menos quería poder recordarle a él.

«Volveré para bailar contigo bajo la nieve de Bantry, Mary. Así que

espérame».

El eco lejano de aquellas palabras la hizo respingar, se giró como un resorte casi esperando verle ahí, pero no había nadie. Se llevó la mano al oído, casi como si pudiese recordar ese susurro, el calor del aliento que se lo había vertido en la oreja y aquellos fuertes brazos rodeándola desde atrás.

«¿Por qué tienes que irte ahora? Acabas de llegar».

«Pronto no tendré que partir nunca más, mi Mary, y entonces me dedicaré a hacerte tan feliz que todo lo que harás será sonreír».

«Incluso la palabra pronto tiene una connotación lejana en tu boca». Le había reprochado. «Ya no hay motivo para seguir, Alaister, la guerra se terminó. Se ha firmado la paz».

«No habrá paz hasta que Irlanda sea libre, amor mío. Es mi deber, nuestro deber como irlandeses».

«No te vayas». Suplicó. Ella jamás suplicaba, pero después de tanto tiempo estaba dispuesta a claudicar.

«Volveré antes de que me extrañes».

Se había obligado a morderse lo que quería decirle, que ya lo extrañaba, que lo hacía cada vez que estaba fuera. ¿De qué valdría suplicar cuando él estaba tan decidido a abandonarla otra vez?

«Si te vas ahora, no esperes encontrarme al volver». Repuso con lo que sabía era una amenaza baldía, motivada por la desesperanza. «Te he esperado día tras día durante los últimos años, Alaister, pero no lo haré de nuevo».

Entonces le había cogido el rostro entre las manos y le había arrebatado el aliento con uno de sus adorables y sensuales besos.

«Me esperarás, porque volveré». Le aseguró con un fervor que conocía bien. «Volveré para bailar contigo bajo la nieve de Bantry, Mary. Así que espérame».

—Espérame —repitió en voz alta, recordando esos momentos, recuperando lo que había sentido, lo que sintió durante mucho tiempo después hasta que todo lo que encontró era nada.

Se quedó mirando la nieve que caía, buscando en su mente esos recuerdos que continuarían a estos, pero una vez más se frustró ante la incapacidad de extraer algo más.

—Oh, esto es frustrante.

Le dio la espalda a la incipiente nevada, volvió sobre sus pasos y entró en la biblioteca a través de las puertas francesas en el mismo momento en que Braiden entraba con una bandeja en la que iba una humeante tetera y dos platos con sendos pedazos de tarta de manzana.

—Algo me decía que te encontraría aquí —declaró deteniéndose en la mesa auxiliar que solía utilizar cuando se quedaba a trabajar allí, depositó su carga sobre esta y empezó a poner dos servicios—. ¿Y bien? ¿No quieres probar tu propia creación?

Miró los dos pedazos de tarta y se llevó una mano al pecho.

—¿Es mi tarta?

—Lo que queda de ella —aseguró con un chasquido—. Te comunico que ha sido declarada la mejor tarta de todas las que se han comido en tiempos de mi tía en Bantry House, según sus propias palabras.

El halago la calentó por dentro, estaba más allá del agradecimiento, pero fiel a sí misma, no dejó que trasluciese. Se ocupó en cambio de servir el té en sendas tazas, quitándole a él el puesto y ofreciéndole una taza al mismo tiempo. Era algo tan cotidiano que no podía olvidarlo siquiera.

—Te dije que no sabías hacer una tarta de manzana.

Se rio.

—Está claro que esta vez me ha vencido un fantasma. —Levantó su taza de té y le indicó la silla frente a él—. Siéntate, querida, y disfruta de tu

victoria.

Hizo lo que le pidió, pero no tocó su taza, tampoco la tarta, se conformaba con mirarla. Ni siquiera sabía si podría comer, no lo había hecho desde que había muerto.

—¿No vas a probar tu propia creación?

Levantó la mirada al escucharle.

—Creo que no he vuelto a tocar la comida o la bebida desde que todo se apagó —murmuró. Aquel era su recuerdo más oculto, el de una profunda oscuridad que parecía haberlo consumido todo—. No sé... ni siquiera sé cómo es posible que esto... sea real.

—Quienes se han zampado prácticamente todo el pastel te pueden asegurar a ciencia cierta que lo es —aseguró sin dejar lugar a dudas—. Y no me pidas una explicación porque te juro que no la tengo. Ni siquiera entiendo por qué tu tarta sabe tan malditamente bien, pero lo hace.

Cortó una pequeña porción de tarta y se la llevó a los labios, sosteniéndola allí para ella.

—Vamos, pruebe su creación culinaria, señora McCarthy.

Sintió que se le encendían las mejillas, todo lo que quería hacer era apartar su mano de un capirotazo, pero en vez de eso se encontró abriendo los labios y dejando que el tenedor se introdujese entre ellos.

El sabor ácido de la manzana fue como una sinfonía en su boca, como si de repente explotase algo lleno de color y sabor, algo tan pleno y pasajero que se encontró con una solitaria lágrima escurriéndose por su mejilla.

—Oh Dios mío.

Él sonrió, volvió a hundir el tenedor en el postre y se llevó un pedazo a su propia boca.

—Pura decadencia, ¿eh?

Era más que eso, mucho más y no tenía la menor idea de cómo

enfrentarse a ello.

—Esto no debería estar sucediendo, nada de esto debería darse como posible, ¿no es así?

Le temblaba la voz, lo sabía y se odió por eso. Braiden lo notó pues dejó el plato sobre la mesa y la miró.

—Yo... yo no pertenezco a tu mundo...

—Y, sin embargo, de algún modo, todavía estás en él —comentó con gesto serio—. No sé cómo, ni a qué se debe, pero como ya te dije, no eres como los otros espíritus...

—Entonces, ¿qué soy?

—No lo sé.

Bajó la mirada sobre la mesa que los separaba, posó la mirada sobre la humeante taza de té y suspiró.

—Eso no es de mucha ayuda.

—Puede que no —aceptó sincero—, pero puede ser un punto de partida.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la respuesta que buscas.

Le señaló el pedazo de tarta que había dejado ante ella.

—Disfruta mientras puedas, querida Mary, después quizá sea demasiado tarde.

No pudo evitar mirarle con palpable ironía.

—Ya es demasiado tarde, Braiden.

CAPÍTULO 14

Ya es demasiado tarde.

Esas palabras, pronunciadas en otro momento, en otro contexto y en boca de otra persona, habrían desatado su furia. Pero la resignación que había escuchado en ellas cuando las pronunció Mary le provocó un pequeño pinchazo de simpatía.

Conocía esa sensación, si bien quizá no en la misma medida, sí sabía lo que era encontrarte ante un final precipitado, ante la imposibilidad de hacer o decir algo más, simplemente algo se terminaba y no tenías potestad para cambiarlo o pasar por encima de ello, lo máximo a lo que podías aspirar era aceptarlo, aunque ello no te ofreciese consuelo alguno.

Dejó escapar un resoplido y echó un vistazo al busto que tenía a su izquierda sobre un pedestal. Se había encerrado en el salón rosa, el único lugar de la casa donde posiblemente nadie lo molestase a esas horas. Sorcha había instaurado las últimas semanas, una vez echado el cierre, la costumbre de unirse todos para cenar y no le dejaría saltarse dicho ritual, ni aunque estuviese muriendo.

Echó un vistazo al mobiliario intentando situarlo en su mente, había estado allí con anterioridad, especialmente de niño. Todavía recordaba las coloridas amenazas de su madre y las risas de su padre. En aquella época había sido feliz, había disfrutado jugando con sus hermanos, compartiendo secretos y escuchando las muchas batallitas del abuelo, pero todo aquello cambió a raíz de su accidente.

—Cómo voy a ayudarla si ni siquiera sé lo que estoy haciendo — farfulló para sí mismo, les dio la espalda a los dos ventanales y se sentó ante la mesa próxima al piano.

Miró el instrumento con anhelo y dolor. La última vez que ocupó esa banqueta había sido feliz, había pensado que las cosas se arreglarían y que tendría todo un futuro por delante. Ese tiempo, sin embargo, había quedado atrás.

Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó el teléfono. Dudó unos instantes sobre la pantalla de bloqueo, debatiéndose consigo mismo sobre lo que significaría hacer esa llamada. Una vez que la hiciese, que dijese lo que tenía en mente, sabía que sería como abrir una puerta que no volvería a cerrarse.

—Solo espero saber lo que estoy haciendo.

Cerró los ojos, respiró profundamente y buscó a través del listín el número deseado. Llamó y esperó mientras escuchaba el sonido de la llamada.

—Ey, ¿me echas de menos o es que quieres darme el beso de las buenas noches por teléfono?

La voz de Richard atravesó la línea con su habitual tono jocoso. Su hermano solía responder en consonancia a las horas a las que llamaba, adelantándose a su humor incluso antes de que él supiese de cuál estaba.

—En realidad, te llamo porque... necesito tu ayuda.

El silencio inundó la línea durante unos segundos, llegó incluso a pensar que se había cortado la llamada.

—Así que por fin te has decidido a hablar.

Hizo una mueca. Sí, de los tres hermanos, ellos dos eran los más cercanos, los que más se conocían y, por lo mismo, los que más a menudo discutían.

—No es como que no haya intentado hacerlo con anterioridad —

respondió. Sabía que sonaba a acusación, era un mecanismo de autodefensa que era incapaz de quitarse de encima—. Posiblemente no utilicé las palabras adecuadas.

—¿Han vuelto las... visiones?

Se obligó a mantenerse estable, a no replicar la aprendida respuesta y buscar lo que necesitaba de él.

—No son... exactamente visiones... —se las ingenió para no rechinar los dientes—. Ni siquiera es como las otras veces, esto es distinto. Ella... es distinta.

Un nuevo silencio atravesó la línea.

—Mira, Rich, sé cómo suena todo esto, ¿vale? —insistió—. Yo soy el único loco que tiene todo esto en la cabeza. Por una vez, simplemente ignóralo y céntrate en lo que voy a pedirte ahora.

Escuchó un resoplido.

—Ella —replicó—. Has dicho ella, Brai. Hasta ahora siempre ha sido «esto», «eso», pero nunca algo como «él» o «ella».

Le sorprendió escuchar que su hermano hubiese reparado siquiera en eso. La mayoría del tiempo se la pasaba recomendándole terapeutas y clínicas.

—Su nombre es Mary, Mary Elizabeth McCarthy Hawker, de soltera Mary Hawker —resumió—. Sé que has estado continuando con ese hobby de papá, rastreando antepasados y eso...

—No hay ninguna Mary Hawker en nuestra línea familiar, Brai —su respuesta fue inmediata.

—No es de nuestra línea o, no exactamente —se pasó la mano por el pelo con gesto agotado—. Ella es... Solo averigua si cuando vivía la abuela de nuestro abuelo, Arethusa Hawker, había algún familiar suyo o una institutriz en la casa que pudiese responder a ese nombre. Posiblemente en la época de la Guerra Civil Irlandesa.

Su hermano dejó escapar un largo silbido.

—Eso es bastante información y demasiado precisa como para que la hayas sacado de una alucinación, especialmente porque nunca te has interesado por este tipo de investigación —escuchó la voz firme y seria de su hermano.

—Pues todavía no has oído ni la mitad —declaró con abierta ironía—. Fuiste tú quién me habló de que Bantry House había sido utilizada como hospital, ¿verdad?

—Sí, la abuela de nuestro abuelo cedió el lugar a las monjas del convento de la Merced cuando el hospital del pueblo se incendió.

Y aquello encajaba a la perfección con lo que le había dicho la muchacha.

—¿Hay alguna manera de comprobar si durante el tiempo en que funcionó el hospital hubo algún Alaister McCarthy entre los soldados que se atendieron en el hospital?

Su hermano soltó algo así con un exabrupto.

—Los registros de entonces no son como los de hoy y, gran parte de toda esa documentación fue donada a la universidad de Cork por el abuelo hace unos veinte años —explicó—. Tendrías que ir al pueblo y solicitar a la biblioteca que te dejen ver lo que tengan sobre el hospital; si es que queda algo documentado.

—Bueno, no es como si últimamente hubiese mucho que hacer por aquí —declaró y miró hacia la ventana. Si bien había caído la noche, las luces que rodeaban el edificio iluminaban los copos de nieve que seguían cayendo. Con toda probabilidad mañana habría una considerable capa de nieve cubriéndolo todo—. Veré si puedo acercarme a la biblioteca e indagar por mi cuenta.

—Tú metido en una biblioteca —sonaba realmente sorprendido—. Esto va más allá de todo lo que has padecido hasta ahora, ¿no es así?

¿Qué podía decir?

—No sé lo que es, Richard, la verdad es que no tengo la menor idea de lo que está pasando, solo sé que tengo que hacer algo —declaró convencido—. Quizá sea la única forma de erradicar al menos una de las voces más molestas en mi cabeza.

—De acuerdo. —Lo escuchó garabatear—. Tengo todos los datos. Veré que puedo averiguar al respecto. Te lo haré saber tan pronto como...

La respuesta de su hermano se vio interrumpida por un ahogado murmullo, poco a poco el ruido empezó a cobrar mayor nitidez a medida que se aproximaba a su interlocutor.

—¿Es Braiden? ¿Sigue en Bantry?

Era la voz de su abuelo. El tono ronco y matizado con el acento de Cork era inconfundible. El escuchar su sonoro vozarrón le quitó un peso de encima que no sabía ni que tenía.

—¿Es el viejo cascarrabias al que oigo?

Richard resopló.

—El mismo, no ha dejado de incordiar pidiendo cosas imposibles desde que me lo traje a casa —exclamó en voz lo suficiente alta y clara para que el aludido le escuchase.

—Tú fuiste el que quiso traerme a este lugar, estaría perfectamente bien descansando en la casa de nuestros antepasados.

Puso los ojos en blanco al escuchar al hombre.

—Y tú oíste lo que dijeron los médicos —le soltó—. Descanso absoluto durante las primeras cuatro semanas.

—Bah. Déjate de monsergas y dame el teléfono —ordenó—. Vamos, que es para hoy.

No pudo menos que sonreír ante el tono de sargento del hombre.

—Braiden, te voy a pasar al abuelo, no dejará de darme la lata si no lo

hago.

Un momento después ya estaba la voz del hombre atravesando la línea telefónica a todo volumen.

—¿Braiden?

Sonrió para sí.

—Hola, viejo, me alegra de ver que sigues llevando la batuta en casa de los demás.

—¿Sigues en Bantry?

Hizo una mueca y miró al techo.

—Un poco difícil de abandonar el lugar cuando ha empezado a nevar —aseguró con palpable ironía—. Posiblemente tengamos mañana la primera nevada de la estación.

—Solo es un poco de polvo, no se te congelará el culo hasta enero.

—Espero que estés aquí para entonces, eso querrá decir que puedo largarme.

Bufó.

—Sorcha no me ha informado de que la casa haya saltado por los aires, ni que se haya incendiado, con lo que si ella no te ha echado todavía, no veo porque debo hacerlo yo.

—Ya veo que tienes un gran concepto sobre mí.

—Mayor del que tienes tú sobre ti mismo, hijo —aseguró animado. Para ser un hombre que había sufrido un infarto semanas antes, se lo escuchaba muy bien—. Pero supongo que el hecho de que llames a estas horas y hayas hecho que tu hermano se haya puesto más serio que la pata de un banco tiene más que ver con tus propios problemas, que con cualquier cosa pasada en la casa. ¿Has vuelto a verlos?

De toda su familia tenía que admitir que si había alguien quién no había dudado de él era el viejo. Geoffry aceptaba su maldición con naturalidad, le

había asegurado en más de una ocasión que debía tomarlo como un don y le había dejado proceder a su manera, sin interferir en su vida.

¿Perdía entonces algo por intentarlo?

—¿Te suena de algo el nombre de Mary Elizabeth McCarthy Hawker?

—Um... —lo escuchó murmurar—. Hawker era el apellido de soltera de la abuela Arethusa. McCarthy es un apellido con ascendencia irlandesa. ¿Apellido de casada?

Sin duda el viejo era un hombre muy avisado.

—Eso dice ella.

Esperó por la típica censura, pero no la escuchó de él.

—Y dice también que tu abuela Arethusa era una prima lejana suya, que la acogió en la mansión después de la muerte de sus progenitores. De hecho, afirma haber sido institutriz de la bisabuela Clodagh.

Hubo algo parecido a un jadeo a través de la línea, entonces una exclamación del hombre.

—Creo recordar que había una tal Mary, mi madre había hablado en alguna ocasión de ella como la mujer que le había enseñado a leer, a escribir, había sido una inspiración para ella —explicó pensativo—. Tu bisabuela fue una mujer adelantada a su tiempo, se hizo con el título del condado en cuanto hizo la mayoría de edad, después se marchó a África dónde conoció a mi padre, quien trabajaba como asistente del Alto comisionado de Zanzibar. Se casaron y volvieron a Gales para quedarse en la casa principal durante mucho tiempo. Mi padre murió primero, ya lo sabes, y mi madre se hizo cargo de nosotros.

No sabía que le sorprendía más, si la fabulosa memoria de su abuelo o que lo que le acababa de decir tuviese sentido y encajase con lo que le había contado Mary.

—¿Quieres decir que tu Mary es la Mary de mi madre?

—No es mi Mary y sí, eso creo, sería posible —aceptó todavía asombrado—. Lo que dices encaja con lo que ella me ha contado.

—Vaya, esto es de lo más interesante —aseguró realmente interesado—. En el desván hay algunas cajas con recuerdos antiguos. Si mi memoria no me falla, tendría que haber también algún álbum familiar en el que es posible que aparezca ella.

Y eso era algo en lo que no había pensado, una pista que podría arrojar más luz sobre toda aquella historia.

—¿De casualidad no sabrás cómo murió? ¿Habló alguna vez la bisabuela de ella?

Un profundo suspiro.

—No lo creo. Los recuerdos de mi madre eran sobre su infancia, dudo que recordase lo que fue de esa mujer después de que se marchase a África.

Sí, aquello era lo más probable.

—Geoffrey —pronunció su nombre. Hacía demasiado tiempo que dejó de llamarle abuelo—. De un modo que no comprendo, ella no es como el resto de los espíritus con los que me he encontrado anteriormente. Es como si estuviese en el otro lado pero también en este.

Fijó la mirada en el piano y recordó su primer encuentro.

—La toqué, sentí... no, de hecho no sentí el latido de su corazón —murmuró en voz baja—. Sus recuerdos, dice que son difusos, que hay lagunas en su memoria... Pero lo más sorprendente, si es que existe algo así, es que está confinada a la mansión y sus terrenos e ignora el motivo.

—¿Lo ignora?

Sí, eso es lo que ella decía y parecía sincera, pensó rememorando el esfuerzo que ponía en recordar.

—Sé que dice la verdad...

—No estoy diciendo lo contrario, hijo —aseguró el hombre al momento

—. Pero es extraño que no recuerde qué la retiene en Bantry.

Retener, esa era la palabra que había vagabundeado por su mente en más de una ocasión.

—¿Es posible que haya dejado alguna tarea inconclusa?

Se lamió los labios y suspiró.

—Si ese es el caso, ignora cuál es, ni siquiera recuerda el momento exacto de su muerte.

—Entonces ayúdala a recordarlo —le aconsejó con total tranquilidad—. Los espíritus suelen aferrarse a sus antiguas vidas cuando han dejado algo inconcluso. Si haces que recuerde lo que es, lo que hace que permanezca en este lado, pueda liberarse y seguir adelante. Desde luego, si hay alguien que puede y debe hacerlo eres tú.

¿Pero qué significaba aceptar dicho encargo? ¿Cómo podía ayudar a esa mujer cuando había sido incapaz de hacer algo por su propia familia? ¿Qué garantías tenía de que esta vez podría hacer algo cuando antes no lo logró?

—¿Debo? —recuperó la última palabra dicha por el viejo, sabiendo cómo lo miraría, cómo estaría pensando actualmente.

—¿La condenarías a ella simplemente porque Maddie decidió seguir adelante?

Apretó los dientes al escuchar ese nombre y el dolor, la desesperación y la rabia que traía impreso consigo. Aquella era sin duda su gran penitencia, el gran error que no podía perdonarse a sí mismo a pesar de que lo intentase.

—Quizá Mary es justo lo que necesitas para seguir adelante, para que puedas dejarla ir definitivamente —insistió el viejo, conocedor de todo el episodio—. Nadie habría podido prever lo que Marjorie pensaba hacer, no podías evitar lo que pasó y lo sabes. Fue una horrible conjunción de acontecimientos, el único culpable real de esa tragedia fue el tiempo, las malas decisiones de esa mujer solo contribuyeron a...

Apretó los dientes y luchó con la rabia, con el dolor, pero no pudo evitar refrenar las palabras que le salían del alma.

—Se llevó a mi hija con ella...

Y eso era lo único que no podía perdonarle, lo que lo había desgarrado profundamente. Todo lo demás era secundario, el matrimonio llevaba haciendo aguas desde hacía tiempo, pero lo descubrió ese día, lo que originó que ella se marchase y se llevase a su niña... Aquello era lo único que jamás le perdonaría, lo que le había destrozado la vida y lo había empujado a marcharse lejos, a cualquier lugar dónde todo no le recordase a su pequeña.

—Lo sé, hijo, lo sé.

Hubo un momento de silencio entre ambos, la línea se quedó completamente muda durante unos instantes.

—Pensé que todo había terminado entonces, que esta maldición se habría extinguido cuando lo que deseaba era justamente lo contrario —arrancó con voz rota, apenas un susurro—. Solo quería verla, quería... quería decirle que todo iría bien... que la quería... pero nunca apareció. Y ahora... ahora esa mujer...

—Ha acudido a ti.

Sí, lo había hecho y eso lo torturaba más que ninguna otra cosa. ¿Cómo podía ayudar a una completa extraña cuando había sido incapaz de hacerlo con su familia? ¿Con su propia hija?

—No he pedido esto, jamás pedí volver con esto —declaró cerrando los ojos con fuerza—. No ha hecho nada excepto destrozarme la vida, condenarme una y otra vez a una incipiente locura.

—Se te concedió una segunda oportunidad, una que trajo consigo un precio demasiado grande para un niño —aceptó Geoffry en voz baja—. Pero ya no eres un niño, Braiden, tienes ante ti la oportunidad de hacer algo para liberar a un alma atrapada y, al mismo tiempo, aligerar la tuya del peso que

porta.

Había escuchado eso muchas veces, especialmente de niño, incluso esa primera vez en Bantry, cuando había hablado con ella.

—¿Sabías que ya la había visto?

—¿A tu Mary?

Hizo una mueca al escuchar la manera en que hablaba de ella, como si fuese algo suyo.

—La vi de niño, en el jardín italiano, el de la fuente —relató—. Estaba llorando, la vi y me acerqué a ella. Al verla, lo he recordado. Ya la había visto, nos habíamos encontrado con anterioridad y... he vuelto a sentir lo mismo, como si esto es lo que debía ocurrir.

Escuchó un suspiro a través de la línea.

—Siempre pensé que antes o después te ocurriría también a ti, después de todo, heredaste el mismo don que antes tuvo ella.

Sus palabras lo sorprendieron.

—¿De qué estás hablando?

Un nuevo suspiro.

—Ya sabes que te conté que tu abuela tenía también sus premoniciones, que era capaz de... ver también a ciertas personas.

Sí, lo había hecho, pero había supuesto que se trataba de una forma de consolar a un niño, especialmente porque nunca había hecho mayor hincapié en ello.

—Pero pensé que solo lo decías para calmarme...

—En parte —aceptó con un resoplido—. Tu abuela solía decir que, en toda vida de un sanador, hay un alma a redimir —comentó con ese aplomo tan suyo—. No se trata de arreglar las cosas, de arreglar sus pendientes sino de que esa alma quede libre de todo pecado y pueda continuar adelante y renacer.

Estaba por echarse a reír, pero no creía que el viejo lo viese como algo

divertido.

—¿Libre de todo pecado? ¿No necesitaría entonces un sacerdote o un exorcista más que a mí?

Él bufó.

—No te veo ordenándote sacerdote ni aunque fuese la única profesión disponible en el planeta —aseguró con palpable ironía.

—Ni yo tampoco —aceptó con un resoplido—. Pero eso no supone una solución a mi problema.

—Y no la supondrá hasta que te decidas a hacer algo al respecto, a hacer algo y hacerlo de verdad —aseguró con rotundidad—. Supongo que ha llegado el momento de que leas el diario de tu abuela.

Aquello era lo último que esperaba escuchar.

—No me lo tomes a mal, Geoffry, pero no creo que las historias de juventud de la abuela Briseida puedan arrojar demasiada luz sobre...

—No te desdigas tan pronto, Braiden, era una muy buena narradora de historias y, estoy seguro de que, en sus páginas, encontrarás muchas más respuestas de las que has obtenido hasta ahora —aseguró con un resoplido—. Lo encontrarás bajo llave en la biblioteca, en el mueble escritorio. Cógelo, sé que ella quería que te lo entregase en el momento adecuado y, a la luz de lo que me dices, creo que no hay mejor momento que este.

Arrugó la nariz a pesar de que no podía verle.

—¿He de suponer que ya lo has leído?

Una nueva risa.

—No había secretos entre nosotros, hijo, cada noche que escribía una página me la daba a leer después —aseguró lleno de orgullo—. Durante gran parte de su vida pensó que su don caería en una de sus hijas, pero Sorcha no lo heredó. Estaba convencida de que se saltaría una generación y pasaría seguramente a Cait, ya que suele transmitirse por línea materna, pero entonces

tú decidiste hacer una incursión en la bahía de Bantry, visitando el otro lado y cuando volviste, el don despertó en ti.

Y aquella era otra de las explicaciones que se había perdido a lo largo de su vida.

—Abuelo, ¿te das cuenta de que me habría venido muy bien saber esto hace mucho tiempo?

Él se echó a reír, pero no había ni gota de alegría en su risa.

—Quizá lo hubieses sabido si hubieses permanecido cerca de tu familia y no emigrases a los Estados Unidos —un claro reproche, uno que no perdía la oportunidad de hacerle.

—No me vas a perdonar nunca el haber abandonado el país de tus antepasados, ¿eh?

Chasqueó.

—Eso ya te lo perdoné en el mismo momento en que llamaste para decir que habías llegado bien —aseguró, sorprendiéndole—. No fue el hecho de que te marchases, Braiden, sino la manera en que lo hiciste, sin dejarnos a ninguno, ni siquiera a tus hermanos, ayudarte a atravesar un golpe que nos afectó a todos.

Sí, sabía que tenía razón, que la muerte de su hija había afectado a toda la familia, pero nunca, nunca de la manera en que le afectó a él.

Miró de nuevo hacia la ventana, a la nieve que caía y luego el reloj. Ya llevaba un buen rato al teléfono.

—Será mejor que te vayas a descansar o Richard te atará a la cama.

El hombre bufó.

—Me gustaría verlo intentarlo —rezongó.

—Buenas noches, Geoffry.

Empezó a colgar el teléfono cuando escuchó la voz masculina.

—¿Braiden?

—Dime.

—Recuerda que, pase lo que pase, estoy aquí para ti.

Asintió, sintiendo como se le formaba un nudo en la garganta. Se las ingenió para tragarla y asintió.

—Te veré en Navidad, abuelo.

Antes de que pudiese decir algo más, colgó y devolvió el aparato al bolsillo trasero.

—Parece que me vendrá bien un poco de lectura antes de dormir.

CAPÍTULO 15

La Navidad parecía acercarse a pasos agigantados, en un momento caían los primeros copos de nieve y al siguiente los jardines estaban cubiertos de un manto blanco, la entrada engalanada con guirnaldas y luces de colores, mirase dónde mirase todo respiraba a esas fechas, el aroma del ponche y la canela perfumaban el aire, casi podía saborear las galletas de jengibre que se estaban haciendo en el horno de la cocina. Sí, aquella había sido durante mucho tiempo, su época favorita del año, pero ya no podía encontrar nada alegre en ellas, el peso del pasado era demasiado para ignorarlo.

Miró hacia el hogar encendido, el diario de su abuela descansaba sobre el sofá a la espera de que lo abriese y dejara de escapar de la realidad; su realidad. Lo había rescatado del cajón que le había indicado el viejo y, durante la pasada semana, había ido leyendo fragmentos y páginas completas en un intento de asimilar todo lo que allí se narraba. No era fácil admitir de buenas a primeras que, lo que él había pasado a lo largo de su vida, era algo que ya había pasado su abuela.

Se dejó caer sobre el sillón, cogió el envejecido y gastado libro y lo abrió, como ya había hecho con anterioridad, por una página al azar. Al momento se encontró con la pulcra letra de mujer, la de su abuela, quién parecía haber escrito aquello pensando en él.

«Desde que tengo uso de memoria recuerdo a mi madre decir que en nuestra familia siempre ha habido una

sanadora. A veces se ha saltado una o varias generaciones, pero siempre acaba naciendo alguien cuya alma será capaz de despertar esas voces dormidas, de ver lo que otros ojos no ven y escuchar lo que otros oídos no escuchan. Se las conoce con el nombre de Healer na n-anamacha o Sanadora de Almas.

Cada generación posee un don único, algo que conecta con su propio espíritu y que representa su alma. Los espíritus tienden a rondarlas, se sienten atraídos por su luz interior, por un timbre en la voz que solo ellos parecen escuchar, pero no todos están dispuestos a ser vistos, oídos o escuchados. En ocasiones, ni siquiera buscan ayuda, solo alguien que sepa que están ahí.

Así como los espíritus se sienten atraídos por la sanadora, ella puede sentirse atraída hacia aquellos que la necesitan, almas que han quedado atrapadas en tránsito, incapaces de abandonar completamente el plano en el que han existido y sin poder avanzar. Suelen ser espíritus víctimas de injusticias, de promesas hechas en vida y que no se pudieron cumplir. A menudo es su palabra las que las mantiene cautivas, tareas inconclusas que han quedado pendientes y que no les permiten

continuar.

Es parte de una sanadora ayudar al espíritu a zanzar sus asuntos pendientes y ayudarles a continuar».

Leer ese pasaje era como ver su propia vida resumida en unas cuantas frases. Sin duda se había saltado una generación y, no solo eso, sino que también había cambiado de género para que dicha herencia hubiese recaído sobre él.

A medida que avanzaba en la lectura podía rememorar su propia existencia, sus propias vivencias impresas en esas palabras. Espíritus que se aparecían a su alrededor, miradas que se entrecruzaban, preguntas que él se había negado a responder o a confirmar su presencia... Otros eran más insistentes, aunque todo lo que querían era hablar, hablar y hablar, hasta que acababa emborrachándose para ahogar esas voces al caer en la inconsciencia.

Solo había sentido esa atracción de la que la que Briseida hacía referencia con Mary y ni siquiera estaba seguro de poder considerarlo una atracción de algún tipo. Era más bien como una corriente eléctrica, como la estática que hay en una noche de tormenta y que estallaba en pequeños chisporroteos.

La abuela creía que la presencia de los espíritus todavía en este plano de existencia se debía a tareas pendientes, a algo que habían dejado sin hacer; una creencia común por parte de los estudiosos del mundo esotérico.

Él mismo se había desesperado al punto de investigar todo aquello de lo que deseaba escapar. Después del accidente que se las llevó se había empapado de libros, teorías, vídeos, documentales, todo lo que pudiese acercarle a la meta que perseguía, una que no era sana.

—Ayudar a que zanje sus asuntos pendientes y siga su camino —

interpretó el último párrafo—. ¿Pero cuáles son esos asuntos pendientes?

Estaba claro que Mary tenía que tener alguno, debía existir algo que la retuviese allí, que no le permitiese avanzar. ¿Pero qué? ¿Una promesa hecha a alguien? ¿A su marido, quizá? ¿Algo que había dejado inacabado? quizá una promesa, algo?

Ojalá tuviese la respuesta.

Sacudió la cabeza y pasó un par de páginas, deteniéndose solo para leer un párrafo aquí y otro allá. Básicamente hablaba de su día a día, de un hombre vestido de época que había visto en un banco del parque y con quién había intercambiado una conversación, una mujer que no hacía más que mirar a la bahía sin pronunciar palabra, pero nada que pudiese arrojar un poco de luz a lo que le había caído encima.

«Hay varias fechas propicias para liberar un alma.

La más conocida es sin duda Samhain. La noche en la que el mundo de los vivos y el de los espíritus se encuentran y el velo que separa ambos se viene abajo durante algunos segundos permitiendo a las almas pasearse entre los vivos. Pero incluso siendo una fecha propicia, con el paso de los años he aprendido que no hay mejor momento que el día en el que el alma dejó este mundo.

A menudo ese día representa un inicio y un fin, un círculo que se repite una y otra vez y que mantiene al

espíritu atrapado. Este puede extenderse hacia atrás o hacia delante englobando el motivo de su presencia o manifestarse en esa precisa fecha.

No hay mejor manera de estar segura de la fecha exacta que preguntar a aquella alma que acude a una sanadora en busca de ayuda».

Llegados a este punto no pudo hacer otra cosa que reírse, marcó la página por la que iba dejando el dedo entre ellas y se apoyó en el respaldo, echando la cabeza hacia atrás.

—Preguntarle por el día en que dejó este mundo, sí, sin duda es un infierno de buena pregunta.

Una tan buena como la del supuesto motivo por el que seguía atada a aquel lugar, especialmente cuando parecía no estar muy segura de ninguna de ellas.

Abrió de nuevo el libro y continuó ojeando algunas páginas más por encima, alternándolas con otras a las que dedicaba un poco más de tiempo y profundidad.

A menudo me he preguntado si habría una fórmula mágica para dejarle ir, si debería pronunciar algunas palabras especiales, hacer algún símbolo en el suelo y esas cosas que te vienen a la mente cuando piensas en rituales. No me di cuenta hasta el momento en que le

liberé que todo lo que tenía que hacer era permitirle marchar.

Braiden no pudo evitar fruncir el ceño ante las enigmáticas palabras que había escrito su abuela. Desde hacía algunas páginas, en el transcurso de lo que sería más o menos un año, había anotaciones de ese tipo, alusiones a alguien más y su propio empeño de llevar a cabo una misión que se le antojaba la más dura y difícil de su vida.

Volvió a pasar las páginas, ya no seguían una cronología, iba hacia delante y hacia atrás como si la mujer joven pudiese darle las respuestas de las que carecía la mujer mayor. En aquel único libro estaba escrita a grandes rasgos un periodo de alrededor de veinte años en los que se alternaba la jovencita que había sido y la mujer casada, con hijos y nietos en la que se convirtió. En ocasiones sus entradas tenían un lapso de años, otras de meses, otras solo tenían un par de líneas, incluso la caligrafía iba madurando hasta convertirse en una letra más pulcra y adulta que hablaba de la dama que fue en sus últimos años.

«Hoy recuerdo las enseñanzas de mi madre como si las hubiese pronunciado ayer, todas esas historias y cuentos que me narraba a la hora de dormir y que, con el tiempo, dejaron de ser fantasías para convertirse en realidad.

Miedo, esperanza, dos emociones que a menudo he visto entremezcladas desde mi más tierna infancia, un don

que puede llegar a ser demasiado pesado en ocasiones y que se convierte en todo un regalo cuando esa alma necesitada contacta por fin contigo.

Oh, esa experiencia cambió mi vida por completo, cambió mi forma de ver las cosas y sé que con él se fue una parte de mi corazón, pero su recuerdo ha perdurado y perdurará eternamente.

Ahora miro a mi hija Sorcha y me veo a mí misma a su edad, con tanta despreocupación, con toda una vida por delante y solo puedo decir que me alegro de que el don haya decidido saltarse una generación.

Me pregunto si esta regresará en mi querida nieta Cait, ojalá y viva lo suficiente para verlo con mis propios ojos».

Esa era la última entrada del diario, las fechas correspondían más o menos a un par de años antes de su muerte, pensó haciendo memoria.

—Sin duda ha vuelto a aparecer en tus nietos, abuela, pero solo para cambiar las reglas del juego y elegirme a mí como sucesor —murmuró con un suspiro—. Preferiría que me hubieses dejado cualquier otra cosa en herencia, esta se hace cada vez más difícil de sobrellevar.

¿Cuántas veces había sido motivo de discusión? ¿Cuántas le habían conducido a peleas con Marjorie? Y sin embargo, ahora sabía que aquello no había sido más que una excusa, que aquellos siete años de matrimonio estaban

destinados a terminar mal hiciese lo que hiciese.

Recordar el pasado siempre era doloroso, más aún cuando este traía consigo el remordimiento y los recurrentes «y si» que, si bien no alteraban el resultado, permitían que se flagelase de nuevo una y otra vez. Incluso ahora, cada vez que echaba la mirada hacia atrás se preguntaba cómo era posible que hubiese ocurrido todo aquello, cómo había permitido que las cosas llegasen tan lejos.

Se había equivocado con Majorie. Había deseado ignorar los avisos de que algo iba mal en su matrimonio, prefirió achacar las primeras peleas y la frialdad que se instaló en ella a sus propios problemas, había empezado a acudir a un terapeuta con la falsa ilusión de que haría desaparecer sus «visiones» y, durante un tiempo, pareció que las cosas se estabilizaban, que todo remontaba y que la inesperada llegada de su hija sería el punto y final a una mala racha en su matrimonio.

Esa niña se había convertido en la luz de sus ojos, si bien las discusiones y las acusaciones terminaron volviendo, esta vez debido a los celos que su mujer sentía por su propia hija, estaba demasiado contento con esa pequeña parte de él como para darle mayor importancia.

Y entonces, cerca del séptimo aniversario de su matrimonio y a un par de semanas del cumpleaños de Maddie, lo que siempre había sospechado y no quiso enfrentar, le estalló en la cara de la peor de las maneras.

Su esposa no solo tenía un amante, lo metía en casa cada vez que se daba la vuelta, se exhibía con él delante de su hija. Lo último ya fue encontrarlos juntos en la cama, en su propio dormitorio, mientras la niña estaba en el colegio.

Aquella había sido la última discusión que habían tenido, la última vez que se habían visto las caras. Su esposa había defendido a su amante entre gritos e insultos, culpándole a él de toda su supuesta miseria, se había

interpuesto entre ellos cuando sacó a golpes a ese hijo de puta de su casa y, como remate a su infidelidad, le amenazó con quitarle a su hija.

—¡No volverás a verla, me oyes! ¡Me la llevaré, la apartaré de ti de modo que no puedas volver a verla!

Su amenaza lo había puesto fuera de sí, había estado incluso a punto de estranglarla y solo la había soltado porque sabía lo mucho que su hijita quería a su madre.

La había echado, los había echado a ambos y la había amenazado con matarla si se atrevía a llevarse a Maddy. Estaba decidido a quitársela él mismo, la llevaría a los tribunales por adulterio y conseguiría la custodia de su hija.

Quizá, si en ese momento hubiese pensado con claridad, si la rabia y la traición no lo hubiesen cegado y vuelto irracional, habría obrado de la manera correcta y su pequeña estaría todavía con él, estaría viva y seguiría llamándole papá.

Apretó los ojos con fuerza y se obligó a respirar a través del dolor que le oprimía el pecho y le desgarraba el alma.

¿Cómo no había previsto algo así? ¿Cómo no se dio cuenta de que todo lo que quería Marjorie era herirle de la peor de las maneras? Había ido directa al colegio para sacar a su hija y llevársela, para alejarla de él y en el proceso la había matado.

Nunca odió y amó tanto su don como en aquel momento.

«Papi».

Su voz lo había apartado del vaso y la botella medio vacía que descansaba sobre la mesa de cristal del salón, levantó la mirada y la vio allí de pie, con su rostro dulce, sus ojos iguales a los suyos y una encantadora sonrisa en su carita. Llevaba el uniforme del colegio y abrazaba el osito con el que iba a todos lados.

«Te esperaré al final del arco iris».

Sus palabras fueron lo último que oyó, su rostro sonriente lo último que vio antes de desvanecerse ante sus ojos.

En ese mismo instante lo supo pero se negó a aceptarlo. Llamó al colegio y allí le informaron que había pasado su esposa a recoger a la niña. Llamó y llamó al número de Madeline sin obtener respuesta alguna. Salió de casa como una exhalación, medio bebido, enloquecido, sin saber que hacer o a dónde ir. Las horas posteriores no estaban claras en su mente, solo recordaba haber llegado al hospital con su hermano y Geoffrey, escuchar las palabras de un policía mientras les informaba de lo ocurrido...

Un accidente, había dicho, achacado al mal estado de la carretera y al exceso de velocidad. El coche se había salido de la calzada, había impactado con otro vehículo que venía en sentido contrario y terminó dando un par de vueltas de campana para finalmente chocar contra el badén del lado contrario. Había quedado hecho un amasijo de hierros, los servicios de emergencias habían tenido que excarcelar el vehículo para sacar al único ocupante que estaba atrapado pues los otros dos cuerpos habían salido despedidos por el impacto. La muerte había sido en el acto, los tres ocupantes habían fallecido y entre ellos estaba su hija de cinco años.

No habían querido dejar que la viese, no le dejaron tocarla hasta muchas horas después y gracias a la intervención de su abuelo. Pero para ese momento, su pequeña Maddy ya se había ido para siempre.

Su esposa le había arrebatado lo que más quería en el mundo, había dejado que su amante condujese ese coche y quién sabía que le había dicho a su hijita antes de que todo acabase. Todo lo que sabía era que la había perdido.

Nunca pudo decirle que la quería, asegurarle que todo iría bien, que cuidarían de ella allí dónde iba y que antes o después iría a buscarla. Después

de esa última visita de infantil, había intentado contactarla, la había llamado, pero nunca obtuvo respuesta, nunca la volvió a ver y su don se convirtió en la más pesada de las maldiciones.

Y ahora, esa mujer, ese fantasma se acercaba a él, lo llamaba cuando todo lo que deseaba era darse la vuelta y perderla de vista y le pedía que la ayudase.

—Si le doy la espalda, si me niego a ayudarla, será como perder de nuevo a Maddy —razonó consigo mismo.

Sería verse obligado a quedarse de nuevo de brazos cruzados, a odiarse a sí mismo por lo que no había podido evitar.

Miró de nuevo el diario que tenía entre las manos y sacudió la cabeza. Había llegado el momento de hacer algo más que sentir lástima de sí mismo y odiar el don que había heredado. Era hora de que se pusiese en movimiento.

—Parece que tendré que visitar la universidad.

CAPÍTULO 16

La Universidad de Cork, al igual que sus homónimas, poseía una de las construcciones más atractivas arquitectónicamente que hubiese visto. Con más de doscientos años de historia era uno de los centros más prestigiosos de Irlanda. Estaba seguro de que Richard habría disfrutado inmensamente haciendo él mismo esta excursión solo para poder admirar en primera persona el campus. El edificio principal de piedra gris emulaba un enorme *cottage* en forma de U, con una pequeña torre presidiendo uno de los ángulos.

Había tenido que coger el coche y conducir casi una hora y cuarto pero el estado de las carreteras, fuera de Bantry, era magnífico. La ola de frío polar que asolaba el país había hecho que las nieves se adelantasen lo que hacía que el conjunto universitario tuviese un aspecto incluso más imponente.

La visita había sido cuidadosamente planeada, no quería dejar nada al azar, especialmente en una época en el que los alumnos empezaban a preparar los parciales y pronto se irían a casa por vacaciones. Tras una productiva charla con el encargado del departamento documental y la oportuna caída de su apellido, había tenido un oyente más que solícito y dispuesto a poner a su disposición todo lo que necesitase; no dejaba de sorprenderle el poder que tenía todavía su abuelo en el sector académico.

Le habían dado acceso a la documentación que el viejo había legado a la universidad, por lo que le esperaba por delante una larga jornada de lectura e investigación, algo que no había hecho desde sus años en la escuela de cocina. Ni siquiera estaba muy seguro de lo que buscaba o lo que esperaba encontrar,

como tampoco entendía en demasía esa ferviente necesidad de levantar hasta las piedras para desentrañar el misterio que envolvía a Mary McCarthy.

No podía evitar pensar en cómo parecía haber cambiado todo en el último mes. Había pasado de evitarla como a la peste a incluso buscar su compañía. Su historia se había entretejido de tal forma que sentía la necesidad de indagar en ella, de encontrar el motivo oculto para la presencia del fantasma en Bantry House.

Su abuela narraba en el diario que esa supuesta atracción era algo que solo se daba con ciertos individuos, con aquellas almas que, por un motivo desconocido, sintonizabas. No sabía si se debía a eso o a que se había cansado de tener a esa mujer pegada a él como una lapa no invitada, pero fuese una cosa u otra, había decidido hacer algo para ayudarla.

—¿Te vas?

La sorpresa apenas había podido ocultar el tono temeroso en su voz. Había sido solo un momento, pero el temor que había visto en ellos, la desilusión, le causó más impresión que el haber notado por primera vez que estaba muerta.

Por supuesto, se trataba de Mary y había muy pocas ocasiones en las que se permitía verse vulnerable, casi era una necesidad el dar la imagen de una mujer fuerte, segura de sí misma, en ocasiones incluso altiva. Algo le decía que debajo de todo ese repertorio de respuestas, insultos velados y feminismo había alguien muy distinta, alguien con miedo a resultar herida.

Se apoyó en la puerta abierta del coche y la miró. El mismo tocado, el mismo vestido, los zapatos con tacón de chupete, las perlas alrededor del cuello y cayendo por delante de su pecho... parecía una actriz que emulase un personaje de los años 20. Pero entonces estaban esos ojos verdes, la forma en que apretaba los labios, las ondas de su pelo suelto, más largo de lo que exigía el canon de su propia época; estaba vestida para una fiesta, una bastante

exclusiva.

—He concertado una cita con el documentalista de la Universidad de Cork —le informó—. Gran parte de la documentación, libros, álbumes, recortes de periódico y fotografías que había originalmente en Bantry fueron donadas por el viejo en el noventa y siete. Espero poder encontrar algo entre todo aquello que nos dé alguna pista del motivo por el que sigues aquí.

Su inicial temor empezó a diluirse, cubriéndose de nuevo por ese sarcasmo con el que se escudaba. La vio cruzarse de brazos antes de comentar.

—¿Algo como mi necrológica?

Sonrió de soslayo, no pudo evitarlo, le gustaba la manera en que esa mujer parecía desafiarlo todo, incluso a la muerte.

—En realidad esperaba encontrar más bien tu partida de defunción —le soltó sin más—, o, si tengo verdadera suerte, alguna foto antigua en la que aparezcas retratada. Sería una bonita constatación de que efectivamente no eres producto de mi imaginación.

Puso los ojos en blanco.

—No soy producto de tu imaginación —replicó con un resoplido—. Preparé una tarta de manzana mejor que la tuya, ¿recuerdas?

—Esperaba que eso también fuese parte de mi delirio —aseguró guiñándole un ojo para finalmente meterse en el coche—. No te preocupes, Mary, volveré antes de que te hayas dado cuenta de que me he ido.

—Y ahora, ¿quién es el fantasma? —replicó ella con ese tonito aburrido—. Sencillamente, si vuelves, procura hacerlo de la misma forma en la que estás ahora. Vivo.

—Sí, querida —declaró poniendo en marcha el motor—. Con un muerto en esta casa es más que suficiente.

Esa había sido su despedida de esa mañana y, después de pasarse varias horas leyendo y buceando en los viejos documentos de la biblioteca, no estaba

más cerca de lo que había venido a buscar que cuando llegó.

Había recortes de periódicos que hablaban sobre el incendio del hospital, cómo se habían visto desbordados y la entonces dueña de la mansión, la viuda Leight-White había ofrecido su hogar como sustitutivo. Tal y como le había contado Mary, la única condición que había puesto su tatarabuela era que debían atenderse a los heridos de los dos bandos de la guerra.

La mayoría de la documentación correspondía a los títulos nobiliarios de la familia, al condado de Bantry desde el mil ochocientos hasta la época de su abuelo. Había algunas fotos en blanco y negro, posados de la época de sus antepasados, incluso había un par que correspondían a Lady Arethusa y su marido, Edward Leigh-White el día de su boda y otra junto a dos jovencitas que resultaron ser sus hijas. Lo más sorprendente de todo y lo que le provocó una enorme impresión fue ver el parecido que tenía la menor de las dos hermanas con su propia hija; si Maddy hubiese llegado a esa edad, posiblemente habría sido su vivo retrato.

Hizo a un lado los dolorosos recuerdos, el futuro que nunca podría ser y continuó buceando entre los registros hasta que dio con ello; un obituario de la señora Mary Hawker McCarthy.

Solo era un recorte de periódico gastado por el tiempo, pero su nombre, impreso en negrilla destacaba por encima de todo lo demás. Un inesperado escalofrío lo recorrió, el corazón empezó a latirle con más fuerza y sintió tal sobrecogimiento que no pudo ni explicarlo.

Mary Hawker McCarthy

Amada esposa, querida prima e inestimable amiga, a la que Dios acogió en su seno la noche del 24 de diciembre de 1925, a los

veinticinco años de edad.

Que Dios la tenga en su gloria.

Bantry, 25 de Diciembre de 1925

Miró la cuartilla con una extraña fijeza, incapaz de sacarse de encima el inesperado frío que lo había envuelto. La releyó una y otra vez como si de esa forma pudiese sacar algún dato más, como si ese amarillento papel pudiese decirle alguna cosa más.

Veinticinco años, apenas había empezado a vivir, no era más que una niña cuando se terminó su camino.

—Veinticinco de diciembre —leyó de nuevo la fecha. Nochebuena. ¿Cuán cruel era precisamente esa fecha? ¿Qué recuerdo podía quedar a la familia que dejaba atrás?

Hizo a un lado la nota y siguió buscando entre la documentación algo más, una partida de defunción, algo que explicase qué había originado la muerte. ¿Qué había sido de su marido? ¿Había estado a su lado cuando dejó este mundo? ¿La habría acompañado en sus últimas horas?

Poco a poco la documentación fue arrojando luz a los sucesos, más fechas se sumaron a la primera, defunciones en distintas épocas, de sus antepasados, incluso encontró el acta de matrimonio de su bisabuela, Cloadagh Leigh-White. Pero no encontró ni una sola pista que indicase la causa de la muerte de la joven Mary, si había sido por causas naturales o por una enfermedad.

—El veinticinco —murmuró empezando a hacer cábalas, a echar cuentas—. Eso fueron dos años antes de que Bantry House dejase de utilizarse como hospital.

Sacudió la cabeza, miró el reloj y se sorprendió de que llevase ya cuatro

horas sumergido en aquella investigación. Empezó a recoger, seleccionando algunas páginas y pasando a fotografiarlas para tener una prueba gráfica. No estaba seguro de si sería buena idea enseñárselo a Mary, pero quizá fuese la única forma, quizá una fecha o un evento en particular le diese la pista que necesitaba.

En su prisa por devolver las cosas a su sitio tiró algunos papeles al suelo, se inclinó para recogerlos y, de entre unas páginas sueltas asomó una fotografía que no había visto anteriormente.

—Mary...

Llevaba el mismo vestido y el mismo tocado, su pelo, sin embargo estaba peinado de otra manera, recogido debajo de un largo velo que enmarcaba unos frágiles hombros. En la foto salía sentada de lado, mirando a la cámara, con un enorme ramo de flores sobre el regazo. De pie a su lado, vestido de frac, la acompañaba un hombre cuya diferencia de edad lo situaría alrededor de los cuarenta. Su rostro era serio, pero bien parecido y por la posición que ocupaba en la instantánea, parecía querer protegerla con su cuerpo.

Acababa de encontrar la foto de bodas del fantasma que habitaba la mansión sobre la colina de la bahía.

Le dio la vuelta a la instantánea y leyó en una pulcra letra escrita a mano los nombres de los dos contrayentes y la fecha.

—19 de diciembre, año 1923 —leyó y trató de recordar las lecciones de historia—. La guerra civil irlandesa terminó el 24 de mayo de ese mismo año... Se casaron al finalizar la guerra.

Apenas dos años de matrimonio, pensó girando de nuevo la fotografía para ver la imagen. Era una instantánea típica de la época en sepia y gastada por el paso de los años. El retrato de un matrimonio de los años veinte.

No pudo evitar preguntarse cómo habría sido su vida, si se habría

sentido amada, si la habría tratado bien. Algo que solo podía reconocer como celos empezó a tirar de los consabidos «y si», pero entonces también estaba aquella esquila, el afecto que tanto su marido como su prima le profesaban. Tenía que pensar que el matrimonio de Mary no había sido como el suyo, que ella había sido querida, después de todo, ¿no era cariño lo que escuchaba en su voz cuando hablaba de su marido? ¿Nostalgia incluso?

—En qué demonios estoy pensando.

Aquella línea de pensamiento no era propia de él, con seguridad no la había sido en los últimos seis años. Si bien había salido con mujeres y había tenido aventuras de una noche, no había vuelto a pensar en ninguna como lo había hecho con su esposa, como lo hizo los primeros años cuando todo parecía ir bien. El amor se había convertido en algo secundario en su vida, lo había relegado a lo más profundo de sí mismo y se concentró en el trabajo y en dar rienda suelta al deseo cuando este le picaba. No quería ese tipo de complicaciones otra vez, nada bueno salían de ellas.

—Es el aire de Cork —decidió con un chasquido mientras recogía las cosas para devolverlas a su lugar. Era mejor pensar en eso que en que hubiese empezado a importarle un bendito fantasma.

Le tomó una instantánea a la fotografía de bodas antes de unirla al resto de la documentación y llevarla al departamento correspondiente. Por hoy, ya había tenido suficiente investigación.

CAPÍTULO 17

Bajarse del coche y encontrarte con un hombre y dos mujeres intentando meter un enorme abeto por la puerta principal no era algo que se viese todos los días. Mary permanecía a un lado, con las manos en las caderas y, absurdo entre todo aquel asunto, parecía estar dando órdenes, indicándoles la mejor manera de introducir esa monstruosidad por la puerta.

No sabía que le resultaba más cómico, si el que los tres fuesen ajenos a sus órdenes o que ella estuviese poniendo tanto énfasis en darlas.

—Ah, Braiden, llegas justo a tiempo, hombre —lo llamó Elías, haciéndole señas con una mano—. Échame una mano con esto o estas dos mujeres terminarán adornándome a mí en vez de al árbol.

—¿Qué me he perdido? —preguntó mirando al hombre, aunque su pregunta iba dirigida a Mary, quién no dudó en reunirse con él.

—¿Quieres decirles que el árbol debería meterse por la parte de atrás? Siempre se coloca en la biblioteca y, desde luego, es más sencillo abrir las puertas francesas e introducirlo por ellas, que intentar hacerle un corte de pelo al meterlo por la puerta —puntualizó cada palabra con un gesto, visiblemente exasperada.

—Esperaba que se les hubiese ocurrido a ellos solos —respondió en apenas un susurro al tiempo que caminaba hacia los tres leñadores en prácticas—. ¿De dónde habéis sacado esta monstruosidad? ¿No había nada más grande?

—Es una tradición —añadió su prima entre jadeos—. Aunque, creo que

esta vez se han pasado un poquito con el tamaño del árbol.

—¿Solo un poquito, Caitriona? —se quejó su marido, quién llevaba casi todo el peso del abeto—. ¿Te importa, primo?

Le echó una mano al momento.

—¿No sería más sencillo meterlo por las puertas francesas de la biblioteca? —dejó caer como quién no quiere la cosa.

—El árbol siempre se pone en la entrada —comentó Cait con un fuerte chasquido de la lengua—. Es tradición.

—No, no la es —se adelantó Mary visiblemente ultrajada—. Siempre, cada Navidad desde que llegué a Bantry House, el abeto se ha colocado en la biblioteca. Las niñas y yo lo adornábamos cada año, Arethusa se sentaba al piano e interpretaba unos villancicos y todas cantábamos...

La vehemencia en su voz le dijo sin necesidad de palabras que aquel era otro de sus recuerdos reprimidos, posiblemente de alguna de las últimas navidades que pasó en la mansión.

—Este año podríamos colocarlo en la biblioteca, desde luego, sería mucho más fácil de introducir esta cosa que por la puerta principal.

—Cualquier cosa con tal de dejar esto de una vez en el suelo —resopló Elías.

—¿Mamá? —preguntó Cait, posiblemente pidiendo apoyo.

—Este árbol es tan grande que sin duda luciría mucho más en la biblioteca —aseguró y levantó una mano, señalando hacia la derecha—. A la biblioteca con él.

—Gracias a Dios.

—Al fin una mujer inteligente en esta familia.

—Pesa una tonelada —comentó, comprobando finalmente el esfuerzo que llevaba cargar con ese peso—. ¿No sabéis lo que son los árboles de plástico? No pesan y, sobre todo, sirven de un año para el otro.

—No meterás un árbol de plástico en mi casa, es un insulto a estas fiestas —lo apuntó Mary con un dedo.

¿Su casa? Le entraron ganas de reír. Su pequeña fantasma estaba en un modo guerrillero y todo por un jodido abeto.

—Este árbol se irá para una reserva tan pronto pasen las fiestas, no se ha talado precisamente por eso —replicó su tía quién también jadeaba audiblemente por el esfuerzo de transportarlo—. Es una tradición.

—Una que yo no recuerdo. —Y era verdad. Posiblemente porque nunca se había fijado demasiado en ello ya que, cuando venía, el árbol ya estaba en su lugar y adornado.

—Cait, adelántate y abre las puertas, lo dejaremos en el mismo centro de la habitación si hace falta —gruñó Elías cargando ahora con mayor peso—. Me niego a moverlo un centímetro más.

—Debe ponerse al lado de la chimenea, es el lugar que ha ocupado siempre —añadió al mismo tiempo Mary, quién caminaba a su lado—. Por favor.

—¿Me estás suplicando?

—Primo, en este momento me pondría de rodillas si con eso me liberase de una vez de este peso.

Miró de reojo al marido de su prima e hizo una mueca, la respuesta no iba para él.

—¿Qué tal el viaje hasta Cork? ¿Has encontrado lo que fuiste a buscar? —le preguntó su tía, girando la punta del abeto para enfilarlo en el ángulo adecuado—. Cuando no viniste a comer, pensé que no volverías hasta la noche, al menos.

—¿Hallaste algo en esos documentos antiguos? —La pregunta de Sorcha hizo que Mary se interesase al momento. Por más que lo intentaba, no podía disimular la ansiedad que la corroía.

Asintió en su dirección mientras respondía en voz alta.

—Más de lo que esperaba y que espero que sea suficiente.

—Pensé que el de la investigación era Richard, ¿qué se te ha perdido a ti con la historia de nuestra familia?

—Estoy intentando localizar a alguien que vivió aquí en los años veinte.

—¿Durante la Guerra Civil? —preguntó Elías con palpable curiosidad—. La casa estuvo ocupada como hospital durante unos cuantos años, por aquella época.

Enarcó una ceja ante la información de la que disponía su primo político.

—Veo que estás enterado.

Él asintió.

—Mi bisabuelo terminó aquí cuando el hospital del pueblo ardió en un incendio —gruñó al tiempo que levantaba el tronco para poder llevarlo con mayor facilidad—. Luchó en la guerra civil, en el bando de los perdedores, me temo.

Y aquello era algo que no esperaba escuchar de boca de su pariente.

—En la guerra nunca hay bandos perdedores, porque tampoco los hay ganadores —añadió Mary, mirando al hombre a pesar de que él no se daba cuenta de su presencia—. Solo hay muerte, ideales que no hacen otra cosa que traer enfermos a las camas de hospitales, algunos de los cuales jamás se recuperan.

—Sí, ¿no es el mismo que se casó con una pariente lejana de nuestra familia, Elías? —Preguntó ahora Cait, quien ya había abierto las puertas de la biblioteca y bajaba los escalones para ayudarles a subir el árbol—. ¿Cómo se llamaba?

—Fue su primera esposa, mi familia descende de su segunda mujer, Eleanor —declaró subiendo las escaleras—. El abuelo siempre nos contó la

historia de que su padre era un hombre muy apuesto y que se ganó el favor de su enfermera. Cayó prendado de una belleza de cabellos dorados y se casó con ella nada más acabar la guerra.

Casi pierde el paso, tropezando con las escaleras al escuchar su relato. No podía ser. Se giró de inmediato hacia Mary quién se había quedado quieta a los pies de la escalera, mirando fijamente al hombre sin mover ni siquiera las pestañas.

—Su matrimonio, sin embargo, fue fugaz —continuó ajeno a la tensión que estaban provocando sus palabras—. Ella murió en plenas navidades, apenas dos años después de contraer nupcias. Mi abuelo dice que su padre siempre recordaba a su primera esposa, la que fue su primer amor, con lágrimas en los ojos.

—¿Y dices que se casó otra vez?

—Si no lo hubiese hecho yo no estaría aquí —se rió, pero asintió—. Se casó un año después con una chica inglesa y de ahí surgió mi familia.

Metieron el abeto en el interior de la biblioteca y soltaron un suspiro colectivo.

—Debimos hacer esto desde el primer momento —declaró Sorcha secándose la frente.

—El año que viene, recuérdalo —añadió su yerno y se volvió a su mujer, para abrazarla y darle un beso en los labios.

Braiden se limitó a alejarse y volver a salir de la habitación pero Mary se había esfumado.

—Mierda —masculló para sí.

Si bien él tenía una parte de la historia, la joven fantasma acababa de escuchar otra, una que, posiblemente, jamás habría llegado a descubrir.

Volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en la biblioteca dónde las mujeres empezaban ya a hablar sobre decoraciones navideñas y demás

parafernalia típica de esa época.

—¿Qué tal se te da adornar el árbol, Braiden? —preguntó su prima nada más traspasar la puerta.

Enarcó una ceja ante la inesperada pregunta y levantó las manos al momento para negar con la cabeza.

—Ah, no. Ni hablar. Yo soy el que carga con el árbol, al igual que aquí, mi amigo Elías —rodeó a su primo por los hombros—. No decoro árboles.

Su tía puso los ojos en blanco.

—Tu abuelo lo hace cada año y, dado que no está y eres el único Shelswell-White presente ahora mismo en Bantry House, te toca hacer los honores —le informó con su aplomo de siempre—. Encontrarás las cajas con los adornos de Navidad en el desván.

—Tienes que estar de broma.

Su primo le palmeó la espalda y Cait le dedicó un guiño.

—Ánimo, Braiden, tú puedes.

Miró el árbol y luego a su familia. Casi esperaba que le dijeren que se trataba de una broma, pero su tía Sorcha no era muy dada a ese tipo de chascarrillos.

—Estoy segura de que recordarás cómo solíais decorarlo tus hermanos y tú, junto con tu padre cuando erais niños —le dijo su tía, su voz suavizándose al hablar de su hermano—. Incluso antes de que te fueses a los Estados Unidos habías decorado el árbol con Maddy.

La mención del nombre de su hija cayó como una losa de silencio entre los presentes. Apenas se dio cuenta cuando su prima le cogió la mano, apretándosela y lo miró a los ojos.

—Nosotros también la echamos de menos, Brai —pronunció el diminutivo de su nombre, como cuando eran niños—. Pero ya es hora de que dejes que el pasado descanse. La vida te ha dado otra oportunidad.

Se soltó de su mano con cuidado, incómodo con el contacto y optó por utilizar el árbol como excusa.

—Has dicho que estaban en el desván, ¿no? —comentó con frialdad—. Os las bajaré, pero no adornaré el maldito árbol.

Con eso se dirigió con paso firme hacia la puerta, dispuesto a perderse en las entrañas de la casa.

—No puedes pasarte la vida huyendo, sobrino —añadió su tía cuando cruzaba el umbral—. A Maddy no le gustaría ver a su padre derrotado.

Apretó los dientes y continuó andado, no podía responder a eso, ni siquiera podía pensar en ello, ahora no.

CAPÍTULO 18

Para tratarse de un desván no había ni una sola mota de polvo, pensó Braiden mientras se movía entre los muebles. Su tía no había exagerado al decirle que este era el museo particular del viejo. Entre cajas llenas de lámparas, figuras de porcelana y otros artículos de edad dudosa, se encontraban muebles que necesitaban una buena restauración y cuadros que recordaba haber visto de niño colgando de alguna pared. Con todo, todo allí parecía incluso llevar un orden, una clasificación, todo un trabajo de catalogación y etiquetado que debía haber llevado a cabo el viejo en sus ratos libres.

Dejó a un lado aquella exposición de tienda de antigüedades y fue hacia un lado en el que había varias estanterías ancladas a la pared con cajas llenas de juguetes —suyos y de sus hermanos—, y un par más con la etiqueta «Christmas» escrita a mano.

—Supongo que son estas.

Se acercó para mirar en su interior y bajarlas de la estantería cuando escuchó un bajo murmullo a su espalda.

—Hablaba de él, ¿verdad? Hablaba de Alaister.

No pudo evitar dar un bote, el corazón empezó a tronarle en el pecho mientras se volvía para encontrársela de frente.

—Jesús, Mary, ¿es que quieres compañía ahí dónde estás? —contestó por acto reflejo. Le había dado un susto de muerte—. Sería realmente apreciable que te hicieses notar, evitaría que me diese un ataque al corazón.

Su respuesta fue llevarse las manos a las caderas, sus ojos relucían

como nunca antes los había visto, parecía enfadada, casi diría que cabreada.

—Dímelo. ¿Es verdad? El relato de su abuelo... su segunda esposa... El hombre del que hablaban, ¿era mi marido?

Levantó ambas manos.

—No podría asegurarlo al cien por cien, pero hay cosas que sin duda encajan en la historia que contó Elías —aceptó con un tono libre de emoción—. Por otro lado, encontré algo en los documentos de la Universidad que deberías ver.

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Encontraste la fecha de mi muerte?

Tenía que ser la primera persona que hablaba con tanta facilidad de algo tan macabro. Por otro lado, estaba muerta, así que, ¿qué podía importarle?

—Sí.

Se lamió los labios y asintió. Estaba firme, serena, elegante, tan hermosa como lo había estado en esa foto y, al mismo tiempo, mucho más vulnerable.

—Dímela.

Dejó escapar un profundo suspiro, echó mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó el teléfono móvil. Buscó la fotografía que había sacado del obituario y giró la pantalla de modo que pudiese verlo.

—Moriste el 24 de diciembre de 1925 —indicó, leyendo la fecha en voz alta.

Ella miró el aparato con recelo, estaba seguro de que era el primer teléfono móvil que veía. Pero aquello no la amilanó, se inclinó hacia la pantalla y jadeó al leer lo que contenía la imagen.

—También encontré tu partida de boda e incluso una foto —le informó, cambiando cada imagen hasta que salió la del matrimonio.

Solo entonces dio un paso atrás, le miró a la cara y volvió a mirar el teléfono. Se acercó muy lentamente, rodeó el aparato con los dedos y lo

levantó hasta tenerlo casi pegado a su rostro.

—Soy... soy yo... recuerdo... recuerdo cuando nos la hicieron —murmuró, su voz parecía haberse ido apagando con cada palabra—. Arethusa me regaló el velo —acarició la pantalla y dio un respingo cuando la foto cambió—. ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, es cosa del teléfono.

Miró el aparato y luego a él con visible ironía.

—¿Esto es un teléfono? ¿Me tomas el pelo? —señaló el plano aparatito y lo miró. Entonces sacudió la cabeza—. Es igual, no contestes. Es otro de esos avances tecnológicos del siglo actual.

Sonrió de soslayo.

—Algo así —contestó al tiempo que buscaba el resto de las fotografías que había sacado a los documentos—. La fecha de la boda data del diecinueve de diciembre de mil novecientos veintitrés, después de la guerra.

—Al término de la guerra.

Ambos respondieron al mismo tiempo, la mirada en el rostro femenino era ausente, como si intentase encontrar el lugar exacto al que pertenecían todas esas fechas.

—Nos casamos en Navidad —musitó para sí—, era mi época favorita.

Braiden se contuvo de mencionar que esa época había sido también la que la había arrancado del lado de los vivos.

—Ese fue el primer año que se puso el abeto, pero no se puso en la biblioteca, no, allí estaba la capilla, el hospital seguía en funcionamiento y la familia decidió reservar solo el ala contraria para sí —continuó sumida en sus recuerdos—. El salón de té rosa, allí es dónde celebramos ese año la Navidad, y el siguiente a ese, y el siguiente...

Sus palabras se ahogaron, giró como un resorte y se fijó en las cajas que había localizado, las marcadas con la palabra christmas.

—Esas son las cajas en las que se guardaban los adornos —declaró caminando hacia la estantería—. Recuerdo las viejas campanas gastadas por el paso del tiempo, las muñecas de madera que había tallado para cada una de las niñas, el ángel...

Con cada palabra empezaron a formarse imágenes en su propia mente. Conocía esos adornos a los que hacía referencia, eran los favoritos del viejo, decía que llevaban en esa casa mucho más tiempo que él. Y el ángel...

—El ángel tiene...

—...una mano rota —terminó ella por él y, cuando la miró a los ojos la vio sonreír. Por primera vez, esa sonrisa que le curvaba los labios e iluminaba su rostro era real—. Me temo que fui yo la que se la rompí.

—¿Cómo es posible que recuerdes tan bien algo como un simple adorno de Navidad y no seas capaz de dar con el motivo que te retiene aquí?

Bajó la mirada, contempló la caja y, sin previo aviso la extrajo de la estantería.

—Quizá ambas estén relacionadas —comentó más para sí misma que para él. Algo había cambiado en su rostro, una nueva emoción, una nueva prisa, como si buscara algo en concreto—. Es posible que siempre estuviese aquí, que fuese parte de esto... de quién fui, de mi vida... ¿Nunca has sentido que lo que buscas está justo ahí, que si estiras la mano podrás cogerlo y sin embargo eres incapaz de alcanzarlo? —preguntó girándose de nuevo hacia él—. Sé que la respuesta está aquí, al alcance de mi mano, pero no consigo alcanzarla y eso... me frustra.

Le quitó la caja de las manos.

—Conozco esa frustración —aseguró con voz firme, demasiado fría, envuelta por los recuerdos—, porque yo mismo la sentí cuando mi mundo se hizo pedazos.

Se lo quedó mirando en silencio, entonces posó la mano sobre su brazo

cuando giró con intención de dejar la caja en la puerta y volver a por la otra.

—Pero tú puedes volver a levantarte y empezar a caminar de nuevo —le dijo con suavidad—. Yo ya estoy muerta, Braiden, pero tú, tú no has empezado a vivir siquiera, no te permites vivir, ¿por qué? No lo entiendo.

Su comentario le arrancó una amarga sonrisa.

—Lo entenderías si hubieses perdido lo más importante en la vida y supieses que nada podrá devolvértelo, Mary.

Los delgados dedos se cerraron alrededor de la manga de su chaqueta.

—¿Eso es lo que te pasó a ti? ¿Perdiste a alguien?

Asintió, no se atrevió a hacer otra cosa, no con esa mirada verde fija en la suya, mostrándole una pena y compasión que no deseaba de nadie.

—Lamento que hayas tenido que enfrentarte a una pérdida como esa, Braiden Shelswell —aceptó con una absoluta franqueza—, pero no puedo lamentar que esta te haya traído de nuevo hasta mí.

Y esa era la horrible verdad, ¿no es así?, pensó Braiden, esa era la verdad a la que evitaba enfrentarse con todas sus fuerzas. No se había marchado de Bantry House, no había abandonado Irlanda solo por Maddy, lo había hecho porque de quedarse, habría terminado ayudando a gente como Mary, antes o después alguno se habría colado en su interior y lo habría obligado a sacar la cabeza del culo y vivir. En los Estados Unidos solo tenía que preocuparse de trabajar, de sacar adelante su cocina y, muy esporádicamente, de que su hermano pequeño no se metiese en líos. Pero la realidad era que incluso John, el cual tenía ya veintinueve años, podía arreglárselas solo, no le necesitaba.

—No entiendo el motivo que hay detrás de todo esto, no sé por qué tu presencia me permite tocar el mundo en el que una vez moré, por qué haces que sienta cosas que llevan casi un siglo enterradas bajo el paso del tiempo, pero lo que sí sé, es que tú eres el único que puede hacer que se rompan las

cadenas que me mantienen atada a estas paredes, a este lugar. De algún modo que no puedo llegar a entender, me has devuelto esa luz que necesito para seguir adelante, Braiden, para enfrentarme a mi propio pasado.

—Tienes una confianza en mí de la que yo carezco, Mary McCarthy.

Una vez más esos labios se curvaron en una perezosa y coqueta sonrisa, una que resultaba tan invitante que era incapaz de mirarla.

—En ese caso es buena cosa que tenga suficiente confianza para los dos.

Ella lo besó, sintió ese suave roce, el tacto de terciopelo, el aroma a lilas y una dulzura a tarta de manzana que podía asociar a esa extraña mujer y solo a ella. Y, tan pronto como sus labios se rozaron volvieron a separarse.

—Vamos, te ayudaré a decorar el árbol conforme dicta la tradición.

Le quitó la caja de las manos y le dio la espalda, alejándose con un andar que, a sus ojos, se parecía más al de una persona viva que al de un fantasma.

CAPÍTULO 19

—La nieve no deja de caer.

Braiden se giró hacia la ventana junto a la que estaba Mary, la luz del fuego de la chimenea bailaba sobre su figura provocando un extraño caleidoscopio que la hacía incluso irreal. De perfil, con el pelo ondulándose sobre sus hombros, inmóvil, con las manos unidas sujetando un adorno navideño, parecía una antigua postal.

—La ola de frío que anunciaron para esta zona del país está cumpliendo todas las expectativas, tendremos unas Navidades de lo más blancas.

Ladeó la cabeza lo justo para mirarle, pero no sonrió, en realidad ni siquiera le miraba a él sino el abeto que se encontraba a su espalda, a medio vestir.

—¿Qué es lo que ves, Mary?

Las palabras brotaron de su boca por sí solas, como si aquello fuese exactamente lo que tenía que decir.

Ella ladeó la cabeza, cerró brevemente los ojos, sin bajar del todo sus párpados y negó.

—El árbol todavía no está vestido por completo... y él volverá esta noche... me lo prometió.

Su voz se hizo lejana, apenas un susurro que tuvo que esforzarse en escuchar.

—¿Quién te prometió que volvería?

Su mirada se posó entonces sobre él, parecía sorprendida, extrañada.

—¿Qué?

Miró de nuevo el árbol a sus espaldas y se giró de nuevo a ella.

—¿Quién no volvió esas Navidades? ¿A quién te quedaste esperando?

Los ojos verdes empezaron a abrirse más y más, los rosados labios se separaron y empezó a balbucear.

—Yo no... él... él va a volver, lo prometió... y siempre cumplía sus promesas.

Dejó los adornos que todavía tenía en la mano a un lado y caminó hacia ella.

—¿Qué ocurrió esas últimas navidades? —preguntó, le cogió las manos entre las suyas y la miró a los ojos—. ¿Qué ocurrió en las navidades de mil novecientos veintitrés?

Ella se lamió los labios, nerviosa, incómoda, como si quisiese huir. Tiró de sus manos pero no le permitió alejarse, se las apretó e hizo que lo mirase.

—¿Qué ocurrió, señora McCarthy?

Se mordió el labio inferior, vagó con la mirada posándola en cualquier lado excepto sobre él, entonces se quedó rígida, mirando algún punto en concreto por detrás de él.

—El piano.

Se giró para seguir la dirección de su mirada. Allí estaba el piano de cola de la biblioteca, un instrumento que siempre recordaba en el mismo lugar, tan antiguo como esa misma casa.

—¿Solías dar clases de piano sentada en esa banqueta? ¿Les enseñabas a tus pupilas cómo interpretar una partitura? ¿Las acompañabas cantando sus melodías?

Los ojos verdes volvieron a detenerse sobre su rostro, se lamió los labios y asintió. Sus manos, hasta ahora frías, yermas, temblaron entre las suyas un segundo antes de sentir como las apretaba.

—¿Qué melodía sonaba esa noche? ¿La recuerdas?

Asintió una vez más, cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos en ellos había lágrimas.

—¿Podrías tocarla para mí?

La petición, hecha en un tembloroso tono de voz lo sobrecogió. Miró el piano y sintió que su propia alma se partía de nuevo. No había vuelto a acariciar aquel instrumento desde hacía casi seis años, no se acercó a él desde el día en que interpretó la última pieza para su hija.

Los dedos femeninos se aferraron incluso con más fuerza a los suyos.

—La escucho en mi mente, conozco la letra, sé cómo suena... sé que está ahí, detrás de esa maldita cortina de oscuridad, esperándome... — murmuró ella con visible desesperación—. Por favor. Déjame descorrerla, déjame ver que hay detrás, qué es lo que me retiene aquí.

Se dejó conducir, permitió que lo arrastrase hasta aquella banqueta, levantó la tapa que cubría las lisas teclas y ocupó su lugar tras el piano. Sintió como ella se sentaba a su lado, su cadera rozando la suya, su pierna notando las cuentas del vestido y ese aroma a lilas que solo le pertenecía a ella envolviéndolos a ambos.

—¿Qué deseas oír, Mary?

Los delgados dedos cayeron entonces sobre las teclas blancas, alternándose con las negras, en el comienzo de la única melodía que no podía interpretar.

—Tócala para mí, Braiden —suplicó volviéndose hacia él, posando su mano sobre las de él—. Solo una vez. Solo esta vez.

Sus manos vacilaron un momento sobre la larga fila de teclas, estaba temblando, tan asustado como angustiado, pero eso no impidió que las primeras notas empezasen a surgir por si solas. Vacilante al principio, deteniéndose solo para volver a intentarlo una segunda vez dio rienda suelta a

esa melodía que llevaba impresa en el corazón.

Como una herida que se reabre y sangra vio de nuevo ante él el dulce rostro de Maddy. Podía conjurarla como antaño, subida en una banqueta, apoyando sus bracitos sobre la cola del piano mientras él interpretaba aquel villancico; uno de sus favoritos.

«Tócala otra vez, papá».

El recuerdo volvió con tanta intensidad que parecía estar torturándole, pero era incapaz de dejar de tocar, como si el hacerlo trajese al momento su desaparición.

—Esa es la melodía que escucho... —murmuró Mary al tiempo que abandonaba su lugar en el asiento y rodeaba el piano, acariciándolo con languidez, posando la mano sobre la lacada superficie mientras cerraba los ojos intentando precisar el lugar exacto del que emergía—. La que sonaba aquellas Navidades...

El murmullo emergió de su garganta, un ligero tarareo que pronto se adoptó al tempo del piano convirtiéndose en una delicada y dulce tonada.

Larara... lara lara ra... larara larala la ra rarara

Lara lararara...

El suave tarareo trajo consigo las palabras, sus cuerdas vocales daban vida al recuerdo que habitaba en su interior, cada nota era un fiel reflejo de su alma y cantaba con la misma intensa desesperación que él tocaba. En un solo instante se unieron en un solo movimiento, voz y melodía, como si la voz femenina lo arrastrase a él también, hermanándoles en un dolor al que solo juntos parecían capaces de sobrevivir.

Hark! How the bells,

*sweet silver bells
All seem to say,
throw cares away
Christmas its here,
bringing good cheer
To Young and Old,
meet to the bold*

Abrió los ojos y se encontraron en un momento de silenciosa comunión. Los recuerdos se habrían paso al mismo tiempo y Braiden los recibió con el corazón encogido pero dispuesto a tolerar el dolor.

Sus dedos volaban al piano, su alma se reflejaba en los movimientos que iban *in crescendo*. Era como si vertiese toda su frustración a través de la melodía, buscando dar salida a la rabia, a lo que llevaba dentro. Cada nuevo acorde era marcado con mayor precisión, vertiéndose de sus dedos, dejando que su cuerpo hablase por sí solo, que gritase a través de la sinfonía el dolor y la rabia, la incapacidad de evitarlos y la fragilidad de su alma a la que había sido expuesta su alma. La voz de Mary se elevaba y subía, notas precisas, delicadas, tan llenas anhelo y de dolor que en muchas maneras equivalían a los suyos.

*Ding dong ding dong
Ding dong ding dong*

*That is their song
With joyful ring
All caroling.
One seems to hear*

*Words of good cheer
From everywhere
Filling the air.*

Las lágrimas deslizándose por sus mejillas hizo que sus manos se moviesen incluso con mayor desesperación, porque esas también eran suyas, aquellas que no había vuelto a derramar. Equiparó al piano su voz, cada giro acompañaba sus notas y ambos parecían aislados del mundo, sumidos en sus propios infiernos, sobreviviendo a través de los recuerdos... Descargó en el instrumento todo lo que no podía decir con palabras, lo que no se atrevía a gritar con su voz hasta quedarse tan vacío que las lágrimas, sus lágrimas, empezaron a mojar las teclas...

Pero ni siquiera eso detuvo la tempestad que se había desatado en el interior de los dos.

*Oh how they pound,
Raising the sound,
O'er hill and dale,
Telling their tale.*

La canción se hacía cada vez más intensa, como si sus emociones se vertiesen a través de las herramientas de la música y la voz. Ella sacudió la cabeza y sus propias lágrimas parecieron volar como pequeños diamantes para extinguirse en la nada. Su garganta acusaba la tensión pero no dejaba de cantar cada vez más alto, de manera mágica y desgarradora, vertiendo en aquella melódica canción la pena y la alegría que guardaba en su alma.

Gaily they ring

*While people sing
Songs of good cheer,
Christmas is here.
Merry, Merry, Merry, Merry Christmas,
Merry, Merry, Merry, Merry Christmas.*

Abandonó su lugar a la cola del piano y se deslizó una vez más a su lado en la banqueta, sus pequeñas manos volaron al piano y se sincronizaron al instante, tocando a dos manos, sin que perdiese el ritmo ni una sola vez.

*On on they send,
On without end,
Their joyful tone
To every home.
Ding dong ding dong
Ding dong ding dong*

Mary siguió cantando, tarareando y dotando aquella esperanzadora melodía de una nueva tonada que empezó a diluir el hielo en su interior, liberando su mente de los recuerdos, del peso del tiempo, del dolor de la pérdida y dándole a su voz una esperanza que lo tocó en lo más profundo.

*Lara la lara larara lara lararara ra
Lara lalara rara ra*

*Hark how the bells,
Sweet silver bells,
All seem to say,*

*Throw cares away
We... will throw cares away
Christmas is here,
Bringing good cheer,
To young and old,*

Llegaron al final de la melodía y repitieron con mayor rapidez y urgencia la estrofa final, sus manos se complementaron con las de ella, su voz vibró en la solitaria biblioteca en un desesperado vals que los llevó al límite, a romperse a través de aquella silenciosa tortura que ya no podían seguir conteniendo y que los llevó a rendirse al ritmo de un acorde final.

El restallar de las últimas notas acompañó a sus agitadas respiraciones, nadie dijo nada durante unos instantes que parecieron eternos. La suave y delicada mano se encontró con la suya por encima de las teclas, sus dedos se enlazaron y las palabras surgieron por sí solas.

—La perdí, Mary, era mi hija, lo que más he amado en mi vida y la perdí.

Esos delicados brazos, el cuerpo menudo que jamás debía haber sentido, lo consolaron, sus suaves manos atrajeron su cabeza hacia su pecho y lo mantuvo abrazado mientras cedía al llanto del que se había privado demasiados años.

Lloró como un niño, como un hombre despojado de todo, se aferró a ella con tal desesperación que temía soltarla y perderse en aquel agónico mar de tormento. Pero Mary se convirtió en su mástil, capeó el temporal a su lado y le ofreció el consuelo que no había sabido que necesitaba hasta ese momento. No habló, no hizo falta, era suficiente con que permaneciesen así, uno al lado del otro.

CAPÍTULO 20

—Me había convencido de que nunca volvería a escuchar esa melodía, que nunca podría acompañarla como entonces...

Braiden ladeó la mirada para fijarse en ella. Mary seguía sentada en la banqueta a su lado con las manos en el regazo, tan recatada y serena que no parecía que se hubiese desatado el mismísimo infierno en esa habitación hacía poco más de un cuarto de hora.

Bajó la mirada sobre las teclas blancas y negras, deslizó el dedo sobre una sin llegar a presionarla.

—El mismo convencimiento que guardaba yo sobre este piano y cualquier melodía que pudiese arrancar de él —murmuró y se sintió aliviado al ver que no le temblaba la voz—. *Caroll of the bells* era el villancico favorito de Maddy. Adoraba las Navidades, eran su época favorita del año.

Decirlo en voz alta parecía lo correcto, en aquel momento y en aquel lugar parecía simplemente adecuado dejar que el pasado saliese de su escondite.

—También la mía —murmuró con voz queda, entonces levantó la cabeza y se giró hacia él—. ¿Cómo era?

La pregunta surgió entre ellos con naturalidad, nada forzada y se encontró respondiendo con más facilidad de la que hubiese creído posible.

—Hermosa, dulce, la niña más cariñosa del mundo —enumeró, pero fue incapaz de apartar la tristeza que le provocaba su ausencia—. Sólo tenía cinco años cuando... —Tuvo que hacer un alto para encontrar las palabras y

dejarlas salir—. Cuando ocurrió el accidente. Le arrebataron su futuro, su vida...

Volvió a sentir el tacto de su mano, un contacto que no era frío, aunque tampoco caliente, pero era real, era presente, como lo era su presencia a su lado.

—Lo siento muchísimo, Braiden.

Vagó desde sus manos entrelazadas a su rostro y sacudió la cabeza.

—Sentirlo no me la devolverá —respondió, pero era más un recordatorio para sí mismo que para ella—. Y tampoco lo hará el que la eche terriblemente de menos. ¿Pero cómo no hacerlo, Mary? ¿Cómo olvidarme de lo que más he querido en toda mi vida? Ni siquiera pude decirle que la quería, no pude despedirme, estar a su lado mientras pasaba todo, decirle que todo iría bien...

Tuvo que obligarse a hacer un alto, controlar su voz, pero al menos ahora todo parecía un poco más soportable.

—No sé si está bien allí dónde está, si tendrá miedo, si estará sola...

—Está bien —respondió tras unos momentos de silencio y, parecía tan convencida de ello, que le hizo hasta creer que era posible—. No sé explicarlo, pero siempre he sabido que mi familia está bien aún si yo no estoy con ellos. Sé que mis padres me esperan desde que partieron, que mi prima, incluso mis niñas me estarán esperando... Que Alaister, de algún modo, también lo estará y que esperarán el tiempo que haga falta.

La miró y ella le devolvió la mirada.

—Confía en que Maddy está bien, en que te quiere y que será la primera en recibirte cuando llegue el momento de reunirte con ella —lo tranquilizó con ese tono sereno—. Ella sabe que la quieres, siempre lo ha sabido. Incluso ahora, atesorará tu amor.

La contempló durante unos momentos y sacudió la cabeza sin saber qué

decir, cómo responder a su aliento.

—¿Cómo lo haces?

Le dedicó esa típica mirada suya, la que le decía que no sabía de qué le hablaba pero que sería mejor que no fuese un insulto.

—¿El qué?

Sonrió, no pudo evitarlo. Estaba hecho polvo, se había quedado sin energía, pero al mismo tiempo sentía su alma un poco más libre de lo que lo había estado en años.

—Tener esperanza después de tanto tiempo.

Asintió como si esa pregunta se la hubiese hecho a sí misma con anterioridad.

—Si no tuviese esperanza, nunca nos habríamos encontrado esa primera vez en el jardín, si no la tuviese, no estarías ahora aquí, sentado a mi lado, hablando conmigo, concediéndome lo que deseo. Si no tuviese esperanza, nunca habría tenido la oportunidad de ver en qué clase de hombre se habría convertido ese niño.

Enarcó una ceja.

—¿Y en qué crees que se ha convertido?

Entrecerró ligeramente los ojos como si lo estuviese pensando, lo recorrió con la mirada y finalmente sonrió.

—En el hombre que prometía llegar a ser el niño —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. No te menosprecies, no menosprecies el don que posees, Braiden, es gracias a él, gracias a ti, que he encontrado lo que llevaba tanto tiempo tratando de recordar.

Su respuesta no hizo más que confirmar lo que sospechaba, lo que había buscado al presionarla, al obligarla a enfrentar el pasado.

—¿Has recordado por fin el motivo por el que permaneces aquí?

Asintió lentamente, bajó la mirada sobre el piano y acarició una tecla,

extrayendo una nota, con tan solo un dedo.

—Ese motivo siempre ha estado aquí —declaró con sinceridad—. Estación tras estación, Navidad tras Navidad, durante los últimos noventa y dos años, lo he visto pasar ante mis ojos sin darme cuenta de que no se trataba de él, sino de mí.

Frunció el ceño ante sus vagas palabras.

—¿A qué te refieres?

Dejó escapar un profundo suspiro y desenredó las manos que todavía tenían entrelazadas, se las llevó al regazo y narró.

—Me casé en las Navidades del veintitrés y lo hice enamorada —aseguró dejando que una suave sonrisa le curvase los labios—. Alaister era un buen hombre, había formado parte de la milicia del ejército del Estado Libre de Irlanda y fue herido durante una escaramuza. Pensé que moriría, lo cierto es que cuando lo atendí solo pretendía hacer que se sintiese bien, ahorrarle un poco de dolor y darle el consuelo de que estuviese alguien a su lado en sus últimos momentos. Pero era un hombre terco, lo suficiente como para combatir a la muerte. Cuando empezó a recuperarse me dijo que yo tenía la culpa de habérselo arrebatado a la muerte, que había sido verme y saber que yo era la mujer con la que estaría el resto de su vida.

Sacudió la cabeza, pero siguió con la mirada fija en el teclado.

—Me enamoré. Era un hombre bueno, atento, educado, me hacía reír y, por encima de todo, me veía como lo que era, Mary, solo Mary. Ni institutriz, ni pariente, solo yo —aseguró paladeando aquel recuerdo—. Pero no dejaba de ser un soldado y, si bien se había firmado la paz, él formaba parte de esa facción que seguía deseando liberar al pueblo.

Negó con la cabeza.

—Vivimos en Bantry House, yo no quería marcharme, no quería dejar a Arethusa sola con las dos niñas. Edward había muerto dos años antes, estaba

el hospital y Clodagh ni siquiera había hecho la mayoría de edad —explicó, poniendo voz a sus recuerdos—. Alaister estuvo de acuerdo, después de todo, el ejército seguía siendo su vocación y pasaba tanto tiempo fuera de casa que prefería que estuviese acompañada y no sola.

Se lamió los labios.

—Ese mes de diciembre del año mil novecientos veinticinco, íbamos a celebrar nuestro segundo aniversario, nuestro segundo año de casados y yo deseaba que estuviese conmigo en Navidad, lo deseaba fervientemente —aseguró, su voz ahora contenía una pizca de rabia y desesperación—. Había pasado los últimos dos meses con una afección a los pulmones, estaba segura que no era más que un catarro mal curado, que me pondría bien enseguida... le pedí que no se fuera, le supliqué... Él me convenció de que sería la última vez, que después de ese encargo, volvería a casa y no volvería a marcharse. Que a partir de entonces solo se dedicaría a hacerme feliz. Le dije que, si se iba, no se molestase en volver, que no seguiría esperándole, pero él me conocía, como me conocía a mí misma y supo que no era otra cosa que el deseo egoísta de una mujer enamorada, de una esposa preocupada. Me dijo que volvería, me prometió que, como el año anterior, bailarían conmigo bajo la nieve de Bantry.

Levantó la mirada para encontrarse con la de él.

—Esa fue la promesa que me hizo el día de nuestra boda —sonrió con calidez—. Fue nuestro baile nupcial. Un vals en el jardín italiano, la nieve embelleciéndolo todo, los suaves copos cayendo sobre nosotros mientras bailábamos celebrando el amor.

Su mirada empezó entonces a perder esa luz, entristeciéndose.

—Le esperé —respondió con suavidad—. Le esperé cuando cayeron las primeras nieves, cuando la casa se engalanó de Navidad, le esperé cuando los jardines se llenaron de flores, cuando las hojas cayeron, año tras año le

esperé... sin que él volviese a mí.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—Pero no fue él quien faltó a nuestra cita, ¿verdad? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta—. Fui yo. Salía a esperarle cada atardecer a la puerta principal, mi prima me pedía que no me expusiese a la inclemencia del tiempo, le preocupaba mi salud, pero yo quería verlo llegar, quería saber que cumpliría su promesa.

Negó con la cabeza.

—A primeros de noviembre mi salud empeoró, terminé encamada, tosiendo, tosiendo sangre... —musitó perdida en sus recuerdos—. Los días a partir de entonces se confundieron, no sabía si era de día o de noche, solo supe que se acercaba la Navidad porque vi los primeros copos de nieve a través de mi ventana y Clodagh, mi dulce Clodagh, me trajo una rama del abeto decorada a mi habitación.

Hubo un momento de silencio, como si necesitase ese interludio para dar el giro final a su historia.

—Alaister sí llegó antes de Navidad, llegó esa misma Nochebuena a primera hora de la mañana —continuó con voz monocorde—. Se quedó en todo momento a mi lado, le vi llorar, a él, un hombre tan gallardo e imponente lloraba como un niño, me rogaba que no me fuese, que no le dejase... —cerró los ojos y dejó que sus labios se movieran por sí solos—. Le dije que me llevase afuera, que me dejase ver la nieve, quería bailar con él como aquella primera vez. Creo que mi prima protestó, mis niñas lloraban, pero él me tomó en sus brazos y me llevó a fuera. Lo último que recuerdo es su voz al oído y los copos de nieve cayendo sobre mi rostro antes de que todo dejase de existir.

Tomó una profunda bocanada de aire y bajó la mirada sobre su ropa, acariciándola.

—Este fue mi vestido de bodas —sonrió con tibieza—. Le pedí a mi prima que me lo pusiese aquella misma mañana, quería estar tan guapa para él como el día de nuestra boda. Me había prometido que bailaríamos, que volvería a mí y bailaríamos esa melodía bajo la nieve... Pero no pude bailar, no pude hacerlo...

—Y por eso te quedaste.

Asintió.

—Esperaba poder bailar algún día con él bajo la nieve, en el jardín... —sacudió la cabeza una vez más—. Pero el paso del tiempo comenzó a cambiarlo todo, lo que antes era importante para ti, deja de serlo y no te das cuenta de que todo cambia a tu alrededor pero tú no avanzas.

Una realidad que incluso padecían muchos vivos, pensó Braiden.

—Él se marchó de la mansión en algún momento después de mi funeral. —Hizo una mueca—. Casi me alegro de no haber tenido que asistir a él, habría sido algo... *argg...* raro. Mi niña Clodagh voló del nido pocos meses después de hacer la mayoría de edad y cuando volvió, ya no era una niña, era una mujer casada y pronto fue madre. Pude despedirme de Arethusa, fue extraño, pero en cierto modo liberador verla partir... Los años se desdibujaron al igual que mis emociones y mis recuerdos, pronto ya nada importaba y entonces, un día ocurrió algo. De repente me sentí triste. Sentir. Esa es la palabra. Volví a sentir algo, eché de menos a mi marido, a toda la gente a la que había querido... ni siquiera sabía que era capaz de llorar en este estado...

—Fue cuando te encontré en el jardín.

Asintió y su rostro volvió a adquirir esa esperanza.

—Sí, fue tu presencia, la primera vez que fui realmente consciente de que alguien podía verme, escucharme —sonrió nostálgica—. Pero al igual que todo lo demás en mi vida, fue efímero... hasta hace poco más de un mes,

cuando regresaste por fin.

Se giró en la banqueta y le cogió ambas manos.

—Eres tú, Braiden, te he estado esperando a ti desde el principio —le aseguró con una esperanza en los ojos que no creía merecedora—. Tú eres mi sanador, el que debía oír la súplica en mi alma y ayudarme a encontrar el camino. Y lo has hecho, gracias a ti, sé cuál es. Ahora solo me queda pedirte una última cosa.

Asintió muy lentamente, las palabras se le atragantaron pero sabía que debía pronunciarlas.

—Dime que deseas de mí, Mary Hawker McCarthy.

Se lamió los labios y le miró con una intensidad que lo chamuscó en lo más profundo de su corazón.

—¿Bailarías conmigo bajo la nieve de Bantry una última vez? —murmuró—. ¿Me ayudarás a partir por fin?

Solo había una respuesta que dar, la única de la que su abuela había hablado en su diario, una que venía con un alto precio pero por ella, estaba dispuesto a pagarlo.

—Sí, Mary, haré todo lo que esté en mi mano para que esta sea tu última Navidad en Bantry House.

El rostro femenino se iluminó con una belleza sobrenatural provocada por una contagiosa sonrisa.

—Gracias, Braiden.

CAPÍTULO 21

—Y ese sí es un árbol digno de *Bantry House* —exclamó Sorcha mirando con abierta satisfacción el enorme abeto que decoraba la biblioteca con la luz de un nuevo día.

Braiden se giró desde las puertas abiertas que daban al jardín italiano, la nevada del día anterior había dejado una estampa digna de una postal navideña. El brillante sol de la mañana parecía dispuesto a perlar la nieve de pequeños cristales que contribuirían, con mayor medida, a dejarle ciego.

—Tu padre se sentiría muy orgulloso si pudiese verlo.

Mary, quién no se había separado de él desde la noche anterior, se acercó a él.

—Ya te dije que las mujeres de la casa teníamos buen ojo para la decoración.

Sacudió la cabeza y miró a su tía, quién seguía contemplando el árbol.

—Y sí, tu padre lo está —concluyó Mary en un susurro.

No hacía falta que se lo dijese dos veces, con todo lo que había pasado últimamente, estaba dispuesto a creerlo.

—Estoy seguro de que lo ha visto, Sorcha —declaró volviéndose a la mujer—. Estoy seguro.

Ella le dedicó una mirada brillante y asintió, incapaz de hablar en ese momento.

—Tu hermano Richard acaba de llamar para decirnos que llegarán esta tarde, tu abuelo es incapaz de quedarse un solo segundo más alejado de su hogar.

Hizo una mueca ante las noticias.

—Parece que Bantry no puede evitar mantener a las almas que han pasado por sus puertas prisioneras —comentó, un juego de palabras que Mary entendió a la perfección—. Tanto la de los vivos como las de los que ya no lo están.

Su tía chasqueó la lengua, pero acabó por replicar.

—Hablas como tu abuela.

El comentario lo cogió por sorpresa, se giró hacia ella y se encontró con sus ojos.

—Te pareces mucho más a mi madre de lo que te puedes imaginar —aseguró su tía—. Tienes sus mismos ojos, incluso esa expresión ausente con la que te he pillado alguna vez como la que tenía ella cuando hablaba con... bueno, con ello.

Se miraron a los ojos, pero ninguno dijo nada.

—Eres un buen hombre, Braidén, no dejes que nadie te haga creer lo contrario —insistió con unas palabras que eran lo último que esperaba escuchar de su boca—. Si tienes la posibilidad de ayudar a aquellos más desfavorecidos, aquellos a los que nadie más puede ayudar, no dudes en hacerlo. Tu abuela decía que eso le reportaba felicidad y quiero creer que así era.

Asintió y no pudo evitar mirar a Mary.

—Sin duda era una mujer sabia.

—La más sabia de todas —aseguró con cierto deje nostálgico. Entonces, con la rapidez habitual en ella, cambió de tema—. A todo esto y, a riesgo de que esté empezando a volverme loca, ¿ayer tarde escuchaste el sonido del piano procedente de esta habitación?

No pudo evitar esbozar una mueca irónica.

—No, no te estás volviendo loca, Sorcha, al menos no más que la

mayoría de los que habitamos esta casa —aseguró mirando el motivo de la pregunta—. Era el sonido del piano. Parece que las clases que mi madre me obligó a tomar de pequeño no fueron en vano. Ya sabes, es como montar en bicicleta, nunca se olvida.

—Yo nunca he montado en bici.

El comentario llegó acompañado de un ligero ceño femenino, ante eso solo pudo sonreír.

—Diría que más que recordarlo lo has resucitado —chasqueó la mujer ajena al comentario de su fantasmal inquilina—. Sería todo un regalo si decidieses deleitarnos esta próxima Nochebuena con el piano. Sé, y hablo en nombre de todos, que sería un verdadero placer escucharte tocar.

—Concentrémonos en tener el menú de Nochebuena listo para entonces y suficiente bebida como para que pueda emborracharme después —declaró sin comprometerse a nada—. Hasta entonces, supongo que deberíamos seguir y poner las luces de Navidad.

Sorcha asintió.

—Eso evitará que tu abuelo quiera hacerlo por sí mismo —le recordó oportunamente—. Encárgate de ello. Secuestra a Elías si hace falta y yo haré lo mismo con Cait para tener todo listo para su llegada.

—A sus órdenes, condesa.

Su tía puso los ojos en blanco, dio media vuelta y se marchó farfullando para sí, no le cabía duda que repasando ya todas las cosas que debía tener pendientes por hacer.

—Parece un fenómeno de la naturaleza, siempre en movimiento, dispuesta a ayudar a todo el mundo —comentó Mary con la mirada fija en el lugar por el que había salido—. Se parece a mi prima.

La miró y se encogió de hombros.

—Viene de la misma rama.

—Una que siempre ha dado árboles fuertes y capaces de enfrentarse a las más cruentas tempestades —aseguró ella convencida—. No olvides nunca que formas parte de ese árbol, Braiden.

—Créeme, querida, no me dejan ni olvidarlo.

Se rió, un sonido claro y alegre, lo suficiente para hacerle sonreír a su vez.

—Bueno, ¿qué tal se te da poner las luces fuera de la casa?

Ella parpadeó, visiblemente sorprendida.

—Es una broma, ¿no?

Ahora fue él quien sonrió abiertamente.

—Bueno, Mary, has hecho una tarta de manzana espectacular, has decorado el abeto mejor que nadie, es de esperar que se te dé bien también subirte a una escalera y poner las luces.

Ella abrió la boca, entonces volvió a cerrarla. Se cruzó de brazos y le dedicó esa mirada altanera que empezaba a gustarle tanto o más que esa mujer.

—Estoy segura de que, si pudiese subirme a una escalera con estos zapatos y este vestido, sin duda lo haría mejor que tú.

Braiden se echó a reír, las carcajadas le siguieron mientras atravesaba la mansión en busca de su primo. Sin duda, estas iban a ser unas Navidades que nadie iba a olvidar.

CAPÍTULO 22

La semana previa a Nochebuena pasó en un abrir y cerrar de ojos, era como si el tiempo se hubiese confabulado con alguien para adelantar las manecillas de los relojes y que los días se confundiesen con las noches hasta llegar a la mañana previa a Navidad. Toda la finca estaba engalanada para la ocasión, las copiosas nevadas de los últimos días habían obsequiado a todos los presentes con carreteras resbaladizas, fuentes congeladas y la suficiente nieve como para quién quisiese esquiar por los jardines. Bien, quizá esquiar fuera una exageración, pero Braiden estaba tan harto de limpiar entradas y senderos que había barajado la posibilidad de buscar su viejo trineo de niño y probarlo de nuevo.

El viejo había llegado con Richard y su familia siete días atrás, entre las mujeres de la casa se habían encargado de obligarle a descansar, lo que equivalía a alternar entre las butacas de la biblioteca al calor de la chimenea, las del salón rosa y su dormitorio. Tan solo cuando ninguna de ellas estaba a la vista, se permitía escurrirse y dar unas vueltas por la casa apoyado en el bastón. Se hacía patente que el infarto le había pasado una gran factura, había envejecido considerablemente y su vitalidad había mermado, con todo seguía siendo el mismo hombre acostumbrado a llevar la batuta de siempre y odiaba ser mangoneado por mujeres.

Su hermano John había llegado apenas la noche anterior y todavía estaba durmiendo el *jet-laj*. Antes de dejar que se retirara le obligó a jurarle y perjurarle que su restaurante estaba en perfecto estado y que estaría la mar de bien en las expertas manos de su sub jefe de cocina.

Era curioso cómo no echaba tanto de menos el trabajo como había esperado. Acostumbrado a pasar buena parte del día entre fogones y coordinando a su equipo de cocina, esta relativa tranquilidad de Bantry le había permitido incluso volver a cocinar por placer, probando sencillas recetas a las que Mary siempre parecía tener algún pero. Se le hacía incluso divertido el hecho de pelear con la marisabidilla mujer en la cocina, desafiándola a hacerlo mejor.

¿Quién iba a pensar que un fantasma sería tan buen cocinero?

Los últimos días habían sido un hervidero de preparativos, un trajín de ir y venir, esquivando a su hermano Richard y sus preguntas sobre fantasmas y jugando con sus sobrinos en la nieve para disgusto de su madre que era a quién le tocaba cambiarles la ropa.

Hacía tanto tiempo que no pasaba tiempo con la familia que se había perdido los primeros años de esos dos diablos, encontrándose ahora con dos jovencitos de nueve y diez años que eran el vivo retrato de su padre.

Mary era sin duda la que había estado más alterada esa última semana, los nervios parecían hacer mella en ella, la posibilidad de que las cosas no funcionasen y que siguiese atrapada la preocupaban casi tanto como el hecho de pelearse con él por las más absurdas tonterías.

Al menos esta mañana había decidido dejarle vía libre, pues no se había aparecido por sus alrededores desde que había salido el sol.

—Hacía tiempo que no veía la casa tan engalanada y, sobre todo, tan llena de gente.

Se giró para ver a su abuelo atravesando las puertas de la biblioteca.

—Oh, mira esto —comentó acercándose al árbol y mirándolo con ojo crítico—. Cada vez que entro aquí parece que encuentro un nuevo detalle que se me había escapado la vez anterior. Algunos de estos adornos tienen más años que yo.

—Eso dijo la tía Sorcha.

Y Mary, pensó con ironía.

—Ese ángel era el favorito de tu abuela —indicó la cima del árbol—. Nunca supimos quién le rompió la mano.

—Alguien que ya no está.

Sus palabras hicieron que se girase hacia él. Sus ojos se encontraron durante unos instantes, entonces el viejo se apoyó en el bastón y señaló los sofás frente a la chimenea.

—¿Te importaría hablarme de ella?

Enarcó una ceja ante su pregunta pero él no esperó respuesta. Tomó asiento y se acomodó. A Braiden no le quedó otra que sentarse frente a él.

—No todos los días alguien descubre que tiene un inquilino en su hotel que es incluso más viejo que él mismo —declaró y miró a ambos lados, se inclinó hacia delante y preguntó—. ¿Está aquí?

Negó lentamente con la cabeza, no sabía que más podía hacer o decir al respecto. Estaba bastante sorprendido ante esa actitud, y no es que fuese algo nuevo en Geoffry. De toda su familia siempre había sido el más... comprensivo.

—Richard me dijo que fuiste a la universidad a comprobar la documentación, ¿has tenido suerte?

Se echó hacia delante, cruzó las manos sobre las rodillas y asintió.

—Sí, lo cierto es que sí —aceptó sin saber muy bien cómo tratar ese tema—. Esto es...

—Difícil, incluso extraño, lo sé —aseguró con gesto meditativo—. Debí sentarme a hablar de ello, de lo que era tu abuela, mucho antes.

Asintió, pero tampoco podía reprocharle nada.

—No es que te hubiese dado opción, Geoffry.

Chasqueó y golpeó el suelo alfombrado con el bastón.

—¿Tan difícil te resulta llamarme abuelo?

Hizo una mueca.

—Supongo que tanto como a ti mantenerte al margen de mis cosas.

El hombre se rió por lo bajo y asintió.

—Has pasado por tanto en los últimos años que tenía miedo de entregarte el diario de tu abuela, temía que pudieses alejarte aún más de la familia si supieses de tu herencia —aceptó con un profundo suspiro—. Siempre has sido muy reservado con estas cosas...

—Mis padres creían que estaba perdiendo la chaveta.

—No es verdad, tu padre sabía...

—Mi madre me mandó a un psiquiatra con solo siete años.

—No te haces una idea de lo mucho que discutí con ella por ello —aseguró con palpable malestar—. Fue el motivo por el que os pasaseis tres veranos sin venir por aquí.

Sí, recordaba ese episodio, aunque no el motivo del mismo.

—Entonces, ¿puedo... preguntar cómo es ella?

Sonrió para sí.

—Ella es...

—Enséñale la foto.

Dio un respingo al escuchar la voz femenina a su espalda. Se giró y allí estaba, tan serena como siempre.

—Dios, Mary...

—Lo sé, lo sé, cualquier día te mando a este lado.

—¿Está aquí? —preguntó el hombre sorprendido y también, un poco emocionado.

—Te lo juro, te voy a regalar un collar con un cascabel solo para saber por dónde andas —resopló y se giró a su abuelo—. Sí, está aquí.

—Oh, vaya.

No sabía que le hacía más gracia, si la emoción de su abuelo o la sonrisa que bailaba en los labios de la chica.

—¿Puedes transmitirle un mensaje de mi parte?

La petición de la chica lo tomó por sorpresa, pero asintió.

—Dile que es un placer para mí haber conocido al hijo de mi niña, Clodagh y que le deseo una pronta recuperación.

La miró y puso los ojos en blanco.

—Geoffry...

—Es tu abuelo, Braiden, dirígete a él con respeto.

Aquello era el colmo.

—La señora Mary Hawker McCarthy quiere que te transmita que es un placer conocerte —transmitió el mensaje al tiempo que buscaba la foto de la boda de la mujer en el teléfono—. Recuerda muy bien a tu madre, pues fue su institutriz y te desea una pronta recuperación.

—Oh, por todos los diablos.

Para su eterna sorpresa, el hombre se emocionó al punto de que le brillaban los ojos por las lágrimas no derramadas.

—Créame, señora McCarthy, que el placer es todo mío —aseguró el hombre con la voz tomada—. Y deseo que mi nieto, aquí presente, pueda ayudarla a pasar este último tránsito.

Antes de que alguno de los dos pudiese decir algo más, le tendió el teléfono para que su abuelo pudiese ver la imagen.

—Ella es Mary, es el día de su boda, junto a su marido —le explicó y se giró lo justo para mirarla de soslayo—. Y se conserva exactamente igual.

El hombre se puso las gafas que traía colgadas al cuello y se quedó mirando unos momentos la copia de la fotografía.

—Es una mujer muy bella.

—Sí, sin duda lo es.

Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiese retenerlas, pero al viejo no se le escapó, ya que lo miró por encima de los lentes.

—Tu tía ha dicho algo sobre qué has vuelto a tocar.

El comentario estaba destinado a cambiar de tercio la conversación y, al mismo tiempo, hacerlo sin duda hablar. Él mejor que nadie sabía el tiempo que había pasado ante ese piano con su hija, las risas compartidas.

—Mary hizo que volviese a tocar —aceptó sin mirarla a pesar de que se había sentado a su lado—, volvió a traer el pasado y sus consecuencias.

—Tú no tuviste la culpa de ese accidente, Braiden, fue un cúmulo de acontecimientos...

—¡Ese hombre iba al volante! —Estalló incapaz de detenerse. Esa era otra de las cosas que jamás le perdonaría a Marjorie—. Él mató a mi hija...

El hombre suspiró y negó con la cabeza. Dejó el teléfono sobre la mesa que estaba entre ambos y no pudo evitar que sus ojos cayesen sobre la imagen de la chica.

—Echo de menos a mi bisnieta tanto como tú, hijo, pero regodearme en el dolor y alejarme de los míos no es la respuesta —le aseguró Geoffry—. ¿De qué te ha servido a ti mantenerte lejos de tu hermano, de tus sobrinos o de mí? Siempre he respetado tus decisiones porque eres un adulto con sentido común, pero no quiere decir que las comparta.

No hacía más que decirle lo que ya le habían dicho por activa y por pasiva todos en algún momento de su vida.

—Escúchale, Braiden. —Mary posó la mano sobre su pierna brevemente—. Necesitas a tu familia de igual modo que ellos te necesitan a ti.

—Tu abuela solía ser igual de impetuosa, se dejaba llevar por sus pasiones, por sus emociones, pero ella vivía la vida, afrontaba sus problemas y seguía adelante —continuó el viejo obviando el comentario de la mujer.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la suya.

—¿Llegaste a leer el diario completo? —Le preguntó entonces.

Asintió. Sí, había terminado leyéndolo completo y ahora entendía algunas cosas que hubiese sido mejor no saber.

—Cómo te dije, solía darme a leer las páginas después de escribirlas. Cuando la conocí, lo primero que me dijo fue que debería aceptarla tal como era y no intentar cambiarla. Me confesó que estaba un poco loca, pero esa locura siempre fue su mejor parte.

Increíble escuchar tal confesión de su abuelo.

—¿Te dijo alguna vez quien era esa persona? —No pudo evitar preguntar. En su diario estaba claro que hablaba de alguien que no era su abuelo, alguien que había sido muy importante para ella.

—Nunca dijo su nombre, sólo sé que fue importante para ella a muchos niveles —aceptó meditativo—. Fue un antes y un después en su vida. Eso es lo que decía, que liberarle y ayudarle a continuar, había sido ayudarse a sí misma. No sé cómo, pero con el tiempo comprendió que Sorcha no sería la siguiente. Entonces llegó tu padre y luego lo hicisteis tus hermanos y tú. Pensaba que el don se saltaría alguna generación, que quizá volvería más adelante o puede que ella fuese la última.

—He pensado mucho en ella estos días —aceptó y miró a Mary.

—¿En tu abuela? —le preguntó y asintió.

—Ha tenido que ser una mujer realmente fuerte para enfrentar esto sin más.

—Tenía en quién apoyarse, Braiden, siempre tuvo en quién apoyarse.

Sus palabras contenían una somera advertencia.

—¿Me estás regañando?

—Llámalo un toque de atención si te place —declaró y empezó a levantarse lentamente—. Pero recuerda y tenlo siempre presente, hijo, que cuando nos necesites nos vas a tener a todos aquí. Sin excepción. No estás

solo, Brai, nunca lo has estado.

Asintió y miró de nuevo a la mujer sentada a su lado, involuntariamente buscó su mano y ella se la entregó.

—Le prometí que bailaré esta noche con ella, abuelo —murmuró y se volvió a mirarlo—. El último antes de partir.

El hombre se apoyó en el mango del bastón y asintió.

—Lo harás muy bien, nieto, lo harás muy bien.

Dicho eso, se alejó con paso lento, apoyándose en el bastón, dejando patente una vez más que había tenido una suerte endemoniada de contar todavía con él.

—Esta noche, Mary —murmuró volviéndose hacia ella—. Ha llegado la hora de despedirse.

Ella asintió pero, en contra de lo que debería suceder, en sus ojos no encontró alegría, solo aceptación.

—¿Me regalarías ese cascabel?

La inesperada petición lo hizo reír, se cubrió el rostro con las manos y sofocó una carcajada.

—De acuerdo, señora McCarthy, ya veré de dónde saco un cascabel.

Y ahora sus labios sí contuvieron una sonrisa.

CAPÍTULO 23

Había olvidado lo que era pasar una navidad en familia, eran ya demasiados los años que las pasaba lejos de los suyos, lejos de un ambiente familiar como aquel. Durante gran parte de la noche no pudo evitar sentirse torpe, fuera de lugar, pero no había nada como sus hermanos como para que esa sensación desapareciese de un plumazo.

Sentados alrededor de la mesa compartieron anécdotas de su niñez, de su juventud, recuerdos que guardaban de otras fiestas y de aquellos que hoy ya no estaban. Fue una noche para las confidencias, para las buenas noticias y para el perdón.

—A veces uno no es capaz de ver más allá de lo que le ponen delante, eso hace que todo lo demás carezca de importancia —le dijo Richard en un momento dado de la noche—. Pero eso no siempre es así y hay que ir más allá para entender, incluso para ver, que la vida de cada individuo es suya y no puedes jugarla. Si acaso, solo aconsejar.

—¿Y tienes un consejo para mí?

Negó con la cabeza.

—No, un consejo no, una disculpa —lo sorprendió—. No sé qué habrá ocurrido el último mes y medio aquí, pero sea lo que sea, sea a quien sea, estoy agradecido por haberme devuelto a mi hermano.

Abrió la boca para contestar, no estaba cómodo con toda esa palabrería, pero la mano sobre su hombro se lo impidió.

—No, déjame terminar, después podrás achacar esto al vino o a un

momento espiritual —se rió—. Sé que hablo por cada uno de los aquí presentes cuando digo que ha sido un enorme alivio verte de nuevo frente al piano. Solo puedo imaginar lo que ha supuesto para ti volver a sentarte ahí.

—Alguien me ha recordado que hay quien ha dejado la vida atrás y solo desea poder vivirla, por lo que no es justo que los vivos la dejemos pasar sin más.

—¿Te lo dijo ella?

Deslizó la mirada por el comedor, por cada una de las personas allí reunidas y echó en falta a su propia protagonista. Mary se había esfumado a media tarde, no había vuelto a aparecerse en toda la cena y no podía evitar pensar en ella, en lo que esperaba de esa noche, en si saldría bien. Deslizó la mano sobre el bolsillo de la chaqueta del traje —el viejo siempre había tenido algo con la formalidad en las cenas—, y acarició el bulto que asomaba.

—Sí —no dudó en su respuesta. Ella existía, no era un producto de su imaginación, ni una imagen provocada por un tumor, era un espíritu atrapado al que había prometido liberar—. Es curioso como una mujer que lleva noventa y dos años muerta, puede darte toda una lección de vida.

—Eso es porque se trata de una gran mujer —comentó su hermano palmeándole el hombro—. El abuelo ha dejado caer que tienes algo importante que hacer esta medianoche y que era mejor no retenerte. Solo quería decirte que espero que ella encuentre su camino y tú el tuyo.

Asintió y correspondió fundiéndose con él en un fraternal abrazo.

—Yo ya estoy encaminado al mío, Rich, ahora, solo espero poder conducirla a ella al suyo.

—Lo harás, Brai, no me cabe la menor duda que lo harás.

Con eso, dio media vuelta y volvió a la sala dónde los comensales disfrutaban ya de unas copas al son de unos villancicos interpretados ahora por su hermano pequeño al piano. No sabía que era peor si su entonación o lo

que le estaba haciendo al pobre instrumento, pese a todo, sus sobrinos parecían divertirse gritando junto a él a pleno pulmón.

Sonrió, era imposible no hacerlo y deslizó la mirada por cada uno de los presentes hasta encontrarse con la de Geoffry. El viejo se limitó a darle su bendición con un gesto de la cabeza. Había llegado la hora, pronto sería 25 de diciembre y le debía a Mary un baile.

Dejó a su familia en silencio, atravesó la planta baja sumida en un acogedor silencio y entró en la biblioteca dónde las llamas de la chimenea creaban sombras y luces sobre los adornos del abeto. Las puertas francesas estaban abiertas de par en par dejando entrar el frío invernal en la habitación, permitiéndole apreciar los tímidos copos de nieve que volvían a caer y a la hermosa mujer que los contemplaba desde el umbral.

Con el pelo suelto rozándole la base de los hombros desnudos, y un vestido amarillo que nada tenía que ver con el eterno traje que había llevado hasta el momento, con cuerpo de corsé y falda en varias caídas, se asemejaba más a una mujer de su época que a una de los años veinte. Debió sentir su presencia pues se volvió, el ruedo del vestido arrastrándose por el suelo, mostrando una parte frontal llena de pequeños bordados y pedrería que brillaba bajo la tenue luz.

—Estás... asombrosa.

Sus labios se curvaron con esa suavidad de la que ya era consciente, ladeó la cabeza y deslizó las manos por la tela de la falda.

—Está muy pasado de moda, pero fue el traje de bodas de mi abuela —murmuró—. Fue una de las pocas cosas que me quedó de mi madre. Solía decir que era una dama extraordinaria, inteligente como un hombre y sensual como una mujer... Quería llevarlo aquella noche, lucirlo en una ocasión especial... Sin duda no hay una más especial que esta.

Se recogió ambos lados de la falda y le hizo una reverencia.

—Feliz Navidad, Braiden Shelswell-White.

Fue hacia ella, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Todavía no, Mary, pero lo será —le aseguró. Metió la mano en el bolsillo y extrajo lo que llevaba en su interior con un tintineo—. Me temo que he tenido que improvisar un poco, pero he encontrado un cascabel.

Ella se echó a reír mientras le ataba la cinta a la muñeca con un nudo y lo agitaba para que sonara.

—Al menos ahora, te oiré venir —le aseguró burlón. La cogió de la mano y se giró hacia el iluminado jardín.

—¿Bailaría una última pieza conmigo, señora Hawker McCarthy?

Sonrió, correspondió a su apretón y asintió.

—Nada me gustaría más.

Bajaron la breve escalinata de la mano, los copos de nieve los acariciaban con una suavidad inaudita, incluso el frío dejaba ya de tener importancia bajo aquella cúpula llena de magia.

—Casi puedo escucharla, el sonido del piano, como aquella vez en la biblioteca —murmuró ella acercándose a la fuente de piedra que marcaba el centro del cabezo de plantas del jardín italiano—. Puedo oír sus voces, es como si estuviesen ahí, al alcance de mi mano. Tan cerca y al mismo tiempo tan lejos...

Le retuvo la mano, el cascabel repicó al detener su avance, obligándola a girarse hacia él. Sus ojos verdes brillaban con calidez y esperanza.

—¿Es allí a dónde quieres ir, Mary?

Lo miró a los ojos y supo la respuesta incluso antes de que sus labios le diesen forma.

—Es mi lugar, Braiden, es hora de seguir adelante.

Asintió, se separó un par de pasos antes de enlazarla con el brazo libre por la cintura y atraerla hacia él.

—En ese caso... te dejaré ir.

Ahora incluso él escuchaba la música que ella mencionaba, el sonido de las campanas parecía reverberar a su alrededor acompañadas del piano. Era como si cada nuevo copo de nieve que cayese trajese impresa la melodía, la que habían interpretado en la biblioteca.

Se movieron al unísono, un mágico vals que los llevaba a dejar las huellas de sus pasos sobre la nieve. Se movieron como uno solo danzando bajo una noche fría, la luz procedente de la iluminación del jardín creaba un halo de misterio a su alrededor.

—¿Estarás bien cuando me haya ido? —La pregunta colgó sobre ellos como parte de la canción.

—Estaré bien cuando tú estés allí dónde deseas estar —respondió en un susurro, acariciándole el oído con su aliento y embebiéndose de su fragancia a lilas.

Pareció buscar la verdad de esas palabras en sus ojos pero sabía que lo único que vería sería el reflejo de sí misma en sus pupilas, una respuesta más que suficiente.

—Baila conmigo, Mary, olvida todo lo demás y haz realidad el último de tus deseos.

Ella cerró los ojos, respiró profundamente y echó la cabeza hacia atrás mientras giraban bajo la nieve. Agradeció en silencio, pero sobre todo el disfrutar de esa mujer que había venido a despertar su alma. Era un vals de ingravidez, dónde la melodía nacía del alma, de los corazones, dónde cada giro y cada paso los invitaban a otro, donde sus cuerpos dejaban el mundo terrenal y se adentraban en una comunión espiritual.

Mary notó como la música parecía hacerse más intensa, más frenética y lo sintió, después de mucho tiempo sintió en su pecho el retumbar de un corazón, el latido en sus oídos y con ello se alzaron las voces.

«Siempre fuiste como un copo de nieve danzando en el viento, mi Mary».

Se negó a abrir los ojos, tampoco es que hiciese falta, su alma ya se había liberado de sus cadenas y vagaba hacia esa voz.

«Perdóname por no haber podido cumplir nuestra promesa, por no llegar antes a tu lado y concederte este último baile».

Le sintió, fueron sus brazos la que la envolvieron, su aroma el que la acarició y, al abrir los ojos, allí estaba él, Alaister, bailando con ella, cumpliendo la última promesa que se habían hecho en vida.

«Te he añorado durante tanto tiempo, esposo mío».

La guió giro tras giro y acercó el rostro al suyo, respirando ambos el aliento del otro.

«Siempre te esperaré, mi Mary, tardes el tiempo que tardes, vivas las vidas que vivas, estaré aquí para recibirte».

La besó en la mano y le sonrió con esa calidez que siempre veía en sus ojos, el amor que una vez le había profesado su corazón y supo que eso es lo que haría.

«Despierta ahora, Mary McCarthy, vive la vida que se te arrebató, vive el sueño que has soñado, por mí, sé libre por fin».

La hizo girar y perdió el sentido del espacio, de lo que estaba arriba o estaba abajo, el tiempo ya no pasaba y, al mismo tiempo, corría a toda velocidad. Sus pies se movían solos, era incapaz de dejar de bailar, como si con cada avance y retroceso, con cada vuelta su cuerpo se calentase, su sangre volviese a correr por sus venas y él fuese la única línea de vida que la anclase, que evitase que saliese volando o se hundiese para siempre.

No me sueltes, no me dejes ir, déjame oír tu voz otra vez, despiértame. Braiden, por favor, despiértame.

Su alma gritó y suplicó, sus manos se aferraron a él y dejó que la

condujese a través de ese helado vals bajo la nieve.

Nunca había sido un buen bailarín, en realidad, no le gustaba bailar, solo lo había hecho en su boda o con su hija en brazos, pero con Mary era como si lo hubiese hecho toda la vida, como si hubiese nacido para ello, para ese momento. Esa menuda mujer se adaptaba a la perfección a sus brazos, acompasaba sus movimientos, la sentía ligera como una pluma mientras la música resonaba en su cabeza, a su alrededor y los copos de nieve brillaban como si fuesen plata.

No quería dejarla ir, por alguna inexplicable razón no quería perderla ahora que la había encontrado, sentía que no sabía todavía lo suficiente de ella, que no había tenido tiempo de ver más allá de esa cínica sonrisa, de esos sagaces ojos verdes, pero al mismo tiempo su alma entendía que debía hacerlo.

«Solo déjala escuchar tu voz, deja que tome la decisión».

La inesperada voz en su mente fue como una bofetada, abrió los ojos y se encontró con ella entre sus brazos, tan hermosa como la primera vez que la vio, tan elegante y cálida, una imagen muy alejada de la mujer en la que se había convertido después.

«Marjorie».

Le cubrió los labios con un dedo y negó con la cabeza antes de retomar la posición en sus brazos y dejar que la guiase en aquel personal e íntimo baile.

«Te quise, Braiden, te quise más que a mi vida. Fuiste importante para mí, alguien muy importante, pero nunca fuiste el final».

Quería decir algo, quería protestar, pero las palabras no le salían, no encontraba la voluntad para pronunciarlas.

«Pero ya es hora de que sigas adelante, de que nos dejes ir, a las dos. Te esperaremos, da igual el tiempo que pase, las vidas que tengamos que aguardar, nos volveremos a ver de nuevo, te lo prometo».

Quiso abrir la boca y protestar, preguntarle por su hija, decirle que a pesar de todo la había querido y las quería a las dos, que la extrañaba y que extrañaba a su niña. Pero una vez más las palabras se evaporaron de su garganta, cerró los ojos y sintió ese cambio, ese giro inesperado que ponía el mundo del revés.

«Te quiero mucho, papi».

La infantil y cantarina voz resonó en sus oídos, abrió los ojos y allí estaba, entre sus brazos, como tantas y tantas otras Navidades. Sus bracitos rodeándole el cuello, apretándole como si fuese el tesoro más importante del mundo.

«Mamá está conmigo y también la abuela. Las tres te queremos mucho. La abuela dice que no puedes venir ahora, pero que cuando lo hagas, estaremos de nuevo juntos. Te esperaremos al final del arco iris».

Sintió como caían las lágrimas por su rostro, aliviado ante sus palabras, su corazón ligero por primera vez en seis años y las palabras que se habían desvanecido brotaron por fin de su boca.

«Te quiero, mi hada de azúcar. Papá te quiere más que a nada en el mundo, recuérdalo siempre».

El rostro de querubín de su hijita se iluminó, asintió y le dedicó una enorme sonrisa.

«Lo sé. Siempre lo he sabido, papi. Yo también te quiero. Sé bueno y sonrío y tráeme algo bonito cuando vuelvas».

«Un arco iris solo para ti, vida mía».

Aquel era un juego que habían intercambiado a menudo, uno en el que se demostraban su mutuo amor. La abrazó con fuerza, saboreando esos momentos

finitos, grabándose a fuego su promesa en el alma, sabiendo que tardase el tiempo que tardase la cumpliría.

Cerró los ojos y sintió de nuevo esa ingravidez, las campanas en sus oídos, la melodía *in crescendo*, atrayéndolo a la vida que había dejado atrás.

«*Despiértala*».

El eco de la voz que había escuchado por primera vez después de ser rescatado del río volvió a sus oídos.

«*Escucha su voz, mi querido nieto, escucha su voz y deja que te despierte*».

Su voz, la voz de un fantasma, de una mujer atrapada en un limbo del que solo podía liberarla él; un sanador de almas. Agudizó el oído y escuchó el rítmico latido de un corazón, notó una suave respiración y el cálido y frágil cuerpo de mujer entre sus brazos. Abrió los ojos y la vio tan clara como un día de sol, su piel por lo general blanca con un bonito color rosado, sus labios invitantes en ese gesto que hacía cuando ladeaba la cabeza mientras permanecía con los ojos cerrados.

—Mary...

Incluso su voz sonaba extraña en sus propios oídos, empezó a ser más consciente de la nieve que caía sobre ellos, de la que se había prendido en el pelo rubio de ella, en los brazos de su chaqueta y de la música que los envolvía y se iba extinguendo poco a poco. Tiró de ella guiándola en los últimos acordes de ese navideño vals sin dejar de mirarla, acariciándole los dedos que todavía envolvían los de su mano extendida en la posición de baile, escuchando el tintineo del cascabel.

—Vuelve conmigo, Mary, vuelve a mí.

Las oscuras pestañas aletearon y esas gemas verdes se abrieron a la vida. Los rosados labios se separaron y aspiró con fuerza como si con aquella bocanada de aire sus pulmones volviesen a funcionar.

—Braiden...

—Baila conmigo, Mary Hawker, baila conmigo bajo la nieve de Bantry una vez más.

La guio sin dejar de mirarla, sabiendo sin necesidad de palabras que esto era lo que deseaba, que no le importaba el tiempo que pasase, siempre estaría allí para ella porque esa mujer, esa dulce e irritante fantasma, lo había devuelto de nuevo a la vida.

CAPÍTULO 24

—Las he visto —murmuró Braiden mientras caminaban cogidos del brazo de vuelta a la biblioteca—. A las dos. Nunca quise aceptar que la quería, que a pesar de todo lo que había hecho, todavía la quería. Parte de mi rabia para con ella era por eso, porque la amaba y no pude decírselo, nunca pude despedirme de ninguna de las dos.

Mary lo miró, se aferró a su brazo y respondió.

—Yo le vi a él, a Alaister —aceptó apoyándose en él a cada paso—. Sé que volveremos a encontrarnos de nuevo, en otro momento y en otra vida. Me esperará, como lo harán todos mis seres queridos y sabiendo eso, ya no tengo temor.

Se llevó la mano al pecho, maravillada, sorprendida e incrédula a partes iguales al sentir un firme latido bajo la palma. Era incapaz de saber el porqué estaba todavía allí, por qué no se había esfumado, por qué no había seguido adelante y, al mismo tiempo, sabía que la única respuesta vivía en él, el hombre que la había hecho ansiar de nuevo la vida.

—No quiero irme. —Se detuvo en seco, se giró para mirarle y no pudo evitar su propia ansiedad—. No, no sabría a donde ir, no sabría qué hacer, toda mi vida y mi muerte he estado aquí y tú...

Le cubrió los labios con un dedo, haciéndola callar.

—Nadie va a echarte, Mary, si alguien tiene derecho a vivir en Bantry House, eres tú. Este es tu hogar.

—¿Y tú?

Sonrió, le cogió la mano e hizo sonar el cascabel.

—Mientras tengas esto, supongo que no me dará un ataque al corazón cada vez que te me aparezcas desde algún frente. —Le cogió los dedos y se los llevó a los labios—. Así que, supongo que podría hacer algunos ajustes y quedarme aquí, contigo, durante algún tiempo.

Enarcó una ceja y lo miró con esa inteligencia suya tan presente.

—¿Cuánto es exactamente algún tiempo?

Se rio entre dientes.

—Te prometeré algo aquí y ahora, señora McCarthy.

—En realidad, ahora sería de nuevo señorita Hawker.

—Pues bien, señorita Hawker, le prometo, que mientras yo viva y usted me lo permita, dónde esté yo, también estará usted —le aseguró con diversión—. Aquí en Cork, en los Estados Unidos o a dónde el camino nos lleve, si lo deseas, estaremos juntos.

—Que no le quepa la menor duda, señor Shelswell.

Una vez más lo besó, pero esta vez estaba preparado para devolverle el beso, robarle el aliento y mantenerla por siempre en sus brazos.

—Vayas dónde vayas, iré contigo.

Lo besó una vez más, un roce fugaz y sonrió abiertamente, dedicándole la sonrisa más hermosa de todo Bantry.

—Feliz Navidad, mi sanador.

—Feliz Navidad, amor de mi alma.

Porque lo era, la mejor y más feliz de las Navidades que había tenido nunca.

—¿Braiden? ¿Quién...?

La inesperada voz hizo que ambos levantasen la mirada para encontrarse con Richard mirándole entre preocupado y especulativo y el viejo acusando una expresión de asombro que fue mudando poco a poco hasta prácticamente traer lágrimas a sus ojos.

—¿Abuelo? —Estaba a punto de ir a él, pero Mary se lo impidió, le sonrió y fue ella la que caminó hacia el hombre.

—Siempre he querido darle un beso, ¿me lo permitiría?

El anciano pareció rejuvenecer, asintió con su habitual estoicidad y dejó que la muchacha le besase en la mejilla.

—Gracias por enviarle a mí —escuchó susurrar a la muchacha.

El hombre negó con la cabeza, le cogió la mano y le dio una palmadita.

—Bienvenida a la familia, querida.

Richard se detuvo a su lado y lo miró con cara de póker.

—¿Me puedes explicar quién...?

En el mismo momento en que las palabras abandonaron los labios de su hermano se hizo la comprensión, empezó a palidecer al punto de que tuvo que ayudarlo a sentarse.

—Ni se te ocurra, viejo, suficiente he tenido ya esta temporada con un fantasma —le advirtió, entonces sonrió y le palmeó el hombro—. Te presento a Mary Hawker, una prima muy, muy, pero que muy lejana.

—Y tanto —se rió el abuelo.

—No entiendo nada y no sé si quiero entender —aseguró su hermano visiblemente sobrepasado—. ¿Ella no estaba...?

—Déjalo así, Rich, es mejor que lo dejes así.

Su abuelo fue el primero en poner orden, caminó con gesto decidido hacia su nieto mayor y lo obligó a levantarse.

—Vamos, antes de que hagas más el ridículo.

—Pero él ha dicho... ella es...

—Es una pariente y la recibiremos como tal —declaró zanjando el asunto, entonces se giró hacia ellos—. Venid al comedor cuando estéis listos.

Braiden sacudió la cabeza ante la inesperada escena que se había desarrollado. Algo le decía que esa noche iba a tener que dar muchas, pero

que muchas explicaciones.

—¿Y bien? —Se giró entonces hacia ella, atrayéndola de nuevo a sus brazos, el lugar en el que quería que estuviese siempre—. ¿Ha estado el baile a la altura de tus expectativas?

Sus ojos brillaron de alegría, acompañando su risa y, por primera vez vio la vida en ellos, en cada centímetro de su cuerpo.

—No, señor Shelswell, las ha superado todas —aseguró y posó la mano, con un tintineo, sobre su pecho—. Gracias, Braiden, gracias por... este regalo.

Negó con la cabeza.

—Nunca me des las gracias por liberarte, Mary, era mi deber —aceptó comprendiendo y aceptando su don—. Soy yo el que debería agradecerte a ti...

Ella duplicó su gesto le cubrió los labios con un dedo, el cascabel tintineando al mismo tiempo.

—Nada de agradecimientos, solo... —Señaló el muérdago sobre sus cabezas—. Enséñame de nuevo lo que significa vivir

—Será todo un placer, mi dulce fantasma, será todo un placer.

Y lo sería, uno que duraría eternamente, pensó mientras disfrutaba de los labios de esa mujer bajo la atenta mirada de la centenaria Bantry House.

EPÍLOGO

Una semana después...

—¿Preparada?

Mary levantó la mirada, ansiosa, llevaba toda la semana resistiéndose a dar ese paso, a salir del maravilloso sueño que se había tejido a su alrededor, pero Braiden tenía otros planes.

—¿Y si vuelvo a aparecer de nuevo en el salón de té? ¿Y si esto no es más que un paréntesis?

Enarcó una ceja ante su protesta y le tendió la mano.

—¿Confías en mí, Mary?

Se mordió el labio inferior mirando la mano extendida y asintió.

—A pesar de mi buen juicio, sí, confío en ti.

Envolvió los dedos en los suyos y él tiró de ella, haciéndola caminar, obligándola a enfrentarse al último de sus miedos. Un paso tras otro avanzaron a lo largo del camino de piedra que llevaba a la verja de entrada de la propiedad. El corazón le iba a mil, una señal inequívoca de que seguía viva, contuvo la respiración y recorrió junto a su salvador el último tramo, pasaron a través de los portones abiertos y caminaron hasta la bahía donde pudo respirar, por primera vez en noventa y dos años, de nuevo el aroma salado del mar.

Se giró y levantó la mirada hacia la balaustrada de la terraza colgante,

aquella desde la que había mirado tantas veces, la que la había obligado a regresar, a permanecer atada a aquel lugar sin poder abandonarlo jamás.

—Bienvenida a tu nueva vida, Mary.

Se giró hacia él y sonrió con calidez y ese incipiente amor que parecía afianzarse cada día.

—Sí, sin duda lo será —aceptó mirando de nuevo a su alrededor—. Gracias por despertarme, Braiden.

—Siempre que lo necesites, querida Mary, escucharás mi voz.

TARTA DE MANZANA IRLANDESA

Cuando tu **VOZ** me
Despierte
KELLY DREAMS

PARA EL RELLENO

2 Manzanas grandes GOLDEN

3 Manzanas grandes RED GALA

El zumo de un limón

1 Cucharada sopera de agua

Canela en polvo

Azúcar

PARA LA MASA

360 g de harina de repostería.

1/2 sobre de Levadura Royal

185 g mantequilla fría

70 g azúcar

1 huevo

1 cucharada sopera de leche

1 pizca de sal

MODO DE HACER

PREPARAMOS EL RELLENO (Y lo reservamos)

- Pelar, quitar el corazón a las manzanas y cortarlas en trocitos pequeños.
- Poner las **manzanas cortadas** en un cazo al fuego con un par de cucharas de **agua** en el fondo, regarlas con el **zum de limón**, espolvorear de **azúcar** y **canela** (*a tu gusto*) y remover durante **5 minutos** para que se vayan haciendo pero sin que se deshagan por completo (terminarán de hacerse en el horno)
- Reservar la manzana para después.

PREPARAMOS LA MASA (Y a la nevera)

-En un bol introducimos la harina, la levadura, la sal y el azúcar y lo mezclamos. A continuación añadimos la mantequilla en dados pequeños y empezamos a mezclar con las yemas de los dedos hasta que quede una especie de arena.

-Batimos el huevo con la leche y lo añadimos a la mezcla anterior.

-Vamos mezclando todo, poco a poco, amasando lo menos posible, hasta que nos quede una masa homogénea. Una vez esté la masa lista, la dividimos en dos partes, la envolvemos en papel film y la llevamos a la nevera durante unos 35-40 minutos.

MONTAR LA TARTA (Y al horno)

-Una vez reposada la masa en la nevera, la sacamos y la estiramos con un rodillo (y tranquilas, que sí, la masa tiende a romperse), hasta formar dos láminas.

-Cogemos el **molde** que tengamos para tartas (**20 - 24 cm**), lo untamos de **mantequilla** para que no se pegue (o de algún **aerosol graso** especial) y a continuación **forramos** el molde con una de las láminas de masa.

-Vertemos la manzana que habíamos dejado ya preparada y la extendemos sin aplastarla.

-Cogemos la otra lámina de masa que tenemos preparada y tapamos la manzana, pellizcando los bordes para ir sellando la tarta. Con un tenedor, les hacemos unos cuantos pinchacitos, a modo de decoración y para que la masa respire y, si os ha sobrado masa, podéis hacer algún detalle de hojas o lo que queráis a modo de adorno.

-Para darle ese colorcillo dorado, batimos la yema de un huevo y, con un pincel, untamos la tapa de la tarta.

-Con el horno precalentado, ponemos el termostato a 180° y horneamos la tarta durante 30 minutos.

-Pasado el tiempo, retiramos la tarta, dejamos enfriar, desmoldamos... y os la podéis comer cuando os dé la gana.

III Se conocía como “**Flapper**” a las jóvenes mujeres de los años veinte que usaban faldas cortas, no llevaban corsé, llevaban el pelo con un corte especial, escuchaban Jazz y tenían conductas similares a las de un hombre. Usaban mucho maquillaje, bebían licores fuertes, fumaban e incluso conducían, con frecuencia a mucha velocidad. Eran un desafío a las leyes de la época y a lo socialmente correcto.